

obra completa

AGUSTIN
ZAPATA GOLLAN

tomo 2



LAS PUERTAS DE LA TIERRA

**OBRA COMPLETA
ZAPATA GOLLAN**

TOMO 2

**OBRA COMPLETA
ZAPATA GOLLAN**

**UNIVERSIDAD
NACIONAL DEL LITORAL**

Rector

Enrique Mammarella

Secretario Académico
y de Innovación Educativa

Miguel Irigoyen

 ediciones **UNL**

Dirección editorial

Ivana Tosti

Coordinación editorial

María Alejandra Sedrán

Zapata Gollán, Agustín

Obra completa : las puertas de la tierra /
Agustín Zapata Gollán. - 1a ed. - Santa Fe :
Ediciones UNL, 2022.

Libro digital, PDF/A - (Ediciones especiales)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-749-389-4

1. Historia. 2. Historia Argentina.

3. Historia de la Provincia de Santa Fe . I. Título.

CDD 982.24

ISBN OC: 978-987-749-387-0

ISBN T2: 978-987-749-389-4

© Ediciones UNL, 2022.

© Agustín Zapata Gollan, 2022.



Que durante medio siglo se haya tramado una obra y que esa obra haya retratado el pasado de una ciudad, ya es una hazaña.

Pero si además estos trabajos fueron elaborados con rigor y cuentan con una escritura feliz, la hazaña es mayor.

Augustín Zapata Gollán ha restañado un espejo donde la antigua ciudad de Garay se puede reencontrar.

La Universidad Nacional del Litoral, con el apoyo del Banco de la Provincia de Santa Fe, ha querido rescatar ese vasto documento sobre la ciudad de la Vera Cruz.

Jorge Ricci

por las menguas que en ellos fallaren, non pongan

"...desde que vieren los libros que el fizo, por las menguas que en ellos fallaren, non pongan la culpa a la su entención, mas póngala a la mengua del su entendimiento "

*.. ..
"esto es señal que lo fizo para los legos et de non muy grand saber como lo él es."*

"El Conde Lucanor". DON JUAN MANUEL

"Yo no soy cantor letrao"

"Martín Fierro". JOSE HERNANDEZ

LAS PUERTAS DE LA TIERRA

1938

LOS HOMBRES DE LA CONQUISTA

Las gradas de Sevilla

Los hombres que emprendieron la conquista del Río de la Plata son los mismos que vieron los ojos inquietos del Berruguete, de Gallegos, de Juan de Juanes, de Sánchez Coello...

El ambiente en que nacieron esos hombres descomunales de la conquista quedó también, para siempre, en las telas del final del 400 y de los comienzos del 500. Los zócalos de piedra donde al caer la tarde platican en los aledaños del pueblo, caballeros de lujosas vestiduras de brocado con monjes de hábitos blanco y de cabellos cortados en cerquillo; el desfile de los reos cubiertos por el sambenito; la angustia de los relapsos retorciéndose en las hogueras; el rezo de las mujeres enfermas sentadas en el suelo de las iglesias; el pesado rodar por los caminos de los carros de municiones escoltados por arcabuceros y alabarderos; el paso de soldados con capacetes y picas y alabardas, que marchan por delante de un caballero que ostenta, colgada del cuello, la venera de Santiago. Y los atrios poblados de lisiados y perláticos y ciegos con sus lazarillos, entre cogullas negras de los frailes y sayas de raso blanco de las damas, y jubones y gregüescos amarillos, de calzas verdes y bohemios morados forrados de piel de cisne.

Pero no sólo en los pintores de España encontramos el medio en que actuaron los hombres de la conquista

antes de lanzarse al mar océano en busca de tierras extrañas; que, dice Oviedo, "ninguna lengua falta acá de todas las partes del mundo que haya christianos"; Los flamencos y holandeses y alemanes, nos muestran también en sus cuadros la vida de aldeas y campiñas y el trajín de puertos y caminos que los conquistadores recordaban luego en los días del Río de la Plata, encerrados en el menguado reducto de palo a pique de los fuertes, con el recio mentón apoyado en la palma de la mano: las veladas de las abuelas que cuentan historias alucinantes de aparecidos y fantasmas junto al fuego; las kermeses de los pueblos, los bailes y las comidas de las bodas; las costumbres de los rústicos que a la sombra de los árboles persiguen las mozas y asustan los tontos de la aldea en sus francachelas ingenuas y ruidosas... Mientras tanto, sobre los cardales del desierto, en una visión de ensueño, se esfumaban también las suaves colinas del Brabante con sus hileras de sauces y de álamos, y el damero polícromo de los cultivos de las granjas, y las calles de Amberes con los granjeros enriquecidos y fastuosos, y las hosterías de Alemania donde se bebía un buen vino del Rhin.

Una extraña inquietud conmovía a los pueblos. Las discusiones, en las Universidades y en los Conventos, llegaban a la calle y los burgueses tomaban partido en los bandos que dividían a doctos y eclesiásticos; los banqueros y los comerciantes deslumbraban con sus riquezas; los soldados exaltaban la imaginación con el relato de sus hazañas; los reyes defendían la Iglesia y encarcelaban al Papa; las tropas, con escapularios y reliquias al cuello, profanaban los templos de Roma; y el pueblo, como en las tablas de los flamencos y holandeses, se regocijaba con una risa desfachatada y burlona a las puertas de las tabernas o en la plaza del burgo, mientras los pájaros revoloteaban entre las ramas desnudas de los árboles o sobre los tejados cubiertos por el sudario del invierno, por donde asoma-

rían luego esos diablillos y vestiglos traviesos que unos años antes se habían encaramado, como un símbolo, en los Pesebres del Bosco.

Es que una mezcla desconcertante de piedad y descreimiento; de austeridad y de relajamiento moral, se barajaba en aquellas muchedumbres heterogéneas e inquietas de donde salieron los que se embarcaban para las Indias. Hombres taciturnos y altivos, obstinados y graves, que hablaban de ensanchar la república del Cristo y de salvar las almas de los infieles; y hombres audaces y arriscados a quienes sólo les acuciaba un afán: el oro; y quienes sólo veían un atajo para alcanzarle: la aventura.

Sevilla era entonces el remanso del mundo. En las gradas de su Catedral se planeaban las empresas más temerarias y se concertaban las expediciones más fantásticas entre banqueros y capitanes, mientras los soldados, llegados de todo el mundo, narrando sus bravatas y lances bajo la umbría de los naranjos de la Iglesia, aguardaban la ocasión del enganche y ajuste que les permitiera cruzar a tierra de Indias. Uno jura haber asistido a la batalla de Ravena; otro muestra un barbijo como el sello de la de Pavia; algunos se jactan de haber entrado en el saco de Roma o de Génova con las tropas del Emperador; y todos se pavonean haciendo brillar sus arcabuces y luciendo sus calzas, sus sedas y brocados, porque los capitanes hacen su concierto entre esta gente cuidando ante todo de la estampa y atavío de sus hombres.

Sin embargo, Oviedo, el Primer Cronista de Indias, advierte, aunque en vano, a los capitanes, que no concierten y enrolen entre esa laya de aventureros, porque si alguno os dice, exclama con empaque castizo, "que se hayó en la de Ravena no cureis del si es español, pues que quedó vivo o no fue preso; e si estuvo en la de Pavia, tampoco; o en el saco de Génova o de Roma, mucho menos, pues no quedó rico; y si fue y lo jugó o ha perdido no fieis del".

Pero los capitanes, largos en promesas, aseguraban al primer soldado que topaban, el cumplimiento de su palabra sobre lo que jamás vieron ni entendieron; y estos prestaban luego su acatamiento, con la esperanza de volver la espalda a su caudillo en la primera ocasión que les fuera propicia si no andaban a su propósito y deseo.

El Cronista de Indias, que pasó largos años sirviendo en la conquista, harto conocía las consecuencias ingratas de este afán de enrolar toda suerte y linaje de hombres para tamaña empresa: "Y que como son ayuntados acaso y no conocidos, escribe, y tan apartados de condición como diferentes de lenguas, así son después sus efectos guiados cuales sus obras y vicios; y se engendran entre ellos motines, ingraticudes y feos delitos y deslealtades. Más valdrían pocos y conocidos y los que deben ser, que no muchos y tan diferentes".

Pero las gradas de Sevilla durante la conquista, siguieron siendo el lugar donde se urdieron y se alentaron todos los sueños de grandeza y poderío de aquellos hombres que vieron en sus andanzas el Berruguete y Gallegos, Juan de Juanes y Sánchez Coello, antes de que se les escaparan echándose al mar por rutas todavía desconocidas y llenas de misterio.

El mundo fabuloso

Los catalanes y los vascos antes del descubrimiento de América, habían cobrado fama por sus astucias de mercaderes y por sus audacias de marinos. Barcelona llegó a rivalizar con las repúblicas comerciales y marítimas de Italia. Una calle de Nápoles estaba ocupada por comerciantes catalanes; en Pisa tenían casa de contratación; y mientras los soldados mercenarios de Cataluña marchaban bajo las más diversas banderas, sus piratas se hacían temibles en el Mediterráneo.

Los vascos, dejaban sus montañas para echarse al mar, peritos en el manejo de las naves y expertos en las rutas marinas. Así, don Antonio de Nebrija, en su "Crónica de los Reyes Católicos", dice que: "los que moraban en el condado de Vizcaya y en la provincia de Guipúzcoa son gente sabia en el arte de navegar y esforzados en las batallas marinas y tenían naves y aparejos para ello y en estas tres cosas eran más instructos que ninguna otra nación del mundo".

Pero a pesar de las empresas marítimas y comerciales, de vascos y catalanes, España no fue tierra de marinos ni mercaderes y el conocimiento y trato con el resto del mundo lo adquirió por otros conductos.

A través de sus Romances y de sus Crónicas, podemos rehacer las noticias geográficas de España en las postrimerías de la Edad Media. Allí se hablaba de los desiertos de Libia, donde viven, en medio de los mares de arena, "gentes vagabundas cobijadas en casas movezizas"; de la "adusta y muy caliente" zona de Etiopía; de la India donde los rayos del sol "más bruñen e clarifican" los rubis, los diamantes "e otros diversos linajes de piedras"; de la gente de Siria que "es gente amarilla de escudriñar el fino oro en polvo" y de "los fríos setentrionales" que son los que "sienten primero el boreal viento cuando se comienza de mover".

Y hasta en vísperas del descubrimiento de América, Mosen Diego de Valera no sólo nos habla del Preste Juan y de su corte fabulosa, sino también de los hombres sin cabeza que llevan las narices en el pecho y los ojos en los hombros, y de los árboles que sólo crecían en Inglaterra, cuyas hojas se convertían en pescados o en unas aves marinas semejantes a las gaviotas.

España no fue tierra de marinos pero fue tierra de gente inquieta y aventurera que se largaba por todos los caminos del mundo.

"E oi decir, cuenta Hernando del Pulgar en los "Claros Varones", de otros Castellanos que con ánimo

de caballeros, fueron por los reinos extraños". Y así desde los tiempos remotos de D. Fernando Magno, habían pasado las fronteras.

*"A pesar de Franceses, los puertos de Aspa pasó
A pesar de reys e a pesar d' emperadores
A pesar de romanos dentro de París entró
Con gentes honradas que de España sacó".*

Y este mismo Rey, antes de morir rodeado de sus vasallos y de sus ricos hombres, traza a sus hijos el camino a seguir en la vida y les exhorta que sean "mesurados, de breve palabra, verdaderos, castos e temprados" y que sepan honrar los extranjeros: "onrrat los extranjeros", les dice "e avet paz e concordia".

Pero en la época de los descubrimientos de América, gente de otra catadura discurría por los caminos del mundo: mercaderes de Italia y del Levante; codiciosos traficantes de los Estados -Bajos; hombres que tenían trato en toda Berbería; marinos que habían navegado en las galeras de Malta, que contaban hazañas pasadas en los navíos en corso o aventuras corridas en el mar de Venecia; que hablaban entre chanzas y burlas de los extraños usos de Alejandría o de Constantinopla, de Chio o de Corinto; soldados fanfarrones que se jactaban de sus bubas "redondas como un ducado" y que atusándose la pelambre del mostacho, junto a la chimenea del mesón donde ardía un fogote de leña, apuraban un cuartillo del "vino que raspa" según iban narrando lances de amor ocurridos en todos los pueblos hasta rematar en Flandes donde "se apalpa se besa y galantea sin sobresaltos". Y entre toda esta turba de soldados, de marinos y comerciantes, los hidalgos descaudalados que "andaban con la bolsa en blanco y la camisa en oscuro"; los cofrades de los Monipodios, hampones y fulleros, y toda la más diversa y pintoresca

escala de la picardía, desde el tatur tramoyista y rapacero hasta el marmitón o el paje de ciego, o el pregonero y charlatán que en las plazas curaba el mal de los lamparones, o quitaba los vermes de las tripas, o vendía unos polvos misteriosos que traían los turcos desde el Paraíso Terrenal para impedir que se cayeran los dientes.

En los puertos daban fondo carracas de hasta de mil toneles de porte; urcas de Flandes cargadas de víveres y telas; naos de alto bordo con sus castillos de popa y proa; carabelas de armada, con las que el Rey hacía la guerra y donde se levantaba la bandera cuartelada de rojo y blanco con leones y castillos, mientras un marino al pie del estandarte decía con voz potente los loores del Rey y del Almirante de la flota. Y lo mismo que en las trochas de la tierra, entre soldados y mercaderes trajinaba una turba picaresca "unas veces pidiendo y otras tomando", en los caminos del mar iban y venían esos barcos pequeños "de que se ayudan los que quieren guerrear a furto et moverlos aina de un lugar a otro".

El "camino de la codicia" llamaban al que hacían las flotas de Indias. Sin embargo, sólo España podía hacerlo, con pilotos que en medio del mar confesaban que no sabían donde estaban ni por donde se iba, con tripulantes que por primera vez pisaban la crugía de un barco y con soldados indisciplinados y revoltosos, porque iban todos animados por esa locura, única en la historia de la humanidad, que les impulsaba a realizar hazañas extraordinarias y que no hubieran podido jamás llevarlas a cabo mercaderes fríos y calculadores ni agricultores sedentarios y simples.

Las flotas de Indias

Un día corrió en España la noticia de que se armaba

una flota famosa para las Indias, donde se había descubierto un río que llamaban de la Plata; y los capitanes comenzaron luego a hacer gente y los barcos a alistarse en el puerto de San Lucar de Barrameda. En los mesones, en las plazas, en las barberías, se hablaba y discutía sobre este viaje que emprendía don Pedro de Mendoza, caballero de la Orden Militar de Santiago Apostol y Criado del Emperador. Los soldados viejos vociferaban que la mar era capa de pecadores y refugio de malhechores, y los ciegos en sus cantares se burlaban de tanto marino bisoño que merodeaba ahora por los puertos de España:

*"Don Juan se quiere embarcar,
Las damas dicen que yerra,
Que el que no es hombre en la tierra,
Menos lo será en el mar".*

A la puerta de una iglesia donde los lisiados mostraban al sol sus brazos secos, sus llagas y sus piernas mutiladas, un hidalgo, acompañante de Caboto como hombre principal, juraba haber visto en las tierras que quería recorrer y gobernar Mendoza, "una generación de animales de la mar que tienen semejanza de hombres humanos" y un eclesiástico afirmaba que bien podía ser lo que decía el hidalgo pues recordaba haber leído en una obra de El Tostado, docto Obispo de Avila, que en el mar occidental de Galicia habían pescado en cierta ocasión uno de estos hombres marinos y que le habían llevado a tierra donde vivió un año en casa de un señor, sirviéndole, aunque sin acertar jamás a decir una palabra.

Las abuelas colgaban del cuello de los mancebos que se embarcaban en la flota del Primer Adelantado, unos saquillos de benjuí, o de hierbabuena o de incienso para que aplicándoselos en las sienas, curaran el mareo, aunque los abuelos aseguraban, invocando el testimonio

de algún marino famoso, que para semejante mal, no había mejor remedio que apurar unos tragos de un buen vino blanco.

Entre soldados y marineros, discurrían mujeres que anduvieron en sus mocedades por tierras de Levante y que allí aprendieron palabras y hechizos a usanzas de moras, judías, zíngaras, griegas y sicilianas; que santiguaban aojados, quitaban ahitos y encantaban tercianas; que sabían adivinar pulsos y ensolver sueños; que decían misteriosas palabras en algarabía y que en sus cuchitriles tenían urracas y tordos que hablaban. Y como además sabían pronosticar por la chiromancia en la palma de la mano, iban examinando las líneas y los montes y anunciando estragos en el mar y desgracias en la tierra.

Un astrólogo afirmaba haber descubierto en el cielo ciertas señales misteriosas y que luego había hallado en su "arismética", que aquello era el anuncio del desgraciado fin de las flotas de Indias.

Sin embargo, a pesar de los peligros y las zozobras del mar, de los monstruos que habitaban las tierras lejanas, y a pesar de los malos agüeros, los capitanes hacían gente alistando hidalgos y los sargentos embaucando soldados entre tunantes y gorreros.

—Yo tengo leído en cierto libro, decía un capitán de mar, frente a las naves empavesadas, que "el navío es como el hombre. Lo material es como el cuerpo; las maderas como los güesos, la jarcia y cuerda como los nervios y como boca, tiene también vientre para purgarse como lo tiene el hombre".

Mientras tanto, la capitana tocaba sus clarines. Se oían las salvas de trompetas y respondían los pífanos y atambores; se suspendían las ancias de fondo y el piloto ordenaba la maniobra:

—"Larga trinquete en nombre de la Sanctísima Trinidad, Padre e Hijo y Spíritu-Sancto, tres personas

y un solo Dios verdadero, que sea con nosotros y nos guarde y guíe y acompañe y nos de buen viaje a salvamento y nos lleve y vuelva con bien a nuestras casas!".

La flota salía del puerto.

A bordo de todas las flotas de Indias, hormigueaban tripulantes, y soldados; hidalgos austeros y la flor de la fullería; damas de linaje y mozas del pueblo; misioneros que iban en busca del martirio y clérigos de vida desgarrada como la de aquellos eclesiásticos que sabían escribir en latín graves tratados para consuelo y guía de pecadores y que luego alababan en romance las virtudes del guayacán o recogían en sus libros las intrigas, desvergüenzas y bellaquerías de los burdeles. Y hasta tanto la visión del puerto caía detrás del horizonte, las dulzainas y las flautas de a bordo, tocaban motetes y villancescos de la tierra, esos mismos aires ingenuos que aquellos hombres, en medio de sus andanzas y de sus miserias, cantarían luego bajo los grandes árboles centenarios, en la trágica soledad de las tierras remotas.

Hasta en el siglo XVII, los autores se empeñaban en demostrar la semejanza del navío con el hombre: "Tienen todos los navíos, tal condición como si fueran animales que tuvieren espíritu sensitivo".

Las leyes y los tratados, se preocupaban no sólo en describir por lo menudo las diferentes partes de las naves y de sus aparejos, en decir las maniobras y establecer las ceremonias de abordó, sino también en determinar la condición y trato de los tripulantes. Al Alferez, le llaman el padre y amparo de los soldados; el Maestre, ha de ser "papelista cuidadoso e inteligente"; el Piloto, persona principal abordó, debe ser "capaz de razón, de mediana edad, y muy dichoso", y está obligado a "ser cierto en las alturas de astrolabio y ballestilla", a saber sacar lunas y mareas, a conocer "la regla del sol y de la estrella" y a prevenir los tiem-

pos, "por los semblantes del sol y los celages". El Despensero, ha de ser "sufrido, callado y cortés porque como ha de lidiar con tanta gente, es necesario que lo sea para evitar pesadumbres"; se exalta y se señala la importancia del Buzo "pues mediante su resuello va abajo y recorre por debajo del agua todo el galeón"; al Grumete se le exige "tener persona y fuerzas"; al Paje se le obliga todas las mañanas a cantar los buenos días; y el Trompeta, que "con su instrumento anima a los amigos y amedrenta a los enemigos" en los momentos más difíciles del combate, está obligado en los salvatajes, a "hacerle fiestas" al navío después de haberle salvado.

Pero en vano se le exigía al Piloto conocer "la regla del sol y de la estrella". Los primeros viajes se hacían sin cartas de navegación y las que había luego, equivocaban las latitudes y daban referencias fantásticas.

Para establecer el recorrido de una nave miraban la espuma que se formaba a popa o arrojaban al mar una astilla en dirección de la proa y cuando se juntaba con el barco echaban a andar, siguiéndola sobre cubierta, hacia la popa, calculando el camino que así harían en tierra en una hora.

Cuando las naves de las flotas se reunían en alta mar, los pilotos se comunicaban sus observaciones y sus cálculos.

—Estamos a cien leguas de la costa, decía uno.

—Pues yo tengo calculado, decía otro, que sólo estamos a cuarenta.

Y los bastimentos menguaban, el agua escaseaba y los pilotos llevaban sus barcos por rumbos desconocidos entre las disputas y las riñas de los tripulantes.

"Que cosa tan ardua, escribía Martín Cortés en 1551, dar guía a una nao donde sólo agua y cielo verse puede!".

Pero más que los riesgos del mar, los capitanes debían vencer el genio levantisco y pendenciero de aquella turba heterogénea.

En los puertos, enamoraban y robaban doncellas principales llevándoselas abordo desde donde libraban recios combates contra los parientes y vecinos que pretendían rescatarlas; y en alta mar, todo era discutir y alzar la voz y acabar las pependencias rubricándolas con la tinta roja de sus tizonas.

En los días del trópico, entre el hedor de la sentina, los alimentos rancios y el agua corrompida, los hombres se apestaban y morían. En el delirio de la fiebre, algunos tenían visiones de espanto que llenaban de angustia y terror a la gente de abordo, o ensueños místicos que les hacían entrever el galardón de la vida futura... Y así, entre blasfemias y plegarias iban aquellos hombres en una dolorosa peregrinación, atravesando el infierno de sus miserias con la mirada fija en un oasis que les levantaba y sostenía.

Sólo las figuras alucinantes y torturadas de España pudieron trillar así el camino de las Indias.

No tenían la medida y equilibrio de los hombres de negocios, sino el dinamismo que requería la empresa descomunal que realizaban.

No eran hombres para acumular riquezas en frías combinaciones comerciales con las piernas tullidas, mientras las manos tersas y suaves de ociosidad, acariciaban las piezas de oro apiladas pacientemente en los cofres de recios herrajes.

Era un linaje de gentes que rebasaba del molde de los hombres de su tiempo; un extraño y estupendo contraste de clarooscuro; una agitación y un torbellino apocalíptico como el que descubrió el Greco en el espíritu de aquellos hidalgos, atezados y pulcros, que discurrían por las calles silenciosas de Toledo con la mano posada suavemente sobre el pecho como una cándida paloma eucarística.

Salían de sus pueblos en ruinas, abandonaban para siempre los muros hidrópicos de las casonas solariegas y se echaban al mar encerrados en el infierno de las

naos de Indias. Conquistaban tierras extrañas, poblaban ciudades perdidas en la inmensidad de un país de leyenda y cargaban tesoros fabulosos en sus barcos, acechados de continuo por piratas y corsarios de otros países.

Sin embargo, un siglo de deshispanización de América nos ha enturbiado la visión de la verdadera España, guerrera y mística, que se vino en las flotas de Indias a una extraña y desconcertante conquista de tierras y de almas.

EL FRACASO DE BUENOS AIRES

El Río de la Plata

1535. -El Río de la Plata tenía ya una historia trágica.

Un día, Solís "se ofreció a mostrar por su industria y navegación, dice el Primer Cronista de Indias, aquellas partes que de los antiguos fueron ignoradas en el antártico polo".

Era tenido por diestro en las cosas de la mar, experto en gobernar un timón y mudar las velas y marcas los derroteros, y establecer la altura meridiana del sol con el astrolabio. Pero la ciencia de Solís terminaba en la orilla del mar, y como "en las cosas de la guerra terrestre nunca exercitó escuadra de gente a pié ni a caballo", los indios que poblaban las costas del "río grande", dieron bien pronto cuenta suya y de los que con él desembarcaron.

La expedición de Caboto que vino luego, no corrió mejor suerte. Superior a todos los pilotos de la época le consideraban, pero, como Solís, era inexperto en el arte de la guerra.

Se hizo a la mar con una armada famosa, formada, dice Oviedo, "de codiciosos mercaderes, e aun de otras personas principales, engañadas del olor de sus mismas cobdicias y esperanzas".

Don Antonio de Guevara, cronista de Carlos V, decía, "que si no hubiere en los corazones de los homi-

bres codicia, no habría sobre los mares flotas; por que esta es la que les altera los corazones, los saca de sus casas, les da vanas esperanzas, les pone nuevas fuerzas, los destierra de sus patrias, les hace torres de viento, los priva de su quietud, los ajena de su juicio y los lleva vendidos a la mar y aun los hace mil pedazos en las rocas".

Pero en la conquista de los Indias, "más que mercaderes codiciosos" y marinos expertos, se necesitaban buenos soldados y diestros capitanes.

La expedición de D. Pedro de Mendoza fue la flota más lucida que se vio zarpar de España desde que se trazó el camino de las Indias.

Don Pedro de Mendoza no era ni mercader ni marino; en cambio conocía el arte de la guerra. Había hecho la campaña de Italia y el saco de Roma había acrecentado sus caudales. Confiado en su pericia de soldado hubiera podido repetir con jactancia las palabras de Oviedo: "otra cosa es mandar y gobernar gente que apuntar un cuadrante o astrolabio".

Bajo sus órdenes marcharon caballeros de la ciudad, hijos de señores, e hidalgos; compañía toda calificada y conveniente para fundar grandes ciudades bien provista de armas enastadas y de artillería, de arcabuces y ballestas, escopetas y pistoletes de rastrillo. Algunos habían peleado contra los turcos, otros habían entrado con las tropas del Emperador en los dominios del Papa y no faltaron bachilleres y escolares que se alistaron en las tropas del Primer Adelantado del Río de la Plata abandonando los Bartolos y Baldos, las Decretales y el Digesto, acuciados por la recia tentación del oro o por acrecentar el brillo de sus linajes.

Las mujeres de la conquista

Entre esta muchedumbre abigarrada, entre los hidal-

gos y la soldadesca de D. Pedro de Mendoza, se embarcaron también las primeras mujeres de España que vinieron a la conquista del río de la Plata.

En España se conservan todavía antiguos romances en los que se habla de la doncella que va a la guerra con hábitos de varón.

*"Comprareisme vos mí padre, -calcetas y buen jubón
dareisme las vuestras armas -vuestro caballo trotón"*

El romance cuenta las hazañas de la heroína hasta que terminada la guerra vuelve a su casa, se sienta junto a su madre y le pide otra rueca:

"Pidió la rueca a su madre -a ver si sabía filar".

En el poema del Cid las mujeres también van a la guerra, pero el Cid solo las lleva hasta Valencia para que le vean pelear:

"afartos veran por los ojos como se gana el pan"

que cuando Doña Ximena sienta algún temor, el sabrá animarla:

*"Ya mogier ondrada non ayades pavor"
"Non ayades pavor por que me veades lidiar"*

La presencia de su mujer y de sus hijas parece que le dieran más fuerzas y que le acrecentaran el coraje:

"crecem el coraçom por que estades delant"

Y cuando después del combate, vuelve victorioso con

"...el espada sangrienta e sudiento el caballo"

les da doscientos marcos a cada una de las dueñas que acompañaron a su mujer y a sus hijas, y les promete casarlas luego con sus vasallos que también se han enriquecido con el despojo de los moros.

Por esto precisamente pelea el Campeador, y el Poema lo dice con toda rudeza:

"mala cueta es señores haber ninguna de pan"

Las mujeres que acompañaron a los conquistadores del Río de la Plata, venían, como las dueñas del Cid, para ver "por los ojos como se gana el pan". Sus chapines hollaron la crujía de las carabelas salpicadas por las aguas del mar. Entre soldados y marineros lucirán sus sayas de terciopelo, sus saboyanas de grana, sus gargantillas de alfojar y sus cofias estampadas, mientras algún capitán tal vez hiciera gala de su ciencia en el manejo de las armas adquirida de los famosos maestros de esgrima en las tierras de Italia.

En los sábados, en tono bajo y reposado salmodiarán la Salve después de la exhortación del maestro:

*"Salve digamos,
"Que buen viage hagamos,
Salve diremos,
Que buen viage haremos".*

En los días de buen viento, al guindar las velas seguirán atentas, al afanoso trajín de los marineros, acompañado por la canturria del mayoral:

"Bu, -izá.

O Dio!. - Ayuta noi!"

mientras el paño del velamen se combaba rotundo como un vientre grávido:

*"O San Pedro, gran varón!
Oh San Pablo, son compañero.
Oh que ruegue a Dios por nos,
Por nosotros navegantes,
Que en este mundo somos tantes".*

Después de la cena, el paje que llevaba la luz a la bitácora anunciaba la hora del reposo:

—Amén y Dios nos dé buenas noches. Buen viaje, buen pasaje haga la nao, señor Capitán y Maestre y buena campaña!

Y luego, cuando sólo se oía gemir el viento en las jarcias y castigar el mar los flancos de la nave, las mujeres de España, que dejaban para siempre el viejo solar, tejían también sus fantasías y sus ensueños bajo la suave claridad de las estrellas del trópico, quizás hasta que los pajes, que velaban la ampolleta, anunciaban la media noche exclamando:

*"Bendita la hora en que Dios nació,
Santa María que le parió.
San Juan que le bautizó.
La guarda es tomada;
La ampolleta muele.
Buen viage haremos si Dios quiere".*

Los hombres de Mendoza

Los hombres de don Pedro de Mendoza llegaron al

Río de la Plata con la fantasía exaltada por los relatos que en aquella época corrían sobre el nuevo mundo. Eran hombres de acción y de una codicia tenaz.

En los primeros días de Buenos Aires, el caserío levantado sobre la barranca, era para los conquistadores el trampolín de sus nuevas hazañas. Sus caras torradas por el aire marino de los trópicos, reflejaban la honda emoción de encontrarse en tierras de misterios.

Alguna vez, un grupo de hidalgos, morenos y enjutos, se aventuraba más allá de la menguada muralla de tierra que defendía la ciudad. El río arisco y dramático golpeaba sin cesar la barranca gredosa; los navíos dibujaban su velamen y su cordaje con la línea regular y precisa de los antiguos grabados en madera; en el bosque salvaje de espinillos y de talas se agazapaban las fieras; y más allá, la llanura, donde los cardos, espinosos y duros, recojían en sus cálices todo el azul del cielo.

¿Este era el mundo que ellos habían venido a conquistar? La fertilidad de la tierra no les atría. Eso se dejaba para gañanes y no para los valientes soldados de Su Majestad. Sin embargo estaban convencidos que del otro lado de esa llanura inmensa o quizás en las fuentes de ese río como mar, les esperaban para poner a prueba la reciedumbre de su carácter y la intensidad de sus apetitos y pasiones, los reinos fabulosos como los que en otras partes había, según lo leyeron en libros muy antiguos o escucharon de gentes andariegas que habían rodado por países desconocidos.

Hacía treinta años que Colón había muerto convencido, a pesar de los descubrimientos posteriores, que había estado a las puertas de los dominios del Gran Can y próximo a la maravillosa isla de Cipango.

El mundo continuaba todavía henchido de maravillas y de misterios. En las lejanas islas Malvinas, se recogía un coco que nacía en el fondo del mar con la virtud de curar todas las enfermedades y había regiones de la

tierra donde el sol hacía brotar el oro como si fuera una planta.

Sin embargo, Buenos Aires sufrió bien pronto el asedio y el hambre. Los trabajos, importunidades y fatigas pasados en el viaje no fueron sino el comienzo de la gran tragedia que vivieron los conquistadores.

Los indios asediaron al fuerte de Buenos Aires y el hambre diezmó la población. Los conquistadores ya no eran los hombres decorativos y teatrales que en un día salieron de España. Habían perdido el empaque, cuando en la tierra inhospitalaria, cercados de angustia y sin remedio, sintieron que sus fantasías se amustiaban. Sólo las mujeres conservaban su fortaleza de espíritu. Una de estas heroínas, doña Isabel de Guevara, escribió después a la Princesa doña Juana, desde Asunción: "Vinieron los hombres en tanta flaqueza, que todos los trabajos cargaban de las pobres mujeres".

No solamente cuidaban de los quehaceres domésticos, si no que curaban y limpiaban los heridos, y hacían de centinelas y armaban las ballestas y rondaban los fuegos; y cuando atacaban los indios preparaban la artillería; levantaban los soldados, "los que estaban para ello", y acudían a "dar alarma por el campo a voces sargenteando y poniendo en orden los soldados".

Entre tanto Don Pedro de Menoza, abrumado por los padecimientos de sus acnaques, y amargado el espíritu al ver que así se desvanecían sus sueños de gloria y de riqueza, se disponía a volver a España dejando por escrito sus instrucciones al Capitán Ruíz Galán.

"Ydo yo, le decía, a de hacer cata en el bastimento que tuviere la gente y no dar ración a los que tuvieren que comer ni a las mugeres que no lavaren ni sirvieren".

La despoblación de Buenos Aires

A las puertas de las casas se veían asomadas algunas

gentes de aspecto famélico y por las calles se vieron cruzar lisiados y enfermos, con el paso claudicante, que maldecían la hora en que pisaron una tierra que desmentía así las leyendas que exaltaron su codicia.

"Muchos de estos, escribe Oviedo, son hombres criados en regalos usados a buenas camas y abastadas mesas, y polidas ropas y caballos, y estar las noches seguros de las lluvias y sereno, y las siestas amparados del sol y los inviernos cerca del brasero y arropados y en verano cubiertos de tafetanes y bebiendo frío; y así se 'vinieron', sin sueldo, agrega el primer historiador de Indias, si no a la sombra de una esperanza inventada del capitán e aceptada de los pobres compañeros, tan vana como el y ellos".

Y así sufrieron el genio desabrido de don Pedro de Mendoza y luego el hambre. Las raciones mermaban y se alimentaban sólo con los cardos y las sabandijas del campo, cuando los indios se negaron a llevarles pescados. Entonces los españoles murieron "por faltalles mantenimientos" que la tierra era muy sana pues se encontraban, según los cronistas, hombres "de más de ciento e cincuenta años e de muy buen sujetos e recio".

Era tanta la desesperación y la miseria de los primeros pobladores de Buenos Aires que se lee en una carta de Francisco de Villalta fechada en Asunción el 22 de junio de 1556: "eran tan abominables y malos los tiempos que en esta tierra hacía, que visiblemente parecía que en los aires hablaban los demonios".

Durante esos años, los conquistadores del Río de la Plata vivían como obsesionados por la voz del Memento Moris. Tenían ante sus ojos la visión continua y estridente de la muerte como en las tablas de los pintores primitivos.

Habían cruzado el mar, para levantar en los umbrales de la pampa una ciudad que más era el nuevo tinglado donde se representaban, como en los tiempos de la Edad Media, las escenas terribles y alucinantes de

la danza macabra.

Nos dan una impresión aproximada de la tragedia de esta Buenos Aires, las láminas antiguas que representan el sitio y el hambre de la ciudad.

En uno de estos grabados vemos el fuerte con sus hombres famélicos, que salen de sus chozas para despedazar los caballos muertos disputándose los a las aves de rapiña, o que contemplan con un ademán de desolación los barcos desmantelados, amarrados a la orilla del río, mientras en medio de un paisaje como los que pintaron al fondo de sus Plantos y Enterramientos Quintín Massys y Van der Goes, se levanta una horca donde se balancea trágicamente la carroña de los ajusticiados que devoran enloquecidos los hambrientos.

Pero no paró en esto la tragedia de Buenos Aires. Otro grabado nos muestra la ciudad envuelta en llamas; los barcos hechos pavesas se hunden en las profundidades del río y un enjambre de indios que avanza inexorable y siniestro sobre el fuerte; mientras en la horca, esta horca obsesionante, se secan al sol las últimas piltrafas de los ajusticiados.

Son escenas alucinantes como las pesadillas que en "El triunfo de la muerte", pintó Pieter Brueghel el viejo.

Casi el mismo paisaje, por una extraña coincidencia, asiste al desmoronamiento de la vida en el cuadro del pintor flamenco y en el grabado de las Memorias de Schmidel: el pueblo en ruinas, el río siniestro, los barcos que naufragan y las columnas de humo que suben hacia un cielo apocalíptico. Allí están también los cadáveres insepultos donde se adivinan los estragos de la muerte; el abigarramiento de figuras armadas que avanzan amenazantes; y más allá, otra vez la horca abriendo una puerta siniestra sobre el otro mundo, con los cuerpos colgados estremeciéndose en un trágica convulsión de funámbulos.

Sin embargo Buenos Aires siguió viviendo, diezmada y hambrienta, hasta que un día, cansada de penar se

fue. Remontó el Paraná y corrió a abrigarse en el refugio de Asunción, clavada en la selva como un hito de la conquista. Y las mujeres volvieron a sus trajines, y cuidaron además de las maniobras y de la navegación de los barcos.

"Todos los servicios del navío los tomaron ellas tan a pechos, dice doña Isabel de Guevara, que se tenía por afrentada la que menos hacía".

Y mareaban las velas, gobernaban el navío, tiraban la sonda, y hasta tomaban el remo a los que desfallecían.

Los pobladores de Asunción vieron llegar a sus antiguos compañeros, extenuados por el hambre, la fatiga y sobre todo, abatidos por el fracaso de sus ambiciones de conquistadores: y, "hasta tanto que los soldados guarecieron de sus flaquezas y comenzaron a señorear la tierra y adquirir indios y indias de su servicio, hasta ponerse en el estado que agora está la tierra, dice la carta de doña Isabel, las mujeres volvieron a su trabajo carpiendo y sembrando y recogiendo sin ayuda de nadie el alimento".

El Río de la Plata, había sido una equivocación de la conquista.

EL AISLAMIENTO DE ASUNCION

El refugio de Asunción

1556. Sancti Spíritu, Buenos Aires, Buena Esperanza... Sólo había quedado un montón de ruinas. La maleza había invadido los antiguos fuertes, pero allá lejos, a orillas del Paraguay, se habían refugiado los últimos sobrevivientes de los conquistadores del Río de la Plata.

Asunción, un caserío pardo, chato, enquistado en el monte, era el solar de los aventureros de don Pedro de Mendoza. Allí recalaron los apuestos soldados que un día salieron de España en un lucido ejército. Allí perdieron poco a poco, por la injuria del tiempo, las calzas y el jubón de raso de Castilla, la orpilla de bohemio forrado en raso y tafetán, el colete acuchillado, el ferreruelo, los calzones valones de terciopelo labrado, las camisas de ruan de Castilla o las de Holanda con cuellos guarnecidos con puntas de pita; y allí trocaron el casco guerrero por el pardo sombrero de camino de faldas grandes que reparaba de los rayos del sol.

Las mujeres de España, les veían discurrir por las calles polvorientas. Habían envejecido ya, pero a pesar de los años, se hostigaban y perseguían aun por el amor de las indias, esos amores terribles que les hacían olvidar la vida de cristianos.

En la aparente quietud de sus días la aldea era un semillero de intrigas, de pasiones y de pleitos. La vida giraba en torno a la disputa por el dominio de las tierras y los hombres se mataban también por celos de las hermosas indígenas.

En la plaza destartalada y por las calles polvorientas trajinaban los políticos influyentes, los gobernantes mandones y los aventajados que sabían disfrutar de los beneficios de la conquista desplazando a otros que podían hacer alarde de mayores sacrificios y merecimientos.

Iba a cumplir veinte años la fundación de Asunción. Doña Isabel de Guevara, veía que los años pasaban inexorables y que a su esposo, un caballero de Sevilla, no le reconocían aún sus servicios al Rey.

"Mala cueta es señores haber mingua de pan"

Por eso un día de Julio, doña Isabel se decide escribir una carta a la Princesa doña Juana, la hija de Carlos V.

"A esta Provincia del Río de la Plata, le dice, con el Primer Adelantado della, don Pedro de Mendoza, avemos venido ciertas mujeres, entre las cuales ha querido mi ventura que fuese yo la una".

Luego habla de las hambrunas pasadas, del asedio de los indios y de los menesteres a que se veían sometidas las mujeres por ayudar a los hombres que desfallecían de hambre. "Si no fuera por la honra de los hombres, continúa, muchas más cosas escribiera con verdad, y los diera a ellos por testigos".

Después recuerda la despoblación de Buenos Aires y el éxodo trágico hacia la Asunción. Habla de las importunidades del viaje y de como las mujeres habían tomado todos los servicios del navío.

Doña Isabel interrumpió quizás su narración y pensó más de una vez en la orden despiadada de Don Pedro de Mendoza: "Ydo yo a de hacer cata en el bastimento, que tuviere la gente y no dar ración a los que tuvieren que comer, ni a las mugeres que no lavaren y sirvieren".

Por la ventana del aposento, un aposento de techo pajizo y piso de tierra, se divisaría el recio tronco tor-

turado de un árbol recortando en un cielo de cobalto la austeridad de sus ramas sin hojas.

Doña Isabel, recordaría las palabras de don Pedro de Mendoza: "No dar ración a las mugeres que no lavaren y sirvieren". Sentiría como si se le abrieran las viejas heridas; sentiría de nuevo todo el dolor de ese grupo anónimo de mujeres que acompañaron a la tropa sudorosa y famélica, y sin embargo, aquella mujer de España se inclina de nuevo sobre la mesa y escribe:

"Verdad es que a estas cosas ellas no eran apremiadas ni las hacían de obligación, ni las obligaba si solamente la caridad".

La carta de doña Isabel de Guevara a la hermana de Felipe II, nos muestra un pedazo palpitante de la conquista.

Sor Juana Inés de la Cruz, decía que bien se puede filosofar y aderezar la cocina. "Y yo, agregaba, suelo decir viendo estas cosillas: Si Aristóteles hubiera guisado mucho más hubiera escrito".

Que visión tendríamos ahora de los conquistadores, si en vez del alemán Schmidel, nos hubiera dejado sus memorias alguna de estas mujeres que vinieron, como las mujeres del Cid, para ver "por los ojos como se gana el pan", y que al mismo tiempo que aderezaban la cena sabían manejar las armas y alentar a los soldados y disimular luego la torpeza de los mismos hombres que les negaban el alimento si no les servían?

Los sobrevivientes

Cuando los últimos compañeros de don Pedro de Mendoza abandonaron Buenos Aires y enfilaron las proas de sus barcos hacia Asunción, en España se tildaba de impostor a don Sebastián Caboto, Piloto Mayor de Castilla, por haber bautizado con el nombre de Río de la Plata las aguas que bañaban estas tierras de

desolación y de miseria.

Quizás los armadores de Sevilla fueron los primeros en propalar toda suerte de comentarios y versiones desfavorables a las nuevas comarcas, enconados contra el navegante que en vez de regresar con especias del Maluco, había olvidado el fin verdadero de su viaje y gastado los días vanamente en "correr la tierra" descubierta por Solís.

Mal avenían las andanzas de Caboto con el espíritu y los afanes de los mercaderes que un día le vieron partir esperanzados en que arribaría felizmente por el estrecho de Todos los Santos, descubierto por Magallanes, a los países fabulosos visitados por Juan Sebastián el Cano.

Pero después del desastre de Mendoza, el Río de la Plata cobró además fama de inhospitalario y arisco y el humor vagabundo y aventurero de los españoles prefirió entonces el trajín de la conquista en los dominios del Inca, al inútil sacrificio en ajetreos que remataban luego, sin brillo y sin gloria, a lo largo de un río donde sólo en su nombre se encontraba la plata.

Y así fue como Asunción, señera en la fosca soledad de los montes, quedó casi desconectada del mundo junto al olvidado camino de sus ríos, con sus mayorazgos y comendadores fracasados y con sus damas y doncellas venidas a menos.

Los que llegaron para "calar y pasar la tierra" con el Primer Adelantado, habían sido hombres inquietos, altaneros y un poco descreídos; sin embargo, la pesadumbre de los años, les iba aquietando el genio, que, según el Arcipreste,

*"fuerça, hedat e onrra, salud e valentia
Non pueden durar siempre; vanse por mancebia"*

En una Relación de las Provincias del Río de la Plata, que en 1581, Fray Juan de Rivadaneira dirige

al Rey, hablando de Asunción, dice que "tierra y pueblo es do hay mas viejos que todo quanto he visto en Castilla; y los clérigos son tan viejos que no van por los muertos a sus casas, sino que se los traen a la Iglesia".

Algunos de esos viejos hidalgos, al caer la tarde solían platicar a la orilla del río. Recordaban el alarde que hicieron en Sevilla. Era aquel, sin duda, un ejército digno del Emperador. Desfilaban con toda la pompa que tanto placía a don Pedro de Mendoza, en medio de una muchedumbre abigarrada. Los mozos que quedaban envidiaban la suerte que correrían los conquistadores y las mozas alababan el donaire y el garbo de los capitanes. Llevaban armas para guardar fortalezas y conquistar reinos y con ellos venían también ballesteros, lombarderos, herreros, carpinteros y miradores. Traían lo necesario para hacer pólvora: salitre, piedra azufre y carbón de saz. Traían plomo y estaño y los moldes para hacer pelotas de culebrinas y serpentinias y una gran copia de lanzas, dardos, ballestas, versos y espingardas. Y la gente aplaudía y celebraba la pericia guerrera del Primer Adelantado, digno soldado del César, recordando una antigua sentencia: Bienaventurada la tierra que tiene príncipes sabios!

Pero ahora aquellos hidalgos, derribados y caídos de sus sueños de gloria, veían sus días menguados y consumidos. Tenían la ropa raída, los calcanares desnudos, las tizonas herrumbradas.

Una brisa perfumada por las flores silvestres y el suave aroma del monte, rozaba el agua tersa del río. Entoncés uno de esos hidalgos, alzándose en puntas de pie, extendiendo el cuello y enarcando las cejas, con el hablar pomposo recitaba los versos del Canciller:

*"Do. estan las heredades et las grandes posadas,
Las villas et castillos, las torres almenadas,
Las cabañas de ovejas, las vacas muchiguadas,
Los caballos soberbios de las sillas doradas?"*

Pero junto a estos hombres casi seniles, crecían los "mancebos de la tierra", los primeros criollos, de los que el mismo Rivadeneyra, hace un retrato admirable:

"Son, dice, todos muy buenos hombres de a caballo y de pié porque sin calceta ni zapato los crían que son como unos robles, diestros de sus garrotes, lindos arcabuceros por cabo, ingeniosos y curiosos y osados en la guerra y aun en la paz. Y agrega, no son muy humildes, ni aplicados a trabajos de manos".

Los oficios

Aquellos hombres de Mendoza, no venían a colonizar, si no a conquistar. No traían herramientas, pero sí traían armas.

En España, los moriscos habían poblado y cultivado la tierra, mientras los señores, cobraban los arrendamientos y se ejercitaban en el oficio de la caballería.

No venían en busca de tierra fértil que cultivar, que España como lo dejó escrito en su Crónica Alfonso el Sabio, "es bien abundada de mieses, e deleitosa de frutos, viciosa de pescados, sabrosa de leche, e de todas las cosas que se de ella facen, e llena de venados e de caza, cobierta de ganados, loçana de cavallos, provechosa de mulos e de mulas... alegre por buenos vinos, folgada de abundamiento de pan".

Sin embargo, pocos años antes del descubrimiento de América, de un rey de Castilla, Enrique IV, decía un contemporáneo que "fué venido en tanta pobreza y necesidad, que muchas veces le faltaba para el mantenimiento de su persona".

Los cristianos viejos no eran dados al cultivo de los

campos ni a los oficios manuales; en cambio a los conversos, escribía el Secretario de Felipe II, "no había de haber rincón ni pedazo de tierra que no se les debiese encomendar, pues ellos sólo bastarían a causar fecundidad y abundancia en toda tierra".

Cuando los conquistadores se establecieron en el Paraguay y señorearon la tierra y fundaron ciudades, se repartieron los indios para hacerles cultivar los solares de labranza que a cada uno correspondía según sus méritos en la conquista o, lo que ocurría a menudo, según la amistad que les unía a los capitanes.

Ni aún en la época en que Buenos Aires soportó mayor miseria, se resignaron a trabajar.

Después del día en que Don Pedro de Mendoza regresó a España, el Capitán a quien dejó en la ciudad, sembró mucho maíz y como la gente era poca, dice en su Memorial el Secretario del Adelantado Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, "mandó a estos que quedaron por tenientes de oficiales, lo alludasen a los trabajos, los cuales se escusaron diciendo que eran oficiales de V.M. e así se quedaron en sus casas sin cuidado de lo que se debía hacer".

Pocos hombres de trabajo vendrían al Río de la Plata, cuando la primera fundación de Buenos Aires, dispuestos a ganarse el pan con la industria de sus manos y los que llegaron, no habían cruzado el mar para vivir, como en la aldea lejana, en la sordidez y penuria del oficio.

En el silencio de Asunción, se oía a veces, martillar a Antonio Pineda, el cerrajero, fabricando la pernería y clavazón de los barcos y aderezando los podones que desbarataban las malezas y abrían las primeras picadas; mientras Alonso Angulo y Juan de Espinosa, asestaban el laurel de las islas y el cedro de los montes y armaban la ligazón de las naves y construían los árboles y timones y ponían en su punto el codaste de popa y el codillo de proa sin haber acudido jamás a los "tratados de galafatería y carena de las naos".

Cada día, la ciudad necesitaba más de hombres que profesaran oficios manuales, por eso clamaba al Rey porque mandara quien supiera trabajar el acero y quien supiera templar las espadas, que era tanta la falta de estas armas que a los mozos que debían llevarlas les llamaban "mancebos de garrote", porque iban armados de palos.

Es que, dice un documento de la época, "no hay quien quiera ir a tierra pobre y si algún clérigo se dispone a ir en diciéndole que no hay dinero hace luego fea boca".

Pero, no sólo necesitaban armas y herramientas. Al despoblarse Buenos Aires en 1541, se lee en la Información de méritos y servicios del Capitán Gonzalo de Mendoza, que la mayor parte de la gente estaba tan desnuda que no tenía con que cubrir sus carnes.

Dos años antes, este mismo Capitán y su gente habían entrado al puerto llevando como únicos vestidos, unas camisas improvisadas con pedazos de las velas de un barco que había naufragado.

Quizás, estas camisas de que nos habla la Información fueron los primeros ponchos: unos retazos de lona con un agujero en el centro para pasar la cabeza.

Era tal la escasez de ropa entre los conquistadores que en Asunción, en 1539, ante Escribano, con fiadores y testigos, Pedro Formizado se obliga a pagar a Gregorio de Leyes 10 reales de plata en España dentro de año y medio o 60 reales de plata de buena moneda en el primer repartimiento que le corresponda en la conquista, "por razón de una cuera de Cordoban acuchillada, traída y dos camisas rotas y una talega bieja y unos pedaquelos de paño biejos y otros rrotos".

Mientras tanto, los conquistadores esperaban el socorro que les llegaría de España, "pues aquí parece claro, dice una comunicación al Consejo de Indias fechada en Asunción en 1556, que muertos los padres, los hijos quedarían como indios en sus costumbres".

Pero los años pasaban: los hombres de don Pedro de Mendoza que se habían encontrado indefensos y solos se habían afirmado con fijeza definitiva en el Paraguay. La vida se les había hecho más hermosa y alegre. Habían asimilado al mundo en que vivían y desde entonces fueron una misma cosa, un complemento mutuo. Sus fuerzas no se agotaron en la lucha ni perdieron su intenso dinamismo; por el contrario, al ver disipadas las leyendas y las fábulas con que se adornaban en tierras de España los episodios de la conquista, pisaron la tierra con mayor seguridad y firmeza.

Veinte años después de la fundación de Buenos Aires, Domingo Martínez, un estudiante sin oficio ninguno, que había acompañado a don Pedro de Mendoza, escribe desde Asunción una carta al Emperador donde relata los servicios prestados a la conquista.

No habla este Martínez de sus hazañas de guerrero. No cuenta las penurias sufridas en las expediciones, ni menta los estragos que hacían los conquistadores en sus combates con los indios. Habla en cambio, de las herramientas que él fabricó con sus manos, por la gran necesidad que de ellas había, aunque él era "un pobre estudiante que no sabía de oficio ninguna cosa alguna".

En Buenos Aires, fue de los primeros que hicieron anzuelos cuando la ciudad empezó a sentir el hambre. En Asunción hizo además cuchillos "amolados y encabezados al modo de los que traen de Flandes"; hizo un aparejo de pesca, quizás el primer espinel, hizo fuelles "como de platero", tijeras, agujas "de coser y de labrar", una rueda de madera grande y pesada para moler la caña y hasta peines, lo dice el mismo Domingo Martínez, "en tiempo en que para peinarse la barba no alcanzaban a los hombres un peine".

Los hombres del Paraguay ya no hablan de conquistar reinos fabulosos. Han echado raíces en la tierra y disiparon para siempre los sueños y las fantasías que los arrancaron de España. No solo piensan en las armas

para defenderse de los indios; piensan también en los aparejos de pesca, en las herramientas indispensables para los trabajos de la tierra y de los metales, en las agujas para las labores domésticas y en "otras cosas que se hacen de menudencias que contarlas sería muy largo", dice Martínez.

Los criollos

Asunción es un pueblo simbólico. En medio del abandono y de la desolación fue viviendo su vida. Es el embrión de América.

Cuarenta años después de su fundación, los criollos, los primeros criollos de este lado de América, comienzan a inquietar a los celosos funcionarios de la corona.

"Son menester muchos españoles, clama una Relación de las Provincias del Río de la Plata, y que aprieten bien las manos, y que Vuestra Alteza las abra, por que lo mucho cuesta poco, y el que ha de coger, forzoso ha de sembrar para coger. que quien a su carrera unta a sus bueyes ayuda".

Desde los comienzos los criollos demostraron su espíritu levantisco y más dado al trato de los indios que al de los españoles que vivían en los pueblos.

"Esta es tierra muy larga y muy abierta, dice otro documento de la Colonia, y la gente no es inclinada a trabajar de ninguna manera; antes son muy holgazanes y vagabundos y se andan entre los indios muy hechos a sus costumbres y modo de vivir y asisten poco a los pueblos de españoles, en particular los mestizos".

El camino del Río de la Plata se había perdido. Las expediciones de los sucesores de don Pedro de Mendoza, Alvar Núñez Cabeza de Vaca y doña Mencía Calderón de Sanabria, desembarcaron en la costa del Brasil y llegaron hasta Asunción atravesando montañas y montes vírgenes.

Los criollos y los españoles que se acriollaban iban poco a poco perdiendo, en medio de esta soledad y abandono, los hábitos y los instintos que dominaban a los primeros conquistadores.

Ya no querían ni hablar siquiera de expediciones ni de guerras de conquistas. "El ocio y paz con que han vivido, dice un Memorial refiriéndose a los criollos de la época, atendiendo solo a defenderse de los indios guaycurus y payaguas y el agasajo y regalo de sus casas, les es impedimento para discurrir por pantanos, breñas y montañas en busca del enemigo".

Así se vengó la tierra. De generación en generación fue conquistando a los que quisieron conquistarla.

Con razón el Virrey Avilés escribía pocos años antes de la Independencia: "Este Río de la Plata es el río de las congojas y desabrimientos".

Asunción había quedado aislada del mundo. Ya había comprendido la imposibilidad de llegar al Perú. Los montes eran impenetrables e imposible la navegación del Pilcomayo. Por el Río de la Plata el viaje era penoso y largo. Sobre todo, aguas arriba y soportando casi siempre vientos en contra sin hallar en las costas una población de españoles. Quedaba sólo el camino fatigoso y lleno de peligros que siguieron algunas expediciones a través del Brasil.

Entre los conquistadores había hombres de toda laya y catadura. Truhanes, mendicantes y perdularios de vida estrafalaria y pícara que sólo buscaban acrecentamientos y medros personales; soldados de costumbres relajadas y sueltas que entonaban "coplas viciosas de amores, pecadoras y llenas de mocedades" aprendidas en todas las mancebías de España; y caballeros y cortesanos atildados y pulcros, codiciosos de tesoros y joyas, valientes y esforzados en la guerra, que sabían nutrir sus discursos con doctas sentencias acerca de las vanidades terrenas y que acababan sus días pelean-

do como aquel Jorge Manrique que al morir llevaba en el seno, bajo la armadura, sus últimas coplas "contra el mundo".

Reducidos a las pobres soledades del Paraguay, algunos de estos hidalgos vivían torturados por la idea obsesionante de que sus hijos llevarían una vida enteramente salvaje, al ver como en el desierto de la Asunción, se corrompían las maneras y como hasta los hidalgos iban haciendo usos nuevos.

Medio desnudos, descalzos, sin más armas que un palo, los hijos de la tierra crecían y se desgarraba de sus padres españoles, para buscar el trato de los indios.

Los conquistadores, barbudos, desgreñados, vivían como moros, dicen las "relaciones", pues algunos tenían hasta veinte mujeres indígenas.

Perdidos en la vastedad misteriosa de la tierra dejaban retozar la tropilla cimarrona de sus instintos.

Semejaban tipos de aquelarre cuando se disputaban desafortadamente el amor de las hermosas guaraníes matando y mutilando por celos, no sólo a los indios, sino también a los mismos cristianos.

En los coros que se formaban a la hora tediosa del atardecer, era el tema obligado de las conversaciones.

Allí se hablaba del indio que había muerto colgado de un árbol por el soldado que le quitó la mujer; de los que habían sido diabólicamente mutilados; de aquel que profanó la Iglesia con sus impúdicas efusiones en las indias indefensas y de las correrías amoratorias de los capitanes.

Allí, Pedro Hernández, Secretario del Segundo Adelantado, recogió para transmitir al Rey, los episodios más escandalosos de la vida de Irala, que "tubo muchas pasiones con personas particulares por celos de indias". Allí supo como Juan Pérez, el "lenguarás", mutiló bárbaramente a un indio cristiano, impulsado también por los celos. Allí supo como otro español celoso mató a traición a un compañero suyo, vecino de Madrid, sin que se les castigara jamás, porque era "uso

usual y corriente entre los conquistadores".

Un día, el Capitán Vergara sobrino de Irala, pasó frente a uno de esos corrillos donde de boca en boca se glosaba la historia viva de la ciudad.

Iba sumido en sus cavilaciones, altivo, soberbio y orgulloso, cuando se le acercaron unos soldados a proponerle una expedición que abriera nuevas rutas.

El capitán, mirándoles de soslayo y sin amenguar la marcha les replicó:

"No ando yo tras que se descubran caminos!"

Debajo de uno árboles se verían unos indios tristes y silenciosos, con sus caras curtidas y el aire sombrío de hombres vencidos, y más allá cruzaría la plaza polvorienta, encerrada en el ruedo de los ranchos pajizos, una fila de indias, de caderas rotundas y ondulosas, llevando como en los frisos antiguos, sobre los hombros desnudos, botijas de miel o cestos rústicos colmados de frutas.

LAS PUERTAS DE LA TIERRA

Los criollos de Garay

Pero un día, Buenos Aires volvió.

Se vino desde Asunción con don Juan de Garay. Descansó primero a orillas del Paraná; a la margen de uno de sus brazos levantó el caserío de Santa Fe, y luego se echó a andar para volver a sentarse, ¡por fin! en la barranca gredosa que golpeaba inclemente el siniestro Río de la Plata.

Había dejado atrás la muralla del bosque escapándose por la brecha abierta por el río y se encontró otra vez con la barranca donde los Algarrobos clavaban las manos crispadas de sus raíces, con los anegadizos erizados de cortaderas y totoras y con el ombú rotundo y obeso, sentado sobre la tierra espeso en medio de la pampa donde los ojos corrían a lo largo del alambre tenso del horizonte.

La expedición era de criollos y los pocos españoles que acompañaban a Garay traían una visión del mundo distinta de la que alucinó a los compañeros de Mendoza.

Los españoles de la Conquista sólo sabían ser soldados y creían que el oro se conseguía solamente por medio de las armas.

Los que vinieron de Asunción, ya conocían bien la tierra y sabían amañarse para no morir de hambre.

Ya no se veían en esta Buenos Aires, los hidalgos enjutos, de andar engallado y solemne, que discurrían en los días de don Pedro de Mendoza. Ya no se veían

aquellos soldados de casco reluciente, que atisbaban el horizonte con la mano en el pomo de la espada, adivinando las rutas que les llevarían a la conquista de reinos fabulosos que les compensaran de las mezquindades pasadas.

Ahora eran unos hombres recios, de pecho vasto, con la tez curtida, que salían resueltamente del recinto de la ciudad, anunciando esta conquista de criollos con el redoble que tocaban las patas de sus baguales en el tambor de la pampa.

En las paredes desmanteladas de sus ranchos, colgados de un clavo, junto a las tizonas y a los yelmos, se veían ahora los bozales y las riendas de cuero crudo, con los que los nuevos conquistadores iban a sofrenar el desierto desbocado y chúcaro.

Es que ya habían tomado contacto con la realidad; no eran personajes de epopeya; no les acuciaba la soñada conquista del Dorado. Sabían que en esta tierra que volvían a poblar, no había oro ni plata. Traían herramientas y semillas y sabían además, que en las tropillas que se multiplicaban prodigiosamente en la inmensidad de la pampa, tenían una fuente inagotable de riqueza.

Buenos Aires volvió así de sus sueños. Hubiera podido entonces decir lo que don Quijote decía al volver de su locura: en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño.

Sin embargo, Alonso Quijano el Bueno, volvió de su locura para morir y Buenos Aires para renacer.

El Río de la Plata, que fue una equivocación de la Conquista, fue también, por esta segunda Buenos Aires, la salvación de los criollos.

Santa Fe de la Vera Cruz

Como aquel Capitán sobrino de Irala, casi todos los

hombres de Asunción hubieran podido repetir lo mismo:

"No ando yo tras que se descubran caminos!"

Sin embargo, un día, Don Juan de Garay aderezó sus armas, reclutó su gente y proclamó su propósito de "abrir puertas a la tierra".

Los hombres más graves de la ciudad tomaron parecer sobre este propósito. Eran aquellas "tres o cuatro personas fiables" de que hablaban los antiguos doctrinales de príncipes y que en los momentos más arduos daban el buen consejo que era de todas "las armas contra la fortuna a los grandes señores, la quinta et mas principal después de servir a Nuestro Señor".

El Capitán Martín de Orue calificaba a la empresa de Garay de "cosa de muchachos". Solo se aprestaban a seguirlo unos "mancebos y bien mancebos nacidos en esta tierra" y por añadidura, decía gravemente, "mal pertrechados de lo que se requiere para semejante jornada y tan importante" porque era bien sabido que en la tierra que quería poblar Garay "hay muchos naturales enemigos y gente belicosa".

Los Oficiales del Rey y muchos pobladores viejos acordaban con el Capitán de Orue; solo el factor Pedro Dorantes aplaudía sin reparos los designios de ese "hidalgo que se dice Juan de Garay" y ante las razones que se aducían sobre la falta de armas el sabía replicar mostrándoles orgulloso las que se fabricaban en Asunción: aquellos "arcabuces que han hecho y hazen unos moços sin averlos visto hazer syno por relación que les han dado".

Pero Garay triunfó; y con su idea de "abrir puertas a la tierra para tratar y conversar con la provincia y gobernación del Tucumán y por allí con los reinos del Perú", partió de Asunción mientras algunos maldicientes, murmuraban que el fin verdadero de Garay era usurpar la tierra a Su Majestad.

Setenta y cinco criollos y sólo cinco españoles, le

acompañaron' en la empresa.

Las Leyes de Partidas decían que "el barco para la guerra ha de ser, bien como el caballo corredor, largo e lomudo", pero Garay se embarcó en un bergantín construído en la Asunción, con el laurel de las islas, y llevó además unos pataches y canoas que le permitieran internarse en los arroyos y sondear las aguas.

Aquellos hombres habían olvidado ya la balumba de sutil orfebrería que engalanaba los primeros pobladores de Buenos Aires; la ropa de velludo forrada de marta, las calzas tiradas y el capelo empenachado y poco se avenían con el aparato de almetes, gorgojales y guardabrazos.

En el sopor de la siesta, al reparo de las velas estiraban libremente sus cuerpos bruñidos, apenas cubiertos por los andrajos, y se adormilaban con el chapoteo monótono del agua.

Sabían encontrar al "pacú" casi a flor de agua comiendo la fruta de las varillas, y eran expertos en "fijar" los "sábalos" en los bañados y enconados en perseguir las nutrias y carpinchos.

Garay les miraba con entusiasmo. El también era criollo. Llevaba treinta años de América, donde había llegado a los catorce. Era de pocas letras pero conocía bien la tierra y el humor de sus hijos.

Era valiente y audaz. Había vendido toda su hacienda y empeñado además en muchos pesos para salir adelante en su propósito de "abrir puertas a la tierra" y su espíritu generoso le llevó, lo dicen las crónicas, a "vender los vestidos de su mujer para socorrer necesidades".

Después de fundar Santa Fe y Buenos Aires, era tal su pobreza que él mismo le escribía al Rey en estos términos:

"V.A., me haga merced de alguna cosa en la casa Real de V.A. en Potosí, pues yo he servido en los reinos del Perú y en esta tierra de V.A. sin ningún aprovechamiento ni salario, como en otras partes tienen los capi-

tanés y gobernadores". Y, agregaba, "no se hallará que en los reinos del Perú ni en otra parte haya yo deservido a V.A. solo una hora". Sin embargo, a pesar de esos servicios, el también lo dice, "no habrá quien pueda comprobarle que alguna vez haya recibido paga ninguna".

Garay, observaba las costas del Paraná.

La margen izquierda era alta, ondulosa, fértil. La margen derecha era baja, anegadiza y se perdía entre el laberinto de los arroyos y la maraña densa de las islas.

La margen izquierda estaba defendida por la muralla de sus barrancas, mientras la margen derecha se agazapaba entre los árboles esperando el inexorable castigo de las inundaciones. Sin embargo, Garay se internó en un brazo del Paraná sobre la margen derecha y fundó Santa Fe de la Vera Cruz, del lado de "la tierra", para que por su "puerta" entraran los hombres de Asunción siguiendo el mejor camino que les llevaba al Perú.

No fue un acto solemne y espectacular como el de las fundaciones evocadas por los cuadros de historia.

No hubo allí gente arrodillada, ni besos a la tierra, ni brazos eclesiásticos bendiciendo el ámbito de la nueva ciudad, que, lo dice el mismo Garay, "no hubo uno que quisiera ir a aquella miseria".

No se hizo tampoco alarde militar ni ostentación de armas, que solo llevaban algunas espadas mal templadas y algunos arcabuces paraguayos; ni lucieron allí tampoco los pintorescos trajes de la época, que los compañeros del fundador iban tan sucios y andrajosos, lo dice Juan Alvarez en su "Ensayo sobre la Historia de Santa Fe", que los indios les llamaban los ahumados.

La vuelta de Buenos Aires

Pero Garay, incansable y tenaz, volvió a la Asunción, levantó estandarte real y publicó la población de Buenos Aires.

Con los sesenta hombres, recios y curtidos y valientes, que se asentaron "y se metieron debajo del estandarte real", bajó nuevamente por el Paraná y fundó Buenos Aires.

Venían desde los bosques donde el aire tibio y denso de los trópicos les había bruñido el cuerpo, llevando agazapada en el alma la voluntad de acercarse y comprender aquellos pueblos que quedaban más allá del mar.

Don Juan de Garay tuvo la visión de lo que sería Buenos Aires andando los tiempos, cuando escribió al Rey hablándole de lo que era necesario a estas comarcas para su "buen aviamiento" confiado en que el Emperador apreciaría los esfuerzos de "el que trabajo y pone diligencia y calor para que las tierras cerradas y remotas y apartadas de trato y conversación, bengan a ser lo que estas serán mediante la voluntad de dios".

Dos siglos después, un Virrey del Río de la Plata, el General Arredondo, escribía a España con una profunda tristeza: "si fuera posible poner puertas al campo..." —;En esa época las riberas del Paraná estaban pobladas; las cosechas eran abundantes y las haciendas se multiplicaban como por un prodigio en los campos dilatados y fértiles. Se iban cumpliendo las fantasías de aquel "hidalgo que se dice Juan de Garay" y de aquellos locos "mancebos, bien mancebos", que le acompañaron. Pero el Virrey Arredondo se desesperaba al ver que tanta riqueza no seguía por el cauce que en vano querían hacerle seguir las leyes. "Todos quisiéramos, le escribe al Rey, encontrar una llave con que cerrar de algún modo esta gran puerta".

Sin embargo, el Río de la Plata que no había aguantado el dominio Español que quiso imponerle don Pedro de Mendoza, se había entregado para siempre a los criollos que un día bajaron de Asunción para abrir de par en par las soñadas puertas de la tierra.

LOS CAMINOS DEL HAMBRE

Los pueblos del Río de la Plata

Con el vértice en el delta y la base ensanchándose hacia el mar, el río de la Plata es un corazón al abrigo del pecho abierto de la pampa, que en la diástole de sus mareas recibió un día la sangre de la conquista y la arrojó en el torrente de sus grandes arterias para purificarla en los pulmones de los montes paraguayos y volverla luego, saturada del oxígeno de América, a despertar la vida en el litoral agreste y bárbaro.

Así nació primero Asunción y después Santa Fe y por último Buenos Aires, la de Garay, la que trajo el Paraná como un embalsado en busca del Atlántico.

La conquista en el río de la Plata como fenómeno histórico, se presenta con características que la distinguen de la conquista en el resto de América.

En Perú y en Méjico, la civilización fue un trasplante; en el río de la Plata fue un injerto. El pampero derraigó la primera planta de Buenos Aires y la llevó, desgajada y maltrecha, hasta el Paraguay donde un brote se injertó en el tronco guaraní. En Méjico y en Perú se produjo una estratificación de elementos étnicos; en el río de la Plata, en cambio, se produjo un fenómeno orgánico de mestización inmediata y vigorosa. Las ciudades de la conquista fueron casi siempre un producto artificial, pero las del río de la Plata brotaron naturalmente del suelo mismo. Por eso en tierras argentinas se manifiestan desde los comienzos, dos tipos somáticamente caracterizados: el del interior, que se despeñaba del altiplano con los conquistadores de los dominios del Inca, y el del litoral, que traía el

Paraná aguas abajo desde el Paraguay mestizo donde señoreaban los criollos turbulentos.

Como los faraones del Egipto levantaron tres pirámides a lo largo del Nilo, así los conquistadores clavaron tres pueblos a lo largo de un río fabuloso. Pero Santa Fe y Buenos Aires vivieron bajo un signo infausto: el hambre. Y fue también el hambre la que trazó los caminos del río de la Plata; que si a los caminos que llevaban al Perú les abrió el goce inefable de una empresa, a los del río de la Plata les abrió la necesidad apremiante de vivir. Por las sendas del Perú, la yegua madrina de la ambición punteaba con el tintineo argentino de su cencerro en los días alucinantes de la conquista; pero en el río de la Plata, la angustia del fracaso irremediable abrió trágicamente las primeras picadas entre los montes y los primeros senderos entre los pajonales bravíos del desierto.

Buenos Aires

Primero se reduce a seis onzas la ración de bizcocho y luego a tres. Primero se comen los cardos y las sabandijas del campo y después las correas y las suelas. Se empieza disputando a los perros la osamenta de los caballos y se termina compartiendo con los caranchos los despojos de los ahorcados mientras una luna espectral asoma trágica su cara de leprosa sobre la empalizada de Buenos Aires.

Primero serios y mudos, lanzan un suspiro largo de inquietud; después levantiscos y hostiles, cuando el hambre apremia, los primeros pobladores ven encarnado en Mendoza, inaccesible y señero, el desastre de la expedición y desmoronamiento de sus sueños.

Un clérigo, don Luis de Miranda, que acompañó al Primer Adelantado, recuerda después desde Asunción en malos versos, el desastre de la expedición de Men-

doza y el hambre de Buenos Aires:

*"y lo que mas que esto junto
nos causó ruina tamaña,
fué el hambre mas extraña
que se vió".*

El recuerdo de estas "hambrunas", les persiguió toda la vida como una obsesión:

*"Allegó la cosa a tanto,
que como en Jerusalem,
la carne de hombre también
la comieron.
Las cosas que allí se vieron,
no se han visto en escritura,
..... "*

Y describe la desolación de Buenos Aires:

*"unos continuo llorando,
por las calles derribados;
otros, lamentando echados
tras los fuegos,
del humo y cenizas ciegos
y flacos, descoloridos;
otros de desfallecidos, tartamudos,
otros del todo ya mudos
que el huelgo echar no podían;
así los tristen corrían
rabiando,
..... "*

Y en esta miseria en que acababa la expedición más lucida que mandó España a América, veían ya los mismos acorapañantes de don Pedro de Mendoza, como el

clérigo Miranda, un castigo de Dios a su avaricia:

*"oh juicio soberano
que notó nuestra avaricia,
y vió la recta justicia
que allí obraste!
a todos nos derribastes
la soberbia de tal modo,
....."*

Y fue cuando estos hombres, derribados de su soberbia, se echaron desesperadamente fuera de los fuertes, en busca, no del oro ni de la plata soñados, sino del alimento indispensable para vivir. Y abrieron así los primeros caminos del río de la Plata; que en los días sombríos de la conquista, sólo se oye en estas tierras el clamor del hambre.

Buenos Aires, destartalada y taciturna, águaita a los sobrevivientes de Mendoza que salen en busca de tortas de maíz y de pescados, que arrebatan violentamente a los toldos en combates sangrientos.

Salen del fuerte, dramáticas hileras de hombres desalentados, inquietos, raidos de miseria, hundiéndose en los campos chúcaros y ariscos a pelear con los indios por el sustento.

Caminan sin cesar leguas y leguas por un panorama abierto, siempre igual y monótono. A veces descubren la rastrillada de un tigre; otras veces hacen un alto en la marcha, mientras la siesta, cachacienta, se agazapa en la sombra violenta de los ombusales. Algunos van a pié abriéndose paso penosamente entre los plumeros blancos de las cortaderas y el cuchicheo de los pajonales; y otros, jinetes avizorantes, galopan por esa tierra ancha y lisa como el cielo, mientras junto a la cincha del horizonte, el firmamento, después del galope de la

tarde, se cubre del sudor espumoso de las nubes como los ijares de los caballos jadeantes.

Los barcos, dejan de rumiar camalote en la orilla del puerto y salen también, río arriba, entre las greñas de las islas intensas a buscar que comer.

Francisco Villalta, que asistió al fracaso de Buenos Aires, escribe desde Asunción veinte años después, recordando estas expediciones fluviales de los famélicos conquistadores del río de la Plata:

"Y en este camino se pasaron excesivos trabajos y hambres por ser como era en la mitad del Inbierno y ir la Gente flaca bogando y toando por el Río sin tener otro refresco mas del que he dicho a U.S. y algunas Culebras, lagartos Ratones y otras Sabandijas que a dicha por los campos se topaban".

En llegar a los Timbues, tardan cincuenta días de pesadilla que dejan a los conquistadores más consumidos y secos que cuando abandonaron Buenos Aires.

"Estaba la gente tan flaca y debilitada, dice el mismo cronista narrando el arribo de los españoles a las tolderías de Timbues, que apenas se podía tener en los pies, por lo cual fue mandado que todos estobiesen en sus Ranchos, asentados con sus Armas en las manos y los alcabuceros las mechas encendidas, por que los indios no biesen la necesidad y flaqueza de la Gente".

Los timbues traen un poco de pescado y maíz "con lo cual, continúa Villalta, comenzó la pobre Gente alegrarse, i así fuimos a sus casas aunque con arto trabajo por que certifico a U.S. que hera tanta y tanta flaqueza tenían que apenas la gente se podía valer ni llegar del Río a sus casas aunque estaban mui cerca de la Plaia".

Cuando la mañana se despereza entre las sábanas de la escarcha, la flota reanuda su camino. Los remos se hunden en el agua penosamente y la maroma, atada a la cintura de un hombre o a la cincha de un caballo, tira al barco desde la orilla. Y así entre golpes de remo y cimbrones de sirga -bogando y toando, dice Villalta-

remontan los ríos hasta el anochecer, en que después del desabrimento de la jornada, los hombres se tiran sobre cubierta y miran con los ojos vidriosos de fiebre, la hoz de la luna que siega las estrellas del cielo como si fueran sus vanas esperanzas y sus caducas fantasías de grandezas.

Asunción

El hambre les persigue también a lo largo del camino que abrió el Paraná. Llegan a la boca del Paraguay, transidos de hambre; atraviesan el río "a la banda del Sol poniente" y siguen abriendo caminos, unos por agua y otros por tierra, atravesando lagunas y pantanos; pero era tal la miseria y el hambre de esos hombres y "les apretaba en tal manera", dice un memorial, que si demoran en encontrar tolderías donde alimentarse, "ninguno de los que fueron en el dicho viaje podían escapar".

Y así, desarropados y flacos, fundan Asunción. Pero también en esta "Tierra e casa de la Asunción, dicen las crónicas, abia tanta necesidad en la tierra de Comida entre los naturales e Cristianos, que apenas se hallaba i era tanta que de hambre se morían los naturales por los caminos de cuiu causa fue forzoso andalla a buscar por la Tierra adentro en algunas parte que la habia, e con estos trabajos adubimos quitando la comida e quitándola por fuerza e peleando con los naturales de la tierra adentro por que no nos querían darla por ninguna cosa".

No hallaron revés al que no hiciera pechos la brave-
ría española de aquellos que apenas podían llevar la máquina y el peso de sus cuerpos destartalados. Sin un momento de sosiego y quietud, cargados de cansancios y trabajos, comienzan a calar y a señorear la tierra y abrir los caminos, que en otros pagos sólo abría la

codicia, en busca de generaciones de indios que les dieran de comer.

"Todos los Yndios, dice Irala, que por este rrio arriba ay q. biben en la Ribera del no son gente que siembran ny de ninguan policia". En cambio, entre ellos, y prevenidos por que son gente hostile y levantisca, puede rescatarse pescado y manteca y pellejos y carne.

En la Relación que este mismo Domingo Martínez de Irala deja en el sitio que ocupó Buenos Aires al despoblarse en 1541 para juntar sus pobladores con los de Asunción, no sólo indica las costumbres y el genio de los indios y la posibilidad de encontrar alimentos y los mejores puertos naturales para guarecer las naves que suban hasta el Paraguay, sino que también indica los lugares donde puede encontrarse tierra de sembradura!

"En aquella costa donde se acaban las varrancas, en una punta gruesa q. se dize el rrio de San Joan, tiene en baja mar un yslote en la voca tiene una buena tierra para sembrar especialmente un monte questá entrando en el a la man derecha".

Y después agrega:

"han de sembrar desde principio de setiembre hasta el fin del sy fuere trigo o ortalizas pueden sembrallas en el mes de mayo y junyo e jullyo, la tierra que tiene montes es mejor para mayzes".

Los hombres que vuelven con Irala desde Asunción, como los que bajarán después con Garay, ya conocen la tierra y saben harto, que aquí no hay más plata que en el nombre del río; que los caminos abiertos no llevan a ningún reino fabuloso; y que sus vidas no acabarán en el fausto y brillo que soñaron sino en el cerco inexorable en que les encerró la adversidad y la pobreza.

Santa Fe

El alarde y reseña de las fatigas de los conquistadores del río de la Plata es la historia trágica de estos caminos del hambre, amojonados de muertes y de dolores, de desengaños y penurias.

Cuando Garay salió a fundar Santa Fe, treinta y siete años después de la fundación de Buenos Aires por don Pedro de Mendoza, se recordaban en Asunción las descabelladas expediciones que organizaban algunos conquistadores que todavía no se resignaban a abandonar sus fantasías.

"La falta de no estar poblado un nuevo Reyno en estas provincias, dice el capitán Martín de Orue, al Consejo de Indias en 1573, no ha sydo sino en los malos pilotos, por que en lugar de la poblar la han destruydo con andar buscando la laguna del dorado a un nuevo atabalypa y en esto han gastado su tiempo y consumydo lo que avia para sustentación de esta tierra".

Pero los que salieron para fundar a Santa Fe no tenían ante sus ojos los espejismos de grandezas y tesoros que alucinaban a otros. Santa Fe iba a ser solo una ciudad del camino: una posta en la ruta a Buenos Aires y en la ruta al Perú. Santa Fe iba a ser una encrucijada.

Junto a los caminos desolados del río de la Plata, entre los escombros de las ambiciones fallidas de los conquistadores, clavó sus raíces la tristeza criolla. Los sobrevivientes de los que llegaron un día bajo las banderas del Primer Adelantado, habían dejado para siempre sus ilusiones de grandezas, estaqueadas en la Cruz del Sur como un cuero reseco.

SANTA FE: CRUCE DE CAMINOS

La vera cruz

El declive del suelo no sólo encauzó el curso de las aguas en esta parte de América, sino que orientó además los caminos de la conquista. Los hombres encerrados en Asunción buscaron desesperadamente la salida al mar afianzando su dominio en el litoral; y los del interior, siguiendo el rumbo del Salado y del Carcarañá, trataron también de llegar hasta la cuenca del Plata.

Los pobladores de Asunción eran un peligro para los hombres del Perú; y para la vida de Asunción, el Perú, por espacio de varios años, fue también un motivo de inquietud y desasosiego, porque la miseria de Asunción, en un tiempo, sólo vio en el Perú fabuloso, el único remedio de sus lacerias, aún a trueque de su despoblación como Buenos Aires. Y en ese posible éxodo de Asunción, el Perú presentía nuevas complicaciones económicas y políticas mientras planeaba la conquista del río de la Plata para asegurarse por su parte una salida al mar.

El Licenciado La Gasca, escribía desde el Perú al Consejo de Indias en 1548, advirtiendo el peligro de permitir nuevas expediciones que "no hallando en el río de la Plata tantas riquezas, podía que passassen por acá é diessen desasosiego".

La Gasca argüía que esa conquista estaba reservada a los hombres del Perú y no a los que llegaran de España porque "es la gente que de allí viene muy bozal para la guerra de los indios é no hecha a los mantenimientos

ni temple de esta tierra, ni trabajos de ella, é no poder llegar los caballos que son menester; é los que llegan vienen tales con la navegación tan larga como de España al río de la Plata hai, que en muchos días no son de provecho".

En cambio, los que llegaron a América por el Panamá y habían calado las tierras del Perú y de Chile, estaban, según el Licenciado La Gasca, en condiciones más favorables para emprender con éxito esa empresa. "Y aún me parece, decía al Consejo de Indias, que desde acá, cuando algo se hubiese de proveer de conquista, se puede proveer con más entera noticia a causa de estar todas las de estas partes acá, entendido y calado, y por los que acá estan, como estan mas cerca e tienen mas aparejo para hacer estas conquistas, con mas facilidad les toman e piden menos cosas".

La conquista del río de la Plata fue en cambio la obra de los criollos de Asunción que bajaron con Garay y echaron primero los cimientos de Santa Fe de la Vera Cruz abriendo los caminos, dicen los documentos de la época, para el trato y comercio de la Gobernación de Tucumán y para comunicarse con España. Santa Fe se plantó en el cruce de los caminos. Tal vez el día en que se levantó el rollo en medio de la plaza, Garay trazaría en la arena una cruz con su tizona marcando los cuatro rumbos de los caminos que se encontraban en la encrucijada de Santa Fe: al norte, la cabeza de la cruz se perdía en los montes del Paraguay, al sur los pies se hundían en la Patagonia, al poniente un brazo se clavaba en el Perú y en el naciente el otro brazo señalaba la ruta del Brasil y de España. Y esta cruz, que tal vez marcó en la arena del pueblo criollo el fundador, fue la vera cruz de Santa Fe.

En su encrucijada se encontraron primero las dos corrientes pobladoras del río de la Plata; en su encrucijada se vino más tarde el predominio absorbente de Buenos Aires; en esa encrucijada se encontraron el 53, los que organizaron el país y por esa encrucijada llega-

ron con Aarón Castellanos los primeros "hombres de buena voluntad" que escucharon el reclamo argentino y vinieron a sembrar colonias y pueblos en medio del desierto.

Cabrera y Garay

Santa Fe está en la encrucijada. Los criollos de Asunción que señoreaban el litoral bajo la enseña de Garay, siguen río abajo y se topan un día entre el remolino de la indiada que huye, con los ginetes que en galope paralelo al Carcarañá llegaban hasta el Paraná.

Hay ojos atisbantes y recelosos en las barrancas, que miran, desde las cabalgaduras sofrenadas al borde del agua, los hombres refugiados en los barcos. Y a bordo, unos mancebos de la tierra curtidos de intemperies, requieren espadas y arcabuces. Pero los capitanes parlamentan.

Garay busca la salida al mar para Asunción. Sus hombres nacieron a orillas de un río y ahora siguen el curso de sus aguas. Son dos vidas paralelas: la de los criollos y la del río. Cabrera busca también la salida al mar para los hombres de tierra adentro. Al fundar Córdoba dijo que en el río de la Plata, "ha de tener puerto esta ciudad para contratar por el mar del norte con los reinos de castilla", y ahora cumple sus designios.

Entonces, los hombres del río y los mediterráneos, envainan sus tizonas, apagan la mecha de sus arcabuces y someten su pleito a la Audiencia de la Plata.

Un mar de tinta derraman memorialistas y curiales y al final, la Audiencia confirma el derecho alegado por los hombres de Asunción. Pero este pleito, no es nada más que el comienzo de una lucha, que con diversos matices, se irá librando en la encrucijada de Santa Fe: los hombres del litoral frente a los hombres del

interior; el puerto de Santa Fe contra el puerto de Buenos Aires después.

Los siete jefes

En los primeros días de Santa Fe la población se conmovió con una revuelta. Una tremolina de voces y algunos disparos de arcabuces despertaron el villorio. Entre las sombras de la noche, sobre las tapias de tierra, oteaban ojos femeninos, en tanto algunos hombres se largaban a la calle con estrépito de puertas y chocar de armas. Los perros, alborotados, ladraban desesperadamente detrás del garabato de los cercos, y en el cielo, las constelaciones se amontonaban como pollitos al abrigo del plumón de la vía lactea.

Pero la vocinglería y el ruido de armas se apagó enseguida. Los grillos volvieron a cantar en la maciega; desde la orilla del río se levantaba un vaho blanquecino; las ranas plañían al borde de las bandejas de plata de los charcos pidiendo al cielo de junio su limosna de estrellas, mientras llegaban de las islas vecinas el mugido de una vaca o el relincho de un bagual espantado.

Al llegar el día, los pobladores del real se encontraron con una nueva: siete jefes habían derrocado al gobierno, mientras Garay fundaba Buenos Aires.

Los vecinos se levantaron antes que la escarcha. Abandonaron sus catres de tiento los más y las camas de pilares los menos; se aliñaron un poco las greñas y salieron de sus casas de adobe o de sus ranchos de barro y de totora donde anidan las vinchucas esperando el verano.

Los amotinados -los siete mestizos de Asunción- habían convocado al pueblo. Ceñidas las cotas, tocados con sus morriones, y apercebidos los arcabuces, aguardaban la reunión del vecindario.

Los pobladores llegaban, algunos a pie con los borceguies humedecidos en los pastos y otros sobre sillas ginetas, clavando los alacranes de los frenos en el morro de sus caballos. Venían rebozados en capas guarnecidas, enfundados en zamarras, o calada la celada de cuero con babera estopada; con sus arcabuces y sus espadas y sus lanzas, como en los alardes.

El teniente de gobernador y el escribano y el alcalde y todos los otros peninsulares que ocupaban los cargos públicos, habían sido encarcelados. Y entre la algarrabía de los amotinados y el desconcierto de los pobladores, se nombraron de inmediato los reemplazantes.

Estamos en 1580 y esta fecha, inscrita en la heráldica santafesina, dice que fue el primer movimiento de los criollos.

Sin embargo, estos siete jefes -derrotados enseguida por una contrarrevolución- que se proponían extender el movimiento a Buenos Aires fundada nuevamente por Garay en esos días, estaban en contacto con el gobernador de Tucumán, con los hombres mediterráneos que disputaban a los del litoral el dominio de los ríos, desde el día en que se encontraron Garay y Cabrera en las barrancas de los Corondas.

Desolación

Como las tres pirámides del Egipto, se levantaban a lo largo del río, Asunción, Santa Fe y Buenos Aires.

Los criollos nacidos a orillas del Paraguay señorearon todo el litoral y Santa Fe fue viviendo su vida a costa de sacrificios y penurias en la solidez de la aldea.

Defendió de los indios a los porteños y no tardó en sufrir las consecuencias del natural engrandecimiento de Buenos Aires; fue hija de Asunción y los paraguayos

la olvidaron; y cuando las caravanas de carretas, enfilaban el camino al Perú, sabían los santafesinos, que los hombres del interior codiciaban siempre las costas del río donde les dio asiento Garay.

Así el alma del criollo de Santa Fe, sufrido y taciturno, fue viviendo entre recelos y rencores sordos. Mal visto, el que llegaba a medrar desde Castilla en los cargos públicos y mal visto el porteño que le desviaba el comercio del Paraguay.

Años de dolor y sacrificio que sólo pudieron sobrellevar con fortaleza y bríos, los criollos que echaron raíces en la encrucijada de Santa Fe.

En 1578, cinco años después de la fundación, el procurador de la ciudad se presenta ante el Cabildo. Había llegado un mercader al pueblo, y los vecinos y soldados querían seguirle tierra adentro, hartos de penurias y miserias.

"Así pido y publico a vuestras mercedes, dice el Procurador, no manden salir a ningún hombre de cualquier calidad y condición que sea, fuera del mercader, por cuanto son necesarios para sustentación desta dicha población", porque además se sabía en el pueblo, que los alcaldes y el escribano también se marcharían.

"También pido y suplico a vuestras mercedes, continua el Procurador, no manden salir desta dicha ciudad a andres de artigã por la gran falta que hay de escrivano". Y agrega:

"otro si y suplico a vuestra mercedes, que ninguno de los señores alcaldes salga desta dicha ciudad".

El año anterior había ocurrido también el Procurador ante el Cabildo reclamando por las licencias que el Gobierno otorgaba a los que querían abandonar la ciudad:

"E la mucha gente de españoles e vezinos que della estan ausentes asi enbiados a tucumán y al pirú por mandato del Gobernador como huydos desta ciudad e en la qual a quedado poca gente".

Dice además que el teniente de gobernador Francis-

co de Sierra, da licencia a los españoles que vinieron de España con el adelantado Juan Ortíz de Zárate para que "se vaya fuera de la tierra a la gobernación de tucumán e adonde quisieren" en perjuicio de Santa Fe; y sobre todo reclama y protesta expresamente porque el teniente de gobernador dio licencia a Pedro de Vega, "para que se vaya de la ciudad siendo como es engran de servicio de dios nuestro señor y de su majestad y notorio daño y perjuicio de los vezinos estantes y avitantes en esta dicha ciudad así por la falta que haría para la lectura escriptura de los hijos de los dichos vezinos como que no desprendrán a leer y escribir faltando El dicho Vega quel enseñan e no aver como no ay en esta dicha ciudad persona alguna que les pueda enseñar pues como dice el señor san pablo por la caridad todas las cosas sean de dejar especialmente por ser tan ymportante a la República".

Los señores Justicias y Regidores, platican todo lo contenido en el pedimento y ven "quan justo es lo que el procurador pide" y requieren al teniente de gobernador "para que no concienta ny de lugar que ningun español ni otra persona salga desta ciudad y tierra de los vezinos estantes y avitantes en ella para no volver a arresidir en ella como de antes ny menos deje salir della a pedro de vega pues es el que enseña la doctrina cristiana a los niños de poca edad y aler y escribir a los demás"...

Pero Santa Fe mantuvo su población. La ciudad, hostigada por los indios, se corre después unas leguas más abajo y allí sigue soportando hambres y reveses, con un aliento y ánimo inauditos, aislada entre sus tapias, bajo el follaje de sus naranjos, hasta que los gringos que llegaron después del 53, se metieron por su encrucijada con las alforjas cargadas de ensueños y de esperanzas.

UNA VISION DEL RIO DE LA PLATA

Las ilustraciones

En los días remotos de las Indias de Occidente, los grabadores y dibujantes tuvieron campo abierto para retozo y solaz de su fantasía.

En la época de la Conquista se adornaban los mapas con escenas y personajes imaginarios y la fauna y la flora americanas a través de los exaltados relatos de viajeros y conquistadores, prestaban a los artistas anónimos, elementos decorativos que al mismo tiempo caracterizaban las regiones descubiertas.

Estos mapas historiados, despertaban y acuciaban el afán de conocer tierras misteriosas deslumbrantes todavía de leyenda.

Antes que los cartógrafos modernos encarcelaran la fantasía en la reja inexorable de paralelos y meridianos, los mapas indicaban con encantadores y pueriles dibujos el lugar preciso que ocupó el Paraíso Terrenal y el monte donde se detuvo el Arca de Noé después del diluvio, y los Reinos de Gog y Magog de donde saldrá en los siglos futuros el Anticristo seguido por una muchedumbre que se desbordará por tierras de cristianos. Así también se encontraba sentado en su trono, al Rey Negro que señorea en Guinea, donde más abunda el oro; al Soldán de Babilonia, poderoso y grande, sentado a usanza de moros con sus barbas hirsutas y

la mirada ligeramente estrábica, mientras sostiene en su puño invencible un ave de altanería; y cruzando los desiertos en sus caballos engualdrapados, los tres sabios Reyes del Oriente que bajaron a adorar al Cristo en el pesebre de Belen.

Las tierras de América aparecen animadas en los mapas primitivos, por gigantes patagones que reciben con ademán cortesano a un conquistador empenachado y tieso, mientras remontando los ríos que se estiran y retuercen como vermes a lo largo de la Tierra Firme, nos encontramos con las Amazonas y los Césares en medio de animales y plantas nunca vistos.

Pero estos artistas anónimos, no sólo ilustraron los mapas y las cartas de la época donde se ven bajo los rayos de la rosa de los vientos, los barcos con el velamen hinchado cruzando el Océano, de olas en escamas, perseguidos por la terrible serpiente marina: en los libros de viaje y en las descripciones de las nuevas comarcas, los grabadores y dibujantes, pusieron el comentario ingenuo de sus estampas para mostrarnos, a veces, un conquistador que platica afablemente con algún indio entre los monstruos de la tierra y del mar y los demonios que vuelan por los aires; y otras, en líneas precisas y netas, los animales y las plantas indígenas dibujados amorosamente quizás después de una penosa jornada de angustias y de aprietos.

Los Jesuitas

En 1748 llega al Río de la Plata la expedición del P. Ladislao Orosz. Forman cincuenta y ocho jesuitas entre sacerdotes, estudiantes y hermanos coadjutores, este nuevo refuerzo de la Compañía de Jesús. Los Hermanos eran casi todos hombres de oficios: herreros, ebanistas, tejedores de paño, sastres, albañiles, boticarios y cirujanos; mientras ocho sacerdotes alemanes

venían ya doctorados en filosofía y algunos, no sólo dominaban además varios instrumentos de música, si no que sabían darse trazas para construirlos en estas tierras de América perdidos en pueblos miserables o en la sordidez de tolderías y reducciones.

Afervorado el fuego de sus corazones de misioneros, se holgaban en la penuria y trajín de sus andanzas. El P. Torres escribe en una de sus "Annuas": "he estado ocupado treinta y dos años sin haber tenido un día para respirar". "Su comida, dice además hablando de los jesuitas del Río de la Plata, es un poco de harina de maíz en agua, y por fiesta, algunos frixoles; su cama es el suelo sin más que una fraçadilla, su ordinario caminar a pie por caminos y resbaladeros". "Y lo que toca al vestido, agrega en otra oportunidad, cuando llegué a la Reducción hallé a los Padres desnudos, sin camisa ni zapatos y la sotana con mil remiendos que ya no se conocía el primer lienzo, pero consoladísimos".

Hombres jóvenes y recios, algunos después de profesar la filosofía o las ciencias en Universidades y Colegios de Europa, daban de mano a la gloria vana del mundo y seguían la vía penosa y áspera, del misionero, que para ellos era, sin embargo, regalo y refrigerio.

Así llegó Florián Baucke al Río de la Plata un día del año 1748 formando en las filas de Ignacio de Loyola.

Había nacido en Silesia en 1719 e ingresado a la Compañía en 1736. Era un hombre afable, cumplido, constantemente alegre, de un gran talento musical y que sin embargo buscaba la soledad y ajenación de las cosas de la tierra, para seguir, en la evangelización de países salvajes, el camino por donde le llegaban, a él también, aquellas "altas y subidas noticias de Dios" de que nos hablan los místicos.

¿Cómo sintió el paisaje de América este fino temperamento de artista?

Atravesó los montes que le aguardaban en un plantón secular con el rencor callado de sus troncos clavados en la tierra por una visión alucinante; siguió el curso

de los ríos donde las enredaderas extendían sobre las espaldas de los árboles la ondulación permanente de sus cabelleras floridas, mientras los pájaros echaban el zurcido de sus nidos en los algarrobos de la orilla; y tirado sobre la tierra reseca, escuchó muchas veces, el chaparrón cerrado de los galopes indios.

Después de la expulsión de los jesuítas, el Padre Baucke se retiró a un monasterio de la orden del Cister en Zwettl, y mientras aguardaba el llamado de la "hermana muerte", en la quietud de los claustros, con la tez curtida de intemperies y soledades, escribió y él mismo ilustró sus Memorias.

El título del manuscrito, es el siguiente:

"Aquí y allí. Allí placer y regocijo, aquí amarguras y angustias. Esto es: verdadera narración del viaje realizado en el año 1748 desde Europa a la América del Sud. es a saber, a la Provincia llamada del Paraguay y del viaje hacia Europa realizado en 1769 después de abandonar las Misiones; residencia aquí y allí en la Provincia del Gran Chaco, entre los indios Mocovíes, así mismo llamados Guaycurues; sus trabajos entre los indios paganos y cristianos con una relación del clima del país, sus productos, tierras, frutos, animales, pájaros, peces, sabandijas, que se arrastran y vuelan, y en general, todas las propiedades indígenas y exóticas, ilustrado con diferentes grabados y repartido en seis partes".

Las estampas del P. Baucke

En 1935 se publicaron en Buenos Aires, con un prólogo del P. Furlong, algunos grabados de Baucke según las fotografías tomadas de los originales en el monasterio de Zwettl. La indumentaria de españoles y criollos; la de los jesuítas y sus alumnos; el tatuaje y el peinado de los indios; las armas y arneses de los Moco-

vies y los telares indígenas, se encuentran reproducidos minuciosamente. Pero los dibujos de Baucke, que ilustraron sus Memorias, escritas en el desamor y disgusto del destierro, tienen además un valor artístico que rebasa los límites de la anécdota.

Tenía la visión precisa de las cosas. Sabía mirar bien y se afanaba en reproducir lo que veían sus ojos, sinceramente y lealmente, venciendo la impotencia de sus limitados recursos expresivos.

En un parangón de las láminas que ilustraron la edición latina del Schmidel de Hulsius y los grabados con que Baucke ilustró sus Memorias, se descubren fácilmente dos visiones distintas.

El grabador del "Viaje al Río de la Plata" de Ulrico Schmidel, no vió sin duda, las tierras que describe el cronista. Sus dibujos, no nos dan la impresión del ambiente. Es una visión a través de relatos. Es un "encargo". En cambio, las estampas de Baucke, salieron, más que para ilustrar las Memorias, por ese natural instinto del artista que le lleva a encerrar en los trazos de su lápiz o de su buril, lo que vieron sus ojos o soñó su fantasía. Así quedaron como una verdadera y palpitante visión del Río de la Plata, como si esos apuntes hubieran sido hechos por el misionero jesuíta en las mismas tierras que evangelizó, a campo abierto, mientras los caranchos revoloteaban sobre las osamentas y las iguanas se arrastraban penosamente sobre los campos.

No encontramos en las estampas de Baucke lo ceñido y prieto de los grupos del Schmidel, donde las figuras se funden en una sola masa; ni tampoco un desconcertante desparramo de figuras que embrollen la visión clara del dibujo.

Las escenas que representan los grabados del misionero jesuíta, son, en cambio, un conjunto admirablemente orgánico donde cada figura armoniza y concierta en la composición.

El Padre Baucke, era además un músico eximio. El fabricaba diversos instrumentos con los materiales más

primitivos; él les enseñaba a los indios a tocar en concierto las mismas partituras o motetes que componía; y en la soledad de los montes dominaba a los salvajes con los acentos de su música.

Este aspecto musical del Padre Baucke, se revela también en sus dibujos. Sus estampas son una melódica coordinación de notas. Las paradas militares de los indígenas reducidos en San Javier, le sugieren un grabado donde las figuras ecuestres de los indios, parecen colgadas de pentagramas invisibles; la Iglesia y casa de los Padres de la misma reducción, es también una página de música, con los acordes de las arboledas simétricas en los compases uniformes de los solares pautados por los surcos; y la carrera de caballos entre los Mocovíes, revela así mismo la mano diestra en la distribución de las notas de la escala en el emparillado de las cinco líneas.

Las láminas de Baucke, nos muestran los dos aspectos de la vida en los desiertos del Río de la Plata. La fétida promiscuidad de los toldos y el orden y disciplina de las reducciones. La chusma desnuda, agrupada, en la agitación barroca de sus danzas satánicas, retorcidas en convulsiones de posesos de aquellarre, y la fila de indios ataviados en un desconcertante atuendo indígena y europeo, que marcha guiado por el misionero, como la "división" que sale del "convictorio" bajo la mirada vigilante del "Prefecto".

Baucke es quizás el artista que supo sentir mejor y mejor sugerir con sus estampas, el ambiente y la vida en estos países de llanura, donde le cuero tirante y duro de la tierra quedó estaqueado, sin una sola arruga, en las estacas de los cuatro vientos.

Basta mirar en sus láminas, como corren y retozan los caballos por los campos desiertos. Estos caballitos de Baucke enjaezados pintorescamente en los desfiles; esos redomones que pacen a orilla de los ríos, o aquellos baguales que disparan bajo la amenaza de las boleadoras, son sin duda la más feliz evocación gráfica

del Río de la Plata. Son las mismas tropillas que galoparon después a lo largo del "Martín Fierro" y los mismos pingos que escarcearon en la "tierra baya y flaca como azonzada por la fiebre" de "Don Segundo", antes que los caminos encerraran en los "cuadrados" entre cinco hilos, a esos pobres mancarrones de las chacras que nos ven pasar hoy, envueltos en el olor a gasolina, con la clave de sol de sus cabezas caídas melancólicamente sobre la pauta de los alambrados.

EL AISLAMIENTO DE SANTA FE

Los descendientes de los conquistadores

Es un día cualquiera de 1600 o de 1700 o de 1800.

Es en el asiento primitivo de Santa Fe o en el lugar que ocupa desde 1660 apremiada por los indios. La vida es la misma; el paisaje más o menos el mismo también.

Unos hombres sentados al filo de la barranca, devanan la tristeza de la tarde con los ojos inmóviles en la lejanía azul del cielo, mientras unos barcos se duermen en el puerto esperando el cambio de viento, de este Norte que sopla como el aliento de una boca afiebrada que sólo se alivia con la virazón de la sobretarde.

Los hombres sentados al filo de la barranca, en un día cualquiera de 1600 o de 1700 o de 1800, son hijos, o nietos, o biznietos de conquistadores. Algunos tienen ya en sus venas, sangre de América. Sus antepasados dejaron en una picada la nota blanca de la osamenta injuriada por las alimañas del monte, o finaron en un entrevero con los indios, o vieron llegar la muerte, después de las penurias de una vida de sobresaltos y miserias, estirados en un camastro bajo el techo pajizo donde entre pellejos de nutrias espigaban los críos.

A veces hablaban de los pueblos que un día dejaron para siempre más allá de los montes impenetrables y de los mares misteriosos. Evocaban la vida de las ciudades, el trajinar de puertos y caminos, las costumbres de la aldea, el ambiente jocundo de hosterías y figones; y algunos también traían a mano el recuerdo

de universidades y de escuelas. Pero ellos, los críos, poca atención prestaban a esas historias. Eran más dados al trato de los indios y a la vida montaraz. Tenían el andar cauteloso y calmo, el mirar atisbante y bichador, el oído alerta y fino y pasaban los días entre las azarosas salidas a "cervear" o los combates con las tribus alzadas y las siestas interminables y ociosas bajo los naranjos, o los paliques de quiciales y pulperías.

En la orilla del río un calafate observa el plan de una canoa; hacia el lado de las islas se oye el graznar de los pájaros laguneros; a lo lejos pasa, chirriante, una carreta tirada por bueyes y los caracoleros, con el compás abierto de sus alas, van trazando la espiral que taladra la profundidad azul de un cielo limpio. Una calandria, desde la rama seca de un árbol, retuerce en sus gorjeos, los últimos rayos del sol y allá lejos, el horizonte subraya de silencio la plácida serenidad del cielo.

Los hombres sentados al filo de la barranca en un día cualquiera de 1600, o de 1700 o de 1800, son descendientes de conquistadores. Sus antepasados llegaron al río de la Plata pensando en que el lustre de sus linajes y mayorazgos aumentaría el brillo de las cortes; pero la tierra les tiró un pial y les dejó, quebrados, largo a largo, en el suelo que después señorearon los hijos.

El tema de las conversaciones es más o menos el mismo en 1600, o en 1700 o en 1800: los indios, los portugueses del Brasil, los porteños, los santiagueños, los cordobeses... Por los cuatrovientos, los santafesinos atisban siempre nubes de tormenta, mientras en el estrecho límite de sus tapias y de sus cercos, hierven las rencillas domésticas y las intrigas de la política.

Unas veces la indiada, otras la langosta, otras la sequía, arruinan y talan los sembrados.

Unas veces los de Córdoba en una incursión por tierras de Santa Fe han arreado la hacienda; otras veces, las invasiones de porteños han causado la despoblación de los campos donde antes se multiplicaban los ganados.

Las casas de teja y los ranchos de paja, desparramados en el recinto de la ciudad, van deshabiéndose y se desmoronan ante la indiferencia de los vecinos. De vez en cuando el Cabildo divaga sobre el abandono y la incuria del vecindario. De tarde en tarde los oficiales y ministros del gobierno platican largamente sobre el peligro de los corsarios holandeses que, osados y atrevidos, amenazan desde el Brasil con infestar el río de la Plata o algún vecino puntilloso, cavila sobre el contrabando dirigido como una institución durante la vida de la colonia por una organización judía de los Países Bajos.

A pesar de los Bandos, llegan y se refugian en Santa Fe, vagos y maleantes y evadidos del presidio de Buenos Aires; y a pesar de los Bandos, pulperos y tenderos mercan con indios y negros trocándoles por vino y aguardiente del Paraguay los productos de la tierra.

En 1600, o en 1700, o en 1800, no faltan vecinos, que más listos, acrecentaron su patrimonio y a quienes hay que "atajar" como a aquel Juan de Vergara de quien dice Hernandarias al Rey en 1618, que "con el calor de sus gruesos caudales se atreve a todo".

En el ruedo arenoso de la plaza destartada se oye a veces la voz del pregonero que llama y convoca a los vecinos para una "muestra de armas". Detrás de ventanas y portillos se columbran semblantes mustios de mujeres empavorecidas por el anuncio de guerra y los muchachos atisban agazapados en los cercos de tasis y pisingallos.

Pero los santafesinos que no fueron nunca lerdos en acudir "al ataque de la caja de guerra", como dicen los Bandos, ponían luego en la desolación de las calles polvorientas, la inquietud de sus caballos y el brillo de

las moharras encumbradas en sus tacuaras. Y un día marchaban contra los indios rebelados que asediaban la ciudad y otro en defensa de Buenos Aires u otro en una expedición, a través de los montes, para engrosar las huestes de correntinos o cordobeses o santiagueños y hasta para hacer frente a los portugueses que amenazaban señorear el río de la Plata copando La Colonia.

Los descendientes de los conquistadores, afianzaban así desde Santa Fe, la conquista en la que fracasó don Pedro de Mendoza.

El federalismo del litoral

Cuando Garay fundó Santa Fe pensaba ya en Buenos Aires, por eso en tierras de Calchines y Mocoretas la levantó para que fuera el fortín que afianzara la conquista del río de la Plata.

Santa Fe fue una cuña metida entre las generaciones de salvajes del litoral que defendía a Buenos Aires de las tribus que bajaban, asoladoras, del Chaco siniestro y aseguraba desde el cruce de sus caminos el trato y comercio y "conversación", como decía su fundador, con los pueblos de Córdoba y de Santiago del Estero y de Tucumán y con los reinos de Chile y del Perú.

El P. Torres, Provincial de la Compañía de Jesús, dice en su Anua de 1610 que es Santa Fe, después de Asunción, la ciudad más importante de esta gobernación y sobre todo, la mejor ubicada para facilitar el tráfico entre los diversos pueblos de la colonia. "Hanos parecido a los consultores y a mí, dice el P. Torres, ser muy conveniente esta residencia, por ser aquella ciudad escala y paso desta Gobernación, y llegar allí siempre los nuestros con necesidad de descansar y tomar refresco y por la correspondencia y comunicación de las casas y avio de los pliegos y cosas que se

despachan y lo principal por estar allí cerca una grande nación y provincia que se llama Uruguay".

Es sin duda Santa Fe una ciudad estratégica y el Rey y el Consejo de Indias que lo saben, tratan de protegerla y de asegurar su vida.

En cambio los santafesinos viven entre recelos y hostilidades. Por un lado los hombres de tierra adentro; por el otro los hombres de Buenos Aires. Por un lado la lucha subterránea del interior contra el litoral iniciada en los días de Garay y de Cabrera; por el otro, el puerto de Buenos Aires contra el puerto de Santa Fe. Los pueblos mediterráneos que buscan, como sus ríos, el cauce del Plata por una parte y por la otra el puerto de Buenos Aires que a pesar de leyes y pragmáticas, va absorbiendo naturalmente la vida del puerto de Santa Fe.

En 1595 los tucumanos llegan hasta los términos de Santa Fe y se llevan los indios encomendados a los santafesinos y que estos emplean en sus labranzas. El Cabildo se reúne y considera esta invasión del Tucumán y "las vejaciones" -dice el acta- que Santa Fe además recibe de los vecinos de Santiago del Estero.

En 1658 se publica un auto del Gobernador de Santa Fe convocando a los vecinos a una "muestra de armas" para remediar los agravios que causan "gente de la ciudad de Santiago que con orden anden en la jurisdicción de esta ciudad inquietándola y robándole lo que es suyo".

En 1737 el gobernador de Buenos Aires ante las reclamaciones del Cabildo de Santa Fe ordena "que prontamente se retiren las tropas de los vecinos de las corrientes que se ejercitan en recogidas de ganado en esas campañas".

Las haciendas que se reproducen milagrosamente por los campos de Santa Fe, son casi siempre el pretexto de los conflictos con sus vecinos: Santiago del Estero,

Córdoba, Tucumán, Corrientes y Buenos Aires misma que, además, con su puerto va absorbiendo el tráfico que, en vano, las leyes quieren encauzar por Santa Fe para evitar su ruina y despoblación.

Por eso los santafesinos, sentados al filo de la barranca en un día cualquiera de 1600, o de 1700, o de 1800, sienten por los pueblos vecinos la misma antipatía. Solos pelean contra los indios y solos defienden su ciudad contra la miseria. No esperan ayuda de nadie ni confían en nadie. Son recelosos y valientes. Viven alerta, con el mejor pingo ensillado y atado al palenque y entran a la iglesia con las armas en la mano y subrayando el coraje con sus espuelas.

El atuendo cambia un poco a través de los años, pero siempre es indumento de pobreza. Durante algunas épocas hay en la ciudad un aparente bienestar. Aumenta el tráfico de carretas y de mulas con el Perú y Chile y la yerba del Paraguay trae la única esperanza de salvación de los santafesinos. El mujerero amasa el pan para los forasteros; se alquilan y se construyen nuevas viviendas y abren sus puertas, de pesados batientes de algarrobo, algunas nuevas tiendas y pulperías. Pero de ordinario el pueblo vive en la pobreza. Algunas veces, el esfuerzo y el tesón de tantos años, parece que fuera a derrumbarse bajo el peso de las adversidades. Los indios embravecidos amenazan de nuevo a Santa Fe pero los santafesinos siguen defendiéndose solos, cercados por las tribus. El alimento diario de la población se trae desde la orilla del Paraná, desde la Bajada, porque es imposible procurarlo en las estancias o en las chacras asoladas. Entonces Santa Fe, desesperadamente pide refuerzos y la construcción de un fortín. La dotación de los doscientos hombres, necesarios para su defensa, se sostendrá con los recursos del puerto de Santa Fe si se favorece su comercio.

Pero el puerto de Buenos Aires es ya el mejor puerto del río de la Plata y sus vecinos miran con inquietud cualquier medida que ordenen en favor de Santa Fe o

el Rey o el Consejo de Indias.

Santa Fe, que abrió el camino de Buenos Aires, siente su trágico abandono, en la tristeza de sus siestas sahumadas de azahares y jazmines y en la desolación de sus noches desgarradas por el agorero vozido de las lechuzas.

Y así, en el aislamiento de su pueblo, los santafesinos, sin pensar en los comuneros de Castilla y antes del "Federalista", que no hubieran sabido leer, ahondaron el surco donde más adelante brotará el federalismo del litoral.

LA TRAGEDIA DEL PUERTO

El río

Santa Fe en los últimos tiempos de la Colonia es un caserío pardo y chato, aplastado al filo de la barranca junto al agua revuelta y turbia del puerto. Sus vecinos, visten, casi todos, pilchas ralas de vejez y de uso que a veces muestran la urdimbre o el recato de los remiendos. Bajo los árboles se ven hombres ociosos, hoscos de aburrimiento. Las mujeres tienen los ánimos mustios, pero se revuelven en las hendidias de puertas y ventanas respuntando de arriba abajo con sus miradas menudas, al forastero que cae de tarde en tarde. En el río, las canoas se deslizan pesadamente como yacaré muertos que flotarían con sus panzas hinchadas y tensas. Unos barcos silenciosos, parecen abandonados en la orilla; bajo el cielo inmenso gritan estridentes las gaviotas; en la isla se levanta la alharaca de las gallinetas, mientras el río, como una bailarina, se reboza en el manto cabrilleante de lentejuelas que le ofrece el sol de la tarde.

En los primeros tiempos, la navegación del Paraná desde Santa Fe a Buenos Aires tiene riesgos sin duda mayores que el camino por tierra.

El P. Torres escribe en 1610:

"La navegación deste gran río Paraná y del de la Asunción que entra en el, es peligroso, no solo por los indios que suelen impedirlo, si no por los muchos baxios y vientos y travesías y ruines embarcaciones".

En 1753, los santafesinos todavía hablan, quizás exagerando, de los peligros y de los inconvenientes de la navegación entre Santa Fe y Buenos Aires. La distancia que les separa se cubre por tierra en doce días, mientras que por agua se tarde un mes en recorrerla; y en 1780 se recuerda el naufragio de los barcos de Policarpo Aguirre, de Francisco Valiñas, de Guillermo Ros, y de otros más que se hundieron en las "canchas" del último tramo del Paraná.

Sin embargo, los barcos que vienen de Asunción, siguen de largo ante el angustiado clamor de Santa Fe. Llevan su carga de azúcar, de algodón, de tabaco, miel, vino y aguardiente, y vuelven con los artículos que mercan en La Colonia o en Buenos Aires mismo, remontando el Paraná sin cuidarse de Santa Fe, que junto al agua revuelta y turbia de su río, piensa, con amargura, en los días en que era el único puerto. Porque Santa Fe solo vivió holgadamente cuando en su ribera, poblada de barcos paraguayos, se oía el tufo criollo de yerba y de tabaco.

Las carretas

Hasta 1700, las cien leguas que separan Buenos Aires de Santa Fe por el río Paraná, son poco conocidas. Los productos del Paraguay llegan hasta el puerto de Santa Fe y desde allí se llevan en tropas de carreta a Buenos Aires. Santa Fe crece al amparo del comercio paraguayo. Por sus caminos salen también las mercaderías para los Reinos del Perú y de Chile, y para Santiago del Estero, Tucumán y Córdoba y regresan por ponchos, jergas y frazadas de "tierra adentro" y con barras de plata del Potosí, con añil de Chile, y cordovanes de Córdoba; con baquetas tucumanas y con cera y granos de Santiago del Estero.

Sesenta leguas alrededor de Santa Fe se pueblan de

chacras y de estancias con vacas, mulas y caballos para arrearlos en las grandes travesías y magníficas boyadas para uncirlas a las carretas santafesinas, voluntariosas y tenaces.

Los criollos que salían de la encrucijada de Santa Fe, con sus cargas de yerba paraguaya, abrían los caminos de una nueva conquista.

A veces, al borde de las sendas, les aguardaba el menguado refugio de las postas con la ramada abierta a los cuatro vientos, como el corazón del campo, donde el fogón chisporroteaba bajo la caldera del mate junto al rancho de quincho y al corral de palo a pique. Otras veces hacían alto a campo raso, con el oído atento y las miradas fijas en las orejas de los caballos que anuncian los lejanos galopes de los indios; o la proximidad del tigre; o el remoto ulular de los perros cimarrones; o la tromba de los baguales que corren enceguecidos sobre los pastos duros y resecos de los campos.

Las tropas de carretas, obstinadas, voluntariosas y tenaces, que como hileras de tortugas se arrastraban por los campos desiertos con su carga de yerba y de tabaco paraguayos, eran las nuevas Flotas de Indias que surcaban el mar de las pampas y desafiaban el oleaje de sierras y montañas. Y mientras los bueyes arrastraban soñolientos la carreta, los descendientes de los conquistadores, sentados en el pértigo iban tejiendo penosamente la urdimbre de los caminos con la lanzadera de sus picanas santafesinas.

Las carretas de Santa Fe, regresaban al puerto anunciándose con el chirrido de sus ejes como la canturria desesperante y monótona de la tierra salvaje.

Los negros y mulatos, movilizados por pulperos y tratantes, desentrañaban el cargamento de la tropa y en las pulperías se alineaban barriles y botijas de vino de Buenos Aires, de Lisboa, de Canarias, de Castilla y de Chile entre los vinos humildes de la tierra.

Los tratantes, trocaban por vacas y campos, las medias de seda de Toledo, de Inglaterra o de Milán; los paños de Segovia; las camisas de hilo de Ruan, de Bretaña o de Holanda; las capas de lana de Italia; los cuellos holandeses y las telas de Cambray. Algunas damas se engalanaban ya con cintillos, brazaletes y zarcillos de oro y vestían en las fiestas solemnes, polleras de brocato y seda; y calzaban chapines de terciopelo y recataban la endrina de sus cabellos con tocas de seda o de espumilla, mientras los funcionarios lucían sus trajes de golilla y los cabildantes se pavoneaban enfundados en sus casacas con el espadín al cinto y en las casas solariegas las mulatas y las negras trajinaban aderezando las vajillas de plata.

Una muchedumbre abigarrada de indios mansos, de criollos, de negros y mulatos, envueltos en hilachas y vedijas, merodeaban en las pulperías al amor del vino y del aguardiente; y a pesar de los Bandos, hasta los hijos de españoles y gente de alcurnia, se mezclaba entre la chusma de los toldos y cuatrería, en tanto los engolados funcionarios de la Colonia, se complicaban en los contrabandos de los ingleses y de los melifluos judíos de Portugal y de Holanda.

Había algunas canoas de tapia y tejas de canaleta con tirantes labrados de cedro paraguayo y con ventanas de rejas y pesados portales de quicio. En las salas había un gran espejo, unas sillas de cadera, sillones de baqueta de respaldos fraileros. Sobre mesas de goznes, alumbraban candelabros de plata, y en las gavetas se guardaban escrituras antiguas de codicilos y testamentos, y de tierras dadas por Garay.

En las escuelas de los conventos se enseñaba a leer y a escribir y algunos rudimentos de gramática. De vez en cuando aparecía un maestro que abría escuela particular, donde cobraba a los escolares el "galardón" que fijaba el Cabildo; y las Universidades de Córdoba y de Charcas, graduaban alumnos que a través del desierto iban de Santa Fe.

Llegaban con harta frecuencia y se aposentaban en casas de sus vecinos, mercaderes y traficantes de Buenos Aires, de Corrientes y de Asunción y también bajaban desde el Perú y de las tierras de Chile, comerciantes opulentos a ajustar sus tratos y negocios en la encrucijada de Santa Fe, que había venido a ser, como decía un memorial, "el centro y la caja común de todo el comercio del Paraguay con los reinos de Perú y Chile" y que por esta circunstancia, dice el mismo documento, "floreció y se llenó de habitantes que atraía el cebo de la utilidad que reportaba".

Las tropas de carretas, aumentaban en los caminos, los barcos y garandumbas trajinaban sin cesar en el puerto; las estancias y chacras se poblaban; y mientras los pulperos y mercaderes se enriquecían, los criollos que jugaban hasta sus últimas pilchas a los naipes, estaban también prontos a jugarse la vida en el primer entrevero.

Santa Fe vivía holgada y contenta. Su puerto, como un viejo criollo, apestaba a yerba y a tabaco paraguayo.

El puerto preciso

Pero un día, los barcos de Asunción siguieron aguas abajo olvidando al puerto de Santa Fe. Buenos Aires en la desembocadura del río los esperaba desde los tiempos de Garay.

Santa Fe había sido el fortín de Buenos Aires, su "antemural", decían los alegatos santafesinos. Buenos Aires, en cambio, empezaba a ser ahora, lo que soló su fundador, cuando puso sus trabajos y sus servicios, en "tierra pobre como esta" y que por "ser tan nueva" no tenía aún todo lo que quería para ella.

Buenos Aires absorbió el tráfico de Asunción y Santa Fe se quedó agazapada al borde de su río bichando en

el horizonte las alas blancas de los barcos que iban y venían a lo largo del Paraná como bandadas de garzas.

Las carretas quedaron arrumbadas en los caminos; las boyadas se acabaron en los campos yermos, talados por la langosta; y la indiada volvió a estremecer con su alarido las noches de las estancias indefensas.

El puerto de Santa Fe estaba desierto.

En 1717, apenas llegan a trescientos los habitantes de la ciudad. El fuerte del Rincón tiene solo cincuenta hombres, mal armados y medio desnudos. La guarnición de Rosario se ha reducido a diez hombres famélicos y casi indefensos.

No hay armas, ni pertrechos, ni municiones, ni pólvora.

Santa Fe, el "antemural de Buenos Aires", pide refuerzos desesperadamente porque sus vecinos ya no dan más y solo cuenta con cincuenta hombres mal armados para defenderse de los indios embravecidos como nunca.

Necesita cien hombres más, bien armados y bien pagos, para evitar las desertiones; y necesita carabinas y pistolas y chafarotes y diez piezas de artillería. Entonces, el Rey, manda al Gobernador, que en llegando a Buenos Aires, convoque a una junta de guerra a los "vecinos de mayor celo" para que consideren el estado de los fuertes de Santa Fe y arbitren los medios de mantenerlos echando mano de lo que hubiere en los almacenes reales o de los refuerzos que se mandan al presidio de Buenos Aires.

A principios de 1700 los Mocovíes y los Avipones reanudan con mayores bríos sus ataques a Santa Fe. Los malones han desolado las estancias del norte y después caen sobre los pagos de Coronda; y Santa Fe, acorralada por las tribus, para no morir de hambre, tiene que buscar un pedazo de carne burlando o desafiando a los indios en una travesía de cuarenta leguas.

Y así, un año tras otro, sus vecinos se acaban. Unos mueren en la guerra, otros la abandonan, otros, con sus familias, quedan cautivos en los toldos. Y su comercio, -su tráfico de encrucijada- se va para siempre en los barquitos paraguayos cargados de yerba y de tabaco, que como una bandada de garzas, pasan, rumbo a Buenos Aires, enfilando la otra banda del Paraná.

Los corrillos de la plaza, las tertulias de los conventos y las sesiones del Cabildo, están de acuerdo: solo puede librar a Santa Fe del peligro de la indiada, la construcción de un fuerte en Cayastá, treinta leguas al norte, con una dotación de doscientos hombres. Pero la ciudad ha quedado sin comercio y en medio de su pobreza no puede costear la guerra con los indios ni sostener siquiera su guarnición. Entonces la ciudad se hace oír del Rey y de la Audiencia de la Plata; y manda memoriales y envía diputados. Santa Fe, obtiene una Real Cédula, fechada el 18 de Agosto de 1726 que -como la del 31 de Diciembre de 1662- la declara puerto preciso de las embarcaciones del Paraná, con la esperanza de restituir su perdido comercio, y de ayudarla además con los arbitrios que señala a la defensa militar de la ciudad.

Sin embargo, Asunción protesta contra la obligación que le impone el Rey de llevar necesariamente sus productos al puerto de Santa Fe en vez de autorizarle a hacer su comercio directo con Buenos Aires, cuya proximidad a la Colonia, le permite entrar en tratos con los contrabandistas portugueses. Y Buenos Aires, por su parte, fomenta las aspiraciones de la Asunción con la tolerancia o la complicidad de los funcionarios y del comercio próspero de la ciudad.

En vano protesta y reclama Santa Fe. Las Reales Ordenes dictadas en su favor no se cumplen ni se cumplirán jamás. Los barcos paraguayos conocen ya el camino a Buenos Aires.

A veces llegaban hasta Santa Fe, después de haber dejado en las islas próximas la mayor parte del cargamento que recogen luego para seguir el camino de Buenos Aires, alegando que habían cumplido con las reales Cédulas al llegar a Santa Fe y que saliendo en lastre, de su puerto, no existía ninguna disposición legal que autorizara a los funcionarios santafesinos a impedirles el viaje aguas abajo. Pero estas triquiñuelas no eran frecuentes. Los oficiales reales, casi siempre enredados en líos de contrabando, sabían hacer la vista gorda, sin que fueran necesarios estos subterfugios.

Los procuradores de la ciudad alegaban que al comercio de Asunción le convenía más comprar en Santa Fe las mercaderías que los santafesinos fletaban en sus carretas desde el interior o desde Buenos Aires, pero decían en sus alegatos, "Paraguay con el vano fantasma de la libertad, orientaba en ese sentido su comercio apoyada por Buenos Aires".

En 1753, Santa Fe recurre ante la Real Audiencia del agravio que le causan Asunción y Buenos Aires; y aunque al año siguiente la Audiencia reconoce el derecho de Santa Fe, las pretensiones de los santafesinos, lo dicen ellos mismos, se estrellan "en la tenacidad de la Provincia del Paraguay y declarado abrigo que esta había ganado en el gobierno de Buenos Aires".

Buenos Aires resuelve que los barcos que bajen desde Paraguay con tabaco negro para el Rey, pueden eludir el puerto preciso de Santa Fe. Entonces, los barcos paraguayos traen, ocultando bajo unos pocos fardos de tabaco negro, todo el contrabando que pueden, y siguen, tranquilamente, aguas abajo, sin cuidarse de los santafesinos.

Pero Santa Fe, continúa con sus memoriales y con sus diputaciones, y pide que los barcos del Paraguay no pasen al puerto de las Conchas, aun después de haber dejado su carga en Santa Fe; que el tabaco negro para el Rey que envíe Asunción, se desembarque en su puerto para que los santafesinos lo transporten después

a Buenos Aires por tierra; que Buenos Aires no inter venga ni en la cobranza de los arbitrios ni en ningún asunto que se relacione con el puerto preciso y que se acuerde al Justicia Mayor y al Cabildo, toda la autoridad y jurisdicción competente sin que sus determinaciones puedan ser revocadas o enmendadas por otro tribunal que el de la Real Audiencia.

Santa Fe está convencida, y así lo dice en una de sus "presentaciones", que el gobierno de Buenos Aires, "movido por los intereses de sus vecinos", quiere agregar al comercio de España, el de los frutos del Paraguay, y que por esta razón "estará siempre mal avenido con la regalía del puerto preciso". Y, afirma rotundamente que el gobernador de Buenos Aires, "los dejará sin el correspondiente remedio y serán inútiles cuantos medios se arbitren, siempre que su ejecución dependa de quien se haya tan preocupado contra nuestros derechos".

Santa Fe quiere ya independizarse de Buenos Aires en todos los asuntos que se relacionen con el "puerto preciso". Solo así cree que se puedan dotar las doscientas plazas acordadas por Real Cédula en defensa de la ciudad y para afianzamiento de las reducciones.

Sin embargo, Buenos Aires y Asunción continuaron en el intercambio de su mercaderías a pesar del "puerto preciso" y Santa Fe, casi indefensa ante el ataque de los indios e impotente para desviar el curso del comercio del litoral, vivió sus años de miseria y de aislamiento.

El proceso económico que se desarrollaba a lo largo del Paraná, preparó la tierra por donde galoparon después los montoneros salidos del desierto con el rencor hacia Buenos Aires atado sobre los ojos como una vincha de sangre.

EL CANTO DE LOS GRINGOS

El desierto

¿Cómo era el desierto, el desierto nuestro, el que obsesionó a los hombres del 53?

Tenemos, acaso, una idea de lo que en aquellos tiempos era "el campo". Una idea convencional y decorativa, con sus domas de potros, sus fogones, sus guitarras, sus vidalitas y sus payadores; sus gauchos de chiripá y calzoncillos con cribos; de facones de empuñadura de plata y tiradores constelados de bolivianos. Un campo de cinematógrafo y de turistas.

Pero el desierto... ¿Cómo era el desierto? Sólo encontramos ahora sus restos en las páginas de Alberdi y de Sarmiento, como en vitrinas de museos.

Sin embargo, no fue una creación de la literatura sino una realidad trágica que reclamaba del hombre, más que una lucha con la naturaleza, un esfuerzo tenaz para vencer el espacio; que aquel no era el desierto de la geología, sino el de la gramática. No era esterilidad sino abandono.

Para el criollo del litoral, el desierto se agazapaba entre las sombras del poniente como un tigre cebado.

En la lejanía del horizonte, el malón se envolvía en el rebozo siniestro de la polvareda, y en el pastizal, húmedo de rocío, las montoneras deshojaban amapolas de sangre.

El fraile Castañeda llega un día hasta Santa Fe. Se traía las campanas de unas capillas abandonadas en Sunchales y Grondona y los restos de la imprenta volante que perteneció al General Carreras. Descalzo, como el franciscano, le acompañaba un suizo que había hecho la guerra con el grado de sargento mayor de ingenieros en las tropas de Napoleón. Había visto de cerca, la gloria militar más grande del mundo; había vivido en las grandes ciudades; había paseado la pompa de su uniforme condecorado por las miradas de mujeres hermosas y elegantes y acababa ahora sus días siguiendo en sus andanzas, por un país medio bárbaro, la figura de un fraile desconcertante y trágico, soñador y rebelde.

A diez kilómetros de Santa Fe, en el Rincón de Antón Martín, que hoy dicen San José del Rincón, Castañeda y el suizo, levantan una capilla y a su lado dos ranchos de barro y paja. Poco tiempo después, en esos ranchos, el fraile Castañeda, enseña las primeras letras a los tapes que se acercan atraídos por el repique de las campanas; instala su imprenta, donde el soldado de Napoleón compone y estampa terribles panfletos del franciscano, y abre luego una escuela de gramática latina, ¡en pleno desierto!, para iniciar, a un puñado de jóvenes que llegan desde Santa Fe y Buenos Aires y el Entreríos, en la lectura de los clásicos.

Así, en la paz fragante de los naranjos florecidos, de esos mismos naranjos que hoy vemos junto a la iglesia, el fraile Castañeda desafiaba al desierto, hostil y salvaje, recitando en latín los versos de Virgilio.

Mientras los gauchos de Urquiza que marchaban contra Rosas descansaban junto al fogón, Sarmiento, en su tienda de campaña leía en francés tratados de estrategia militar entre la soldadesca harapienta y paseaba insolente su afectada indumentaria de oficial

europeo con la jeta agresiva y hosca levantada hacia el desierto.

"Yo era, escribe Sarmiento, el único oficial del ejército argentino que en la campaña ostentaba una severidad de equipo, estrictamente europeo. Silla, espuela, espada bruñida, levita abotonada, guantes, quepí francés, paletot, en lugar de poncho, todo yo era una protesta contra el espíritu gauchesco".

La conquista militar del desierto, tiene un sabor de leyenda épica. La angustia de los pueblos azotados por los malones, la tragedia de las cautivas, la lucha cuerpo a cuerpo entre el vaho hediondo del indio y del potro sudorosos y jadeantes.

Sin embargo el descendiente de los conquistadores, el criollo, que conquistaba el desierto, sin saber para quien, perseguido por "el gobierno", a quien servía, ahogaba en los fortines el dolor que más tarde recogió en sus coplas Martín Fierro.

El 53

Hasta que por fin, después de Caseros, fueron llegando a Santa Fe unos señores graves, solemnes, ceñidos en el atildamiento del frac negro, con sus melenas románticas y sus caras encerradas entre los signos de admiración de las patillas rizadas.

Venían en carretas o a caballo desde Mendoza, desde Salta, desde Tucumán, desde Santiago del Estero; otros en barcos a vela desde el Entreríos o desde Corrientes.

Los vecinos de Santa Fe les vieron discurrir, con el andar tácito, sobre el colchón de arena de las calles desoladas y les abrieron de par en par las puertas de sus casas.

Algunos, en sus ratos de ocios, buscaban el trato de damas y escribían versos para recitarlos en los estra-

dos femeninos; otros exquisitos y pulcros, amenizaban las tertulias con sus alardes musicales, mientras en los corrillos masculinos, uno de estos forasteros, con ademán majestuoso y solemne a usanza de los campanudos partidarios de Rivadavia, se jactaba de su descreimiento enciclopedista y volteriano.

La figura de estos hombres se hizo familiar en Santa Fe. Del Carril, en su retraimiento altivo, contenía sus pasiones y la violencia de su genio; Facundo Zuviría, sentimental y candoroso, deslumbraba con la retórica ampulosa de sus discursos; Gorostiaga, hurafío, buscaba la soledad para ensimismarse en sus fantasías; y Llerena, inquieto y andariego, abandonaba sus libros de Historia Natural y Astronomía, para asomarse en la hondura de la noche y seguir con sus ojos, el trepar cauteloso de las estrellas, mientras iban tejiendo con sus patas de araña, una tela de ensueño sobre la ciudad dormida.

Algunas veces, con el andar apagado y mudo, cruzaban la Plaza y se dirigían hacia el Cabildo. Los gallos de riña, cantaban bajo los naranjos atados de la pata con un tiento sobado, y junto a las tapias ruinosas, la vergüenza encendía el tejado en las casas de adobe.

En los Salones del Cabildo se citaban "los Derechos del Hombre" y "Federalista" y en sus períodos sonoros y rotundos los oradores, con ademanes ampulosos, llamaban "lid" a la guerra, "trompas guerreras" a los clarines y "los pueblos" al inmenso territorio despoblado de las provincias.

Ahincadamente querían constituir el país y darle las mejores leyes del mundo, aunque el acibar de la realidad amargaba sus corazones.

Para llegar hasta Santa Fe cruzaron todo el desierto, oprimidos en el frac europeo y con las alas de sus corbatones abiertos bajo el mentón rasurado; pero desde Chile, Alberdi les advertía que "no es dado a un sastre distribuir con su tijera la civilización".

"Traed la Europa, clamaba en sus cartas quillotanas,

por el libre comercio, por los ríos, por los ferrocarriles, por las inmigraciones y no por vestir de paletot al que sólo es digno de poncho".

Los diputados constituyentes seguían sus deliberaciones. En la ciudad los gallos daban la nota larga, ondulosa, enronquecida y quejumbrosa de su canto que se levantaba como un salmo desde la umbría de las huertas y en los solares abandonados las higueras retorcían sus brazos mutilados de leprosas. Caserones sombríos con el espinazo de sus cumbreras agobiados de años; puertas entreabiertas desde donde atisbaban, en un hedor de pobreza, unos profundos y tristes ojos femeninos; mujeres embozadas en sus mantos camino a las novenas, después de haber pasado el día mirando desde una ventana la tapia frontera donde en las horas de la siesta rezongaba el mamangá entre el perfume de las diamelas y los jazmines; hombres erizados de barbas cruzando las calles con un gallo bajo el brazo; muchachos encogidos y madrosos; vacas criollas, cabezonas, huesudas, abrumadas bajo sus grandes aspas retorcidas; y caballos con aperos de campo, aburriéndose, soñolientos, a la puerta de las pulperías.

Hasta que los Constituyentes dieron fin y remate a su obra, y declararon que la habían hecho, también "para todos los hombres del mundo que quisieran habitar en el suelo argentino".

Después de esa sesión, algún diputado al salir del Cabildo, se dirigiría, tal vez, hacia la barranca. Daría la vuelta por la tapia de San Francisco y se pararía al borde del río. Entre las cicutas y las ortigas se oiría el canto de los grillos y en las islas, las ranas, como un coro de monjas plañideras y gangosas, salmodiarían un oficio interminable. A sus espaldas, la ciudad llena de sombras y de silencio se adormecía en la languidez y el cansancio de no hacer nunca nada; pero ante sus ojos, envueltos en el vaho que se levantaba lentamente del río, la imaginación alucinada de aquel hombre, daría en las más prodigiosas fantasías de barcos empa-

vesados con banderas de todas las naciones del mundo y de masas de hombres recios que hablaban lenguas extrañas y que luego se desmigajaban sobre la mesa tendida del desierto.

Los gringos

Treinta días después que los hombres reunidos en el Cabildo de Santa Fe abrieron los puertos y los ríos y los caminos de "los pueblos" para todos los hombres del mundo, Aarón Castellanos firmó un contrato con el gobierno santafesino comprometiéndose a traer mil familias de trabajadores europeos, a las que la provincia proveería de tierras, alimentos y útiles de labranza.

Castellanos se fue a Europa a buscar sus colonos. Pasó de una ciudad a otra agitando, en vano, el señuelo de la riqueza inexplorada de América, porque la barbarie de estas tierras apartadas del tráfico, derribaba ilusiones y quebraba voluntades; y cuando a pesar de su dialéctica, le apremiaban recordándole el furor sanguinario de las tribus indígenas, Castellanos, les llevaba hasta su casa, les presentaba su familia, una familia culta y distinguida, y les decía con desconcertante aplomo:

-¡Así son los indios de la pampa!

Pero en Santa Fe, donde nunca se tuvo confianza en los proyectos de Castellanos, se ignoraban esas andanzas y se tenía por fracasada la empresa colonizadora. Los santafesinos seguían su misma vida de siempre. Al caer la tarde, en los días de verano, la familia se reunía en el patio bajo el follaje de los árboles, donde unas arañas grandes y negras, se apeñuscaban después de tejer su tela, mientras el mate saltaba entre los nidos de las manos ociosas. El aire estaba perfumado de

magnolias y diamelas; sobre las tapias cubiertas de musgo, se extendía la vía lactea de los jazmines; los zaguanes, anchos y oscuros, como una boca desdentada, bostezaban un vaho pegajoso y húmedo; y en las copas rotundas de los naranjos, cantaban los zorzales.

A veces, llegaba un fraile de Santo Domingo o de San Francisco con los hábitos olorosos a rapé y a cera. La abuela, obsequiosa, entraba a un aposento sombrío, donde el agua de un filtro de piedra caía obsesionante y monótona en un tinajón de barro; abría la portezuela de una alacena cavada en el muro de adobe, saturada de frutas maduras, de dulces y duraznos en caña, y regresaba luego a la tertulia a cumplimentar el eclesiástico.

En estas reuniones, se recordaban de tarde en tarde, los vanos proyectos de Castellanos. El dueño de casa, si era algo versado en las cosas del gobierno, opinaba, doctoral, que no podía pensarse en colonizaciones hasta que la provincia no tuviera caminos y puentes; y la abuela, bajo la mirada paternal del reverendo, afirmaba que era obra del demonio traer gringos a estas tierras, que solo vendrían a perder el alma de sus hijos.

Las campanas desnudas y frías, en lo alto de las torres se estremecían en un clamor ascético, mientras el lucero vespertino acompañaba la agonía de la tarde, martirizada y sangrante, encendiendo la llama de su cirio litúrgico.

Pero unos años después de firmado el contrato de Castellano, llegaron los primeros gringos a Santa Fe, una tarde de los últimos días de Enero de 1856.

En el "Asunción", primer barco grande con máquina a balancín que llegó a nuestro puerto, venían doscientas familias de colonos.

La noticia, dio un galope por la ciudad, y los vecinos, curiosos y un poco hostiles, se arremolinaron en el

puerto para verlos de cerca. Pero el gobierno los había olvidado y como no tenían alojamiento se vieron obligados a permanecer anclados en el riacho.

Los gringos hormigueaban a bordo, un poco azorados con sus ojos azules y sus testas de miel. El pueblo estaba allí, echadito junto al agua, como el buey criollo, descolorido, de las carretas, rumiando soledades y tristezas.

Llevaban varios días en el Río de la Plata. Sobre sus cabezas, la noche chisporroteaba constelaciones que no habían visto jamás y el sol de las mañanas despertaba en el refugio del paisaje, el enjambre azul, amarillo y rojo de unas flores extrañas. Pero los indios... ¿dónde estaban los indios?

Y en medio de la noche, como un desafío, los gringos reunidos a bordo cantaron en coro las canciones de la tierra lejana, frente a la ciudad que no había cantado nunca.

Muchos años después, los santafesinos -que habían dormido siempre- recordaban que aquella noche no habían podido atrapar el sueño porque sobre el campanario de las iglesias donde revoloteaban los murciélagos y vozneaban las lechuzas, había pasado, libre y cándido, el canto de los gringos en un vuelo augural hacia el desierto.

El gobierno les concentró en la Estanzuela, unos kilómetros al norte de Santa Fe, sobre la laguna de Guadalupe.

Los vecinos llegaban a verles. Iban en sus mejores caballos para cambiarles por relojes. En este extraño trueque, el caballo donde paseaban su ociosidad, pasaba a las manos del colono que les ataría al arado en cambio de una máquina que no contaría jamás las horas interminables y vacías de los criollos.

El gobernador de la provincia, tomó con empeño la fundación de la primera colonia, que llamaron "Espe-

ranza", y los colonos se internaron en el desierto, cantando en coro los cantos de la tierra lejana, que interrumpieron el sueño de los santafesinos, en una cálida noche de Enero de 1856.

Vivieron a la intemperie; durmieron en el suelo; sufrieron la acechancia y el ataque del indio; pero incansables y tenaces, con el arma a la espalda, siguieron trazando en la pampa el pentagrama de los surcos.

Se iban cumpliendo los sueños de Rivadavia, de Sarmiento y de aquellos hombres que habían llegado hasta el Cabildo de Santa Fe cruzando el desierto, con sus melenas románticas y sus grandes corbatones negros. El almácigo de las colonias se sembraba de gringos para hacer el trasplante, luego, de las nuevas ciudades.

Las pesadas tropas de carretas cargadas de cueros o de yerba, se espaciaban para dar lugar a los carros de los colonos y sobre la tierra olorosa y húmeda, levantaban las primeras parvas sus jorobas doradas, como una caravana de camellos en descanso.

Así se realizaba la segunda conquista de América, la que hicieron los gringos que llegaron a Santa Fe, entre las miradas burlonas y las sonrisas cachadoras de los criollos, con sus zapatones pesados, con sus chalecos de colores, con su andar torpe de montañeses, y sus cantos con sabor de mosto, que parecían llenos de luz como una mañana de sol, o envueltos, a veces, en una ténue bruma de melancolía.

El desierto ha quedado ahora, sepultado para siempre bajo el terremoto de los arados.

Ya no llegan al puerto los barcos cargados de colonos como llegó el "Asunción", en aquella tarde calurosa del mes de Enero de 1856. "Esperanza", es una gran ciudad, madre de pueblos y en Santa Fe, murieron las abuelas que guardaban el dulce en las alacenas, que convidaban con "rosquillas" de mandioca los domingos y que en el verano brindaban un jarro de plata con la

espuma de un "panal" de azúcar, en el agua del tinajón de barro.

Sin embargo, por las chacras y las quintas, se oye todavía, al caer la tarde, el canto de los gringos, de los gringos que legaron hace veinte, treinta, cincuenta años, reunidos, después del trabajo, frente a un vaso de vino bajo la luz amarillenta del boliche.

Por los caminos, pesados y estridentes, pasan los camiones con la carga rubia de las cosechas, y a lo lejos, envejecido y jadeante, se arrastra el tren entre silbatos de angustias.

Algunas veces, los gringos recuerdan las penurias pasadas, sentados a la mesa, una mesa larga, sin mantel, donde hay un pan redondo y caliente que la madre rebana contra el pecho ubérrimo, mientras los hijos escuchan frente al plato humeante de sopa. Otras veces, después del partido de bochas del domingo, el recuerdo de la tierra lejana les cobija en su nido y cantan los cantos que oyeron cantar a lós abuelos en las montañas de la patria. Pero un día, se pone de pié un gringo viejo, tiene en su mano dura de callos, un vaso de vino, -un bicchier di vin-, y con sus ojos azules adormecidos por los años bajo el alero de sus cejas escarchadas, canta el canto de los gringos de América:

La partida de Europa, el viaje interminable a través del mar, la llegada a América, el desierto... y luego el nacer de las ciudades por el esfuerzo de los inmigrantes.

*Dell'Italija siamo partiti
Siam partiti col nostro onore
In trenta giorni di macchina a vapore
In quest'America siam arrivati
Non abbiám trovato ne paglia, ne fieno
Abbiám dormito sul duro terreno
Come le bestie siam riposati
E con l'industria di noi italiani
Abbiám formati paesi e città.*

Los compañeros se quedan un momento en silencio. Tal vez un colono medio poeta, compuso esos versos hace muchos años, al ver brotar las ciudades sobre la inmensidad de los campos, cuando los gringos, como los criollos que marchaban a los fortines, acababan la conquista del desierto sin saber para quien.

El sueño de Garay se había cumplido. Estaban abiertas de par en par las puertas de la tierra.

FUENTES

ALDAO CARLOS A. "Errores de la Constitución Nacional". Buenos Aires, 1928.

ALVAREZ JUAN. "Ensayo sobre la Historia de Santa Fe". Edic. 1910, Buenos Aires.

Archivo General de la Nación. Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires.

CAPPA RICARDO P. "Estudios Críticos acerca de la dominación Española en América". 9 tomos. Madrid, 1893.

CARRASCO EUDORO Y GABRIEL. "Anales de la Ciudad de Rosario de Santa Fe". Edic. 1897, Buenos Aires.

CARRASCO GABRIEL. "Primer Censo General de la Provincia de Santa Fe". Edic. 1888, Buenos Aires.

CARRASCO GABRIEL. "Descripción Geográfica y Estadística de la Provincia de Santa Fe". Edic. 1884, Rosario.

CERVERA MANUEL. "Historia de la Ciudad y Provincia de Santa Fe". Edic. 1908, Santa Fe. 2 tomos.

CERVERA MANUEL. "Actas del Cabildo Colonial, años 1575 a 1595. Varios otros documentos Históricos". Edic. 1924, Santa Fe.

CERVERA MANUEL. "Ubicación de la Ciudad de Santa Fe fundada por Garay". Edic. Santa Fe.

CHARLEVOIX FRANCISCO JAVIER de P. "Historia del Paraguay". 10 tomos. Edic. Madrid, 1910.

CRESPO EUDORO F. "Censo Municipal de Buenos Aires". Edic. 1889.

DE IRIONDO URBANO. "Apuntes para la Historia de Santa Fe". Edic. 1876. Santa Fe.

DU GRATY ALFREDO M. "La República del Paraguay". Edic. Bezaño, 1862.

FERNANDEZ DURO C. "Disquisiciones Náuticas" 6 tomos. Edic. 1876, Madrid.

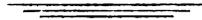
FERNANDEZ DURO C. "Tradiciones Infundadas".

- FURLONG G. S. J. "Los Jesuitas y la Cultura Rioplatense".**
- FURLONG G. S. J. "Florián Baucke S. J. Iconografía Colonial Rioplatense 1746-1767".** Buenos Aires, 1935.
- GARCIA J. A. "La Ciudad Indiana".** Edic. 1900, Buenos Aires.
- Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras. Documentos para la Historia Argentina, Cartas Annuas de la Provincia del Paraguay, Chile y Tucumán de la Compañía de Jesús 1609-1614.** Buenos Aires, 1927.
- La Biblioteca. Revista Mensual dirigida por Groussac.**
- LASSAGA RAMON J. "Tradiciones y Recuerdos Históricos".** Edic. 1895, Buenos Aires.
- Ministerio de Fomento. Relaciones Geográficas de Indias. 2 tomos.** Edic. Madrid, 1881.
- MITRE BARTOLOME. "Historia de San Martín".** 3 tomos. Buenos Aires, 1887.
- MITRE BARTOLOME. "Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina".** 3 tomos. Buenos Aires, 1887.
- OVIDEO FERNANDEZ DE. "Historia General y Natural de las Indias".** 4 tomos. Madrid, 1851.
- PEREZ RAFAEL P. "La Compañía de Jesús Restaurada en la República Argentina y Chile, el Uruguay y Brasil".** Barcelona, 1901.
- PEYRET ALEJO. "Una visita a las Colonias de la República Argentina".** 2 tomos. Edic. 1889, Buenos Aires.
- Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires.**
- Revista de la Junta de Estudios Históricos de Santa Fe. Santa Fe, 1936.**
- SCHWARTZ FEDERICO. "1492 Historia de un año célebre".** Barcelona, 1892.
- SCHMIDEL ULRICH. "Viaje al Río de la Plata".** Edic. 1903, Buenos Aires.
- VALERA MOSEM DIEGO DE. "Crónica de los Reyes Católicos".** Madrid, 1927.
- ZAPATA FLORIANO. "La Ciudad de Santa Fe Sinopsis para la obra del Censo Nacional".** Edic. 1899, Santa Fe.
- ZEBALLOS ESTANISLAO S. "Descripción Amena de la República**

Argentina". 3 tomos. Edic. 1883, Buenos Aires.

ZUVIRIA J. M. "Los Constituyentes de 1853". Buenos Aires, 1889.

LOS CAMINOS DE AMERICA



1940

REFERENCIAS PREVIAS

El Gobierno de Santa Fe, encomendó al Doctor Agustín Zapata Gollán la tarea de realizar investigaciones en Archivos y Bibliotecas de América, relacionadas con nuestra historia colonial.

Nuestra Provincia está situada sobre la margen derecha del río Paraná, desde unas leguas más al sur de su confluencia con el río Paraguay hasta unas leguas más al norte de su desembocadura en el Río de la Plata. Esa situación geográfica da a los acontecimientos históricos que se desarrollan en este territorio, sobre todo en la época de la Conquista y de la Colonia, una trascendencia no sólo nacional sino también americana.

Los primeros Fuertes de la Conquista del Río de la Plata se levantan en la tierra que es ahora de Santa Fe. El primer contacto entre las tribus indígenas de nuestro territorio y los exploradores se hizo en tierra santafesina. En esta tierra los compañeros de Caboto levantan el Fuerte de Sancti Spíritus. Este es el lugar desde donde los indígenas señalan el camino que, tras una larga travesía, unía nuestras costas del Paraná, con las regiones del Altiplano y del Perú, hasta tocar el Pacífico. La fundación de Santa Fe por los criollos que bajan desde Asunción capitaneados por Juan de Garay, tiene por objeto señalar y asegurar el camino que uniera a las poblaciones dispersas en los dilatados territorios de América, desde el Paraguay hasta el Perú. En la historia colonial de nuestra ciudad, se

pueden seguir los principales aspectos del proceso económico que se desarrollaba a lo largo de las diferentes regiones de este continente. Se pueden comprobar así las restricciones, privilegios y contrabandos a que ese proceso estaba sometido.

Mientras el Doctor Zapata Gollan daba comienzo en Lima a su tarea, se realizó en esa ciudad el XXVII Congreso Internacional de Americanistas, a cuyas deliberaciones asistió como Vocal de la Sección de Historia y presentó su trabajo sobre los caminos de América.

Este trabajo constituye una síntesis de la información reunida por los primeros cronistas e historiadores sobre los caminos indios y las diferentes embarcaciones utilizadas por los primitivos habitantes de América para recorrer las costas marítimas y los ríos del continente. Estos habitantes trazaron los caminos y las rutas que siguieron los conquistadores primero, y después, en tiempos de la colonia, el intercambio económico de los nuevos centros de población.

La primera parte de este trabajo se refiere a los indios navegantes. Comienza por la navegación india del Caribe en la época precolombina. Sigue después con las tribus navegantes de la costa del Brasil, con las del Río de la Plata y del Paraná, con las del Estrecho y los canales del sur, y con las de la costa y de las islas del Pacífico. Describe embarcaciones, material y técnica de fabricación, usos y prácticas de cada tribu y región.

La segunda parte alude a los caminos construídos por el hombre americano antes del Descubrimiento. Se refiere, en primer lugar, a la comunicación que existía entre los diferentes grupos indígenas, a lo largo de la ruta que siguieron los hombres de la expedición de Alvar Núñez desde la costa del Atlántico hasta el Paraguay, después de cruzar los montes del Brasil.

Luego, trata de los famosos caminos del Inca, y por último, del camino en diagonal que unía nuestra costa del Paraná con el Perú y al que se referían las tribus de las inmediaciones del Fuerte de Sancti Spiritus cuando daban a Caboto noticias de "la tierra adentro" y del "Rey Blanco".

Pero, sin duda, el capítulo de mayor interés es el que se refiere a los caminos incaicos, que despertaron la admiración de los hombres de la Conquista y que han sido y serán siempre un tema inagotable de investigación en los estudios americanistas.

Por último, en "Los caminos de la Colonia", que es el título de la tercera parte de este trabajo, el autor presenta una síntesis de la relación que existió entre el movimiento comercial de la Colonia y los caminos de América. Al final señala la lucha económica que libró el camino que unía el Río de la Plata con el Perú, cerrado al comercio por las leyes.

Para documentar su trabajo el Doctor Zapata Gollan ha utilizado no sólo el testimonio de los primitivos Cronistas e Historiadores de América, sino también documentos inéditos, puestos a su disposición con el mayor desinterés y facilidad por el Director de la Biblioteca Nacional de Lima Doctor Carlos A. Romero, el Jefe de la Sección Histórica del Archivo Nacional del Perú Doctor Domingo Angulo y el Director del Archivo Eclesiástico Doctor Rubén Vargas Ugarte.

Como resultado de la labor encomendada al Doctor Zapata Gollan por el Gobierno de la Provincia, se publicará, además, una Etnografía de Santa Fe. En ese trabajo, ya listo, se reúnen antecedentes relacionados con las tribus indígenas que poblaron nuestro territorio. Además, un estudio de algunas toponimias indígenas que existieron o que existen aún en territorio

santafesino, y la edición anotada de algunos documentos inéditos relacionados con el privilegio de "puerto preciso" que fue acordado a Santa Fe en la época de la Colonia.

A medida que estos trabajos se planeaban y surgían, fue naciendo la idea de crear una institución que se dedicara especialmente a las investigaciones y estudios que caen dentro de nuestra etnografía e historia colonial. Así fue como por iniciativa del Poder Ejecutivo de la Provincia. se dictó la ley n° 2902, que crea el Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales.(1)

(1) Texto de la ley por la que se crea el Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales:

Registrada bajo el n° 2902.
Santa Fe, 23 de julio de 1940.

Por cuanto: La Legislatura de la Provincia sanciona con fuerza de

L E Y :

Art. 1°.- Créase, dependiente del Ministerio de Instrucción Pública y Fomento, un "Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales", que tendrá por finalidad:

- a) Realizar investigaciones originales de carácter etnográfico, histórico, arqueológico y folklórico, vinculadas con esta provincia.
- b) Reunir y organizar el material etnográfico, lingüístico, folklórico, toponímico, arqueológico e histórico necesario para esas investigaciones.
- c) Procurar por todos los medios la colaboración popular para reunir y coleccionar el acervo folklórico de la provincia.
- d) Publicar los estudios e investigaciones que realice este Departamento.
- e) Establecer vinculaciones con instituciones de la misma índole, en especial con las instituciones científicas y universitarias.

Art. 2°.- Para la realización de estos fines el Departamento podrá solicitar la cooperación de las instituciones y dependencias de la provincia.

Art 3°.- El Departamento se compondrá de un Director con la asignación mensual de trescientos pesos (\$ 300) y de dos auxiliares de ciento cincuenta pesos (\$ 150) cada uno.

Art. 4°.- Mientras no se incorpore a la Ley de Presupuesto los fondos que demande el cumplimiento de la presente ley, se imputarán a Rentas Generales.

Esta institución se dedicará preferentemente a tareas de investigación científica y propenderá, sin duda alguna, al progreso de los estudios etnográficos y de historia colonial en el país.

El plan de trabajo, preparado por el Director y aprobado por el Ministerio, comprende investigaciones de diversas materias: Etnografía y Arqueología; Filología y Folklore; Historia: la conquista del camino, la conquista del indio, la organización social, jurídica y económica, el arte y la iglesia de la Colonia. Comprende también ediciones o reediciones de Crónicas, Memorias, Relaciones de viaje, Historias, Estadísticas y otras publicaciones.

El Departamento tendrá a su cargo, además, la formación de una biblioteca y mapoteca, y procurará la obtención de manuscritos inéditos relacionados con nuestra historia colonial. Organizará también un museo etnográfico y arqueológico.

Me complace dejar constancia que esta primera publicación del Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales, aparece simultáneamente en "Archeion" (2), periódico fundado en 1919 y dirigido por el sabio

Dada en la Sala de Sesiones de la Legislatura de Santa Fe, a los veintiocho días del mes de junio del año mil novecientos cuarenta.

MANUEL J.R. NINCI
Presidente C. de Diputados
Guillermo A. Aranda
Secretario

RAFAEL ARAYA
Presidente C. de Senadores
Ricardo Cullen
Secretario

POR TANTO:

Téngase por ley de la provincia, cúmplase, comuníquese, publíquese y dése al Registro Oficial.

IRIONDO
Juan Mantovani

(2) Vol. XXII - 1940 - N° 3.

profesor Aldo Mieli. Esta revista especializada en historia de la ciencia, es órgano de la "Académie Internationale D'Histoire des Sciences" y del "Instituto de Historia y Filosofía de la Ciencia de la Universidad Nacional del Litoral".

Juan Mantovani
Ministro de Instrucción Pública y Fomento

CAMINOS DE AMERICA(*)

I

INTRODUCCION

Los conquistadores encuentran indios navegantes en los mares y en los ríos de América que muchas veces les guían en sus exploraciones, como los indios del Paraná que guiaron a Caboto.

Las embarcaciones que utilizan los indígenas, varían en sus características, según el material que pueden utilizar en las regiones donde tienen sus "habitat" ordinario.

También los hombres de la Conquista encuentran caminos y senderos trazados por los indios que siguen a veces, guiados también por los mismos naturales, como Alvar Núñez en su travesía de los montes del Brasil para llegar al Paraguay.

Pero sin duda alguna, fueron los caminos del Inca los que despertaron mayor interés y mayor asombro a los conquistadores.

En la América del Sur, el objetivo de la conquista fue llegar al Perú. Unos lo intentaron por el lado del Atlántico y otros por el Pacífico.

Los indios que ocupaban el actual territorio de Santa Fe (Argentina) a la altura donde desemboca el Carcarañá en el Río Paraná, indican a Caboto el camino de la "tierra adentro", para llegar a las Sierras de la Plata. Es ese el camino que después describiría Concolorcorvo en su Lazarillo. Pero a los dominios del

Inca, llegaron los hombres que le buscaban siguiendo los caminos del lado del Pacífico.

Desde los comienzos de la Conquista, se forman así en América, dos corrientes distintas en procura de un mismo fin: la del Atlántico y la del Pacífico. Y durante la vida Colonial, se desarrolla la lucha económica de América entre los dos núcleos formados a cada lado del continente: el Perú del lado del Pacífico y el Río de la Plata del lado del Atlántico. Y esta lucha económica fue en realidad un conflicto de caminos: el camino de Concolorcorvo, que unía en diagonal el Río de la Plata con el Alto Perú, en competencia con los otros caminos que comunicaban el Virreynato del Perú con el resto del mundo.

Puede decirse entonces, que la historia de América se encuentra sintetizada en la historia de sus caminos.(1)

(*) Presentado al XXVII Congreso Internacional de Americanistas reunido en Lima en el mes de Septiembre del año 1939.

(1) El Gobernador de Santa Fe (Argentina) Doctor MANUEL M. DE IRIONDO, por el Ministerio de Instrucción Pública a cargo del Profesor JUAN MANTOVANI, con fecha 21 de Octubre de 1938, me ha encomendado la misión de realizar investigaciones históricas en los Archivos y Bibliotecas de América relacionadas con la vida colonial del Río de la Plata y especialmente de Santa Fe. Uno de los aspectos más interesantes de la Historia del Río de la Plata, es la lucha económica de sus caminos y de sus puertos, con las disposiciones legales que trataban de mantenerlos cerrados. En las investigaciones realizadas durante mi permanencia en Lima, he recogido gran parte del material utilizado en el presente trabajo gracias a la amabilidad del Doctor CARLOS A. ROMERO, Director de la Biblioteca Nacional de Lima, quien en todo momento facilitó ampliamente mi tarea con una generosidad que obliga a mi reconocimiento. También me complace agradecer, la cooperación eficazísima del Jefe de la Sección Histórica del Archivo Nacional, Doctor DOMINGO ANGULO, y del Doctor RUBEN VARGAS UGARTE, Director del Archivo Eclesiástico de Lima.

INDIOS NAVEGANTES

EL CARIBE

Noticias recogidas por Colón. Las "almadias". Resguardos para las embarcaciones indígenas. El Orinoco. La costa de Paría. Embarcaciones a vela. Construcción y calafateo de las naves indígenas. La navegación india en el Archipiélago y en el Istmo. Tradiciones indígenas.

Las primeras noticias sobre la navegación de los indígenas del Caribe, las recoge el mismo Colón. En sus relatos encontramos a cada paso, referencias a las embarcaciones indias, con la precisión necesaria para poder establecer sus características.

En su primer viaje, al día siguiente de llegar a tierra, observa que los naturales de la isla vienen "a la nao con almadias que son hechas del pié de un árbol como un barco luengo y todo de un pedazo y labrado muy a maravilla según la tierra y grandes, en que algunas venian 40 ó 45 hombres; y otras mas pequeñas fasta haber dellas en que venia un solo hombre. Remaban con un palo como de fornero y anda a maravilla y si se le trastorna luego, se echan todos a nadar y la enderezan y vacían con calabazas que traen ellos".

Esta observación consignada en el Diario de Viaje, establece, que las embarcaciones estaban "hechas del pié de un árbol"; que eran de una sola pieza; que estaban labradas que los remos eran como pala de panade-

ro; que había dos clases de embarcaciones y que unas era grandes, "como un barco luengo" donde venían 40 y 45 hombres, y otras pequeñas, para un solo remero.

Otro día anota: "...una almadia o canoa hecha de un madero tan grande como una fusta de 12 bancos, muy hermosa, varada debajo de una atarazana o ramada hecha de madera y cubierta de grandes hojas de palma, por manera que ni el sol ni el agua le podian hacer daño".

Aquí se nos da una noticia breve sobre la existencia de resguardos hechos especialmente para las embarcaciones indígenas y que recordaban a los conquistadores, las atarazanas de los puertos de Europa.

Sobre la longitud de estas canoas y su capacidad, se consigna en el mismo documento, un nuevo dato el 3 de Diciembre, cuando observa, "una almadia o canoa de 95 palmos de longura, de un solo madero, muy hermosa y que en ella cabrían y navegarían ciento y cincuenta personas". Pero en esta rápida anotación insiste además en decir que esa embarcación estaba construída "de un solo madero" y que además era "muy hermosa". En otra oportunidad observan en una caleta, "cinco muy grandes almadias que los indios llaman canoa, como fustes, muy hermosas y labradas, que diz era placer vellas". Más adelante dice el mismo documento que "fueron a dar en una atarazana muy bien ordenada y cubierta, que ni sol ni agua no les podía hacer daño y debajo della habia otra canoa hecha de un madero como las otras, como una fusta de 17 bancos, que era placer ver las labores que tenia y su hermosura".

Esta anotación nos dice, no sólo el tamaño de las embarcaciones y su construcción en "un madero como las otras", sino que también se refiere a las labores que las adornan.

Además, en la carta que escribió a Rafael Sanchez, Tesorero de los Reyes Católicos, dice Colón: "Cada una de estas islas, posee muchas canoas, de sólida y compacta madera, aunque estrechas, parecidas no

obstante en la longitud y forma a nuestras fustas, pero mas veloces en su curso; se les dá solo a remo la dirección. Las hay grandes, medianas y pequeñas; con todo, las mayores tienen disposición para diez y ocho bancos de remeros, y con ellas navegan a todas aquellas islas, que son innumerables y con las que tienen su mutuo comercio. Vi algunas de estas canoas que llevaban hasta setenta y ochenta remeros".

Colón clasifica por su tamaño, en tres clases a las embarcaciones del Caribe: grandes, medianas y pequeñas. Además dice que son "muchas" las canoas que en aquellas islas "innumerables", hacen el tráfico y el "mútuo comercio" y que solo se manejan y dirigen "a remo".

Por último, en su tercer Viaje, cuando recorre la desembocadura del Orinoco y la costa de Paría, anota: "Las canoas de ellos son muy grandes, y de mayor hechura que no son estas otras y mas livianas, y en el medio de cada una tienen un apartamento como cámara en que vi que andaban los principales con sus mujeres".

De acuerdo con esta observación, las embarcaciones que navegaban en la costa del actual territorio de Venezuela, eran más grandes y más livianas, y llevaban, además una construcción en el medio, como una "cámara".

Según lo observa Fernando Marquez Miranda en su trabajo sobre "La navegación primitiva y las canoas monoxilas", presentado al Congreso Americanista de New York en 1930, al citar las anotaciones de Paul Gaffarel, a la edición francesa de Angleria, la construcción de las embarcaciones del Caribe, se hace siempre en un solo tronco de árbol.

Pero, además, los primeros exploradores del Caribe encontraron en sus aguas, embarcaciones a vela, "tan grande como una galera", según lo dice Heredia en el Cap. V. Década I Libro V, citado por el Dr. Crescencio Carrillo y Ancona en las páginas que dedica a "El

comercio en Yucatán antes del Descubrimiento", presentado al Undécimo Congreso de Americanistas, reunido en México en 1895.

Estas embarcaciones que llevaban una especie de "cámara" tejida con estera de palma y de henequen, donde iban las mujeres con sus hijos y la mercadería, "sin que el agua de la Mar ni del Cielo, dice Herrera, les pudiera mojar", nos recuerdan a las que vio el mismo Colón en su exploración por la desembocadura del Orinoco y golfo de Parí.

Dice Rafael Monleón, en su monografía sobre "Las embarcaciones americanas en la época del descubrimiento", que las canoas que navegaban en el río Chagre, como las que recorrían el Parí, tenían también en el medio una choza hecha de hojas de palmeras, cañas y esterillas, abovedadas y divididas interiormente, y que sin duda eran así las embarcaciones que vio Colón "con su casa en el medio", pues ésta es la característica de las embarcaciones primitivas del trópico.

Bernal Diaz del Castillo, en la "Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España", al tratar del descubrimiento del Yucatán, dice que vieron llegar diez canoas muy grandes y que estas canoas que eran de las llamadas piraguas, venían cargadas de indios. Estas embarcaciones navegaban a remo y a vela: "venían a remo y vela". Y según esta misma descripción, no era más que troncos de árboles cavados y ahuecados: "son canoas hechas a manera de artesas y son grandes y de maderos gruesos y cavados de arte que está hueco y todos son de un madero; y hay muchas de ellas en que caben cuarenta indios".

Sobre las embarcaciones indígenas de la zona del Orinoco trae una interesante descripción, el P. José Gumilla de la Compañía de Jesús, en su libro "El Orinoco ilustrado y defendido, Historia Natural Civil y Geográfica de este gran Río y sus caudalosas vertientes".

Con fuego y agua, tiempo, flema y paciencia, dice

el Padre Gumilla, reducen a canoas o a piraguas, los troncos de los árboles más diformes de lo que puede pensar el que solo tiene luz y noticia de los astilleros de Europa". Estas embarcaciones llevan además de la popa y de la proa, "que son añadidas", una tabla en cada banda a todo lo largo para impedir que el agua entre a bordo.

Para calafatearlas, machacaban la corteza de una planta que crece en la orilla del río y del mar, preparando así una masa fibrosa y pegajosa de gran resistencia, que permitía desafiar, no sólo las olas del Orinoco agitadas por los vientos del Este, sino también los riesgos de una navegación marítima. El autor citado dice que se podría ir en estas embarcaciones "con la misma seguridad y riesgo como si fuera un buen barco de Cádiz".

Para construir sus embarcaciones, cortaban el árbol con hachas de pedernal, y luego, por medio del fuego iban excavando el tronco. Después de haberlo ahuecado, llenaban la cavidad con agua que calentaban a fuego lento hasta que cedían los costados y podían introducir en el hueco, travesaños de madera firme que ayudaban a darle la forma definitiva a la embarcación. Concluida esta tarea, retiraban el fuego, apagaban el que se había prendido en la superficie exterior del tronco y con gran prolijidad, durante muchos días, quitaban el carbón que se había formado en su parte interior y externa "hasta que toda la canoa quedaba con un lustre como de azabache que resulta del carbón bruñido, dice el P. Gumilla, y es de saber que aquel poco carbón exterior que le queda, es una defensa grande para que el agua no dañe ni pudra las embarcaciones".

Cuando el oleaje es demasiado fuerte, los indígenas del Orinoco, como los de Nueva Guinea, unen dos canoas por la proa, el centro y la popa, con maderas resistentes.

"La necesidad de pescar o de atravesar un largo río,

o un brazo de mar, dice D'Orbigny en L'Homme Americain, a menudo ha impulsado al hombre americano a ocuparse de navegación; por lo menos en tesis general puede decirse, que en el instante de la Conquista este arte estaba todavía menos avanzado que los otros".

Más de 360 islas que forman el Archipiélago del Caribe, hicieron navegantes a sus primitivos pobladores; por eso dice con razón Carlos Cuervo Marques, en su "Orígenes etnográficos de Colombia", que "los Caribes, como los primeros sajones, verdaderos reyes del mar, se ríen de los vientos y de las tempestades".

Con sus embarcaciones, los Caribes, cruzaron de una isla a otra y luego se aventuraron por las costas de la tierra firme. El mismo autor citado, dice que "desde las costas de la Guayana y probablemente también de las Antillas, la familia Caribe principió a extenderse en todas las direcciones; primero a lo largo de la costa comprendida entre las bocas del Orinoco y el Darien, y más tarde, remontando el curso de los ríos". Cuando en sus navegaciones los Caribes perdían de vista la costa, se sabían guiar por las estrellas o por el sol.

Los indios del Istmo, navegan por las costas del Pacífico y llegan hasta las costas del actual territorio de Colombia y una gran parte del Ecuador, en sus grandes balsas.

Pero los Caribes no sólo navegan por las costas marítimas. Unas tribus remontan el Orinoco, hasta el lago Maracaibo, mientras otras navegan en el Magdalena.

"El curso de los ríos, dice el autor citado refiriéndose a estas navegaciones indígenas, fue la amplia via que siguieron las invasiones para dirigirse del litoral al interior".

Una remotísima tradición indígena que recoge el mismo Cuervo Marques en su estudio sobre los orígenes etnográficos de Colombia, nos revela además que esas mismas tribus sabían que sus antepasados llegaron navegando a esas regiones. "Tenían la tradición, dice, que en tiempos anteriores había del otro lado del río

Magdalena una gran sombra recostada, con figura humana, llamada Are, que labró en madera rostros humanos y los arrojó al río a cuyo contacto se convirtieron en hombres y mujeres, progenitores de sus nacionalidades.

Dentro de la antigua gobernación de Serpa, que se llamó luego la Nueva Andalucía y en lengua de indios, la Guayana, existía un territorio que iba desde las bocas del Orinoco hacia la isla de la Trinidad ocupado por los indios Araucos, agricultores que vivían en poblaciones junto al mar. Conservaban en la época de la Conquista, la tradición de las guerras que sostuvieron con los indios Caribes para desalojarlos de esa tierra para lo cual, decían, que llegaron en unos navíos desde el lado de donde nace el sol. Frecuentemente tenían sus batallas con los mismos Caribes a quienes salían a buscar al mar en verdaderas armadas de piraguas, construídas en un solo tronco donde navegaban hasta 40 hombres.

La Costa del Brasil

El Diario de Pigafetta. La carta de Luis Ramírez. Los Tupi-guaraní.

Los primeros exploradores de la costa del Brasil también se encuentran con indios navegantes que salen a recibirles en sus canoas.

Antonio Pigafetta en su "Diario" de la expedición de Magallanes, dice que las canoas que pudieron observar en Río de Janeiro, "están hechas de un tronco de árbol ahuecado por medio de una piedra cortante"; y agrega, que eran tan grandes que "cabén treinta y aun cuarenta hombres, que bogan con remos parecidos a las palas de nuestros panaderos".

En la carta de Luis Ramírez, compañero de Caboto en la expedición al Río de la Plata, se encuentran referencias a esas canoas de los indios, que navegaban en la costa del Brasil y que les salen al encuentro desde la altura de Santa Catalina: "...estando en esto, dice, vino a la nao capitana de esta armada una canoa de indios..." Más adelante anota: "otro día de mañana vimos venir otra canoa..."; o "estando en esto vimos venir una canoa de indios...". Luis Ramírez no describe esas embarcaciones indígenas como lo hizo Pigafetta; sólo se limita a anotar la existencia de indios navegantes a la altura de Santa Catalina.

Dice A. Metreaux en su libro sobre "La Civilisation materielle des tribus Tupi-Guaraní", que estos indios del Brasil, son con los Caribes, los más hábiles navegantes de la América del Sur; y agrega que, "toda la raza Tupi-Guaraní, merece a justo título el sobrenombre de "Fenicios de América", discernido por Hervas sólo a los Omaguas".

Las canoas que estos indios utilizaban para la guerra, eran de una largura notable. Los montes del Brasil les proporcionaban el elemento necesario para construir-las, en sus árboles gigantescos y según el testimonio de viajeros y exploradores, era un verdadero juego para los indios, derribar un árbol y fabricarse una canoa de 15 metros de largo.

Metreaux, en la obra citada, transcribe un párrafo del Padre Anchieta transcrito por Simeo de Vasconcellos, que se refiere a estas embarcaciones y a la manera que los indígenas tenían de navegar y de utilizar sus remos como armas defensivas en los casos necesarios. "E quando o pede o perigo, dice el autor citado, com o mesmo remo, se escudan por que era seu remar em pé e tinham os remos huns como escudetes com que aparavam as frechas dos contrarios".

Los remeros iban de pie y manejaban con gran destreza los remos, que tenían diversas formas según la tribu, como lo establece el mismo Metreaux. Los Tupi-

nambá, los usaban lanceolados; los Chipayas, los usaban redondos u ovals; los Camayurá, de bordes paralelos y los indígenas de la Bahía de Río de Janeiro, los tomaban con ambas manos por el medio y remaban introduciendo alternativamente sus extremos en el agua.

El Visconde Porto Seguro en su "Historia Geral do Brazil antes de su separação e Independença de Portugal, se refiere a las canoas que hacían los indígenas en un solo tronco carcomido por dentro con la ayuda del fuego, que navegaban impulsadas hasta por cincuenta o sesenta hombres "esactamente, dice, como as antigas pentecontores no velho continente"; y a las que se fabricaban sólo con la corteza del árbol "com pontaltes no meio e apertadas com cipos para ficar convexa". Agrega este mismo autor, que los Caites de Pernambuco hacían canoas de periperis como los antiguos egipcios las fabricaban de papyrus.

Refiriéndose a estas embarcaciones fabricadas en una sola pieza con la corteza de los árboles, dice el ya citado Rafael Monleón, que "este tipo de fragilidad extrema es muy interesante por su antigüedad y sencillas primitiva" y que estas embarcaciones eran también las que utilizaban las tribus del Amazonas.

El Río de la Plata

Observaciones del Ulrich Schmidel. Los Timbues. Los Corondas. Los Mecoretás. Los Mepenes. Observaciones de Luis Ramírez. Navegación del Paraná. Embarcaciones construídas en Asunción. Los indios Payaguá.

El cronista de la expedición de don Pedro de Mendoza al Río de la Plata, Ulrico Schmidel, ha dejado tam-

bién referencias a las navegaciones fluviales de los indios que poblaban las islas y las costas del Paraná y del Paraguay.

"También tienen, dice Schmidel, de las canoas que allá afuera en Alemania se llaman barquillas". Y estas canoas indias, según la copia de un documento del Archivo de Indias, que se encuentra en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires citado por Edmundo Wernicke en su traducción de Schmidel eran de difícil y peligroso manejo para los cristianos.

El mismo Schmidel nos hace la descripción de esas embarcaciones del Paraná: "Estas barquillas son hechas de un árbol y las barquillas tienen un ancho de 3 pies en el fondo y un largo de ochenta pies. En todo tiempo viajan en ellas hasta diez y seis hombres y todos deben remar como los pescadores en Alemania y tienen remos, como los pescadores en Alemania. fuera de que no son reforzados con hierro abajo en la punta".

Sobre la capacidad de las canoas, Wernicke anota que según Stade Hans von Homberg, capítulo XLI, estas mismas canoas en el Brasil, llevaban a bordo hasta 18 hombres.

De acuerdo con el testimonio de Schmidel, los indios Timbues que ocupaban la margen derecha del Río Paraná a inmediaciones del sitio que hoy ocupa la ciudad de Rosario, salieron a recibirles en 400 canoas que llevaban a bordo 16 hombres cada una.

Remontando el Paraná y sobre su misma margen derecha se encontraban un poco más al norte de los Timbues, los indios Corondas que "tienen también muchísimas canoas", lo mismo que los indios Mocoretás. Los Mepenes, que habitan también las riberas del mismo río, tenían canoas con capacidad para 20 hombres y en ellas hacían también la guerra... "En una canoa, dice Schmidel, pueden viajar hasta 20 personas"; y estos indios que según el cronista alemán, que tenían "mas canoas o barquillas que cualquier otra nación que nosotros hasta ahora hemos visto aquí", salieron en

ellas en actitud hostil: "nos recibieron en modo de guerra sobre el río con 500 canoas".

Esta abundancia de canoas en el río Paraná, la anota Schmidel a cada paso de su relato.

El ya citado Luis Ramírez, que remontó este río antes que Schmidel, también recuerda las canoas indígenas del Paraná que en momentos de hambre para los compañeros de Caboto, llegaron cargadas de bastimentos por los indios amigos: "lo primero que hizo, fue enviarnos hasta veinte canoas cargadas de bastimentos de la tierra las cuales, llegaron al tiempo que en la tal necesidad estábamos, como tengo dicho".

Estos indios hablaban de la existencia de unas tierras donde abundaba el oro y la plata: "e estas generaciones, dice Diego García en su "Relación", dan nuevas deste Peraguay, que en el hay mucho oro e plata e grandes riquezas e piedras preciosas".

Los indios del Río de la Plata indican también a los hombres de Caboto, el camino que deben seguir aguas arriba, para llegar a las Sierras de donde algunos exploradores, según las noticias que se tenían, habían regresado cargados con la primera plata de América.

La navegación era difícil para los barcos de España: "Las naos no podían pasar por el Paraná adentro, dice la carta de Luis Ramírez, a causa de los muchos bajos que había". "Este río, dice refiriéndose a la desembocadura del Paraná, es muy caudaloso, tiene de boca XXV leguas largas". Y luego, agrega: "en este río pasamos muchos trabajos y peligros, así por no saber la canal, como por haber muchos bajos en él".

De las generaciones que encuentra en la margen derecha del Paraná en su último tramo, a la altura de la desembocadura del río Carcaraná, dice que "es gente muy bien dispuesta". Y así, por medio de sus "lenguas", se va informando del camino que debe seguir. Sin embargo, más al norte, entre los ríos Santa Lucía y Corriente, tributarios del Paraná, se encuentra con los indios Mepenes, que tratan de impedirle el paso

y que según Manuel Florencio Mantilla en su "Crónica Histórica de la Provincia de Corrientes", el nombre de esas tribus se deriva de mee, que significa dar, pee, que quiere decir camino y nee que es lo mismo que no; lo que etimológicamente significaría "los que no dan camino".

Desde los primeros tiempos de Asunción, se construyeron diferentes tipos de embarcaciones para la navegación fluvial y a fines del siglo XVIII, se construían siete clases distintas que se llamaban: barcos, botes, garandumbas, piraguas, balsas, lanchas y canoas. Los barcos grandes cargaban hasta 4000 quintales; los medianos hasta 3000 y los botes y lanchas hasta 2000. Navegaban a remo y con una vela redonda que llevaban en un solo palo a proa.

Las garandumbas eran unas bateas chatas que cargaban hasta 8000 quintales, pero que sólo se utilizaban para navegar aguas abajo y se les vendía como leña en el puerto de destino.

Cuando los barcos grandes remontaban el río Paraná, levantaban el palo mayor -que durante la bajada del río lo habían llevado sobre cubierta- aprovechando así los vientos del sur y del sureste; y en los días de calmas, navegaban a la sirga y a remo, como lo hacían también los barcos de Caboto y de Mendoza que surcaban las aguas del Paraná en los tiempos de la Conquista.

La primitiva embarcación de los indios Payaguá es la que describe Felix de Azara en la "Geografía Física y Esférica de las Provincias del Paraguay y Misiones Guaranies".

Estas embarcaciones "constan de tres palmos, los dos verticales y el tercero es corvo de popa a proa", dice Azara.

El indio Payaguá utilizaba como remo un palo flexible de tres varas de largo que terminaba en figura de lanza. La última parte del remo tenía una vara de largo y las dos varas restantes, formaban el mango o

empuñadura. Se sentaban en el plan de la canoa para pescar, mientras se dejaban llevar por la corriente, pero cuando bogaban se ponían en pie, sobre la extremidad de la popa.

La Zona Magallánica

Onas, Alakalufes y Yámanas. Observaciones del P. Joseph de Acosta. Observaciones de los hombres de Loaysa, de Ladrillero, del Comandante Byron y de la fragata de S.M. Santa María de la Cabeza. Las embarcaciones indígenas en la exploración y conquista de las tierras australes.

Los Onas que viven en la Tierra del Fuego, no son navegantes, en cambio navegan los Alakalufes y los Yámanas, que viven en la región de los canales. Estas dos tribus cruzan hasta ahora con sus piraguas desde la Isla Stewart hasta los canales occidentales de la Patagonia al norte del Estrecho y el canal Beagle y los canales que separan las islas del sur hasta el Cabo de Hornos en el grupo Hermite. Los Alakalufes, se extienden hacia los canales del norte del Estrecho, mientras que los Yámanas navegan por los canales del sur.

El P. Joseph de Acosta en su "Historia Natural y Moral de las Indias, al referirse a estos habitantes del Estrecho, dice que "los indios que habitan a la banda del sur son pocos, chicos y ruines", mientras que "los que habitan a la banda del norte son grandes y valientes".

La distinción que hace el P. Acosta entre los habitantes que ocupan el extremo meridional de América, corresponde en líneas generales, a las características que en la zona austral de este continente, distingue a los indios navegantes de los que no lo son; porque

mientras los Onas y los Patagones son hombres bien desarrollados físicamente, tanto los Alakalufes como los Yámanas, que pasan la vida en sus piraguas, son bajos y de piernas deformadas.

Estas dos tribus navegantes de la zona antártica de América, construyen sus pequeñas embarcaciones con la corteza de los árboles.

Los hombres de la expedición de Loaysa, como lo recuerda Gonzalo Fernandez de Oviedo y Valdes en su "Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano", después de pasar la primer angostura del Estrecho, descubren unos puertos muy buenos sobre la costa del norte donde fondean y se encuentran con "una canoa de cortezas de árboles con la armazón y cuaderna de costillas de ballena y cinco nahes, o remos, como palas, para remar".

En el relato de la expedición de Ladrillero a las tierras magallánicas, se encuentran descripciones de las canoas que utilizaban los indígenas en los canales. "Ya se habían huido con sus canoas, dice el relato, en las cuales llevan sus casas que hacen de cortezas de árboles tan bien como las canoas que son así mismo de las dichas cortezas, cocidas con junquillos de ballena, a las cuales fortalecen con barrotos delgados de varas de grosor de un dedo y aferradas de paja o espartillo, como los barrotos y la corteza, como pájaro en su nido; la hechura de ellas es como luna de cuatro días con unas puntas elevadas...". Más adelante, en su viaje hacia el Estrecho por la costa del Pacífico, encuentra otros "indios marinos que traen unas canoas de tres tablas, que al mismo tiempo les sirven de habitación: "su habitación, dice, es en la canoa do traen sus hijos y mujeres". Más al sur vuelven a encontrar las canoas de cortezas de árboles cocidas: "sus canoas son hechas de corteza de árbol tan gruesa como un dedo, la cual cosen una con otra". Estas embarcaciones a pesar de su débil construcción servían a los indios, para aventurarse en la difícil navegación de los canales del sur.

"Son tan tiernas, dice el relato citado, que si el hombre entra a dentro, como no sabe la maña, la rompe y la aniega luego". Y sin embargo, esas eran las canoas con que los indios iban de una a otra isla: "con las cuales canoas andan de isla en isla comiendo mariscos con sus mujeres e hijos".

En el "Viaje del Comandante Byron alrededor del Mundo, se lee que los barcos en que navegan los indígenas de los canales del sur, "son casi todos hechos de cortezas de árboles y no tienen más capacidad que la que basta para contener una familia; son por consiguiente, muy ligeros y cuando los salvajes saltan a tierra los sacan a la playa a donde no les alcance la marea".

En la "Relación del último Viaje al Estrecho de Magallanes de la Fragata de S.M. Santa María de la Cabeza, en los años de 1875 y 1876", se encuentra esta descripción de las embarcaciones que cruzan los canales del extremo meridional de América: "las canoas son de la corteza del árbol que dá la resina, cuyo mayor espesor no excede de una pulgada: se compone de tres piezas, formando la del medio la quilla, roda, codaste y plan de ella y las otras dos los costados. Es admirable la industria con que pelan estos árboles, no teniendo para este afecto más instrumento que un pedernal algo puntiagudo y trabajado, con que hacen unas cortaduras o incisiones circulares en los dos extremos del tronco y después una de alto abajo que las une; y a fuerza de paciencia y maña, van sacando en una pieza, la cáscara de todo el tronco, del largo que ha de tener la canoa".

En esta misma "Relación", se describe el procedimiento que usaban los indígenas para conseguir la curvatura que le dan a sus embarcaciones que llegaban a tener hasta 32 pies de largo. Las tres piezas que forman estas canoas, están unidas por costuras de juncos secos y "calafateadas" con paja y lodo para impedir la entrada del agua. Podían embarcarse 9 ó 10

hombres y se impulsaban a fuerza de remos en formas de canaletas que manejaban las mujeres, aunque a veces solían ayudarse con una especie de vela que fabricaban con cueros de lobos marinos y que aplicaban a la proa.

En estas piraguas pasan hasta ahora su vida los indios navegantes de los canales fueguinos como lo hacían en las épocas pre-colombinas y ha sido quizás este género de vida el que ha contribuido a darles el aspecto contrahecho y endeble que ya observaron los que acompañaron a Loaysa en su famosa expedición.

Las primeras exploraciones por los canales y las costas de la zona austral de América, también se hicieron en muchos casos utilizando las embarcaciones indígenas. En el viaje de D. García Hurtado de Mendoza al sur de Valdivia, cuando la fundación de Osorno, dice un documento publicado por D. Caludio Gay en su "Historia Física y Política de Chile, que al llegar a la desembocadura del río Pursilla, "mandó buscar barcos o piraguas, como las llaman los naturales, pues las hacen de tablas largas y las cosen con cortezas de árboles y van en cada una diez o doce remeros".

En el Tomo 269 de "Manuscritos Diversos" de la Biblioteca Nacional de Lima se conservan unos legajos relacionados con las exploraciones que a fines del siglo XVIII se intentaron hacer en las islas y canales del sur con el navío "San Lorenzo" que zarpó desde el Callao. Al llegar al puerto de San Carlos, el Jefe de la expedición pidió al gobernador un práctico "para ir al reconocimiento de la isla de Madre de Dios" y le contesta el gobernador, que el único práctico que hay en toda la región, es un piloto, Francisco Machado, que "solo alcanzó al puerto de Campana en una de las expediciones que de orden de S.M. ha despachado al reconocimiento de varias islas y Caletas de esta Archipiélago"; y cuando este piloto viene a bordo, declara que a ese camino del Estrecho, lo anduvo solo una vez "y en piraguas".

La Costa del Pacífico

Datos recogidos por el P. Cobo. Las embarcaciones indígenas según José Toribio Medina. Las embarcaciones de los indios según el P. Joseph de Acosta. Descripción de embarcaciones indias por el P. Fray Reginaldo de Lizárraga. Embarcaciones de cuero. Tradición de los indios de Arica y de Ica sobre antiguas navegaciones hasta las islas del Poniente. Los indios de Manta, de Tumbes, de Paita, de Huanchaco y de Chilca. Embarcaciones de juncos.

Los primeros cronistas de la Conquista se refieren a las embarcaciones que usaban los indios que ocupaban la zona austral de Chile. En la "Historia del Nuevo Mundo" del Padre Bernabé Cobo, se encuentra una descripción de estas embarcaciones. Según el cronista jesuita, tenían tres tablas; la tabla que formaba el plan era un poco curva, con las puntas levantadas; las tablas laterales se unían torciéndolas a fuego primero, para que se adaptaran bien al plan, al que se cosían luego "con un hilo grueso hecho de ciertas cañas bravas mojadas agujereando por donde ha de entrar el hilo con un diente de animal". Estas canoas estaban calafateadas con una especie de estopa que hacían con hojas y como este material no impedía que la canoa hiciera agua, iba siempre a bordo un muchacho achicando con una calabaza.

Dice José Toribio Medina en su obra sobre "Los abo-

rígenes de Chile", que la embarcación más común en la parte central del territorio chileno, eran las balsas que llamaban Thagi, fabricadas con hacés de enea y totoras que al atarlos unos con otros les daban la forma de una embarcación con popa y proa. Además fabricaban unas balsas muy livianas de magüey y otras de ciprés. Dice el mismo Medina, que a pesar de la fragilidad de sus embarcaciones, los indios de la isla de la Mocha desafiaban con ellas la bravura del mar y que cuando navegaban entonaban una canción pidiéndole que les dejara pasar "a comerciar prósperamente".

Los indios Chonos fabricaban canoas en un tronco de árbol ahuecándolo a fuego y raspándolo luego con unas conchas marinas. A veces se ayudaban en su navegación colocando una pequeña vela de cuero de lobo de mar. El tipo de las piraguas de tres tablas cosidas con hilo fabricado con unas cortezas y fibras de cañas majadas, era utilizado especialmente por los indios de Chiloé. Estas piraguas podían cargar hasta 200 quintales de peso y eran impulsadas por 8 ó 10 remeros y dirigidas por un indio desde la popa con una pala que hacía las veces de timón y a veces solían levantar también una vela.

Los indios de Arica fabricaban sus barcos con cueros de lobos marinos llenos de aire, que según el testimonio de la "Historia Natural y Moral de Indias" del P. Joseph de Acosta, era el mismo sistema, que empleaban los indios de Ica. Dice este historiador jesuita, que los naturales de Ica, "solían ir a pescar en unos cueros o pellejos de lobos marinos hinchados y de tiempo en tiempo, lo soplaban como a pelotas de viento para que no se hundiesen".

El fraile dominico Fray Reginaldo de Lizárraga, en su "Descripción breve de toda la Tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile", dice que estas balsas de cueros de lobos marinos llenos de viento, se usaban en la costa desde Arica a Copiapó y nos ha dejado además de este dato, una breve descripción de

estas embarcaciones.

Dice Lizárraga, que a los cueros de lobo "cosenlos tan fuertemente que no les puede entrar gota de agua; la costura está para arriba y el ombligo en medio de la balsilla, en el cual cosen una tripilla de dos palmos de largo por donde la hinchan y luego la revuelven y tuersen y enroscan. Cuando sienten que la balsilla está floja, desenroscan la tripilla y tornan a hinchar su balsa usando de canaletas por remos y no sufre cada balsilla sino una persona; la que sufre dos es muy grande". Y luego agrega: "entran la mar adentro en ellas seis leguas y mas".

Segun el P. Acosta, en estas balsas, antiguamente, los indios de la costa se internaban hasta algunas islas del Pacífico.

"Cuentan los indios de Ica y los de Arica, dice el historiador jesuíta, que solían antiguamente navegar a unas islas al poniente muy lejos y la navegación era en unos cueros de lobos marinos hinchados. De manera que no faltan indicios de que se halla navegado la mar del Sur antes que vinieran los españoles por ella".

El cronista Lizárraga, nos da algunas referencias sobre otros indios navegantes de la costa del Pacífico. Hablando de los indios de Manta, nos dice que, "los indios de este puerto son grandes marineros y nadadores; tienen balsas de madera livianas, grandes, que sufren vela y remo". De los indios de Tumbes, nos dice que son pescadores y que también navegan en balsas aunque las balsas de los de Paita son mucho más grandes y que con ellas no sólo llegan hasta Guayaquil, sino que vuelven "doblando el Cabo Blanco que es uno de los trabajosos de doblar y ninguno mas de los desta costa del Pirú". Cuando el mar está en calma, los indios colocan velas a estas balsas y las impulsan además con remos. "Aprovechanse de velas en estas balsas, dice, y de remos en calmas".

Los indios de Huanchaco, cerca de Trujillo, son también grandes pescadores y nadadores. "No temen las

olas por más que sean", dice el cronista citado. Estos indios usan de unas balsas pequeñas que hacen de juncos gruesos; y que son tan pequeñas que las llevan a cuestras y las desatan para enjugarlas después de sus navegaciones. Este género de embarcación también lo usaban los de Chilca, al sur de Lima.

El P. Cobo, en su obra citada, dice que las más pequeñas de las balsas de junco tenían capacidad para diez personas; que estaban construídas con dos haces secos liados y bien apretados con cuerdas, pero en tal forma, que eran estrechos y delgados en la proa y anchos en el centro. La capacidad de las más grandes permitían llevar a bordo hasta doce personas y atando dos de estas balsas, una al lado de la otra, se podía llevar hasta ganado. Las balsas más pequeñas, las usaban en las pesquerías; les daban impulso con una caña que tomaban con ambas manos por el medio y "atravesándola sobre la balsa con la una punta por un lado y con la otra por el otro, alternadamente, afirmando en el agua", navegaban con tal rapidez, que cuando salían en grupos de cuarenta o más balsas, parecían que iban volando sobre el mar. "Van sobre el agua como unos pájaros", escribe el P. Cobo, y se internaban hasta más de seis leguas de la costa.

La Expedición Marítima del Inca

La expedición de Topa Inga Yupangui, según Cabello de Balboa. Indios navegantes de Guayaquil según Antonio de Herrera. La gran embarcación india que encuentra la expedición de Pizarro según Prescott. Las grandes balsas a remo y vela de la isla de la Puna y de Tumbes según Antonio de Zárate.

En la "Historia del Perú bajo la denominación de los Incas" que escribió el P. Miguel Cabello de Balboa, se encuentra la referencia a la famosa expedición marítima de Topa Inga Yupangui, a las remotas islas del Pacífico.

El Inca se entera en Xipixapa, de que en las inmediaciones hay un puerto donde puede embarcarse para navegar por el mar, que no ha visto nunca. El relato que escucha le decide a emprender la marcha para ver por sus propios ojos aquella inmensidad de agua de que le hablan. Cruza las montañas hasta que por fin divisa el mar y le adora como a un Dios y le llama Mama-Cocha, que en su lengua quiere decir "Madre de los lagos". Fue entonces, según el relato que recoge Cabello Balboa, cuando el Inca sintió una irresistible atracción por el mar y dispuso de inmediato que se reuniera "una gran cantidad de las embarcaciones de las cuales se sirven los naturales de estas costas". Estas embarcaciones, según el mismo cronista "son unas especies de almadías fabricadas con vigas de una madera muy liviana atadas fuertemente y cubiertas de cañas" y son precisamente las que llamaban "balsas" los españoles. El Inca se embarca con los mejores pilotos y con sus más aguerridos soldados "con tanto valor y libertad de espíritu, dice Cabello de Balboa, como si hubiera navegado toda su vida". Esta expedición marítima del Inca, pretenden algunos que duró más de un año y que en ella conquistó y dominó algunas islas remotas del Pacífico. Pero aunque no se tenga por históricamente probada esta aventura transoceánica de Topa Inca Yupangui, puede a lo menos probar la existencia en la costa del Pacífico, de una antigua tradición que conservaba el recuerdo de las excursiones marítimas que los naturales hacían hacia el poniente.

"En términos de Guayaquil, dice Antonio de Herrera en su "Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano", hay

otros indios que llaman Chonos, que por el río de Daule llevan en sus balsas, las mercancías que van al Quito y otras tierras de aquella comarca". Estos indios tenían tan acentuada su característica de navegantes, que dice el mismo historiador, "que en tierra no saben trabajar".

Guillermo H. Prescott en su "Historia de la Conquista del Perú", fundándose en un manuscrito de la Biblioteca Imperial de Viena, recoge un dato interesante relacionado con las embarcaciones de los indios del Pacífico.

Bartolomé Ruíz, el piloto que guía la expedición de Pizarro, que era un hombre "de sagacidad y resolución que tenía mucha experiencia en la navegación del mar del Sur" después de recorrer la Bahía de San Mateo, se aleja y entra en alta mar, "pero no había navegado mucho tiempo en esta dirección, dice Prescott, cuando le sorprendió descubrir un buque que con la distancia parecía una gran caravela que atravesada por una vela muy grande que le arrastraba lentamente por la superficie del agua. El antiguo marino se confundía al contemplar semejante fenómeno, porque estaba seguro de que ninguna nave europea podía haber llegado antes que él a estas latitudes y ninguna nación india de las hasta entonces descubiertas, ni aún la civilizada nación mejicana, conocía la aplicación de las velas a la navegación". Sin embargo el piloto comprueba poco después, que aquella extraña embarcación era una balsa india cuya fábrica nos describe el mismo historiador: "consistía de un gran número de vigas, dice, de madera ligera y porosa, fuertemente atadas unas a otras y con un ligero suelo de cañas por encima a modo de cubierta. Dos mástiles o palos gruesos colocados en el centro del buque, sostenían una gran vela cuadrada de algodón, mientras que un grueso timón y una especie de quilla hecha con una tabla encajada entre los maderos, facilitaban al marino el que diese dirección a esta clase de buque que seguía su curso sin la ayuda

del remo". La balsa descrita por Prescott se usó por los españoles durante la conquista, según él mismo lo dice a continuación.

A estas grandes balsas se refiere Agustín de Zárate en su "Historia del Descubrimiento y Conquista", cuando dice que los habitantes de la isla de la Puna y de Tumbes, "eran señores de muchas balsas con que navegaban". Además este mismo historiador, nos ha dejado otra descripción de estas embarcaciones. "Estas balsas, dice, son hechas de unos palos largos y livianos atados sobre otros dos palos y siempre los de encima son nones, comúnmente cinco y algunas veces siete o nueve, y el del medio es más largo que los otros como piértaigo de carreta, donde va sentado el que rema; de manera que la balsa es hechura de la mano, tendida que va menguando los dedos; y encima hacen unos tablados por no mojarse".

Estas balsas, según el mismo cronista, navegaban con vela y con remos y eran tan grandes que cabían en ellas cincuenta hombres y tres caballos.

Es un hecho interesante que el relato de la expedición marítima de Topa Inga Yupangui, coloque en el extremo septentrional del antiguo imperio de los Incas, el punto de partida de los hombres que desafiaron el mar para internarse hasta las remotas islas del Pacífico.

En esas regiones encuentra el piloto de la expedición de Pizarro aquella balsa que parecía una carabela en alta mar, y los cronistas Lizárraga y Zárate, coinciden en ubicar también allí a los indios que navegaban en grandes balsas con velas y remos que les permitían la realización de viajes más largos y más seguros que los que podían hacerse en las otras embarcaciones indígenas.

Las Islas del Pacífico

La expedición de D. Domingo de Bonechea. Las canoas de la isla de Amat. Embarcaciones y navegación de los indígenas de las islas del Pacífico, según los Manuscritos de la Biblioteca Nacional de Lima.

En la Biblioteca Nacional de Lima, se conserva un Manuscrito en el Tomo 269 de los Manuscritos Diversos, con una "Relación de los viajes modernos al Mar del Sur. Descripción de las islas del Océano Pacífico reconocidas últimamente de orden de su M.C. por don Diego de Bonechea Capitán de Fragata de la Rl. Armada y Comandante de la de su M. nombrada Santa María Magdalena (alias el Aguila) en los años de 1772 y 1774".

En este relato se encuentran interesantes referencias a las embarcaciones y a la navegación de los habitantes de las Islas del Pacífico, que pueden ser de gran utilidad para un estudio comparativo de estas embarcaciones con las que se usaban en las costas del Pacífico antes de la Conquista.

En la isla de Amat, los naturales hacían sus canoas con maderas "muy correosas y por dentro huecas", y de esa madera extraían un líquido que aplicaban como brea a sus canoas. Había también en estas islas, canoas que tenían los extremos "levantados en forma de media luna", como las canoas de la zona austral de Chile descritas por el P. Cobo en su obra citada.

En el mismo tomo de manuscritos de la Biblioteca Nacional de Lima, se encuentran cinco fojas manuscritas con una "Noticia de las Islas descubiertas en el año de 1772 de orden de S.M. por D. Domingo Bonechea, Capitán de la Fragata el Aguila", donde se refiere a unas canoas tan grandes que llevaban hasta 20 personas a bordo con una construcción que hace pensar en las embarcaciones que llevaron desde las costas de América hacia esas islas del poniente, la legendaria expedi-

ción de Topa Inga Yapangui.

En este mismo manuscrito se hace referencia a una clase de canoas "unidas por los costados con una especie de puente sobre el cual forman una como carroza cubierta de estera de patate". Estas embarcaciones nos recuerdan no sólo las del Inca navegante, sino también aquel sistema de balsas atadas en parejas, de que nos habla el P. Cobo en su obra citada.

También se conserva en la Biblioteca Nacional de Lima, un tomo en cuarto de 133 páginas, con la relación de un "Viaje del Callao a Otahiti", que se realizó en los tiempos del Virrey Amat, de 1774 a 1775 por la fragata el Aguila, citada anteriormente.

"Una de las cosas que más admiré, fueron las canoas de que se sirven para la pesca y para viajar de unas islas a otras en distancias largas. Al mejor constructor, dice el relato citado, le diera golpe el ver unas embarcaciones que no teniendo, las que más, tres palmos de abertor, aguante una vela tan grande que en las nuestras corresponde a una de 8 a 10 palmos y que no pudiendo arriar la vela ni aferrarla, hagan burla de la mar y viento bajo de una tormenta, consistiendo toda su seguridad en dos palitos, como de dos varas de largo que puestos a proa y a popa de través, reciben otro de una madera fofa colocado de popa a proa en forma de un balancín, el que sirve a dos fines, como a impedir que la canoa zozobre cuando se inclina por aquella parte del balancín sosteniéndolo en virtud de la resistencia que hace el palo fofa para sumergirse; y el otro para impedir que zozobre de la otra parte contraria por el contrapeso que hace que este mismo balancín que es tanto más fuerte cuanto más dista del centro de la canoa... A más de este balancín, tienen los que andan a la vela por una y otra banda, dos especies de plancha que saliendo desde el pie del palo, para a fuera, para que uno o dos hombres en caso de mucho viento, puedan salir más o menos fuera por barlovento, a buscar el equilibrio. Son tan delgadas de proa estas

canoas como el filo de un cuchillo, por lo que andan más que la más velera embarcación de las nuestras, siendo admirable no sólo en esto, sino en la prontitud con que viran de uno y otro bordo".

Más adelante, en este mismo manuscrito se encuentra una referencia también al sistema de navegar con embarcaciones apareadas y unidas unas a otras; "para viajes largos usan de dos canoas apareadas, esto es sujetas una a otra por medio de unos barrotes bien trincados, dejando en su intermedio, una capacidad suficiente para que puedan bogar los de una y otra canoa. Estas no tienen balancines, porque no los necesitan, pues una a otra se sostienen y suelen poner las dos balsas compartidas en las dos canoas, de las que he visto algunas de más de 20 varas de largo compuestas de varias piezas admirablemente ajustadas, pues no teniendo más herramienta que las que forman de diversas piedras, ajustan, pulen y acaban una obra con tanto primor, como lo pudiera hacer el mejor de nuestros carpinteros".

El sistema que empleaban los naturales de las islas del Pacífico, según esta relación para ensamblar las maderas que formaban la embarcación, nos recuerda el que usaban los indios de la zona austral de Chile para "coser" las tablas de sus canoas según el testimonio ya citado del P. Cobo y lo que al respecto dice José Toribio Medina.

Los indios de Chile perforaban la madera con el diente de un animal y luego cosían las tablas con un hilo que preparaban especialmente de unas "cañas majadas", y los de las islas del Pacífico, según el manuscrito ya citado, empleaban un procedimiento semejante. "No usan de clavos, dice, tarugos, cavillas, ni ligazones, porque por medio de unos barrenos que dan en unas y otras tablas, las trincan y aseguran con unas trenzas hechas de los filamentos de la cáscara exterior del coco, poniendo entre los cantos de tabla y tabla, una estopa hecha de esos mismos filamentos".

La navegación de los Indios y la Conquista

Canoas y piraguas. Datos del P. Cobo, de Fray Gregorio García, de Herrera y de Oviedo.

El P. Cobo consigna además otros datos interesantes relacionados con las embarcaciones indias de América y que permiten establecer la diferencia entre canoa y piragua. "El nombre de canoa, dice el citado historiador es tomado de los indios de la Isla Española, si bien en otras tierras y lenguas, tienen distintos nombres"; mientras que los indios de Tierra Firme daban el nombre de piragua "a cierta suerte de canoas grandes que aunque lo que de ellas entra en el agua es de una pieza, le añaden a los bordes, unas tablas o zarzos de caña betunados, con que vienen a quedar más altas y anchas que las canoas comunes".

El dominico Fray Gregorio García, en su "Origen de los Indios del Nuevo Mundo e Indias Occidentales", dice que "no navegaban los antiguos sino a playas cercanas y casi siempre a vista de tierra", por lo endeble de sus embarcaciones; y, agrega, recogiendo el dicho de Herrera, que cuando los indios vieron los primeros barcos que iban a la conquista del Perú, creyeron que eran rocas y peñascos "por no haberlos visto jamás de aquella forma y tamaño".

Sobre la capacidad de las piraguas, dice Oviedo, que había algunas que llevaban hasta más de cincuenta hombres a bordo. "Estas he visto, dice en su obra citada, de porte de cuarenta y cincuenta hombres y tan anchas, que podía estar de través una pipa holgadamente entre los indios flecheros, porque estos usan canoas tan grandes o mayores como la que he dicho, e llamanla los Caribes, piragua, y navegan con

velas de algodón y al remo así mismo".

Sin embargo, con estas embarcaciones primitivas, el hombre de América tenía trazadas ya, las rutas marítimas y fluviales que los conquistadores siguieron guiados, muchas veces, por los mismos indios, como en la expedición de Caboto a lo largo del Paraná.

III

CAMINOS INDIOS

El Camino de la Selva

Información recogida por Caboto en la costa del Brasil, sobre el camino al Perú. La expedición de Martín Alfonso de Sosa. La expedición de Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Los guaraníes. La leyenda del camino que unía la costa del Atlántico con el Paraguay según el P. Antonio Ruiz de Montoya.

Cuando Caboto arribó al Brasil para continuar luego su proyectado viaje a las islas Malucas, por la ruta que había descubierto Magallanes, oyó hablar de las riquezas que encerraba un famoso imperio indígena en América y en vez de seguir hasta las islas del Oriente por la vía del Estrecho, se internó en el Río que ya llamaban de la Plata los portugueses que vivían en aquellas factorías.

Así fue como las primeras noticias de la existencia del Imperio de los Incas las tuvieron los hombres que navegaban por la costa del Atlántico.

Los informes que tiene Caboto de la existencia de este vasto y rico Imperio, le llegan, no sólo por los portugueses de Pernambuco, sino también más adelante, por los sobrevivientes de las expediciones de Solís y Loaysa, que le alcanzan en Santa Catalina.

En 1526, antes del arribo de Caboto salieron de San Vicente, cuatro portugueses por orden del jefe de aquella Capitanía Martín Alfonso de Sosa para buscar el camino que uniera la costa del Atlántico con la Sierra de la Plata a través de los montes del Brasil. Llegaron hasta el Paraná, atravesaron las tierras guaraníes y arribaron al Paraguay donde, como los indios les recibieron con gran alegría y hospitalidad, "convocaron toda la comarca, dice Ruiz Diaz de Guzmán, en la "Argentina", para que fueran juntamente con ellos, a la parte del poniente y reconocer aquellas tierras, de donde traerían muchas ropas de estima y cosas de metal". Más de dos mil indios hicieron estas jornadas por "el puerto que llaman de San Fernando que es un alto promontorio que se hace sobre el Río Paraguay"; aunque otros aseguran que la entrada se hizo, como también lo dice el mismo Ruiz Diaz, por un río que se llama Paray, que sale más arriba de la Asunción; y que caminando siempre hacia el Oeste, llegaron a las serranías del Perú, "entre la distancia que ahora llaman Mizque y el término de Tomina", siguiendo adelante más de cuarenta leguas, "hasta cerca de los pueblos de Presto y Tarabuco, donde les salieron al encuentro, gran multitud de indios Charcas". Al regresar dejaron alterada la tierra, "por cuya causa los Incas mandaron fortificar, todas aquellas fronteras así de buenos fuertes, como de buenos presidios, según se ve el día de hoy que han quedado por aquella cordillera, que llaman el Cuzco Toro, que es lo general que corre por este reyno mas de dos mil leguas".

Los hombres de Martín Alfonso de Sosa regresaron al Brasil quedándose uno de ellos, Alejo García, en las tierras del Paraguay, donde después le mataron los indios. Sin embargo, al llegar sus compañeros a San Vicente, con la noticia de haber encontrado el camino que llevaba a la sierra de la plata, se armó una nueva expedición con sesenta soldados al mando del capitán

José Sedeño, que bajaron en canoas por el Río Añamby, salieron al Paraná bajando por él y "llegaron sobre el Salto donde, tomando puerto, dejaron sus canoas atravesando hacia el poniente, llevando su derrota para el río Paraguay, donde Alejo García había quedado". Pero esta expedición no pudo conseguir su objeto, porque los indios se lo impidieron tenazmente. Sin embargo, los indios del Paraguay, resolvieron hacer ellos el camino que había hecho Alejo García, y con este fin emprendieron la marcha, unos por el río Pilcomayo y otros, según el mismo Ruy Diaz, por San Fernando.

Luego Alvar Núñez Cabeza de Vaca, es el que varios años después, vuelve a hacer el camino difícil y áspero, que lleva desde la costa del Atlántico a través de las montañas y los bosques del Brasil hasta el Paraguay, donde los indios Guaraníes sabían ya cómo se llegaba hasta las tierras donde abundaba el oro y la plata que buscaban los conquistadores.

Después de pasar diez años de cautiverio en las tierras de la Florida, Alvar Núñez emprende su viaje al Río de la Plata como segundo Adelantado después del fracaso de Mendoza. Llega así en el mes de Marzo de 1541 a la isla de Santa Catalina, desde donde envía una carabela al Río de la Plata, "a visitar el pueblo que D. Pedro de Mendoza allí fundó". Esta carabela se vio obligada a regresar sin cumplir su objetivo, porque era invierno y había fuertes temporales en el Río de la Plata. Sin embargo, al mismo tiempo, llegan en un batel, nueve españoles huyendo de Buenos Aires, "por los malos tratamientos que les hacían los capitanes". Estos hombres informan a Alvar Núñez, de dos importantes acontecimientos: la muerte de Ayolas, al regresar de su expedición a las sierras de la plata a través de los montes del Paraguay, y la fundación de Asunción. Al mismo tiempo informan que en Buenos Aires, sólo han quedado setenta cristianos y que desde Buenos Aires hasta Asunción por el río Paraná, había trescientos cincuenta leguas de "muy trabajosa nave-

gación".

Después de oír este relato, Alvar Núñez resuelve mandar que las carabelas sigan hacia el Río de la Plata, mientras él emprende el camino desde la costa del Brasil hasta Asunción.

Con este fin manda al factor Pedro Dorantes a buscar el camino "por la tierra firme". En esta exploración van también los indios de la comarca, "para le guiar y acompañar en el descubrimiento". Después de tres meses y medio, regresa a Santa Catalina y señala la ruta a seguir, afirmando "que era mas segura y cercana la entrada para llegar a la tierra poblada, por un río arriba que se dice Ytabuco que está en la punta de la isla a diez y ocho veinte leguas del puerto". Por aquí hace la entrada Alvar Núñez, y se lee en sus "Comentarios", que los indios de la isla se ofrecieron para ir con él y que le acompañaron "así para enseñar el camino", como para otras cosas necesarias en que aprovechó hartó su ayuda".

Los mismos "Comentarios" citados, dicen que "el gobernador fue caminando la tierra adentro, donde pasó grandes trabajos".

Después de diez y nueve días de travesía, empiezan a encontrar las poblaciones indígenas, y sus habitantes salían a recibirles al camino, llenos de alegría y cargados del alimento necesario para los soldados. "Le salieron a recibir al camino, dicen los "Comentarios", cargados con muchos bastimentos, muy alegres, mostrando gran placer con su venida".

Estos hombres que salen así al encuentro de Alvar Núñez, con los indios Guaraníes, que cultivaban la tierra, que cosechaban maíz dos veces al año, que criaban unas gallinas y patos de la tierra, y que en sus viviendas tenían papagayos domesticados.

Siguiendo el camino que le indican, llega al río Yguazú, que en la lengua de la tierra quiere decir, "agua grande", y dos días después a la orilla del río Tibagi. En este lugar se encuentra con un indio de los

de la costa del Atlántico, que volvía a su tierra desde Asunción, quien al saber que Alvar Núñez se dirige al Paraguay, "quiso volverse en compañía del Gobernador a la ciudad de la Asunción, de donde él se venía, para guiar la gente y avisar del camino por donde habían de ir". Alvar Núñez acepta el ofrecimiento del indio y despide a los que le venían acompañando desde la isla de Santa Catalina.

Con el nuevo guía emprenden nuevamente el camino; llegan al río Tacuarí y siete días después a otro pueblo guaraní, donde el cacique se llamaba Tocangueir y dicen los "Comentarios" que "el camino por do caminaron fue el oesnorueste y en este lugar tomaron los pilotos el altura en veinte cuatro grados y medio, apartados del trópico un grado".

Toda esta región guaraní es tierra muy alegre, de campos dilatados y abiertos, de árboles frondosos y de ríos y arroyos de agua fresca, cristalina y dulce.

Más adelante encuentran ciénagas y después montañas y cañaverales espesos y ríos caudalosos que cruzan con gran trabajo, hasta que llegan al río Yguazú, que "está de la banda del oeste en veinte y cinco grados". Aquí la expedición hace un alto y Alvar Núñez con "dos indios naturales de la tierra", manda una carta a los hombres de Asunción dándoles cuenta de su viaje y pidiéndoles que le envíen embarcaciones para seguir su camino. Luego continúa su marcha y vuelve a encontrarse con el río Yguazú, donde los indios le informan "que el dicho río entra en el río Paraná, que así mismo se llama Río de la Plata y que entre este río del Paraná y el río de Yguazú, mataron los indios a los portugueses que Martín Alfonso de Sosa, mandó a descubrir aquella tierra".

Los hombres de Alvar Núñez se embarcan en las canoas indias y navegan por el Yguazú hacia el Paraná, mientras una parte de la expedición sigue el camino por tierra. Los que van por el río observan luego, "que corrían las canoas por el con mucha furia", pues se

acercan a las famosas cataratas del Yguazú, donde, según los "Comentarios" ya citados, "da el agua en lo bajo de la tierra tan grande golpe que de muy lejos se oye y la espuma del agua, como cae con tanta fuerza, sube en lo alto dos lanzas y mas". Para evitar este obstáculo sacan las canoas del río y "a fuerza de brazos las llevan mas de media legua", donde las vuelven a echar al agua y continúan el viaje hasta el Paraná, donde se encuentran con los que siguieron el camino por tierra.

Alvar Núñez, esperaba en este punto los barcos que debían mandar a su encuentro los de Asunción y como no habían llegado, arma una balsa para los enfermos y los manda por río, guiados por un indio práctico en esta navegación, mientras él con el resto sigue la ruta por tierra.

Así llegó en el mes de Marzo de 1542 al punto final de su viaje, siguiendo el camino guaraní desde la costa del Atlántico hasta las márgenes del Paraguay.

Este camino desde el Atlántico hasta el Paraguay, que a pesar de sus dificultades se transitó en la época de la conquista, dió lugar a una leyenda que recoge el P. Antonio Ruiz de Montoya, en su "Conquista Espiritual del Paraguay" y D. José Eusebio de Llano Zapata en sus "Memorias Históricas Físicas Apologéticas de la América Meridional".

"Hallase, según dicen, escribe este último autor, un camino que empieza en la capitanía de San Vicente a los 34 gs. de la costa del Brasil; corre él hasta la ciudad de Asunción, capital del Paraguay con 200 leguas hasta la tierra del Paytití; después continúan otros tantos hasta terminar en el pueblo de Casabuco en el reino del Perú. Este camino aseguran que tiene ocho palmos de ancho y está todo cubierto de una yerba o grama muy menuda, cercado de uno y otro lado de otro género de maleza que se levanta mas de media vara de la tierra; y después agrega: "No dudo que algunos trechos o a distancia de algunas leguas encon-

trase... caminos así formados por la misma naturaleza, como hasta hoy los encuentran los que transitan nuestra selva, montañas y bosques y se ven en el reino de Chile, costas y sierras del Perú pero así, continuando la senda y distinguida con las yerbas que nos figuran, no es creíble en tan dilatada extensión".

Los Caminos del Inca

La "Descripción" de Lizárraga. Los dos caminos. La "Relación" de Santillana. Los "Tambos". Caminos cercados según la "Relación" de Cristóbal de Molina. Señales camineras. Los caminos del Inca según Gutiérrez de Santa Clara, Román y Zamora y Cristóbal de Molina. El camino de la sierra. Caminos arbolados. Policía caminera. El camino del Inca y la conquista de Pizarro. El camino desde Quito al Cuzco. Caminos pavimentados. La "Historia" del P. Anello Oliva. Los Incas que construyeron los grandes caminos según Gutiérrez de Santa Clara, Herrera, el Inca Garcilaso de la Vega, Cieza de León, Agustín de Zárate y el P. Anello Oliva. Puentes, escalones de piedra, pretilos, acequias y desagües. Puentes de redes. Los puentes más famosos del Perú, según Llano Zapata. "Oroyas" y "Tarabitas". Paso de los ríos en balsas de paja, de caña, de madera y de calabazas. Pelotas de cuero para pasar los ríos, en el Río de la Plata y en el Brasil.

Dice Fray Reginaldo de Lizárraga en su "Descripción" ya citada, que los Incas, para que los caminantes no se perdieran en los arenales de la costa, hicieron colocar de trecho en trecho "unas vigas grandes hincadas muy adentro en el arena, por las cuales se gobernaban los

pasajeros". Estas señales se fueron perdiendo en los tiempos de la conquista en muchas regiones, por la desidia de los conquistadores, lo que hizo indispensable la ayuda de los guías. Cuando el camino entraba a los valles, donde, por el riego de los ríos, la tierra era fértil y había árboles y huertos, una doble tapia lo flanqueaba.

"Entrando en el valle, dice el mismo cronista, por una parte y por la otra iba el camino real entre dos paredes a manera de tapias hechas de barro de mampuesto y de un estado de alto... por que los caminantes no entrasen a hacer daño en las sementeras, ni cogieran una mazorca de maiz ni una guayaba, so pena de la vida, que luego se ejecutaba".

Así iba el camino del Inca por la costa del mar, desde Tumbes a Copiapó, cruzando por valles fertilísimos y por arenales desiertos.

Desde Piura, la primera ciudad que edificaron los españoles en el Perú, había que hacer una larga travesía por los arenales, hasta el fértil valle de Xayanca, actual distrito de Lambayeque, y luego Trujillo, Sancta, Chancay. Al sur de Lima, se cruzaba por el valle de Pachacamac y Chilca; y luego por el valle de Mara o Mala; luego venía el de Asia, después el valle que los españoles llamaron Cañete y después Lunahuana, Chíncha, Yumay, Pisco, Nasca, Camaná. Desde aquí hasta Arica y aun hasta el reino de Chile, dice Lizárraga, se acabaron "los valles grandes y fértiles y se siguen vallesillos angostos y no de las calidades de los pasados". Después de Arica, se encontraba el valle de Tarapacá y luego el gran desierto de Atacama, para llegar por fin a Copiapó. Este camino unas veces iba junto a la costa del mar y otras veces se entraba hasta seis leguas tierra adentro. La travesía de Atacama a Copiapó, se hacía en más o menos veinte días, si las grandes nevadas que caían desde Junio a Agosto, no lo impedían.

Dice el Licenciado Fernando de Santillana en su

"Relación", que el Inca mandó "que en toda la tierra le hicieran caminos reales por donde él caminase solo y los más eran cercados y a cada valle o provincia mandaba que hiciese lo que cabía en su pertenencia".

Estos caminos del Inca tenían además los Tambos, "que son como mesones", dice el mismo cronista. Y los indios de la región donde estos Tambos se encontraban, servían en ellos a los viajeros: "Y que la gente de cada provincia, en cuyo término estaban, dice Santillana, sirviesen en el a los que caminaban".

Los caminos cercados tenían hasta cuarenta pies de ancho, según la "Relación" de Cristóbal de Molina, y las tapias comenzaban generalmente dos leguas antes de entrar a los valles y continuaban hasta otras dos leguas después de salir. En grandes trechos estaban empedrados y tenían grandes arboledas para sombra a cada lado de las tapias. "El que quisiese caminar por toda esta costa, por esta gran calzada y camino, dice el citado relato de Molina, no tiene adonde perderlo ni que preguntar de lo adelante".

Estos caminos indios no sólo tenían los Tambos, cada cuatro leguas, que Molina dice que eran "apostentos del Inga, donde los que caminaban se acogían", sino que además tenían en algunas partes, "especialmente de esta la ciudad del Cuzco adelante hacia el Estrecho de Magallanes y provincias de Chile", unas señales cada media legua, "de manera que sin reloj ni otra cuenta, dice el mismo cronista, sabe el hombre a cada paso a donde va y lo que caminaba".

Refiriéndose Molina a la estricta prohibición que había, de pasar al otro lado de las tapias que bordeaban el camino del Inca, dice que, aunque marchara por él un ejército de cien mil hombres, "no había ninguno de ellos de salir del camino real a ninguna parte ni lugar, aunque la fruta y lo que hubiera de comer estuviera junto a él".

En la "Historia de las Guerras del Perú", de Pedro Gutierrez de Santa Clara, se dice que a los lados del

camino real, había otros dos caminos colaterales, que también estaban cerrados "con dos baluartes muy anchos y fuertes". Por el camino central, dice este historiador, iba el Inca con seiscientos hombres más o menos, que se turnaban para llevarle a hombros en su litera. En la comitiva que acompañaba al Inca, iban otros curacas, llevados también en literas, mientras que el resto de los capitanes e indios principales, caminaban a vanguardia y a retaguardia, discretamente separados del Inca. En los caminos laterales marchaban los indios de servicio y de carga, sin que pudieran pasar al camino central sino cuando se les llamara.

Estos caminos del Inca llenaban de asombro a los hombres de la conquista, y casi todos los primeros historiadores y cronistas que de ellos se ocupan, exaltan semejante obra.

La "República de Indias", que escribió Fray Jerónimo Román y Zamora, dice "que esta fue una obra, la mayor que se hizo jamás en el mundo, por que sin duda excedió a todas las obras romanas y a cualquiera de las siete maravillas del mundo". Y refiriéndose a la extensión recorrida por estos caminos, dice que, "su largura fue ochocientas leguas, y por partes iban mil y más leguas, según que todos los españoles vieron y escribieron en muchas memorias que nos dejaron".

El ya citado Pedro Gutierrez de Santa Clara, dice también que los caminos del Inca, eran más admirables que las obras de los griegos y de los romanos, sobre todo porque la del Inca se hizo con el trabajo de hombres ignorantes. "Mas estos Yngas me parece, dice Gutierrez de Santa Clara, que no menos deben ser alabados de sus obras y de las grandezas que hicieron, sin tener ninguna de las sabidurías que los griegos y romanos tuvieron".

Pero el camino que más admiración provocaba a los hombres de la Conquista, era el camino de la montaña.

"Otro camino hay de la misma suerte por la sierra,

dice Cristóbal de Molina, que dura otro tanto y mas que este da la costa y llanos; muy admirable, por que atraviesa grandes sierras y tierras asperísimas; y va tan bien echado, que todo es acaballo y hace entender a los que caminasen por el, que aunque la tierra por do van es muy áspera, ellos siempre caminan por llanos y con facilidad".

Refiriéndose a este mismo camino de la sierra, dice Román y Zamora, que aunque iba por la montaña, "no por eso era agro de subir, mas tan llano como la palma, por que todas las sierras se ahondaron para que viniese igual como por los valles". Y agrega, que aún las partes más angostas del camino, "podían correr a las parejas muy holgadamente seis caballos". y que estaban trazados sigulendo una línea tan perfecta que eran "como una calle ordenada por nivel y compás". En los pasos difíciles, donde las cuestas "humanamente no podían allanarse", había escaleras de piedras "de tanto primor, que en los jardines reales ni en los palacios de grandes príncipes, no se pueden labrar mejores".

Román y Zamora, los mismo que Cristóbal de Molina, habla de las señales de piedra que había a lo largo de los caminos y que desde el Cuzco seguían hacia el sur.

Sobre el arbolado de los caminos este autor nos dice que "se podía ir con la gran furia del sol, por debajo de las sombras y cuando había lugares arenosos por donde el camino iba, por que no podía haber árboles, había columnas de piedra y madera y sus cobertizos".

El cuidado de los caminos llegaba, según algunos cronistas como Gutierrez de Santa Clara, a hacer que los indios que estaban a su cargo, los regaran por la noche con mucha agua. Este mismo autor insiste en señalar la limpieza de los caminos. "Estos dos caminos, dice, ivan tan derechos que era cosa maravillosa vellos en aquel tiempo de la felicidad y prosperidad, como muchos de los primeros conquistadores les vieron, que mas parecían salas muy limpias y barridas que caminos

reales".

Pero lo que más admira a historiadores y cronistas, es que sea obra de indios el cortar y cavar las montañas cuando carecían de herramientas apropiadas para ello. "No se que yndios, dice el historiador citado, bastaron a cavalla y a partilla o con que herramientas la cavaron, no teniendo ninguna de hierro ni de acero sino de cobre, quebrando las duras peñas y diamantinas piedras que tenía. Y que tantos años o tiempos estuvieron en partir esta sierra tan alta, por que sin duda debieron ser muchísimos millares de indios los que andubieron trabajando en esta obra tan soberbia, por que unos cavan la tierra y otros quitaban las piedras y las llevaban buen rato de allí, como parece el día de hoy".

Lizárraga es el que detalla con más precisión el itinerario que seguían los caminos del Inca.

"Saliendo de la ciudad de Quito, por el camino real del Inga, dice, para venir por acá arriba a 25 leguas desta ciudad llegamos al valle llamado Riobamba antes del cual hay cinco pueblos de indios buenos". Luego vienen los valles de Tumibamba y de Jauja y siguiendo "el camino adelante del Inga" a 35 o 40 leguas se encuentra el valle "donde la ciudad de Loja se fundó", llamada en la lengua del Inca Cusibamba, que es tanto como decir valle de placer; y "asi lo es realmente, dice el mismo Lizárraga, es alegrísimo, de grata arboleda, por medio del cual corre un río de saludable agua". Luego el camino seguía por la provincia de Cajamarca, por Jauja, Huamanga, y a 60 o 70 leguas, o a doce jornadas, se llegaba al Cuzco.

Estos dos caminos, de la sierra y la costa, comunicaban así el Cuzco con Quito.

En "El Origen de los Indios", se lee que estas dos ciudades quedaron unidas, porque "hicieron los caciques y principales de toda la costa y llanos y de todas las sierras, camino para el paso de los reyes y gente de guerra; de suerte que el un camino que venía

desde el Cuzco por los llanos y el otro por la sierra". Y agrega el mismo libro citado: "el uno y el otro eran famosos y obra de monarcas tan grandes y tan poderosos".

Esto mismo dicen Garcilaso y Herrera.

En la "Relación de la Conquista del Perú", Miguel de Estete, dice que después de la fundación de Piura, siguió Pizarro por el camino del Inca hacia el sur. "Siguiendo ese camino, dice el cronista, comenzamos a caminar por la costa de la mar adelante, por las provincias y regiones calientes donde nunca llueve". Y agrega, que ese camino llega al Cuzco; que es ancho y plantado de árboles, "que se juntan arriba y hacen sombra a los caminantes" y que las paredes o tapias de los lados del camino tenían "pinturas de monstruos y pescados y otros animales, para que mirandolos pasen el tiempo los caminantes". .

Del camino de la sierra, dice que va "por la tierra y región fría, desde la ciudad de Tumibamba, que es en el Quito, hasta la ciudad del Cuzco"; que tiene un trazo y una anchura uniforme; que en las regiones pantanosas está pavimentado de losas; y que en las bajadas y subidas ásperas, tiene escalones y antepechos de piedra. "Va todo el camino, dice, de una traza y anchura hecho a mano y rompido por aquellas sierras y laderas, tan bien desehechado que en muchas partes viendo lo que está adelante, parece cosa imposible poderlo pasar".

El Padre Anello Oliva, de la Compañía de Jesús, que escribe en 1598 la "Historia del Reyno y Provincias del Perú" dice que el camino de la costa iba desde Piura hasta Chile y que tenía "veinte y cinco pies de ancho entre dos paredes altas de un estado"; y que el camino de la sierra iba por los Andes, desde Pasto hasta Chile "novecientas leguas de largo y veinticinco pies de calzada y de cuatro en cuatro leguas, casas muy capaces, que son las que llamamos Tambos".

Dice Gutierrez de Santa Clara que "la gloria y honra destes tan soberbios caminos" se las atribuyen los indios a Huaina Capac Inca, a Pachacuti Capac Inca Yupangui, a Viracocha Inca y a Topa Inca Yupanqui; pero agrega el mismo, "sean el uno o el otro, en fin, son estos caminos muy soberbios y dignos de gran loor y alabanza".

Huaina Capac y Topa Inca fueron, según este mismo historiador, los que extendieron y repararon los caminos que estaban ya destruídos y arruinados, lo que importa tanto "como ellos los hubieran mandado hacer de nuevo".

Antonio de Herrera en la "Década Quinta", dice que cuando los Incas sujetaron las provincias de Quito, hicieron caminos en toda la tierra, para facilitar el comercio y el intercambio entre las diversas poblaciones indígenas, y para que al mismo tiempo se entendiesen, por que la diversidad de las lenguas, no se entendían".

El mismo Herrera, dice, que Huayna Capac, para ir hasta Quito "mandó hacer un camino mayor que el de su padre, con aposentos y depósitos de armas y vestidos".

El Inca Garcilaso de la Vega en su "Primera parte de los Comentarios Reales que trata del Origen de los Incas", reclama como un acto de justicia, que se recuerde el nombre de Huaina Capac al hacerse "mención de los dos caminos reales que hubo en el Perú a larga norte sur por que se los atribuyen a él".

Pedro de Cieza de León, en "La Crónica del Perú", recoge la tradición indígena que atribuye la construcción de los caminos a Huayna Capac, a Topa Inca Yupangui y a Inca Yupangui.

Según este cronista, fue Inca Yupangui, el padre de Topa Inca y abuelo de Huaina Capac, el primero que vió la costa del mar y que anduvo por los llanos y por los valles y que los curacas de esas regiones "por su mandado, hicieron un camino tan ancho, como quince

pies", flanqueado por paredes con árboles para sombra y "aposentos grandes y muy principales y depósitos"; aunque también admite la versión que atribuía a Topa Inca Yupangui y a su hijo Huayna Capac, la expedición a lo largo de la costa, por los valles y provincias de los Yungas.

"Las tapias de los caminos, dice Cieza de León, que se construían hasta que los indios, con la muchedumbre de arena, no podían armar cimientos"; y que en los arenales se "hincaban largos y cumplidos palos a manera de vigas y de trecho a trecho y así como se tenía cuidado de limpiar por los valles el camino y renovar las paredes si se ruinaban y gastaban, lo tenían en mirar si algún horcón o palo largo de los que estaba en los arenales, se caía con el viento, de tornarlo a poner".

La "Historia del Descubrimiento y Conquista" de Agustín de Zárate, dice que cuando Huaina Capac salió al frente de su ejército, desde la ciudad del Cuzco, para conquistar la provincia de Quito, hizo con gran dificultad la travesía de las quinientas leguas que había a través de la sierra y que los indios, como un homenaje al vencedor, le hicieron un nuevo camino para que regresara después de su victoria "por toda la cordillera de la sierra, muy ancho y llano, rompiendo e igualando las peñas donde era menester e igualando y subiendo las quebradas de mampostería, tanto que algunas veces subían la labor, desde quince y veinte estados de hondo".

El mismo Agustín de Zárate dice que cuando Huaina Capac quiso volver a visitar la ya conquistada provincia de Quito, resolvió hacer el viaje por la costa y que los indios se apresuraron a construir este otro camino tan difícil, como el de la sierra, y que aunque los españoles destruyeron en muchas partes, las señales que escalonaban el camino en los extensos arenales, por las paredes que se conservaban en los valles, "se puede juzgar la grandeza del edificio".

Según los cronistas y primitivos historiadores del Perú, los caminos del Inca fueron la afirmación de sus conquistas militares, sin embargo el P. Anello Oliva, les atribuye un origen sentimental y romántico.

Cuando Huaina Capac llegó victorioso a Quito, según la versión del P. Anello, se enamoró de Vayara, una joven hermosa, hija del cacique principal de la tierra conquistada, y como cuando volvió al Cuzco, no pudo olvidarla, a pesar de que según los historiadores, encontraba siempre distracción entre sus mujeres, mandó construir los dos caminos que unieron al Cuzco con Quito, para ir con más frecuencia y más cómodamente a visitarla.

"Partió a Quito, dice el P. Anello, donde se aficionó de Vayara, doncella de extremada gracia y hija del mayor cacique de aquella tierra, y dejandola con prenda de su amor, se volvió al Cuzco. Pero como le inquietasen las memorias de esta señora, mandó hacer aquellos dos caminos tan famosos de las sierras y llanos, como quien pensara continuallos desde el Cuzco, todas las veces que gustase llegarse a Quito".

Pero los caminos del Inca, fueron sin duda uno de los motivos de mayor asombro para los conquistadores del Perú, pues eran tan famosos en estas tierras, dice la "Crónica" de Cieza de León, "como el que hizo Anibal por los Alpes cuando bajó a la Italia, tanto mas cuando fueron hechos con mucha dificultad por tan ásperas y fragosas sierras que fue admiración verlos".

En los lugares donde era imposible continuar la calzada, se construían puentes o se utilizaban otros medios que hacían sus veces. En la relación del viaje que hizo Hernando Pizarro desde Caxamarca a Pachacamac y de allí a Jauja, se habla de los puentes que cruzan los ríos "ahondables y ahocinados".

En la ruta que unía Anchuco con Andamarca, dice la "Relación", que había un camino muy áspero, que iba "por una hoya muy honda", donde se habían construido escalones de piedra para las subidas y bajadas y

además un pretil, también de piedra que resguardaba a los caminantes del peligro de caer por las laderas y los precipios. Pero la construcción más interesante era la de los puentes de piedras y madera. "Al medio camino, dice la "Relación", hay un puente de piedra e madera bien hecha entre dos peñascos grandes muy fuerte; e a la una parte de la puente unos buenos aposentos e un patio empedrado, donde dicen los indios que cuando los señores de la tierra caminaban, les tenían hechos banquetes e fiestas".

En otros lugares se hacían construcciones especiales para evitar que las corrientes de agua interrumpieran el camino.

Es el citado Fray Jerónimo Román y Zamora, el que nos informa de este género de construcciones. "Las acequias y desagüaderos, dice, que pasan y atraviesan aquellos caminos, tenían sus desagüaderos y corrientes debajo del camino, con gran artificio, de manera que no corrieran peligro los caminantes, ni tenían necesidad de barcos ni puentes".

En las Antigüedades Peruanas de Mariano Eduardo Rivero y Juan Diego Tschudi, se encuentran también referencias a estas construcciones.

Los cronistas también nos hablan de los puentes de redes. En "Las Relaciones de la Conquista del Perú", por Francisco de Jerez y Pedro Sancho, se habla del puente de redes que quemaron los indios por el valle de Jauja y que reconstruyeron luego apremiados por los conquistadores.

"Y en las partes que hacen estos puentes de redes, donde los ríos son crecidos, dice esta "Relación", por estar poblada la tierra adentro lejos del mar, casi no hay indio alguno que sepa nadar y por esta causa, aunque los ríos sean pequeños y se puedan vadear, no obstante les echan puentes".

Para echar estos puentes, construían en las orillas unos grandes terraplenes y sobre ellos tiraban cuatro maromas: "cuatro bejucos que atraviesan el río, grue-

so de dos palmos", dice la citada "Relación"; y entre estas cuatro maromas, tejían una red, con mimbres verdes, de dos dedos de grueso y sobre esta red colocaban ramas en tal forma, que el piso del puente, ocultaba a la vista el agua del río que pasaba debajo, y con el mismo material y en la misma forma, tejían las barandillas que a cada lado del puente impedían que los que lo pasaban cayeran. .

El cruzar por estos puentes de redes, causaba cierta inquietud a los que no estaban acostumbrados a ellos. "Al que no es práctico parece cosa peligrosa haberlo de pasar, dice el mismo "Relato", por que siendo el lecho grande, se dobla el puente cuando pasa uno por el; que siempre va uno bajando hasta el medio y desde allí subiendo hasta que acaba de pasar a la otra orilla; cuando se pasa tiembla muy fuerte, de manera que al que no está a ello acostumbrado, se la va la cabeza".

Esta descripción de los puentes de redes, coincide con la que se encuentra en la "Relación" del viaje de Hernando Pizarro; sin embargo ésta se refiere además a unas piedras que colgaban de la red para mantenerla tirante. "Por debajo, ponen unas piedras grandes que cuelgan para tener recia la puente".

La resistencia de estos puentes de redes, la pusieron a prueba los conquistadores, que pasaron por ellos hasta sus caballos. "Pasaron muy bien los caballos por ella, dice, aunque es muy tembladora, que se anda mucho e se mueve, de forma que es cosa temerosa para los que no lo han pasado otras veces, pero no hay peligro ninguno por que está muy fuerte".

Llano Zapata, en su obra citada, recuerda algunos puentes famosos del Perú.

El puente de Apurímac, tenía una longitud de doscientos pasos. Por uno de sus extremos se apoyaba en un peñasco y por el otro en un muro de piedra hecho especialmente. Dice este mismo autor, que el puente de Apurímac, fue obra de Maita Capac y que por esto los indios le tuvieron como un semi dios. Además, dice,

que fue quien construyó otro puente tejido de totoras sobre el Desaguadero de la laguna de Chucuito. Los extremos de este puente estaban enterrados en la orilla y asegurados con grandes piedras.

"Esta máquina así formada, dice Llano Zapata, era un cuerpo fuerte, grueso y ligero, que se sustentaba sobre el agua, lo mismo que si fuera un tablado". El largo puente era de ciento cincuenta pasos y su ancho de catorce pies. Además este autor recuerda otro sistema de puentes, que en el Perú llamaban "Oroya" y en el Nuevo Reyno "Tarabita". El mismo los describe y dice que eran unas maromas gruesas y tirantes que tenían una argolla corrediza de madera "que es lo que llaman, dice, Uruya u Oroya en lenguaje quechua y Tarabita en español y de la cual pendía un cesto de mimbre en el que entraba la persona que debía pasar al otro lado".

En el libro del P. Gumilla sobre el Orinoco, se habla también de este procedimiento empleado para pasar los ríos o precipicios, como también se refiere a los puentes de redes vegetales y a las balsas de maderas y juncos.

"La Historia Natural y Moral de las Indias citada anteriormente, también habla de la Oroya y de las otras maneras que usaban los indios en el paso de los ríos.

"En algunas partes tienen una gran sogá atravesada de banda a banda, dice, y en ella un cestón o canasto en el cual se mete el que ha de pasar; y desde la ribera tiran de el y así pasa en su cesto".

En algunas regiones, dice el P. Acosta, "va el indio como a caballo en una balsa de paja y toma a las ancas él que há de pasar y bogando con su canaleta, pasa"; mientras que en otras, como en el río Sancta del Perú, utilizaban una balsa de calabazas donde subía el viajero, arrastrado por un indio que nadaba adelante "tirando como los caballos tiran un coche", dice el citado autor, y ayudado por el impulso que le daba otro

indio que nadaba detrás.

A estas balsas, de las que se ocupa también el P. Bernabé Cobo, en su citada "Historia del Nuevo Mundo", las construían los indios metiendo las calabazas secas en unas redes. Además, construían otras balsas con cañas de "forma de zarzos", dice Cobo y otras de maderas, como las que había en Payta, Manta y Guayaquil que eran, según este mismo autor, las más grandes de todo el antiguo Reyno del Perú.

El procedimiento que tenían los indios del Perú para cruzar los ríos con las balsas de calabazas, era semejante al que tenían los indios de las riberas del Paraná para cruzar en lo que le llaman "la pelota".

Los jesuitas que evangelizaron el Río de la Plata y el Paraguay, han dejado una información muy interesante en los relatos de Camaño, Canelas, Burges, Bustillo, Baucke, Dobrizhoffer, Muriel, Brigniel, Jolis, Andreu, Cardiel, y Olcina que ha utilizado el P. Guillermo Furlong en sus libros "Entre los Mocobíes de Santa Fe y Entre los Abipones del Chaco".

Según estos relatos, "la pelota" era "una piel de buey sin curtir, seca, arremangada un palmo por todos sus costados". En esta embarcación subía el pasajero y un indio nadando por delante, la arrastraba. A esta "pelota", según el P. Furlong, los indios Abipones la llamaban "ñataé".

El Visconde Porto Seguro, al referirse a las "ubas" que fabricaban los indios del Brasil con la corteza de los árboles, dice: "tal foi o modelo que ao depois tiveram os colonos, para fazerem as pelotas de couros de bui, ainda usadas na passagem dos rios, especialmente no Rio Grande do Sul".

El Camino de Concolorcorvo

El camino desde el Río de la Plata al Perú, según la información recogida por Caboto en la costa del Brasil y en la desembocadura del Carcarañá. La "torre de Caboto". Jerónimo Romero. La carta de Villalta. El camino en diagonal. El camino que siguió Jerónimo Luis de Cabrera y el que busca Juan de Garay. El Oidor Matienzo. El camino del Inca. Un "Diario de Viaje" inédito, escrito en la travesía de Buenos Aires a Lima por el camino en diagonal.

Cuando Caboto cambió el rumbo de su expedición y en vez de continuar viaje hasta las Molucas por el Estrecho de Magallanes siguiendo el rumbo de Loaysa, se aventuró por el Río de la Plata en busca del camino que le llevaría a la conquista de los tesoros de que hablaban en las costas del Brasil, levantó el fuerte de Sancti Spiritus a la margen derecha del Paraná en las tierras que hoy pertenecen a la provincia argentina de Santa Fe.

Los sobrevivientes de la expedición de Solís, que encontró Caboto en la costa del Atlántico, le marcaron el camino que debía seguir, Paraná arriba, para llegar luego por otros ríos que en él desembocaban a la famosa Sierra de la Plata. Sin embargo, los indios que encontró en las inmediaciones de la desembocadura del Carcarañá, le indicaron otro camino que le llevaba por "la tierra adentro" hasta los fabulosos dominios del Inca. "Esta generación, dice la ya citada carta de Luis Ramirez, nos dió muy buena relación de la sierra y del Rey Blanco".

Estos indios dijeron también a los hombres de Caboto, que más allá de la Sierra, se encontraba el mar y agregaban, que esas montañas, confinantes con

el mar, después de elevarse, acababan rápidamente. "Nos dijeron, se lee en el documento mencionado, que de la otra parte de la sierra, confinaba la mar y según decían, crecía y menguaba mucho y muy súbito".

Caboto pensó que el mar del que le hablaban los indios era la Mar del Sur, y como insistieran los naturales en afirmar, que en aquellas montañas estaba la sierra de la plata, "hizo calar esta tierra para ver si se podría caminar por ella, por que decían era por allí el camino muy cerca". Es así como se tiene por primera vez, en tierras de Santa Fe, la noticia de un camino, que cruzando en diagonal el Continente, unía el Río de la Plata con los dominios del Inca.

Sin embargo, Caboto resolvió continuar su expedición remontando el Paraná, porque le informaron que ese era el mejor y más breve camino para llegar a otros ríos que en él desembocaban más al norte y por los que podría conseguir el objeto que se proponía.

El fuerte de Sancti Spiritus que fue destruído después por los indios, dejó en sus ruinas un punto de referencia en los caminos de la conquista: la "torre de Caboto", que a los hombres del Perú orientó en sus expediciones en busca de una nueva salida al mar.

Los hombres de la expedición de D. Pedro de Mendoza, levantan también sus fuertes, después de fundar la ciudad de Buenos Aires, en las inmediaciones de la tierra donde Caboto levantó su famosa "torre", y fue allí donde les vino al encuentro, uno de sus soldados, Jerónimo Romero, que había quedado entre los indios de esas regiones, después del desastre de Sancti Spíritus.

En la carta de Villalta, publicada como apéndice en el "Schmidel" editado por la Junta de Historia y Numismática de Buenos Aires, consta que el sobreviviente de Caboto, daba a los soldados de Mendoza, una "muy larga y copiosa relación así de vista como de oídas de indios", de la riqueza que había en la tierra adentro.

Se repitió así la información que recibieron los compañeros de Caboto en las orillas del río Paraná sobre la existencia de ese camino que cortaba en diagonal las tierras de América desde el río de la Plata hasta el Perú.

El camino del que oyeron hablar Caboto y luego los hombres de Mendoza, según decían, pasaba por los dominios de "ciertos indios que poseían muchas ovejas de la tierra, que tenían contratación con otras naciones muy ricas de plata y oro"; pero que cruzaba antes "por ciertos pueblos de indios que viven debajo de la tierra, que llaman Comechingones".

Las referencias suministradas en las márgenes del Paraná, indicaban la dirección del camino hacia el Alto Perú a través de la que fue después provincia de Córdoba, que era la tierra de los Comechingones. Este fue el camino que hicieron los hombres del Perú con Jerónimo Luis de Cabrera en busca de la salida al mar; y era también éste el mismo camino, que los hombres de Asunción buscaban con Garay cuando fundaron Santa Fe en las márgenes del Paraná y Buenos Aires en las del Río de la Plata.

Porque Garay, en la definitiva conquista del Río de la Plata, se propuso dos fines: dar salida a los hombres que se habían aislado en el Paraguay para que por ella pudieran asegurarse una fácil comunicación con España, y encontrar también ese camino en diagonal de cuya existencia supieron Caboto y Mendoza y que llevaba hasta los reinos del Perú.

En una información de Torre de Vera, levantada en Santa Fe en 1583 y publicada por Manuel M. Cervera en los Apéndices de su "Historia de la Ciudad y Provincia de Santa Fe", Juan de Garay, que declara entre los testigos, dice que después de fundar Santa Fe y Buenos Aires, "entran y salen cada día mercaderes con carretas y caballos... de aquí a la gobernación de Tucumán"; y uno de los títulos de tierras otorgadas por Garay y publicados por el mismo Cervera en la obra

citada, dice que fundó la ciudad de Santa Fe "para poder tratar y conversar con las provincias y gobernación del Tucumán y por allí con los reinos del Perú". y enseguida agrega que "así se ha hecho e idos y venidos despachos a los reinos del Perú, después que la dicha ciudad de Santa Fe poblé".

La expedición de don Jerónimo Luis de Cabrera, que baja en busca del Río de la Plata y la expedición de Garay que busca desde las márgenes del Paraná el camino que le lleve al Perú, abren para la conquista y colonización de esas regiones, el mismo camino que ya conocían los indios que informaban a Caboto y a Mendoza de la existencia del Imperio de los Incas.

El Oidor Matienzo, antes de que Garay fundara nuevamente la ciudad de Buenos Aires con los "mancebos, bien mancebos" que en una empresa juvenil salieron a "abrir puertas a la tierra", reclamaba la conquista definitiva del Río de la Plata, para asegurar al Perú la salida al mar por ese camino y en el itinerario que traza en su "Gobierno del Perú", hace continuas referencias a los caminos del Inca, que llegaban hasta el actual territorio de la República Argentina y a los Tambos donde decía que los naturales podían servir "como servían en los tiempos del Ynga".

Max Uhle, en su estudio sobre "Las relaciones prehistóricas entre el Perú y la Argentina", presentado en el XVII Congreso Nacional de Americanistas reunido en Buenos Aires en 1910, dice que una de las pruebas del dominio de los Incas en una región del actual territorio argentino, está en los vestigios de caminos antiguos en su apariencia idénticos a los que se ven en muchas partes del Perú, como "el camino del Inca" al sur de Tinogasta que conduce en la dirección de la sierra de Famatina, además de innumerables pueblos y lugares que conservan nombres que revelan su primitivo origen incaico.

En la Biblioteca Nacional de Lima, en el tomo 160 de "Manuscritos", se conserva un "Diario de viaje"

inédito y anónimo de 1783. Su autor sube desde Buenos Aires al Perú cruzando por Santa Fe, por Córdoba, la antigua tierra de los Comechingones, por Santiago del Estero, Tucumán, Salta y Jujuy. Es el rumbo del camino de Concolorcorvo; del que marcaban los indios a Caboto en las orillas del Paraná cerca de la desembocadura del Carcarañá y del que oyeron hablar los compañeros de Mendoza en las mismas tierras de la actual Santa Fe, al sobreviviente del fuerte de Sancti Spiritus.

En el camino de Córdoba a Santiago del Estero anota el autor del "Diario de Viaje" algunos lugares que tienen nombres "en la lengua del Cuzco" como el ranchería que llaman "las Pirguas" que "en la lengua del Cuzco, dice, significa como canasto".

Concolorcorvo,(2) en los últimos tiempos de la Colonia, escribió "El Lazarillo de Ciegos Caminantes desde Buenos Aires hasta Lima", describiendo esta ruta en diagonal, que empezaba en los campos abiertos del Río de la Plata y que empalmaba al norte con los caminos del Inca.

(2) "El Lazarillo de ciegos caminantes desde Buenos Aires hasta Lima, con sus itinerarios, según la más puntual observación, con algunas noticias útiles a los Nuevos Comerciantes que tratan en Mulas; y otras Historias. Sacado de las Memorias que hizo Don Antonio Carrión de la Vandera, en este dilatado Viaje, y Comisión que tuvo por la Corte para el arreglo de Correos, y Estafetas, Situación y ajuste de Postas, desde Montevideo. Por Don Calixto Bustamante Carlos Inca, alias Concolorcorvo, Natural del Cuzco, que acompañó al referido Comisionado en dicho Viaje, y escribió sus Extractos. Gijón 1773".

Sobre Concolorcorvo, escribe Ventura García Calderón en la "Nota Preliminar" de la edición del Lazarillo hecha en 1938 por la "Biblioteca de Cultura Peruana": "¿Era "indio neto" como el decía? Mas parece un mestizo retozón y ladino, parejo a tantos otros. Como Garcilaso que también sintió en las venas la colisión de sangres, se nos antoja uno de los más típicos criollos del Perú, tan indio como español en su descripción objetiva de la realidad colonial sin que se deje llevar por los prejuicios heredados".

IV

CAMINOS DE LA COLONIA

El Centro Económico de América

La costa del Pacífico y el Río de la Plata. Caminos de Chile. Los cuatro caminos del Cuzco. Caminos de las Charcas. El Callao y los puertos de Nueva España y Guatemala. Las rutas del Callao y Panamá. El tráfico en el Reino de Quito. En el Reino de Granada y en la Capitanía General de Caracas. El rumbo del Cabo de Hornos. El camino del Río de la Plata.

La conquista del antiguo Imperio de los Incas, llevó a la costa del Pacífico, el centro de la vida económica, política y social de la América del Sur; y llevó también, como una consecuencia, la acción de España en el Río de la Plata, al fin estratégico de impedir el avance de los portugueses y la entrada posible de otros enemigos que amenazarán por esa vía sus dominios del Perú.

Pero el territorio que ocupaba el Perú, estaba encerrado entre la gran cordillera y la Mar del Sur, y entre los bosques y las montañas, casi inaccesibles, que se extendían desde los términos de Guayaquil hasta Panamá y el desierto de cien leguas que le separaba del Reino de Chile. Entre la cordillera de la costa y la gran cordillera de los Andes, se extendían las Provincias que iban desde el Correjimiento de Chapapoya hasta Potosí; mientras en los valles de la costa se

encontraban las poblaciones agrícolas, que debían proveer con sus productos a las provincias esencialmente mineras y que por estas circunstancias, eran las más pobladas.

Sin embargo, el problema de España, fue el de regular el comercio del Perú por las grandes rutas que le unían con el resto del continente y con la Metrópoli.

El comercio con el Reino de Chile se hacía desde el Puerto del Callao con los puertos de Concepción, Valparaíso y Coquimbo, a donde llegaban no solo los productos propios del Perú, sino también de Quito y Santa Fe de Bogotá, que enviaban por esa vía, sus tocuyos y sus añiles.

Un tráfico de menor importancia se hacía también desde el Callao con los llamados "puertos intermedios" de Iquique, Arica, Illo, mientras que a Valdivia llegaban los barcos de Valparaíso con provisiones de víveres y los barcos que anualmente conducían el "situado" desde el Callao.

Al tratar de los caminos de las provincias de Chile, dice Juan López de Velazco, en su "Geografía y Descripción Universal de las Indias", que para entrar a ellas, "hay dos caminos por tierra; uno el de los Ingas que viene desde la gobernación de Popayán, atravesando el Pirú por la serranía y tierra de los Andes, que es camino largo y despoblado"; y el otro, el que llega hasta Arica atravesando luego el desierto de Atacama que entra al valle de Copiapó y sigue hacia el valle de Coquimbo, desde donde empiezan ya las poblaciones y donde son "todos los caminos de unas ciudades a otras, dice el autor citado, muy buenos y apacibles para caminantes y recuas de caballos". Pero como estos caminos por tierra eran largos y penosos, el tráfico de las mercaderías de España o de otras provincias de América para el Reino de Chile, se hacía desde Lima por mar.

La ciudad de Santiago, estaba unida a la Serena y Concepción con caminos llanos y buenos; y además el

tráfico de las mercaderías que llegaban al puerto de Valparaíso se hacía hasta Santiago, con carretas por otro camino de 17 leguas.

También salía de Santiago otro camino para recuas, que atravesaba la cordillera y por el cual se proveía de mercaderías a las ciudades de Mendoza y de San Juan, que pertenecían a la provincia de Cuyo.

Cuatro caminos reales salían de la plaza del Cuzco. Uno por la parte norte, llevaba a las provincias de Quito y se llamaba Chinchasuyo; otro hacia el poniente y sudoeste de la ciudad que iba con rumbo al mar hacia la ciudad de Arequipa, y se llamaba Condesuyo; hacia el sur salía el que llamaban Collaosuyo, para las provincias de Chile; y el que llamaban Andesuyo, es el que salía hacia el Oriente.

Los caminos que comunicaban el Cuzco con Lima y con las poblaciones de los Charcas, se transitaban cómodamente con recuas y con llamas.

Arequipa estaba unida por caminos con el Cuzco y con la ciudad de la Plata y villa de Potosí. Estas dos ciudades tenían un intenso comercio directo con Arequipa antes de habilitarse el puerto de Arica.

La provincia de las Charcas, comenzaba desde un pueblo de indios que llamaban Caracollo, cincuenta leguas antes de llegar a la Plata por el camino del Cuzco, hasta los términos de aquella ciudad y de la villa de Potosí.

Dentro de esta jurisdicción se encontraba la ciudad de la Plata a 165 leguas del Cuzco y 18 de Potosí, a 80 leguas de la Paz y 150 de Arequipa. El tráfico de mercaderías, se hacía con Lima, por el camino del Cuzco o por el mar, pasando por Arequipa o Arica.

La Paz se comunicaba por un camino de 100 leguas con el Cuzco y por otros caminos de 80 leguas con Arequipa y con la ciudad de la Plata, respectivamente.

La Villa Imperial de Potosí estaba a 18 leguas de camino de la ciudad de la Plata, a 90 del puerto de Arica y a 150 de Arequipa.

Como a 100 leguas al oriente de las provincias de los Charcas, quedaba Santa Cruz de la Sierra en el camino hacia Asunción. Desde Chuquisaca o la Plata, llegaban las mercaderías hasta Santa Cruz por un camino de 70 leguas ásperas entre las montañas y el resto del mismo por tierra llana.

El camino de Santa Cruz a la Asunción, aunque podía hacerse por dos partes, no se frecuentaba por el temor de los indios y sólo se hacía formando grupos numerosos de gente bien armada.

"Entrase a esta provincia de los Charcas y Tucumán, dice Juan López de Velazco en su obra citada, por el camino real de los Ingas".

Hacia el norte del Perú hubo dos grandes rutas marítimas: una hasta Acapulco y otra hasta Panamá.

En la Biblioteca Nacional de Lima, se conserva un volumen que contiene en 176 folios un "Derrotero de la Mar del Sur" de 1730, donde se puede seguir el camino que hacían los barcos que iban y venían desde el Callao hasta estos dos puertos.

Acapulco era el puerto por el cual se permitió por R.C. de 20 de Enero de 1774, el comercio del Reyno de Nueva España con el Perú, Santa Fe de Bogotá y Guatemala y era además el punto de destino del Galeón de permiso que llegaba con la "ropa de China" que traía desde Filipinas. Por eso en la R.C. permitiendo el comercio mutuo de los Cuatro Reynos, del Perú, México, Nuevo Reyno de Granada y Guatemala, se establece expresamente que siguen en todo su rigor, las leyes y Reales Cédulas para que en ningún tiempo, pasen y se introduzcan al Perú, "los texidos y géneros de China" ni los géneros y efectos de Castilla.

Estas mercaderías debían consumirse en Nueva España o transportarse el excedente de las de Filipinas a la Metrópolis, sin que por ningún pretexto se pudiera llevar a otros pueblos del Perú o Tierra Firme, para lo cual se trataba de controlar el comercio que hacían los navíos permitidos a Guatemala y puertos de Sonsonate

y el Realejo, que abastecían al Perú con brea, alquitrán y tabaco.

Posteriormente se autorizó la extracción del cacao de Guayaquil para el puerto de Acapulco con lo cual se facilitó la introducción clandestina por aquel puerto, de las mercaderías que llegaban en los barcos que hacían la carrera de Filipinas.

Los únicos puertos frecuentados en el tráfico que se hacía desde el Callao hacia la banda del sur del Reyno de Guatemala, eran los puertos de Realejo y Sonsonate.

El puerto de Realejo correspondía a la jurisdicción de Nicaragua y Tambkén se le conocía con el nombre de puerto de la Posesión. Era uno de los puertos más seguros de la Mar del Sur y era siempre concurrido por los navíos de Nueva España, Guatemala y Panamá que cargaban maíz, miel y gallinas y que concurrían, además, para hacer sus reparaciones en sus astilleros, pues tenía fama de ser una de las mejores fábricas de navíos del Pacífico, mientras que el puerto de Sonsonate, que pertenecía a Guatemala era un mal puerto, porque la mar estaba siempre brava y sin embargo, las naves de Nueva España, Tierra Firme y Perú desafiaban esos peligros para cargar en él, añil, azúcar, arroz y el almidón que fabricaban sus vecinos con la raíz de la yuca.

La ruta del Callao a Panamá, continuaba a través del Istmo hasta Portovelo que dista de Cartagena aproximadamente 80 leguas.

La comunicación de Cartagena con Portovelo se hacía generalmente navegando por la costa y cuando el tiempo de las brisas que comienzan a fines de Noviembre, el viaje podía hacerse en dos o tres días. En épocas en que soplabo viento fuerte por la proa, los barcos debían recalar en el río de San Juan, en Cocle o a lo menos en Chagre, para después arribar cómodamente al puerto, pues si la embarcación salía a sotavento de Portovelo, las corrientes, irremediamente,

lo volvían a Cartagena.

Portovelo está en un lugar muy hondo, rodeado de montañas, dice un diario de viaje de 1765, que se conserva manuscrito en la Biblioteca Nacional de Lima. Está rodeado de montañas con espesas arboledas que llegan hasta el caserío y agrega que, "por no tener ventilación el aire es mal sano y hay muchas calenturas".

Desde Portovelo se navegaba hasta Chagre, generalmente en piraguas o balsas.

Las piraguas llegaban a Cruces en poco más de cuatro días, mientras que las balsas tardaban de diez a doce. Sin embargo, las grandes bajantes del río que coincidiendo con los meses de verano empezaban generalmente en Enero y seguían hasta Mayo, dificultaban el tráfico fluvial.

Desde Cruces a Panamá, el camino era penoso y duro aunque la distancia era corta y podía recorrerse en medio día. Sin embargo la comunicación entre Panamá y Portovelo se podía hacer por dos caminos. El camino ya descrito por el río Chagre, tenía en total 36 leguas. Por tierra había 6 leguas desde Panamá hasta Cruces; desde Cruces hasta la Boca del Castillo, había 18 leguas de navegación por el río y luego 12 leguas más por mar, desde el Castillo a Portovelo.

El otro camino se hacía todo por tierra con un total de 21 leguas; pero era el camino por el río Chagre, el más fácil y el que se hacía en menos tiempo. Pero como los piratas en repetidas oportunidades, se apoderaron de la plata en el río Chagre, por Reales Cédulas y bandos de Virreyes y Gobernadores, se dispuso que los "caudales físicos", se condujeran precisamente, por el camino de tierra.

En los primeros tiempos, el tráfico a través del Istmo, se hacía por un camino muy malo de 18 leguas entre Panamá y Nombre de Dios, pero en 1585 la población de este puerto, por orden de Felipe II, se trasladó a Portovelo, cinco leguas al poniente, que fue

desde entonces, el que le reemplazó en el movimiento de las mercaderías y productos que iban o venían de España. Nombre de Dios, quedó convertido en un caserío abandonado, refugio de piratas y contrabandistas.

La comunicación de Guayaquil con Lima se hacía generalmente, saliendo de Guayaquil en barco hasta Paita, para tomar allí el camino que cruzaba los arenales y los valles de la costa hasta la capital del Virreynato. Se salía de Paita hacia Piura cruzando 12 leguas de desiertos de arena; luego se pasaba a Sechura para ir de allí hasta Morrope. Para esta travesía era necesario proveerse en Sechura del agua necesaria, para dar de beber a las mulas en el despoblado de 36 leguas que separaban los términos de este camino. Y después, Lambayeque, Monsefú, Saña, San Pedro de Lloc, Magdalena de Cao, Trujillo Virú, Santa, Pativilca, Chancay y por fin "se baja al ameno valle del Rimac, dice el citado manuscrito, donde está Lima".

Algunos mercaderes de Galeones, que no podían vender todas sus mercaderías en Portovelo, subían con ellas hasta el Perú, desembarcando también en Paita, para ir por las 200 leguas que separa este puerto de Lima, haciendo ventas en los pueblos del camino. Otros, en cambio, bajaban en Manta o Guayaquil.

Desde Quito a Lima, había dos caminos. El de tierra que pasaba por Riobamba y el del mar que se hacía por Guayaquil. Para ir al Cuzco, se seguía el camino del Inca.

Tres ríos navegables facilitaban el tráfico en el Reyno de Quito. El río Pastaza, el río Napo y el río de Mira.

El río Pastaza, nace en las sierras de las provincias de Riobamba y después de correr por más de 100 leguas, desemboca en la parte austral del Marañón, por medio de cuatro bocas que forman tres islas. El río Napo, nace en el Cotopacsi y aunque sólo puede navegarse desde el pueblo y puerto de Napo, facilita el tráfico con la capital. Por último el río Mira desembo-

ca en el Pacífico y atraviesa las Esmeraldas y las Barbacoas.

Las Misiones de Maynas, podían comunicarse con Quito, por tres caminos. Uno pasaba por Pongo de Borja, que también se llamaba Estrecho de Manseriche, donde el Marañón se enangostaba, hasta 50 varas entre dos grandes montañas, en una extensión de tres leguas. En esta zona, la corriente del río era tan intensa, que todo el trayecto de la angostura, donde salían a nado algunos indios y detenían la embarcación para llevarla a la orilla. Desde ahí se toma un camino de mulas que pasaba por Loxa, llamada también la Zarza, que se encontraba en un valle en lo más alto de los Andes que llamaban Cuxibamba y que en lengua de los indios significa "llano que se ríe", para llegar a Quito después de 50 leguas. Este camino estaba casi abandonado por lo penoso y por lo largo.

El más corto era lleno de peligros y pasaba por el río Pastaza y el Barbosa hasta salir por los Baños. El tercer camino era por el río Napo, que se navegaba hasta el pueblo de este mismo nombre y luego, en 12 jornadas, se llegaba hasta Quito a través de las montañas.

Algunas veces, durante la Colonia, se habló de recuperar las tierras que ocupaban los portugueses a lo largo del Marañón para facilitar la navegación de embarcaciones españolas que llevaban mercaderías hasta Maynas y desde allí a Quito y Lima, con lo que al mismo tiempo se pensaba eliminar el comercio ilícito que hacían los portugueses del Brasil por esas regiones.

A mediados del siglo XVII, se proyectó la construcción del camino de las Barbacoas, algunos de cuyos antecedentes se encuentran reunidos en un legajo que se conserva en el Tomo 223 de "Manuscritos. Papeles Diversos" de la Biblioteca Nacional Lima.

Este camino uniría la villa de San Miguel de Ibarra con el río y puerto de Mira frente a la Isla de Gorgoni-

lla, que distaba de Quito, 14 jornadas de a 3 y 4 leguas, de las cuales 9 jornadas, se hacían por tierras fértiles de pasto y las otras 5 a través de la montaña. En este camino había que hacer dos breves jornadas bajando por el río hasta el puerto que se convertían en 4, aguas arriba. Por el río podían navegar canoas grandes, balsas, chatas y lanchas y el puerto era bueno, abrigado de los vientos y con mucho fondo, de donde sin ningún riesgo se podía salir todo el año y llegar a Panamá en la época de los vendavales en 4 días y regresar en 8; o en la época de las brisas, hacer el viaje de ida en 8 días y en 4 el de regreso.

Según los términos de la Capitulación relacionada con la construcción de ese camino, que se encuentra en el citado expediente que se conserva en la Biblioteca Nacional de Lima, esta navegación era más segura en todo tiempo "que la del Perú y sus puertos de Manta, Guayaquil y Paita"; además, según este mismo documento, el camino de tierra era el mejor de todos los que había en el Mar del Sur hacia Quito y sus provincias "en el cual se evita cargar los indios, como lo hacen en los demás caminos que de dicha mar hay para la dicha ciudad excepto los de Guayaquil y Bahía de Casagues, por donde andan mulas".

El ancho del camino a construirse entre San Miguel de Ibarra y el Río de Mira, era de 5 varas de ancho en la montaña y 10 en el llano; cada 3 o 4 leguas habría Tambos y paradas de recuas; la casa de los Tambos para albergue de los pasajeros tendría 25 varas de largo y 15 de ancho; la "caballería tendría capacidad para 50 mulas y un resguardo para que las mercaderías y aparejos no quedaran a la intemperie y además se construiría una ermita". También se construirían puentes de madera en los lugares donde fuere necesario y se construiría además una aduana en el río de Mira.

Con la construcción de este camino se procuraba el alivio de Tierra Firme, que era tierra estéril y adonde llegaría así, todo lo necesario para su población en el

breve viaje que se haría por el río Mira. Por este camino, los vecinos de Panamá podrían llegar a Quito en veinte días; y Quito, no sólo tendría una salida de sus productos, sino que su comercio se haría por Portovelo en vez de hacerlo por Cartagena, por caminos más largos, penosos y caros.

En 1621, el capitán Pablo Durango y Delgadillo que cubrió y conquistó esta región de las Esmeraldas y se obligó a construir el camino que le comunicara con las demás provincias del Reyno, no pudo realizar su propósito. Tampoco lo consiguió Francisco Perez Menacho en 1626, ni posteriormente Vicente Justiniani, ni Hernando de Boto y Calderón que se lo propuso en 1713, hasta que en 1746, se concedió la gobernación de las Esmeraldas a don Pedro Maldonado y Sotomayor, natural de Quito, que a costa de grandes sacrificios tomó a su cargo la empresa.

Sin embargo, este camino de Mira o de las Barbacoas, como también se le llamaba se había considerado peligroso, porque con él, se lee en una de las piezas agregadas al expediente citado, se abría un "portillo" por donde el enemigo podría introducirse en "estas provincias cuya mayor seguridad consiste en lo inaccesible de los caminos".

Los que se oponían a la construcción de este camino que llamaban de las Barbacoas, dicen que si el enemigo llegara a dominar la Mar del Sur, en menos de diez jornadas, por ese camino, podrían llegar hasta la villa de San Miguel de Ibarra, desde donde Quito quedaba sólo a veinte leguas.

Sin embargo, además de estas razones de orden estratégico, existían otras de orden económico, pues al facilitarse la comunicación de Quito con Tierra Firma, se perjudicaba el tráfico de Quito con Lima por el puerto de Guayaquil. Por eso, mientras Panamá apoyaba francamente la construcción de este camino, los grandes comerciantes de Lima, lo miraban con inquietud apoyándose en la opinión del Conde de Salva-

tierra, Virrey del Perú, quien en una carta que escribía el 20 de Octubre de 1651, a Don Martín de Arriola, Presidente de la Real Audiencia de Quito, decía "respecto de lo que importa tener ocultas todas las veredas que pueden hacer más fácil la comunicación deste Reyno y estorvar que muchas provincias del no se destruyan con esta novedad".

Esta opinión del Conde de Salvatierra, según Arriola, coincidía con la del Conde de Chinchón y sintetizaba, la política de los caminos cerrados del Pacífico.

La principal vía de comunicación en el Nuevo Reyno de Granada era el río de la Magdalena. Por él subían las mercaderías que venían de Cartagena en canoas cuya capacidad alcanzaba a "100 botijas peruleras". Las embarcaciones llegaban hasta el río Negro a cuarenta leguas de Santa Fe y allí se tomaba un camino de arrias. También solían desembarcar las mercaderías en el puerto de Honda. Para seguridad de estos caminos, se había fundado a once leguas al norte de Santa Fe, el pueblo de San Miguel.

La gobernación de Popayán tenía 100 leguas de costa sobre la Mar del Sur, pero era tan brava y alta que sólo tenía el Puerto de Buenaventura y el del río de San Juan. Se entraba en esta provincia por el puerto de Buenaventura hasta la ciudad de Cali y de ahí a Popayán, Almaguer, Pasto y demás pueblos y provincias de Quito.

El camino de Popayán a Cali estaba frecuentado por reuas que llevaban las mercaderías desde el Perú y desde Quito; y algunas mercaderías que llegaban de España por el puerto de Buenaventura para el Nuevo Reyno de Granada. Desde Popayán también salía un camino por el valle de Cali hacia Pasto.

La ciudad de Cali estaba a veinte y dos leguas de Popayán y a veintiocho o treinta del puerto de Buenaventura.

Las mercaderías de España que llegaban por la vía de Panamá, se llevaban desde el puerto de Buenaventu-

ra hasta el principio del valle cinco leguas de la ciudad, por indios de carga, porque el camino entre las montañas era extraordinariamente áspero, pero las cinco leguas que quedaban hasta la ciudad de Cali, se hacían en recuas.

Desde Cali a Popoyán, Almaguer y Pasto y provincias de Quito, había caminos de recuas, como los que iban por Buga y Cartago hacia el Nuevo Reyno y Santa Fe de Antioquia. Los caminos de Pasto a Quito, Popoyán y Cali, eran frecuentados por recuas que llevaban mercaderías de España y del Perú. Había también un camino de Popayán a Quito, desde donde pasaban luego las mercaderías que llegaban por esta vía, hasta Guayaquil, Riobamba, Cuenca, Loxa,...etc.

Mientras se hizo el comercio de Flotas y Galeones, los Holandeses introducían su contrabando, desembarcándolo en las inmediaciones del río Hacha, donde una playa dilatada y desierta de treinta leguas, en el territorio de los Guajiros, le permitía cómodamente las maniobras necesarias para realizarlo; y generalmente eran los vecinos de Mopox, a setenta y tres leguas de Cartagena, los que se encargaban de transportar el contrabando por los caminos del Reyno de Santa Fe.

Los piratas del Caribe y los contrabandistas realizaban además sus desembarcos en las Bahías del Almirante, el Guaymí, Punta de San Blas, Cocle y el Darien.

En la época del Príncipe de Esquilache, se construyó un camino en la provincia de las Esmeraldas, desde la villa de Ibarra por el río Bogotá a río de Santiago y se construyó el puente del río Delita.

La penosa travesía del Istmo de Panamá hizo discurrir a algunos sobre la posibilidad de comunicar los dos mares por un canal. Además del testimonio de los cronistas que se ocupan de este asunto como el Padre Joseph de Acosta en su ya citada "Historia Natural y Moral de Indias", el Dr. Rubén Vargas Ugarte ha publicado en su obra sobre los "Manuscritos Peruanos del Archivo de Indias" el texto de una carta de S.M. al

Virrey del Perú, refiriéndose a este proyecto el 10 de abril de 1696. Pero cuando las Ferias de Portovelo no pudieron soportar por más tiempo la acción de las Factorías y establecimientos ingleses de las Antillas, de las colonias holandesas de Curaçao y de las colonias francesas de Santo Domingo y Martinica, se pensó en el abandonado camino que unía en una larga navegación marítima, el puerto del Callao con la Metrópolis por el Cabo de Hornos, pues el del Estrecho se consideraba más penoso y largo.

La pérdida de Jamaica, a mediados del siglo XVII, que había aumentado considerablemente el contrabando en perjuicio de las Ferias de Portovelo; el saqueo de Panamá por Morgan en 1760, que obligó a retardar el envío de los caudales hasta no tener noticias de la llegada de la Flota a Cartagena y el privilegio concedido a los ingleses el 26 de Marzo de 1713 de proveer de negros al Perú durante treinta años, que facilitó también la introducción de mercaderías en los países de América, contribuyeron a dar el golpe definitivo al comercio de Flotas y Galeones que acabó en 1737, lo que trajo como consecuencia inmediata la disminución del tráfico por los caminos que unían Panamá con los pueblos de la costa del Pacífico hacia el puerto del Callao y Lima.

En sustitución de esa ruta se abrió la del Cabo de Hornos.

En 1742, se permitieron los primeros Navíos de Registro por el Cabo de Hornos, que entraban al Pacífico en el año siguiente. Pero fue desde 1748 cuando el tráfico por los mares del sur se hizo con mayor intensidad.

Los documentos de la época que se refieren a esta navegación hacen resaltar las ventajas de la nueva ruta sobre la antigua de Panamá y Portovelo, que causaba tantas enfermedades y muertes en los tripulantes, en los mercaderes y en el resto del personal que se empleaba en estos trajines.

El Oidor Matienzo, antes de la segunda fundación de Buenos Aires por don Juan de Garay, decía refiriéndose a la conveniencia de poblar el Río de la Plata, que "los que allí poblaren serán ricos por la gran contratación que ha de haber allí de España, de Chili, y del Río de la Plata y de esta tierra". Sin embargo, desde la fundación de Buenos Aires, el comercio le estuvo prohibido hasta 1602, en que se despachó Real Cédula a instancia de su Obispo, Fray Martín Ignacio de Loyola, permitiendo a los vecinos, un comercio limitado a ciertos frutos por el término de seis años.

A pesar de las prohibiciones, los vecinos de Córdoba del Tucumán, llegan con sus carretas a Buenos Aires, llevando sus productos y cargándolas, de regreso, con las mercaderías que encuentran en el puerto. Este tráfico de carretas entre Córdoba y Buenos Aires, inicia la ruta por donde se hará más tarde el intenso tráfico que llegará hasta el Alto Perú.

El 30 de Enero de 1670, don Bartolomé Gonzalez de Pobeda suscribe una "Representación" sobre el "exceso que había en el tráfico de ropa desde Reyno por Buenos Aires", según lo había verificado en Potosí.

Desde Santa Fe también llegaban carretas a Buenos Aires y como las que iban a Córdoba, regresaban también cargadas con las mercaderías que encontraban en el puerto de Buenos Aires, y que muchas veces eran transportadas hasta el Alto Perú por el camino que unía a Santa Fe con Córdoba, que era el paso obligado para el Perú.

Desde Jujuy, último término de Tucumán hasta Potosí había más de cien leguas despobladas, lo que facilitaba la introducción de las mercaderías por esa vía, a pesar de las prohibiciones. Por este camino, se introduce a los Charcas y al Perú, además de las mercaderías que llegan al Puerto de Buenos Aires, más de treinta mil mulas anuales que en Tucumán valían diez pesos y se vendían a treinta en Lima; y más de cuarenta mil vacas, que consumían anualmente las provincias

de Charcas y otros Correjimientos, además de la yerba del Paraguay que llegaba por el río Paraná hasta Santa Fe y Buenos Aires, y que se transportaba en carretas luego, hasta las "Provincias de Arriba".

Además del camino llamado de los Porongos, que llevaba al Perú, había otro de los Pampas o Melincué para Chile. Los Oficiales Reales de Tucumán, en cartas del 26 de Enero de 1680 y del 6 de Octubre de 1682, se refieren a "los que dirijen sus viajes para Chile y el Perú, por la ciudad de Santa Fe de las corrientes", por los dos caminos indicados.

Como el tráfico de mercaderías entre el Río de la Plata y el Alto Perú iba en aumento, a pesar de las prohibiciones existentes, dice una "Representación" del Tribunal del Consulado de Lima, que se conserva en el Tomo 5 "Perú. Documentos del Virreynato" de la Biblioteca Nacional de Lima, que para ese tráfico "era garganta y paso la ciudad de Santiago del Estero", y que desde Buenos Aires hasta Potosí, había cuatrocientas leguas "de camino llano".

Esa era la característica de la ruta que unía el Alto Perú con el Río de la Plata. El camino en diagonal, que señalaban los indios a Caboto en las tierras de Santa Fe y que fue el mismo camino que describiera Concolorcorvo en su "Lazarillo", era camino llano y de carretas. La facilidad con que se hacía el transporte de un extremo a otro de esta ruta hizo que los fletes fueran los más bajos de todos los fletes que se pagaban en los caminos de América. Todos los documentos de la época de la colonia que tratan del comercio y especialmente del Virreynato del Perú, coinciden en afirmar, que ninguna ruta puede competir por su baratura y comodidad con la del Río de la Plata.

Pero si el camino del Río de la Plata, no tenía como los otros caminos de América obstáculos de la naturaleza que salvar, tuvo en cambio que vencer los obstáculos legales que trataron en vano de hacerlo intransitable.

La lucha económica durante la época colonial, fue una lucha tenaz entre el camino del Río de la Plata, prohibido por las leyes y los otros caminos conservados artificialmente.

"Los caminos son tan abiertos y el país tan dilatado y anchuroso, dice un documento de la época, que de Buenos Aires a Potosí hay cuatrocientas leguas que se caminan en carreta".

FUENTES

P. JOSEPH DE ACOSTA, "Historia Natural y Moral de las Indias", Madrid, 1894.

ANTONIO DE ALCEDO, "Diccionario Geográfico Histórico de las Indias Occidentales o América", Madrid, MDCCLXXXVIII.

ALVAR NUÑEZ CABEZA DE VACA, "Comentarios". En "Biblioteca de Autores Españoles. Historiadores Primitivos de Indias". 1852.

P. OLIVA ANELLO, "Historia del Reyno y Provincias del Perú de sus Incas, Reyes, Descubrimientos, Conquista por los Españoles de la Corona de Castilla con otras singularidades concernientes a la Historia, escrito en 1598 y publicado después de tres siglos por Juan F. Pazos Varela y Luis Varela y Orbegoso". Lima, 1895.

PEDRO DE ANGELIS, "Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata". Buenos Aires, 1910.

SANTIAGO ARCOS, "La Plata. Etudes Historiques". París, 1865.

FELIX DE AZARA, "Geografía Física y Esférica de las Provincias del Paraguay y Misiones Guaraníes". Montevideo, 1904.

J. BALLET, "Les Caraibes". En "Congrès International des Américanistes; Comptes Rendus de la Première Section". Nancy 1875. Tomo I.

JOSE MA. BEAUVOIR, "Los Shelkman, indígenas de la Tierra del Fuego". Buenos Aires, 1915.

P. MIGUEL CABELLO BALBOA, "Historia del Perú bajo la dominación de los Incas". Lima, MCMXX. Tomo II. 2º Serie "Colección de Libros y Documentos referentes a la Historia del Perú".

ANTONIO DE LA CALANCHA, "Crónica Moralizada del Orden de San Agustín en el Perú". Año 1653.

RAMON J. CARCANO, "Historia de los medios de comunicación y transporte en la República Argentina". Bs. Aires, 1893.

CRESCENCIO CARRILLO Y ANCONA, "El Comercio en Yucatán antes del Descubrimiento". En "Congreso Internacional de Americanistas". Actas de la Undécima reunión. México, 1895.

MANUEL M. CERVERA, "Historia de la Ciudad y Provincia de Santa Fe". Santa Fe, 1907.

PEDRO CIEZA DE LEON, "La Crónica del Perú Nuevamente Escrita". En "Biblioteca de Autores Españoles. Historiadores Primitivos de Indias". Tomo II. Madrid, 1853.

P. BERNABE COBO, "Historia del Nuevo Mundo". Con notas de Don Marços Jiménez de la Espada. Sevilla, 1893.

CONCOLORCORVO, "El Lazarillo de Ciegos Caminantes desde Buenos Aires hasta Lima 1773 Araujo. Guía de Forasteros del Virreynato de Bs. Aires 1803".

ANGYONE COSTA, "Introdução a Arqueología Brasileira". São Paulo, 1934.

CARLOS CUERVO MARQUES, "Orígenes etnográficos de Colombia". En "Proceedings of the Second Scientific Congress. Washington U.S.A. Sección I. Anthropology". Vol. I Washington, 1917.

VICENTE DAGNINO, "El Corregimiento de Arica 1535-1784". Arica, 1909.

CARLOS DARWIN, "Viaje de un naturalista alrededor del mundo". Madrid, 1899.

BERNAL DIAZ DEL CASTILLO, "Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España". México, 1904.

ALCIDES D'ORBIGNY, "L'homme américain". París, 1839.

ALBERTO M. DE AGOSTINI, "Mis viajes a la Tierra del Fuego". Milán.

MIGUEL DE ESTETE, "Relación de la Conquista del Perú". Lima, MCMXXIV. Tomo VIII 2º Serie "Colección de Libros y Documentos referentes a la Historia del Perú".

MARTIN FERNANDEZ DE NAVARRETE, "Colección de los Viajes y Descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV". Madrid, 1858.

GONZALO FERNANDEZ DE OVIEDO Y VALDES, "Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano". Madrid, 1851.

PEDRO FERNANDEZ QUIROS, "Historia del Descubrimiento de las Regiones Australes", publicada por don Justo Zaragoza. Madrid, 1886.

P. GUILLERMO FURLONG, "Entre los Mocobés de Santa Fe". Buenos Aires, 1938.

P. GUILLERMO FURLONG, "Entre los Abipones del Chaco". Buenos Aires, 1938.

ENRIQUE DE GANDIA, "Historia de la Conquista del Río de la Plata y del Paraguay". Buenos Aires, 1932.

ENRIQUE DE GANDIA, "La Ciudad Encantada de los Césares". Buenos Aires, 1938.

FRAY GREGORIO GARCIA, "Origen de los Indios del Nuevo Mundo e Indias Occidentales". Madrid, 1729.

GARCIA HURTADO DE MENDOZA, "Viaje al sur de Valdivia y fundación de Osorno". En "Historia Física y Política de Chile". Por Claudio Gay. París. Chile, MDCCCXLVI.

GARCILAZO DE LA VEGA INCA, "Comentarios Reales". Madrid,

MCCCCXXIII.

P. JOSE GUMILLA, "El Orinoco ilustrado y defendido". Madrid, MCCCXLV.

PEDRO GUTIERREZ DE SANTA CLARA, "Historia de las Guerras Civiles del Perú (1544-1548) y de otros sucesos de las Indias". Tomo III. "Colección de Libros y Documentos referentes a la Historia de América". Tomo IV. Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1905.

AL. DE HUMBOLDT, "Vues des Cordillères et Monuments des Peuples Indigènes de l'Amérique". París, 1816.

ANTONIO DE HERRERA, "Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano". Madrid, 1728.

FRANCISCO DE JEREZ Y PEDRO SANCHO, "Las Relaciones de la Conquista del Perú". Lima MCMXVII. Tomo V "Colección de Libros y Documentos referentes a la Historia del Perú".

JUAN LADRILLERO, "Viaje al descubrimiento del Estrecho de Magallanes". En "Historia Física y Política de Chile", por Claudio Gay. París. Chile, MLCCCXLVI.

RICARDO LEVENE, "Historia de la Nación Argentina". Buenos Aires, 1936.

ROBERTO LEVILLIER, "Nueva Crónica de la Conquista del Tucumán". Tomo I. Madrid, 1926. Tomo II. Varsovia, 1930. Tomo III. Varsovia, 1931.

REGINALDO DE LIZARRAGA, "Descripción Breve de toda la Tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile". En "Historiadores de Indias". Tomo II. "Nueva Biblioteca de Autores Españoles".

LOBO Y RIUDAVETS, "Manual de la Navegación del Río de la Plata". Madrid, 1868.

FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA. "Hispania Vitrix. Primera y Segunda Parte de la Historia General de las Indias". En Biblioteca de Autores Españoles. Historiadores Primitivos de Indias. Madrid, 1852.

JUAN LOPEZ DE VELAZCO, "Geografía y Descripción Universal de las Indias", con adiciones e ilustraciones de don Justo Zaragoza. Madrid, 1894.

JOSE EUSEBIO LLANO ZAPATA, "Memorias Históricas Físicas Apologéticas de la América Meridional". Lima, 1904.

EDUARDO MADERO, "Historia del Puerto de Buenos Aires". Buenos Aires, 1902.

MANUEL FLORENCIO MANTILLA, "Crónica Histórica de la Provincia de Corrientes". Buenos Aires, 1928.

FERNANDO MARQUES MIRANDA, "La navegación primitiva y las canoas monoxilas". En "Proceedings of the Twentythird International

- Congress of Americanists". New York, 1930.
- JUAN MATIENZO, "Gobierno del Perú". Buenos Aires, 1870.
- JUAN MATIENZO, "Carta a S.M.". En "Relaciones Geográficas de Indias-Perú". Madrid, 1885.
- JOSE TORIBIO MEDINA, "Los Aborígenes de Chile". Santiago, 1883.
- A. METREAU, "La Civilization Materielle des Tribu Tupi-Guaraní". París, 1928.
- CRISTOBAL DE MOLINA, "Relación de la Conquista y Población del Perú". Lima, MCMXVI. Tomo I de la "Colección de libros y Documentos a la Historia del Perú".
- RAFAEL MONLEON, "Las embarcaciones americanas en la época del Descubrimiento". En "El Centenario". T.II. Madrid, MDCCCXCII.
- ANTONIO PIGAFETTA, "Primer viaje en torno del Globo". Madrid, 1922.
- VIZCONDE DE PORTO SEGURO, "Historia General do Brasil antes de su separação e Independencia de Portugal". Río de Janeiro.
- GUILLERMO H. PRESCOTT, "Historia de la Conquista del Perú". 1847.
- ADAN QUIROGA, "Calchaquí". Buenos Aires, 1923.
- ALBERTO REGAL, "Los caminos del Inca en el antiguo Perú". Lima, 1936.
- RELACION del último viaje al Estrecho de Magallanes de la Fragata de S.M. Santa María de la Cabeza, en los años 1785 y 1786. Madrid, MDCCCLXXVIII.
- RELACION e derrotero de Diego García que salió de la Coruña el 15 de Enero de 1526 e llegó en 27 al río Paraná, donde navegó muchas leguas tierra adentro la armada de Sebastián Caboto. En "Colección de Documentos inéditos para la Historia de Chile" por J.T. Medina. Tomo III. Santiago de, 1869.
- RELACIONES Geográficas de Indias-Perú. Madrid, 1881.
- MARIANO EDUARDO RIVERO Y JUAN DIEGO TSCHUDI. "Antigüedades Reruanas". Viena, 1851.
- FRAY GERONIMO ROMAN Y ZAMORA, "Repúblicas de Indias. Idolatrías y Gobierno en México y Perú antes de la Conquista". Madrid, 1897.
- ENRIQUE RUIZ GUIÑAZU, "Garay fundador de Buenos Aires". Buenos Aires, 1915.
- P. ANTONIO RUIZ DE MONTOYA, "La Conquista Espiritual de los Padres de la Compañía de Jesús en los ríos Paraná, Paraguay y Tape". Bilbao.
- JUAN SANTA CRUZ PACHACUTI y el licenciado FERNANDO DE SANTILLAN, "Historia de los Incas y Relación de su Gobierno".

Lima, MCMXXII. Tomo IX. 2° Serie "Colección de Libros y Documentos referentes a la Historia del Perú".

PEDRO SARMIENTO GAMBOA, "Segunda Parte de la Historia General llamada Inca". Berlín, 1906.

ULRICO SCHMIDEL, "Derrotero y Viaje a España y las Indias". Traducción y Comentarios de Eduardo Wernicke. Instituto Social. Universidad Nacional del Litoral. Santa Fe, 1938.

ULRICH SCHMIDEL, "Viaje al Río de la Plata". Buenos Aires, 1903.

FRAY PEDRO SIMON, "Noticias Históricas de las Conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales". Bogotá, 1882.

JOSE TORRE REVELLO, "Fundaciones hechas en lo que es hoy territorio argentino durante la época Colonial". Mapa Histórico preparado especialmente para "La Prensa". Buenos Aires, 24 de Mayo de 1936.

MAX UHLE, "Las relaciones pre-históricas entre el Perú y la Argentina". En "Actas del XVII Congreso Internacional de Americanistas". Buenos Aires, 1912.

JORGE JUAN Y ANTONIO DE ULLOA. "Relación Histórica del Viaje hecho de orden de S.M. a la América Meridional". Madrid, MDCCXLVII.

JORGE JUAN Y ANTONIO DE ULLOA. "Noticias secretas de América Latina". Londres, 1826.

RUBEN VARGAS UGARTE, "Manuscritos Peruanos del Archivo de Indias". Lima, MCMXXXVIII.

VIAJE al Estrecho de Magallanes por el capitán Pedro Sarmiento de Gamboa en los años 1579 y 1580 y noticia de la expedición que después hizo para poblar". Madrid, 1768.

VIAJE del Comandante Byron alrededor del Mundo. Traducción del Dr. Casimiro de Ortega. Madrid, MDCCLXIX.

AGUSTIN DE ZARATE, "Historia del Descubrimiento y Conquista de la Provincia del Perú y de las cosas señaladas en ellas acaecidas hasta el vencimiento de Gonzalo Pizarro y de sus secuaces que en ella se rebelaron contra S. Majestad". En "Biblioteca de Autores Españoles. Tomo 26".

DOCUMENTOS CONSULTADOS EN LA SECCION

"PAPELES VARIOS Y MANUSCRITOS"

de la BIBLIOTECA NACIONAL DE LIMA

- a) "Comercio de Rexistros de Lima, mejor que el de Galeones". Tomo 8. "Perú - Documentos del Virreynato".
- b) "Informe sobre el Comercio de Quito con Lima y Cartagena".

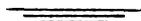
Tomo 8.

- c) "Comercio del río Hacha con Extranjeros". Tomo 8.
- d) "Caminos de la Provincia de Quito a las Misiones de Maynas y frutos preciosos que se crían en las Montañas próximas al Marañón". Tomo 8.
- e) "Diario: año de 1783". MS. 244 págs. con la relación de un viaje de Buenos Aires a Lima. Anónimo.
- f) "Relación de mi viaje de Cádiz a Cartagena". MS. 5 fojas en "Manuscritos - Documentos. Tomo 12 - 0013.
- g) "Diario de Guayaquil a Lima".
- h) "Autos y Capitulaciones del Comisario general de la cavallería del Reyno de Tierra Firme Ju° Bicencio Justiniano Chavarri Para abrir puerto y camino desde la villa de San Miguel de Ybarra por el Río y Puerto de Santa M° de Mira en la mar del Sur". MS. 33 fojas en "Manuscritos - Papeles Diversos". Tomo 223.
- i) "Breve Relación del Comercio del Puerto de Buenos Aires con lo últimamente resuelto hasta el año de 1689". Imp. s.f. 55 fs. "Perú Documentos del Virreynato. Tomo II.
- j) "Representación del Tribunal del Consulado de Lima sobre los excesos de los Navíos de Permissio que salen de Cadiz al Puerto de Buenos Aires..." imp. 19 fs. numeradas - s.f.
- k) "Memorial informativo que pusieron en las reales manos del Rey Nuestro Señor (que Dios guarde) El Tribunal del Consulado de la Ciudad de los Reyes y la Junta general del Comercio de las Provincias del Perú..." imp. 148 pgs. numeradas, por Don Dionysio de Alsedo y Herrera.
- l) "Derrotero del Mar del Sur - 1730" MS. 147 folios numerados - s.f. anónimo.
- ll) "Informe del Consulado de Lima en que se trata de las producciones de este Virreynato; de su comercio interior y exterior de las causas de su abatimiento; y de los remedios para su restauración.
- m) "Relación de los Viajes Modernos al Mar del Sur. Descripción de las Islas del Océano Pacífico reconocidas últimamente de orden de su M.C. Por Don Domino de Bonechea, Capitán de Fragata de la Rl Armada y comandante de la de su M. nombrada Santa María Magdalena (alias el Aguila) en los años de 1772 y 1774" - MS -18 folios - En "Manuscritos Diversos". Tomo 269.
- n) "Descripción de las Islas de Amat llamadas por los naturales de Otaiti". MS. s.f. 7 fs. Tomo citado anteriormente.
- ñ) "Noticia de las islas descubiertas en el año 1772 de Orden de S.M. por Don Domingo Bonechea, Capitán de la Fragata el Aguila". M.S. 5 fs. s. f. Tomo citado.
- o) "Dn Ant° Romero Contador de nauio de la Rl Armada con destino

en el de S.M. el San Lorenzo" MS. 3 folios. Tomo citado.

- p) "Dn Antonio Romero contador de Nauio de la RI Armada con destino en el S.M.S. Lorenzo". MS. 4 folios. Tomo citado.
- q) "Relación histórica del viaje hecho a la Ysla de Amat Por otro nombre Otahiti y descubrimiento de otras adyacentes por Don Joseph Andia y Varela en los años de 1774 y 1775". MS. 133 pgs numeradas en 4°.

**LA EXPEDICION
DE GARAY
Y
LA FUNDACION
DE SANTA FE**



- 1970 -

EL PARAGUAY

Asunción. Irala. Alvar Nuñez. Felipe de Cáceres. Ortíz de Vergara.

Con el abandono y destrucción de Buenos Aires, el centro de la conquista del Río de la Plata se desplaza hacia el Paraguay, donde Juan de Salazar fundó el primer fuerte y donde luego Irala concentró los sobrevivientes de la expedición de don Pedro de Mendoza en un caserío al que dio el nombre de Asunción. Y mientras desde ese nuevo asiento los conquistadores se empeñaban en descubrir las minas de oro y de plata que las noticias recogidas ubicaban hacia el poniente o aguas arriba del Paraná, dejaban en el más absoluto abandono el río descubierto por Solís y las tierras que ocuparan transitoriamente los capitanes del Primer Adelantado a la margen derecha hasta las inmediaciones del Carcarañá.

A la muerte de don Pedro de Mendoza, en virtud de una nueva capitulación, Alvar Nuñez Cabeza de Vaca le sucede en la conquista del Río de la Plata como segundo Adelantado.

Al arribar a la isla de la Cananea, donde se dividían los dominios de España y Portugal, Alvar Nuñez levanta las armas de Castilla y luego pasa a la isla de Santa Catalina con el propósito de invernar, mientras manda al factor Pedro Dorantes acompañado de algunos hombres, a descubrir el camino a Asunción, que luego seguiría con los pocos soldados que le quedaban. En tanto

el resto de la expedición, después de perder la nave capitana en la isla de San Gabriel, navegaba por el Río de la Plata en busca de Buenos Aires que ocho meses antes Irala y el Veedor Alonso Cabrera habían destruido y llevado los últimos pobladores aguas arriba del Paraná a reforzar la población del Paraguay.

Alvar Nuñez llegó a Asunción cruzando el Brasil, en 1541. Allí, dice Ortíz de Vergara, "hallamos poblada la gente de don po de Mendoza", y agrega: "mandavalas domingo de irala", que los recibió, prestó obediencia al nuevo Adelantado y le entregó las varas(1). Gobernó durante tres años y en ese breve espacio de tiempo, descubrió y desbarató transitoriamente, una confabulación tramada por los Oficiales Reales en la que andaban conjurados dos frailes franciscos, uno de los cuales era Fray Bernardo de Armenta. A la vuelta de una de sus "entradas" llegó enfermo a Asunción donde los oficiales con un grupo de vecinos acuden a su casa a prenderle y le llevan preso a casa del Tesorero Garcí Venegas. Entre los amotinados estaban el Contador Felipe de Cáceres, el Factor Pedro Dorantes, el Tesorero Garcí Venegas, el Veedor Alonso Cabrera, y además de Francisco de Mendoza que le quita la espada en el momento que saltaba de la cama para defenderse, Francisco Palomino, Juan de Ortega, Martín Suárez de Toledo, Alonso Valenzuela, Alonso de Angulo, Hermandarias de Mansilla, Pedro de Monroi y otros vecinos, agrupados todos por Irala, a quien los sublevados nombran gobernador.

Pero el Paraguay sigue revuelto y agitado por intrigas y pasiones. En una expedición que hace Irala hacia el Perú deja por su Teniente a don Francisco de Mendoza, pero como los partidarios del depuesto Adelantado que viaja preso rumbo a España, no le reconocen ni le prestan obediencia, Mendoza para evitar mayores disturbios, consiente en que se elija libremente a quien debe desempeñar el cargo que ocupa y así se elige a Diego de Abrego quien logra poner orden durante va-

rios meses, hasta que el mismo Mendoza trata de deponerlo, pero, advertido Abrego, le toma preso y lo decapita en la plaza de Asunción. Al volver Irala se entera de que gobierna el Paraguay un partidario del Adelantado Alvar Nuñez, y en el puerto de San Fernando con los mismos que le han acompañado en la expedición, se hace elegir gobernador y así entra en Asunción sin encontrar resistencia, y de inmediato manda prender a Abrego y sale luego en una nueva "entrada" después de dejar como a su Teniente a Felipe de Cáceres.

Felipe de Cáceres era uno de los conquistadores viejos del Río de la Plata. Desde los tiempos de don Pedro de Mendoza anda mezclado en los trajines de la conquista con su cargo de Contador y aparece entre los complotados que toman preso y deponen al segundo Adelantado. Tiene un carácter autoritario y violento. Hasta la muerte de Salazar, dividía los diezmos amigablemente con el factor Pedro Dorantes a cuenta de sus salarios, pero luego levanta en contra suya una información, cuando según el mismo Dorantes, solo tenía motivos de agradecimiento hacia él.(2)

Durante su actuación en el carácter de Teniente de Irala, como recelara de los parciales de Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, especialmente de Ruy Díaz de Melgarejo, uno de los más adictos al Adelantado, le llegó con mucha gente parcial suya mientras estaba sentado tranquilamente a la puerta de su casa, le tomó preso y le puso una barra de grillos.

Francisco Ortiz de Vergara que fue Gobernador del Paraguay en aquellos tiempos, en una declaración escrita que envió a don Juan de Ovando, Visitador del Consejo de Indias, dice que en aquellas circunstancias, como los partidarios de Alvar Nuñez Cabeza de Vaca temieran seguir el mismo destino que Ruy Diaz de Melgarejo, huyeron de Asunción por lo cual Felipe de Cáceres llamó a Irala que iba con su expedición aguas

arriba, rumbo a los Xarayes. Irala emprendió el regreso de inmediato y los hizo perseguir en los montes donde mandó ahorcar a tres de los fugitivos y volvió a emprender el camino de su expedición hacia el norte. Felipe de Cáceres, corrió entonces a buscar a Abrego, fugitivo como sus compañeros, y le hallaron en medio del monte donde creía estar a salvo, dormido en una hamaca paraguaya. Los perseguidores se le acercaron sigilosamente -"muy quedo", dice Ortiz de Vergara-y le atravesaron el pecho con un arpón, al mismo tiempo que le intimaban para que se entregara preso. "Esta", dice Ortiz de Vergara, "fue la mayor crueldad que en las Indias se ha hecho".

De regreso Irala, en Asunción se encontró al cabo de poco tiempo con la Provisión Real que le nombraba Gobernador del Paraguay y del Río de la Plata; posteriormente arribó la expedición de Martín de Orué con el primer Obispo Fray Francisco de la Torre; y por último, murió Irala de un "dolor de costado", dejando en el gobierno a su yerno Gonzalo de Mendoza, quien alcanzó a gobernar durante un año y medio.(3)

LAS MINAS DE ORO Y PLATA Y EL PASTEL AZUL

Las minas. El colorante usado por los indios y la industria textil española.

El tesorero Hernando de Montalvo en una carta dirigida a Felipe II, afirmaba que "se tiene por cosa muy cierta Así de españoles como por rrelación de yndios antiguos", la existencia en el Paraguay de minas de oro y de plata.(4)

En 1579, el mismo Montalvo en otra relación dirigida al Rey, reitera esta noticia en los términos siguientes:

"La notizia que se tiene por cosa muy cierta Ansi de

Vista de españoles como por relación de yndios antiguos en la tierra de las minas de oro y plata (en esta) provincia y gobernación donde la personas que lo han andado y visto por Vista de ojos de mas de ser farautes ynterpretes con los yndios mas de 20 años dizen y afirman que en el Rio que se dize Elparana que es 30 leguas del bituruzu corta el dicho rio una sierra En que por ella se parecen muchas vetas de dos y otras de mas".

Según esta noticia, el río Paraná cortaba por el medio una sierra "en que cae un salto grande que ningún barco ni canoa puede pasar por ally y de la una vanda del Rio en la misma sierra y de la otra se parecen muchas vetas de mitad amarillo Reluziente algunas de un dedo en ancho y otras de dos y algunas mas.(5)

Esta famosa riqueza, agregaba Montalvo, podía extraerse con harta facilidad durante el estiaje del Paraná que va desde abril a setiembre, pues "las cuales vetas", dice, "atraviesan de la una sierra a la otra quedando de la otra vanda del dicho rio por debajo del agua".(6)

Además se ubicaban yacimientos como el del río Iguazú, donde "se hallan", dice la misma "Relación", "unas vetas del mismo metal en abundancia", y otros lugares "que por relación de los yndios viejos también tienen que se sabe que ay destos mismos metales muchos", y supuestas arenas auríferas en afluentes del río Uruguay cuyas "avenidas dejan en unos ojos que aze el agua en las mismas peñas arena y tierra y a vuelta dello cantidad de granos de metal amarillos y en ciertos saltos que el agua aze los ven Reluzir devajo del agua".

De estas arenas se decía que inspiraban temor a los indios que no osaban tomarlas por creer "que era cosa mala, que son ojos del diablo" y que solamente los cristianos podían extraerlas.

El tesorero Montalvo abunda en sus "Relaciones" en

noticias como estas que enardecían lógicamente la imaginación de los hombres de la conquista. Sin embargo, en la carabela donde los santafesinos enviaban preso a España a Diego Ortiz de Zárate y Mendieta, el tesorero Adame de Olaberriaga y el factor Pedro Dorantes solo remitieron para que fueran examinadas por los expertos de Sevilla, un cargamento de piedras blancas y moradas:

"En la carabela en que yva el Gouver^{or} diego de mendietta Por el factor pedro dorantes y por my el tesorero Adame de Olaberriega se hizo el Registro de todo lo que yva en ella por ausencia del contador q. Era ydo A tucumán, como Arriba dezimos y se entregó al maestre moreno que fue por maestre dela dha carabela quinientas y çinquenta piedras blancas y moradas De las que truxeron de los pueblos de guayra para q. las entregasen a los Oficiales Reales de V. m^t que residen en la casa de la contratación de yndias en la çibdad . de Seuylla".(7)

Pero en tanto se buscaba afanosamente en el Paraguay estas tan mentadas minas de oro y plata, llega a la Corte otra noticia que despierta gran interés: la posibilidad de utilizar en la industria textil de España, el colorante que usaban los indios en el teñido de sus tejidos de un azul de tan extraordinaria pureza que admiraba, especialmente, a pelaires y tundidores.

España importaba de Francia y Portugal un pastel que en gran cantidad consumían las tejedurías españolas en el tinte azul de los paños de lana y de algodón que labraban.

En los comienzos del siglo XVI abundaban en Sevilla las fábricas de tejidos que exportaban a otros países de Europa, frisas, jergas, sayales y otras diversas clases de paños que luego solo se emplearon en España y en Indias al prohibirse su exportación.

Un gran número de Reales Cédulas y de Pragmáticas se dictaron en la Península desde los tiempos de los Reyes Católicos, sobre fabricación, teñido y venta de

paños dentro y fuera del reino. Así se legisló sobre pelaires, tintoreros, tejedores, cordellates y bataneros y todas las actividades industriales y comerciales vinculadas con los paños. Tres años después de publicarse la Pragmática de 1549 sobre la industria del tejido, en 1522 se publicaron las leyes, ordenanzas y pragmáticas estableciendo las normas que debían observarse en la fabricación de las telas donde además de determinar el material y colores a usarse, se mandaba mojar los paños antes de que el sastre o alfayate cortara la tela para hacer los trajes.

Esta industria del tejido, en su época floreciente, consumía en gran cantidad el colorante que se adquiría fuera de España y que, se pensó, podría sustituirse por "el pastel para dar color azul", que según algunas noticias existía en el Río de la Plata, por lo cual, en 1558, desde Valladolid, se encomendó a su gobernador que averiguara de donde y como obtenían los indios el color azul de sus tejidos, "si era de vna o [t]ie]rra que haze El mismo Efeto que El pastel porque con ello se tife y da color azul a las ropas y paños de lana y algodón q. en esas partes se hazen y labran por los yndios".(8)

En 1566, el licenciado Matienzo en la famosa carta en que indicaba el camino que unía el Perú con el Río de la Plata y el lugar donde Caboto levantara el fuerte de Sancti Spíritus como el más indicado para fundar una ciudad a la margen derecho del Paraná, afirmaba que además del oro y de la cochinilla que se podía llevar a España, llevaron "vn azul q' a do quiera vale a peso de oro aunq desto ay poco".(9)

En la época en que se recomienda al gobernador del Paraguay y del Río de la Plata, la búsqueda de ese famoso pastel azul y el envío de todos los datos relacionados con su posible explotación y aprovechamiento en las hilanderías españolas, se presente a la Corte un portugués afirmando que en la India, en Camboya, reino lindante con la Cochinchina, había abundancia de esta yerba y que si se le tomara un "asiento", se

comprometía a introducirla en España en gran cantidad y que si en el Río de la Plata "ouiese cosa que hiziese El mesmo Efecto que el pastel y fuese en cantidad que se pudiese traer a estos Reynos y bastase para los paños q en el se labran sería una cosa de gran ymportancia y se escusaría de traer de francia ni de otro Reyno El pastel que se trate de que se seguirían muchos buenos Efectos".(10)

Fue ante esta gestión que se quiso saber que clase de yerba o de tierra era esa que había despertado ya la codicia del portugués, y que efecto producía para lo cual debía averiguarse primero si existía en gran cantidad, "si es cosa que se siembra o q. nace de suyo en los campos o si es algún venero"; y luego de hacer las experiencias correspondientes, "y para ello", decían las instrucciones, "haréis hazer la experiencia dello dando orden como con ello se de color azul, a alg[un]^a cantidad de lana y esta esperiencia" agregaba, "haréis hazer con la d[ic]ha yerua o t[ie]rra en diferentes tiempos, quando ella este fresca y después quando este algo añexa para que se entienda si hara un efecto siendo fresca o añexa y embi^arnos heis alguna cantidad desta yerua o t[ie]rra de que ansy se da color a la Lana o algodón en esas prouincias y Procuréis que Venga a buen recaudo y bien acondicionad^a para que aca se pueda hazer tal esperiencia dello embiandonos relación juntamente con ello la orden que se tiene en hazerlo y de las diferencias que ay de yeruas o t[ie]rra y en que parte las ay.

Y además de todo esto se quería saber concretamente si a los indios se les ocasionaría algún perjuicio con la explotación de esta yerba o tierra o si recibirían algún beneficio: "si de darse esta grangería Los yndios reçibirían beneficio o se les seguiría algún daño y en que.(11)

Pero de este famoso "pastel azul" no se volvió a hablar, en cambio las minas de oro y plata del Paraguay siguieron acuciando el interés y la codicia

de los conquistadores del Río de la Plata.

LA EXPEDICION DE ORTIZ DE VERGARA AL PERU

Su expedición al Perú. Juan Ortíz de Zárate.

Francisco Ortiz de Vergara, yerno de Irala y hermano de Ruy Díaz Melgarejo, vino al Río de la Plata con la expedición del segundo Adelantado Alvar Nuñez Cabeza de Vaca en 1540 y le acompañó en el camino que hizo desde la costa del Brasil hasta Asunción, después de invernar en la isla de Santa Catalina. Presenció la prisión de Alvar Nuñez y la elección de Irala como gobernador; trató a Felipe de Cáceres que como teniente de gobernador de Irala persiguió a los partidarios del Adelantado en los montes; vio llegar a Asunción a la expedición de Martín de Orué que traía, con el primer obispo del Paraguay y del Río de la Plata, la Real Cédula por la cual se nombraba a Irala como gobernador y vio también llegar al Paraguay la expedición de mujeres que encabezaba Doña Mencia Calderón.

Después de la muerte de Irala, siendo gobernador del Río de la Plata, resuelve salir de dudas respecto a las famosas minas del Paraguay y emprende la marcha hacia el Perú el 28 de setiembre de 1596 en busca de asesoramiento de los expertos en metales y en la explotación de minas. Lleva 150 españoles con 800 caballos y deja por su teniente en Asunción a Juan de Ortega, natural de Medina del Pomar, uno de los que se amotinaron contra Alvar Nuñez.(12)

Acompañan al Gobernador en su expedición al Perú, el primer obispo del Paraguay y del Río de la Plata el franciscano Pedro de la Torre y el tesorero Felipe de Cáceres y entre otros iban Diego de Olabarrieta, Diego

Vañuelos, Miguel Gómez. Pero Alvarez, Pedro Luis y Juan de Salazar que había fundado el primer fuerte del Paraguay, a donde luego Irala llevó los pobladores de Buenos Aires para establecerlos definitivamente en Asunción. También formaba parte de la expedición el factor Pedro Dorantes, natural de Bejar que en 1540 había llegado al Río de la Plata como tantos otros capitanes con la esperanza de mejorar su fortuna, y que quizás, harto de tanto vano trajinar en estas tierras entre combates y guazabaras con los indios y el mundo de intrigas y pasiones de los conquistadores, llevaba el propósito de volver a su tierra por la vía de la Mar del Sur, cuando dio en Chuquisada con un minero llamado Francisco Muñiz, experto en el arte de fundir metales, que fue quien, sin proponérselo, marcó un nuevo rumbo a la conquista del Río de la Plata.

Después de avivar el fuego de sus hornos, descubrió en sus crisoles, que las piedras que llevaban como muestras de las minas lo hombres del Paraguay, contenían oro puro de 18 kilates, según afirmó al Gobernador y a sus acompañantes, y al licenciado Matienzo, Presidente de la Real Audicencia de Chuquisaca. Refiriéndose a este oro paraguayo, Hernando de Montalvo, decía varios años después, que se hallaba "sobre un cobre muy limpio de tierra y de orín, que ansí como lo cortan lo puede fundir".(13)

La esperanza de conquistar estas minas, movió a Juan Ortiz de Zárate a gestionar y obtener del licenciado Castro que gobernaba el Perú, el nombramiento de gobernador del Paraguay y del Río de la Plata, y que pidiera a la vez, a Juan de Garay, uno de los capitanes de la conquista del Perú, que desde Santa Cruz de la Sierra donde vivía con su familia, acompañara a su teniente de gobernador Felipe de Cáceres y se trasladara con su casa al Paraguay desde donde, aguas abajo, fundaría luego Santa Fe y Buenos Aires.

El gobernador Ortíz de Vergara enferma al llegar a La Paz y desde ahí adelantándose algunos de los expedicionarios llevan a Lima la noticia de las minas del Paraguay. Juan Ortíz de Zárate, propietario de minas de Potosí, obtiene del Licenciado Castro, el nombramiento de gobernador interino del Paraguay a pesar de que Ortíz de Vergara alega su elección de acuerdo con la R.C. librada por el Emperador.

Felipe de Cáceres y el obispo de la Torre emprenden así el regreso, abandonando el minero Muñiz, concertado por Ortíz de Vergara para explotar las minas y que ya había ido al Potosí a liquidar sus negocios con el fin de establecerse en Asunción. Mientras tanto Ortíz de Vergara viaja a España para hacer valer el título de su elección de gobernador, pero luego de pasar estrecheces y penurias, solo logra que se le mande pagar a razón de dos mil pesos por cada año pasado en las Indias y, resignado, con las células respectivas del nombramiento de Tesorero de la Real Hacienda se embarca de nueva en Sevilla en la armada en que viene con su capitulación respectiva su émulo el nuevo adelantado del Río de la Plata Juan Ortíz de Zárate, de quien debe soportar los desplantes y altanerías de su genio arriscado y soberbio.

Después de más de treinta años de esta vida ingrata y azarosa de Indias, donde tenía su mujer y sus hijos, murió pobre. En una carta del Tesorero Hernando de Montalvo dirigida al Rey desde la Buenos Aires de Garay, se encuentra su nombre entre los viejos conquistadores muertos, como el factor Pedro Dorantes, Felipe de Cáceres y Diego Ramírez de Haro, que pereció ahogado en el Paraná.

EL TENIENTE DE GOBERNADOR Y EL OBISPO

Felipe de Cáceres y el Río de la Plata. Su nombramiento

to de Teniente de Gobernador. El Obispo de la Torre. El Obispo de la Torre y Felipe de Cáceres. Martín Suárez de Toledo.

Felipe de Cáceres era uno de los conquistadores viejos del Río de la Plata. Podríamos decir que su actuación pública comienza el 24 de agosto de 1539, con la R.C. por la cual Carlos V le nombra Contador de la Real Hacienda en el Río de la Plata, en lugar de Juan de Cáceres, "el qual es ydo A seruir la Contaduría dela prouincia del Perú de que agora le hizimos m[e]r[ce]d. (14)

Por una R.C. del 20 de noviembre del mismo año, se le da licencia para pasar dos esclavos al Río de la Plata, y por otra de la misma fecha, se le concede el título de Regidor del pueblo en que se encuentra el Gobernador de estas provincias.

En los momentos en que los vecinos de la primitiva Buenos Aires pasaban mayores miserias, según la información levantada en 1538 por Ruiz Galán, Teniente de Gobernador y Capitán General de las Provincias del Río de la Plata, Felipe de Cáceres en su carácter de Contador de la Real Hacienda y el Tesorero Garcí Venegas acosaban a los pobladores por el cobro de los diezmos, pues decían los testigos que deponen en esa Información, que mientras los vecinos morían de hambre se les apremiaba inhumanamente en el cobro de los diezmos del maíz de sus chacras, para pagar cierta deuda que tenía Felipe de Cáceres con un mercader genovés, Juan Pedro Bivaldo, en vez de destinarla en servicio de S.M. o de satisfacer los reclamos del cura Julián Carrasco para atender las necesidades más apremiantes de la iglesia.(15)

En 1539, Cáceres viaja en el galeón Santa Catalina del maestre y piloto Antonio López de Aguiar para informar a S.M. sobre lo que ocurre en estas tierras. Lleva consigo dos esclavos y el equipaje formado por

tres cajas grandes llenas de ropa y de otros objetos, que ubica en la cámara del galeón donde hubieran podido viajar cómodamente, según el piloto, tres pasajeros más. En el mes de octubre de ese mismo año, López de Aguiar le demanda por cobro de noventa ducados, que resultan de veinte ducados por el importe de su pasaje, más treinta por la cámara, quince más por el flete de cada esclavo y diez por el flete del equipaje.

Cáceres, al contestar la demanda, bajo juramento, afirma que el galeón Santa Catalina estaba en Buenos Aires, "desconçertado y tal q' no se podía navegar el él", por lo cual los Oficiales Reales y los capitanes que allí se hallaban, dispusieron hacer "adereçar el dho nauio a costa de todos los conquistadores", proveyéndolo de jarcias y velas y todo lo necesario para la navegación a fin de que pudiera viajar Felipe de Cáceres, pues era necesario informar a S.M. de lo que sucedía en el Río de la Plata. Pero el Licenciado Chaves, relator del Consejo de Indias, le manda finalmente pagar veinticuatro ducados de oro, "como por los señores del Consejo está mandado".(16)

Después de sus gestiones en la Corte, Felipe de Cáceres vuelve al Río de la Plata y actúa durante el gobierno del Adelantado Alvar Nuñez Cabeza de Vaca. Pero es desde su viaje al Perú en compañía del Gobernador Ortíz de Vergara y del Obispo de la Torre, y de su vuelta a Asunción con Juan de Garay y el Obispo, cuando su nombre adquiere singular relieve en la historia del Río de la Plata.

De vuelta de su viaje a Lima, y con el título de Teniente de Gobernador que le otorgara Juan Ortíz de Zárate, fue recibido y acatado en ese carácter por Juan de Ortega, Teniente de Gobernador del desplazado Ortíz de Vergara y por el Cabildo en pleno de Asunción; y con el tesorero Adame de Olabarriaga y el fac-

tor Pedro Dorentes, escriben luego al Gobernador del Perú el licenciado Castro, dándole cuenta de los incidentes ocurridos en el viaje y de algunos otros que habían pasado en el Paraguay. Entre tanto las relaciones entre Cáceres y el Obispo, que durante el viaje no habían sido muy cordiales, provocaron una situación de verdadera hostilidad entre el gobierno civil y el gobierno eclesiástico del Paraguay.

En el camino del Perú, Cáceres no reparaba en cargar de grillos a los que le contradecían o tenían con él algún incidente. Era de un carácter violento y díscolo. Según el Arcediano Barco Centenera que tuvo ocasión de tratar en Santa Fe y en Asunción con los que le conocieron personalmente, dice que

**Es Cáceres un hombre bullicioso
Amigo de mandar y sedicioso (17)**

En el viaje de don Pedro de Mendoza había venido con su hermano Juan, contador de la expedición, a quien lleva consigo el Adelantado en su regreso a España. Era un hombre bullicioso y, por añadidura, estaba a disgusto en estas tierras. Cuando don Pedro deja sus "Instrucciones" a Juan de Ayolas al embarcarse en su viaje de retorno, dice: "el contador llevo por no dexaros aquí ombre tan bulliçioso y también el quedaba de mala gana".(18)

Sin embargo, deja en lugar de Juan a su hermano Felipe que no le aventajaba en el genio, por lo cual el mismo Adelantado advierte que debe tratársele con mucho tacto, "y decirle mucho bien de su hermano".(19)

Hombre desasosegado y revoltoso llama a Felipe, Gregorio de Acosta en la "Relación" que envía al Rey desde el Río de la Plata poco antes de que se fundara la ciudad de Santa Fe. Y al referirse a su designación como contador, con cuyo título se presentó a Asunción, dice que "se hizo obedecer por fuerza y por amenazas sin entrar a Cabildo", aunque agrega, "era hombre muy tímido y audaz y cobarde y muy cobarde en su perso-

na".(20)

Hasta la llegada del Adelantado Juan Ortíz de Zárate, gobernó el Paraguay y el Río de la Plata como su Teniente de Gobernador, durante cuatro años.

El Obispo de la Torre no tenía un genio más pacífico que el del Teniente de Gobernador. Barco Centenera dice, empleando un eufemismo, que "era mil sufrido".(21)

En cierta ocasión, un cirujano llamado Pedro de Cayas, natural de Puente del Arzobispo, próximo a Talavera de la Reina, después de oír una homilía del Obispo en la iglesia mayor de Asunción, interpretó las palabras del prelado en un sentido que no era precisamente el que les había querido dar el predicador, y como las comentara así entre los vecinos, el obispo lo supo y le mandó citar a su residencia. Concurrió el cirujano a la cita y después de haber tenido con el "algunas pláticas", como el obispo no podía meterlo por sí mismo en la cárcel, llamó al Alcalde Ordinario Cristóbal de Saavedra ordenándole que lo prendiera. El Alcalde se negó a hacerlo si previamente no se levantaba una "información", que se inició con el testimonio de algunos clérigos, pero viendo "el obispo que la información iba muy en crecimiento y a lo que parecía no muy en su favor dicen que mandó al alcalde de no pasarse adelante con el negocio y que le diesen la información originalmente".

El Alcalde y el escribano se negaron a hacerlo; pero el cirujano estuvo preso en casa de uno de los vecinos hasta que el obispo le llevó a la iglesia mayor donde le hizo desdecirse públicamente.(22)

Después del viaje al Perú las relaciones entre el Teniente de Gobernador y el obispo llegaron a un grado de presión que enunciaba una crisis inevitable. Desde hacía algún tiempo se decía en Asunción, que el obispo quería prender a Felipe de Cáceres por cierta información que en contra suya había levantado sobre "las cosas de nuestra Santa fee", por lo cual el Teniente de Gobernador temiendo que el obispo llevara a la prácti-

ca su propósito, curándose en salud, lo encarceló en su propia morada, que era el convento de los mercedarios.(23)

Según el Tesorero Hernando de Montalvo era tan rigurosa la prisión que Felipe de Cáceres había impuesto al obispo que "no consentía que nadie le hablase haciéndole otras muy muchas molestias"; hasta que burlando la vigilancia, una noche logró escapar el obispo por un albañal del convento: "le fue preciso una noche", dice Montalvo, "salirse por un albañal del mismo monasterio al campo".(24)

Además de la prisión del obispo, el Teniente de Gobernador había encarcelado al provisor del obispado el canónigo Alonso de Segovia, "muy oprymido" 15 meses, dice el mismo Tesorero Montalvo, hasta que le puso en libertad por influencia de un grupo de vecinos importantes. Sin embargo Felipe de Cáceres y sus parciales, decían públicamente cosas injuriosas contra el obispo, su provisor y los sacerdotes, afirmando que estaban todos sujetos a proceso.(25) Hasta que un día el obispo, levantando en alto su crucifijo, e invocando a Dios y a la Virgen, con un grupo reducido de sus parciales, tomó preso al Teniente de Gobernador.

Era tal la anarquía que reinaba en Asunción que Jerónimo de Ochoa de Eizaguirre escribe al Consejo de Indias: "Hasta los clérigos andan revueltos y provocando alzamientos tanto que cada día estamos en términos de nos matar unos a otros".(26)

Pero después de la prisión del Teniente de Gobernador, en la plaza de Armas, Martín Suárez de Toledo levantó la vara de la justicia y los alcaldes y regidores en nombre del Rey le nombraron Teniente de Gobernador: "Después de aver preso El Ob[is]po a Felipe de Cáceres m[art]yn Juarez [de Toledo] salió con vara de justicia a la plaza y los al[ca]ldes y regidores en su regimiento en nombre de su mag[es]t[ad] le nombraron para q. gouernara esta t[ie]rra como tenyente del go[uernad]o^r J^o ortiz de çarate.(27)

Y mientras el obispo levantaba una información contra el depuesto y encarcelado Teniente de Gobernador bajo la acusación de luterano, gobernaba el Paraguay y el Río de la Plata, un enemigo de Cáceres:

**Martín Suarez noble cauallero
Al Cáceres muy mucho aborrecía(28)**

EL LUTERANO

Relajamiento de la disciplina eclesiástica. Observaciones de Barco Centenera.

La misma anarquía que se manifestaba en la vida civil, con sus frecuentes episodios explosivos y violentos, su obstinada y pertinaz desobediencia a las leyes y su obvio abandono de ciertas costumbres tradicionales en la vida urbana y doméstica a que los conquistadores estuvieron sometidos en los pueblos de España, se observaba en la vida religiosa, a pesar de las Pragmáticas y Reales Ordenes que llegaban periódicamente de la Península tratando de encarrilar y someter a normas precisas la disciplina eclesiástica, con el fin de conservar y dilatar la fe en toda su pureza y mantener y asegurar el decoro y austeridad de los sacerdotes que pasaban a las Indias.

Una carta al Consejo de Indias que en 1545 escribe desde Asunción, Francisco de Andrada, clérigo que vino al Río de la Plata en la expedición de don Pedro de Mendoza y que pasó luego al Paraguay al despoblarse Buenos Aires, describe angustiado el estado lamentable de la iglesia por falta de una autoridad que pudiera imponer orden y disciplina en aquel verdadero caos. "Yo soy un pobre sacerdote", dice en su carta, "que todo lo mas y mejor de mi vida e gastado en el estudio".(29) Y este pobre sacerdote ve con estupor,

como han llegado soldados al Paraguay que de pronto aparecen con hábitos eclesiásticos diciendo misa, sin saberse jamás si eran sacerdotes que escaparon como soldados de España, o soldados que en el Paraguay se convertían por sí mismos en sacerdotes, porque "no hay quien les pida cuenta de sus dimysorias", en una iglesia donde faltaba el Sacramento, "por no se poner en ella diligencia".(30)

En la misma fecha que Francisco de Andrada, otro sacerdote, Francisco González Paniagua, en una extensa carta al Cardenal Juan de Tavira, no solo señala la despreocupación de los vecinos por sus obligaciones religiosas y la relajación de las costumbres, sino que concretamente se refiere a "ciertas palabras" que el clérigo Luis de Miranda, dijo desde el Altar sobre la "declaración de un evangelio", que aunque suponen que fueron dichas más por inadvertencia que por malicia, las transmitió al notario apostólico, por considerar que debían ser examinadas por el Santo Oficio de la Inquisición, además de "otras palabras y blasfemias eréticas"(31) que según sus noticias se proferían en Asunción.

Jerónimo Ochoa de Eizaguirre, uno de los vecinos expectables, en carta al Consejo de Indias escrita en el mismo año que las anteriores, denuncia el poco respeto y compostura con que algunos clérigos dicen misa; y lo hacen tan mal, agrega, "que ellos mismos vnos de otros se Rien delante de todo el pueblo", con lo cual, continúa, si los vecinos tienen un poco de fe, la pierden "de ver aquel desorden y desvergüenza".(32)

Es claro que hubo sacerdotes de extraordinaria virtud como Fray Luis de Bolaños, a quien Hernandarias le llama "Santo religioso" o "Santo Viejo", que en ocasión de intentarse una entrada contra ciertos indios que hostilizaban a los españoles, se les apareció precediendo a la tribu con los brazos en alto pidiendo misericordia y prometiendo bajo su palabra que no volverían a atacar a los cristianos si los dejaban en paz; o como Fray Juan de Rivadeneira, de quien dice

el Gobernador de Tucumán Ramírez de Velazco en una carta dirigida al Rey en 1586, que era de buena vida y costumbres y amado en toda la tierra por el buen ejemplo que daba en ella. Sin embargo, en la misma carta en que elogia las virtudes del fraile franciscano, se quejaba del Obispo, acusándole de preocuparse más de sus negocios que del bien de las almas que se le han confiado.(33)

Barco Centenera se refiere a un clérigo Martín González a quien califica de "clérigo idiota" e ignorante, porque agrega que no sabía ni la primera declinación latian: que "a musa solamente no sabía"(34) y que fue quien adoctrinó al indio Oberá: "quedó doctri-nado de los sermones desde" para que luego, viniera "levantando" la tierra, con la nueva secta: "que intro-duzir pensaua nueua secta".(35)

Este clérigo Martín González bien pudo ser un brote prematuro de lo que se tuvo por protestatismo luterano, que luego adquiriría un efímero desarrollo en los soldados, quizás de los ejércitos de Flandes, que aparecían de pronto diciendo misa; o en aquel comentario del evangelio que pronunciara ante el Altar el clérigo Luis de Miranda y que denunció el protonotario apostólico el otro clérigo Paniagua; o en aquellos actos religiosos celebrados por sacerdotes, que según Ochoa de Eizaguirre, se reían provocando el desconcierto y aun la pérdida de la fe de los vecinos.

Pero el hecho es que el primer obispo del Paraguay, Fray Pedro de la Torre, lleva a la cárcel al Teniente de Gobernador Felipe de Cáceres, bajo la acusación concreta de luterano, y después de un año de prisión lo remite con el proceso a aclarar sus palabras y su conducta ante la Inquisición en España.

LOS BARCOS Y LAS ARMAS

Construcción y arreglo de barcos. Construcción de un navío para enviarlo a España con Felipe de Cáceres. La provisión de armas para la expedición de Garay.

En la época en que se resuelve enviar preso a España a Felipe de Cáceres bajo la custodia implacable del obispo de la Torre, Asunción estaba desprovista de todo lo necesario para fundar un pueblo y aun para armar un navío que fuera a la metrópoli.

"Desde que entré en esta ciudad hace más de treinta años", dice el factor Pedro Dorantes, "nunca ha habido más mal aderezo para hacer población y enviar navíos a V.A. para avisarles de las cosas de esta tierra".(36)

La construcción o el arreglo de los barcos traía siempre una serie de inconvenientes y dilaciones. El Licenciado Castro había enviado una orden a los Oficiales Reales del Paraguay autorizándolos a facilitar de la hacienda del Rey, ciertos materiales a los que llevaran un poder de Juan Ortiz de Zárate mientras tramitaba en España la confirmación de su nombramiento interino de gobernador y la obtención del título de Adelantado del Río de la Plata.

Posteriormente se dispuso, durante el gobierno de Felipe de Cáceres, que se hicieran de nuevo unos navíos y se aderezara otro para ir al puerto de San Gabriel a la espera del nuevo Adelantado y como fueran necesarios los clavos de tillado(37) y los estope-roles(38) que guardaba celosamente el factor Pedro Dorantes, Cáceres ordenó que ese gasto se hiciera con imputación a la Real Hacienda y no como un préstamo a cuenta de Ortiz de Zárate, lo cual provocó un incidente entre el Factor y el Teniente de Gobernador que terminó, desde luego, con una orden de prisión contra Pedro Dorantes.

A pesar de todos los inconvenientes que se presentaban para la construcción de barcos, especialmente por

falta de materiales y de otros recursos, después de la prisión de Felipe de Cáceres, Martín Suárez de Toledo dispuso que se hiciera una carabela para enviar a España al Teniente de Gobernador depuesto a fin de que ante el tribunal de la Inquisición, rindiera estricta cuenta de sus dichos y hechos; pero, decía el "Mandamiento", "como la dicha carauela no podrá ir ni bolver con la seguridad que se rrequiere ny venir otros nabios e socorro con la dicha seguridad faltando pueblo e puerto y escala para todo se acordó asi mismo se fuese a poblar e fundar el dicho puerto E pueblo en San Salvador, o rrio de San Juan o San Gabriel que es en el Paraná en una de las dichas Tres partes do mas combiniese".(39)

Unos días antes, el 29 de marzo, después de consultar y platicar con los Oficiales Reales, el factor Dorantes, el tesorero Adame de Olabarraiga y el teniente de contador Jerónimo de Ochoa de Eizaguirre, el Teniente de Gobernador libró otro Mandamiento, por el cual teniendo en cuenta "lo mucho que combiene al seuiçio de Nuestro Señor y de su Magd y al bien y rremedio destas prouinçias q' a costa de su rreal açienda se yiciese vn nabio pa abisar a su magd del suçeso dellas y juntamente con esto ase consultado y acordado que fuesen en compañía del dho nabio ochenta hombres por cauillos dellas Juan de Garay pa' que fundasen y poblasen puerto y pueblo en San Salvador o en otra parte en aquella comarca q mas comoda fuese que tanto su magd desea y combiene pa la perpetuación y an paro destas probincias".

En virtud de este mandamiento los oficiales reales darían "de la Real Hacienda todo lo que combiniense para la armada que estaba a pique de partirse", y especialmente armas, con un verso(40) de bronce "y un fuelle de fragua con las cámaras y aparejos que conviene para su defensa y amparo". Los oficiales estaban así obligados a proveer de todo lo necesario bajo pena de mil castellanos de oro o su valor.(41)

La provisión de armas representaba asimismo otro grave problema.

El factor Pedro Dorantes, en su citada "Relación" de 1573, dice que nunca había visto más desprovista de armas a Asunción desde su llegada a estas tierras hacía treinta años, y que los arcabuces que usaban los soldados eran los que se hacían por improvisados armeros que jamás los habían visto hacer en España. "Despues que entre en esta ciudad por mas de treynta años", dice, "nunca a avido mas mal aderezo que agora p[ar]la hac[er] población y enviar navio a V. al[teza] p[ar]la le avisar de las cosas desta t[ie]rra como agora fuera de los arcabuces que son hechos y hazen unos mocos sin averlos visto hazer syno por relación que les an dado".(42)

Muy poca y escasa pólvora llevaba la expedición; en cambio se la había provisto de alguna reducida cantidad de azufre por si encontraban en el camino o donde se establecieran, salitre suficiente para hacerla.

En Paraguay solo había cuatro versos de bronce, por eso el que debía llevar la expedición para su defensa, costó un poco de trabajo conseguirlo bajo la fianza del factor que prometía pagarlo si se llegaba a perder; e iguales dificultades y penurias hubo que vencer para obtener una fragua, los fuelles y los elementos necesarios para el arreglo de las armas.

El factor Pedro Dorantes que puso tanto empeño para que se armara esta expedición, relata en el citado documento todas estas zozobras: "sobre un verso de bronce", dice, "de Vuestra real hazienda q pidió por la fuerza que mediante dios, piensa hacer p[ar]a su defen- sa quedando acó otros tres y unos fuelles viejos q. vno tenía prestado q el pidió p[ar]a poder aderecar las armas y otras cosas necesarias q no se le davam pidió al tenyente martin juarez un mandamyento p[ar]a q le diesen el verso y los fuelles por q allá no yva q[ui]en los supiese hazer por q avía muchos q los hiziesen y el teniente se lo dio con ciertas penas p[ar]a los oficiales

con el qual fuymos requeridos y mis compañeros no estuvieron en ello y yo respondí que le prestase el verso y que si perdiese yo lo pagaría a Su Mgt. ny por ello se le dio hasta que obo segundo mandamiento y asy se le dio con sus cámaras y la louora y pelotas".(43)

Pudo al final armarse la expedición en la que además del barco en que iba Felipe de Cáceres rumbo a España, navegaba para defenderlo de posibles ataques de los indios a lo largo del Paraná "un bergantín y además de unas canoas comunes, seis canoas endidas a manenera de barcas".(44)

Martín de Orué dice en una carta al Rey, refiriéndose a esta flota, que va formada por "un bergantín y seys canoas endidas a manera de barcas y algunas canoas sencillas, cincuenta caballos y las municiones que an sido posibles según lo poco que abya".(45)

En este mismo documento justifica su oposición al envío de una armada tan desprovista de lo más necesario para fundar un pueblo y sobre todo por ir formada en su mayoría por muchachos, y muy muchachos nacidos en la tierra: "Se dezir a V. Al.," escribe, "que yo no he sido de tal parescer y lo mesmo los oficiales de V. Al. y otros muchos sino fue el factor po Dorantes por ser cosa de tantos muchachos y mal pertrechados de lo que se requiere para semejante armada y tan ymportante como mas largo se entenderá de los q. de aca ban y por la respuesta que se dio al ob[is]po destas prouincias sobre este caso".(46)

LOS MANCEBOS DE LA TIERRA

Criollos y mestizos. La opinión del Tesorero Montalvo. Los mancebos de garrote. El espíritu de rebeldía. Los criollos en la expedición de Garay.

En la segunda mitad del siglo XVI, la población de Asunción había crecido en forma tal a expensas de los nacidos en la tierra, que Hernando de Montalvo escribe a España: dicen "aver mas de dos mil y quynyentas mujeres en sta ciudad de la Sumpción que en este caso an multiplicado vien ansy los que an mandado como los demas en abundancia".(47)

Esta asombrosa proliferación de los hijos de la tierra inquietaba a los conquistadores. El mismo tesorero Montalvo escribe a la Corte pidiendo que se mande "gente española sobre todo por que ay muy poca y van cada dia en mas crecimiento los hijos de la tierra asi criollos como mestizos, que de cinco partes de la gente Las quatro son dellos. vanse cada dia mas desvergoncando y sin ningún respeto a la justicia acen muchos delictos y no ai castigo ninguno. tienen poco respeto a sus padres y maiores. tienese muy poca confianza de ellos. Son muy amigos de cosas nuevas de cada día como los yndios".(48)

El tesorero Montalvo sintetiza así en pocas líneas, ese conflicto de las generaciones, que manifestado en todas las épocas, se acentuaba más violentamente en un medio social en el que se iba elaborando un nuevo tipo humano producto de la fusión de dos grupos étnicos distintos y antagónicos.

El español era hombre dominador, inteligente, de espíritu agresivo y enérgico que se sentía superior al indio y desde luego al negro que le vendiera el "asentista", herrado como los caballos y las vacas con un hierro candente, aunque reconociera siempre en el esclavo y en el indio un alma inmortal igual a la suma.

Ese espíritu agresivo y enérgico que caracteriza al conquistador, le llevaba a resolver con las armas las cuestiones que se le presentaban en la vida civil. Si había llegado a las Indias sin blasones, se los creaba de inmediato al ocupar un cargo en el gobierno de la ciudad. Muchos conflictos originados entre la

autoridad civil y la eclesiástica, tuvieron origen en un problema exclusivamente protocolar de vanas y formales preeminencias; y aun las enemistades que alteraban la vida vecinal y que aveces se heredaban a través de varias generaciones, tenían por lo común un origen semejante.

El mestizo, el hijo del español conquistador y de la india entregada y vencida, se sentía superior al padre por haber nacido en la tierra y superior a la madre y sus parientes indios porque había adquirido del padre, elementos como las armas, el caballo y aun el vestido, que le daban la sensación clara de superioridad sobre el indígena. Era soberbio y altanero, por eso los españoles viejos de Asunción escribían a España escandalizados y temerosos a la vez, sobre estos mancebos, irrespetuosos con sus padres, que hacían usos nuevos, pidiendo que se enviaran más españoles como una barrera que detuviera lo que era para ello solo avilantez y desvergüenza.

Faltaba de ordinario una cohesión familiar. Al padre, por lo común mezclado en los conflictos de la conquista y en las banderías locales, poco tiempo le quedaba para imponer a sus mestizos las normas de una vida ordenada y doméstica, de lo que él mismo no podía dar muchas veces el ejemplo. Se criaban así los mestizos, libres casi del control y vigilancia paterna, haciendo alarde de su fuerza, de su reciedumbre y valentía, arriesgando su vida en cualquier momento, y a falta de otras armas, enarbolando el garrote, réplica de la terrible "macana" indígena, que llegó a darles el mote, con que además del de "mancebos de la tierra", se les solía llamar: "mancebos de garrote". Por eso, los "españoles viejos y de consejo", cada vez en menor número no solo les recelaban y temían ya desde entonces, ese enfrentamiento, sino que tampoco tenían fe en que fueran capaces de llevar a feliz término una empresa que reclamaba orden y disciplina como la fundación de una ciudad con "semejante armada" como

decía Martín Orué. Solo Juan de Garay confió en ellos, o quizás, más que en ellos, confió en su propio carácter enérgico y tenaz.

Muchos años después, en pleno siglo XVIII, los hermanos Jorge Juan y Antonio Ulloa en sus "Noticias Secretas de América", observaban que el mismo fenómeno separaba a criollos y europeos, decían, en una posición absurda entre hombres de la misma nación.

Era este espíritu de rebeldía del nacido en la tierra, lo que inspiraba temores por el buen éxito de la expedición que se había formado en su mayor parte, con los revoltosos mestizos de Asunción que marchaban junto a Garay ante la inquietud y el recelo no disimulado de los españoles viejos como el tesorero Montalvo y el contador Ochoa de Eizaguirre, que habían servido al Rey y que podían jactarse de haber "procurado siempre la quietud y la paz q. es lo que Dios Nro. señor y V. magt. quieren"(49)

¿Cuántos "mancebos de la tierra" se alistaban en el alarde de esta expedición para seguir luego a las órdenes de Garay?

El Teniente de Gobernador Martín Suárez de Toledo dice en el "Mandamiento que se acordó que fueran en compañía del navío que llevaba a Felipe de Cáceres "ochenta hombres y por caudillo dellos Juan de Garay para que fundaran y poblasen puerto y pueblo".(50)

Entre estos ochenta hombres, según el contador Ochoa de Eizaguirre y el tesorero Adame de Olabarriada, "iban setenta mancebos naturales de la tierra".

"Al [tiem]po que se despachó la carabela", dicen en su citada carta, "se despachó juntamente con ella un vergantín y ciertas barcas con el Capn Juan de Garay con algunos españoles y setenta mancebos naturales de la tierra así para acompañarla como para que en San Gabriel o su paraje se fundase un pueblo y para esta población proveímos de la hazienda rreal de su

magt plomo y polbora con todo lo demás necesario y fundó el pueblo treynta leguas mas arriba de Sancti Spíritus donde tubo la fortaleza Gaboto".(51)

Pero quien discrimina el número de españoles y de hijos de la tierra, es Martín de Orué. Van, dice, con Juan de Garay "nuebe españoles y los demas a cumplymento de ochenta manzebos y byen manzebos nascidos en esta tierra".(52)

EL ALARDE

El pregón. El bando de Martín Suárez de Toledo.
El alarde. Criollos y españoles en la expedición de Garay.

El 23 de noviembre, un día domingo del año 1572, frente a la casa del Teniente de Gobernador Martín Suárez de Toledo, vecina a la Plaza de Armas de Asunción, se había levantado el estandarte con las armas del Rey en medio del gentío que había acudido al oír en las calles de la ciudad el redoble de tambores que precedió a la lectura del bando que en alta voz hacía el negro ladino Juan López. Allí se encontraban Luis Márquez, el escribano, con la resma de su protocolo y los alcaldes ordinarios Juan Delgado y Melchor Núñez y el capitán Ruy Díaz Melgarejo como testigos.

Anunciaba el pregón que aguas abajo del Paraná, se fundaría un pueblo de hasta ochenta capitanes con sus armas respectivas y los pertrechos necesarios para su subsistencia. Marcharía con ellos como capitán Juan de Garay, por la confianza de su persona y la experiencia que tenía de las cosas de Indias; y se daba un término de cuarenta días para proveerse de lo necesario a los que se anotaran en la lista que confeccionaba el escribano Marquez.

El primer nombre que se inscribió fue, desde luego, el de Juan de Garay; y luego el de Francisco de Sierra, uno de los españoles viejos y de consejo que sería su segundo y Antonio Tomás, baqueano en la navegación del Paraná. Pero junto al nombre de estos y de otros españoles, y en mucho mayor número, se inscribieron los inquietos mancebos de la tierra como Gonzalo de Alcaráz y Feliciano Rodríguez, que con el andar de los años dejarían sus nombres en dos arroyos de la hidrografía entrerriana; y de Arévalo y Lázaro de Benialvo, que luego se enredarían en los acontecimientos que en la historia santafesina se conoce con el nombre de la Revolución de los Siete Jefes, la primera revolución del Río de la Plata.

Miguel y Jorge Escalada Iriondo publicaron la versión paleográfica de este alarde precedido de un interesante y breve comentario.(53)

Como lo hacen notar los autores de esta publicación, el bando original del Teniente de Gobernador Martín Suárez de Toledo del 23 de noviembre de 1572 se encuentra entre los documentos que el General Mitre reunió en el Archivo del Museo que lleva su nombre.

"En el Museo Mitre", dicen, "entre los documentos que el prócer coleccionó y estudió con tanto celo, existe una pieza de singular valor: el bando original del Teniente de Gobernador Martín Suárez de Toledo [...] y la pertinente proclama en Asunción, como también el Alarde o la lista de personas que se inscribieron para fundar esa ciudad".(54)

Aunque el P. Antonio Larrouy fue quien primero se refirió a la existencia de este documento en el fondo documental del Museo Mitre y Paul Groussac quien dio por primera vez la versión paleográfica del bando "in extenso", a los Escalada Iriondo corresponde el mérito no sólo de haber publicado nuevamente la versión paleográfica del bando, sino también de haber dado luz a la lista completa de los vecinos de Asunción, que en dicho día domingo 23 de noviembre, se anotaron para

integrar la expedición que capitanearía Juan de Garay.

"Contiene el alarde", dicen los autores citados, "94 nombres pero como 4 de ellos están repetidos (Diego Barba, Lázaro de Benialvo, Francisco de Leiva y Francisco de Toledo) el número exacto de los inscriptos es el de 90. De estos hay que restar 3 que están tachados y sustituidos (Pedro Morán por Juan, Miguel Gómez por Arévalo y Amador de Benialvo por el dicho Lázaro). Quedan pues 87. Y estos se reducen a 76 restando a Diego Bañuelos, Juan Cabrera, Jerónimo de Pedernera, Francisco de Ontiveros, Juan de San Juan, Perálvarez, Feliciano Rodríguez, Francisco de León, Francisco, el hijo de Ruz Díaz, Baltasar de Utea y Pedro Martínez todos los cuales están tachados en el original".(55)

Sin duda en el Alarde publicado no se encuentran los nombres de todos los que marcharon en la expedición. Algunos de los que se inscribieron en ese día, no ratificaron su deseo de marchar y otros, en cambio, se inscribían posteriormente en ese acto del 23 de noviembre de 1572, celebrado frente a la casa del Teniente de Gobernador Martín Suárez de Toledo.

Garay, cuyo testimonio debemos tener en cuenta ante todo, el 21 de mayo de 1576, en el título de las mercedes de tierra que se adjudica, al referirse a la fundación de Santa Fe dice: "Saqué de aquella ciudad [Asunción] 80 soldados para con ellos fundar y poblar una ciudad".(56)

Posteriormente, el 21 de mayo de 1582, en una carta al Rey dice que fundó Santa Fe "agora nueve años con ayuda de setenta y seis pobladores".(57)

La diferencia de cuatro hombres entre los ochenta de un documento y los setenta seis del otro, provenientes ambos del mismo fundador, consistiría en cuatro "bajas" que en el espacio de tiempo que va desde que parte la expedición desde el Paraguay hasta que funda la ciudad de Santa Fe a la margen derecha del Paraná, se pudieron producir por abandono, deserción o muerte.

Existen además los documentos citados por los Esca-

lada Iriondo que se refieren al número de pobladores que acompañaron a Garay; una carta de Martín de Orué y otra del factor Dorantes, escritas ambas en Asunción en circunstancias de partir la expedición rumbo al sur.

Orué coincide con Garay al referirse al número de hombres que salen de Asunción para fundar la ciudad, y ambos con el número de pobladores que fija el Mandamiento del Teniente de Gobernador Martín Suárez de Toledo: ochenta.

Por otra parte, Orué concuerda con el factor Dorantes al establecer el número de españoles enrolados en la expedición: nueve.

Luego, la expedición que fundó la ciudad de Santa Fe, salió de Asunción con ochenta hombres, de los cuales sólo nueve eran españoles, y el resto formado por los inquietos y rebeldes "mancebos".

Pero lo importante no es averiguar el número exacto de hombres que salieron a fundar la ciudad sino saber que en su mayoría eran nacidos en la tierra.

LA EXPEDICION

Los viajes de Cáceres y Garay a lo largo del Paraná. Instrucciones impartidas a Garay. El Factor Pedro Dorantes. La flota de Garay. Escolta de Garay a Felipe de Cáceres.

En 1568, Garay había bajado desde Asunción en compañía de Cáceres con el fin de saber quiénes eran y qué habían venido a hacer unos hombres del Perú que llegaron hasta la desembocadura del Carcarañá, donde Caboto fundara el fuerte de Sancti Spíritus.(58)

En 1570 volvieron a navegar a lo largo del río con la esperanza de salir al encuentro de la expedición que

traería a Juan Ortíz de Zárate con su título de Adelantado y en 1572 con el propósito de buscar un nuevo y mejor camino que uniera al Paraguay y al Río de la Plata con el Perú.

A esta última expedición se refiere el factor Dorantes en su informe citado del 13 de abril de 1573.

El año anterior, dice Dorantes, Felipe de Cáceres había salido de Asunción con el propósito de "descubrir cierto camino para Tucumán". Dorantes, en cambio, sostenía que lo conveniente entonces no era salir en busca de ese camino, sino "poblar abajo para que tuviésemos puerto y navegación de España".(59)

Cáceres, a pesar de la opinión contraria del factor, emprendió el viaje mas no encontró el camino que buscaba, porque, agrega Dorantes, "dicen que el río que habían de subir" [en procura del camino al Perú] "no tenía agua para que las canoas pudieran ir y que era salada".(60)

Ese río buscado por Cáceres era el Salado que desde el N.O. del actual territorio argentino baja en diagonal hasta las inmediaciones del asiento actual de la ciudad de Santa Fe. Sin duda el fracaso de sus proyectos le llevó, dado su carácter violento, a cometer inicuos atropellos contra los indios de la región que eran amigos de los conquistadores: "Sin dar ellos ocasión", dice Dorantes, "les quemó las casas y su maíz y mataron dellos y trijeron aquí algunas mujeres".(61)

Orué agrega que en esa expedición en que Felipe de Cáceres se "fue a descubrir el río que dizen ba al pueblo de tucumán" iban dos bajeles que se habían aprontado para ir a esperar al Adelantado Ortíz de Zárate, y advierte que no pudieron navegar por ese río porque estaba muy bajo el nivel de las aguas; "no obo hefecto", dice, "por estar el río bajo".(62)

El Paraná, pues, desde hacía muchos años, no tenía secretos para Cáceres. Varias veces había subido y bajado por sus aguas desde los apocalípticos tiempos de don Pedro de Mendoza. Conocía sus puertos natura-

les donde podía buscarse reparo de las gurupadas sin ponerse al alcance de las terribles y mortíferas flechas de los indios. Sabía hacer las "cortadas" en épocas de creciente entre el laberinto de los arroyos desbordados que cruzaban las islas; distinguía la proximidad de los bancos de arena por la quietud de las aguas; y había también "remanseado" muchas veces en la insegura navegación de las canoas indígenas.

Desde la borda de sus barcas, apercebido siempre para el combate con las rebeldes tribus del río, mientras el agua cabrilleaba bajo el sol, había aspirado con fruición el aire embalsamado de las islas florecidas y pobladas de pájaros. Pero ahora navegaba en la sórdida prisión del barco que a pesar suyo, le arrancaba de tierra de Indias y le llevaba a España a enfrentarle con la Inquisición, escoltado por Juan de Garay que años antes le custodiara y guardara a través de los montes del Paraguay desde Santa Cruz de la Sierra camino de Asunción con el flamante título de Teniente de Gobernador que le otorgara Juan Ortíz de Zárate.

En 1573, Garay llevaba instrucciones precisas para cumplir dos objetivos bien claros y definidos: uno, escoltar la nave en que iban el obispo de la Torre y Felipe de Cáceres hasta dejarlos en la seguridad de que el viaje continuaría sin tropiezos; el otro, fundar, después de cumplida esta misión, un pueblo que sirviera de escala a los que vinieran de España con destino a Asunción.

Estas instrucciones se encuentran en el poder que le otorgara el Teniente de Gobernador Martín Suárez de Toledo el 3 de abril de 1573.

El factor Pedro Dorantes, que a pesar de la oposición y las críticas que se habían desatado contra este intento de salir a poblar aguas abajo del Paraná, fue uno de los más adictos a Garay y decidido partidario de que se llevara adelante la empresa colonizadora, escribe a España, en su citada carta: "Va por capitán para hacer la población Juo" de Garay del cual he conocido

gran deseo por vuestro real servicio. Y luego, refiriéndose a la financiación de los gastos que representaba la ejecución del proyecto, agrega que se le dio de la Real Hacienda todo lo que pudo dársele, "que holgara el que se le diera más", anota, además de lo que Garay invirtió de sus propios bienes, con lo cual pudo ayudar a algunos de sus compañeros de aventura: "Dizen ha ayudado algunos de los que con él van".

Así salió Garay desde Asunción el 14 de abril de 1573.

La expedición iba dividida en dos grupos. Uno marchaba por tierra siguiendo la margen izquierda del Paraná con las carretas y los caballos; y el otro navegaba aguas abajo en busca de la salida al mar.

Según el poder y comisión dado por Martín Suárez de Toledo a Garay, "llevan muchas armas y municiones e mucho número de caballos, bastimentos, ganados, plantas, semillas, gente de servicio, fragua e todos los demás pertrechos necesarios".(63)

Venían con sus mujeres y sus hijos y hasta hubo algún nacimiento en el camino. Entre la documentación que se conserva en el fondo documental del Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales de Santa Fe, relacionada con los primeros años de la ciudad, se encuentra un poder para testar otorgado en el definitivo asiento, en el traslado al sitio que actualmente ocupa, el licenciado Antonio Thomás de Santuchos, clérigo y cura de la parroquia de los indios, declara que es hijo del capitán Antonio Thomás de Santuchos y de Isabel González nacida, dice, "en el camino viniendo a esta conquista".(64)

Se había aparejado y aderezado "un bergantín grande y cinco barcas y canoas hechas balsas", dice Martín Suárez de Toledo, mientras Garay con otras tres barcas navegaría en conserva de la carabela que iba a España, "hasta ponerle en San Gabriel" donde Garay

quedaría el tiempo necesario para ver si la navegación de la nave que haría la travesía del Atlántico, seguía sin ningún tropiezo.(65)

En un bergantín grande, cinco barcas y unas balsas construidas con canoas unidas por medio de un entarimado, se llevaban las municiones y los bastimentos necesarios para fundar una población.

La carabela que llevaba al obispo y a Cáceres se había construído especialmente para dar cuenta a "S.M. de todo lo sucedido e a procurar el mas brebe remedio y socorro que pudiera llegar a estas tierras de Indias", para lo cual este socorro se enviaría de España, debía hallar, como los otros navíos que pudieran arribar a estas tierras, un pueblo o puerto en donde pudieran hacer escala en la navegación aguas arriba del Paraná. A este fin se ordenaba a Garay que lo fundara con la gente que le acompañara en este viaje y que dada la trascendencia que se le daba a esa fundación, se la había pregonado "con estandarte real tendido e a sonido de trompetas e a tambor e voz de pregonero".

Una vez cumplida la misión de escolta, volvería aguas arriba para reunirse con el resto de la expedición y fundar el pueblo que se le ordenaba fundar, "donde debía romper, labrar y cultivar las tierras para sus labranças e crianças", y en nombre de S.M. y del Adelantado Ortíz de Zárate que estaba para llegar con su título desde España, repartir solares y encomiendas, pacificar los indios y traerlos a su amistad y mandar a los vecinos a descubrir por tierra y agua lugares apropiados para la caza y la pesca.(66)

Garay cumplió las instrucciones recibidas. Escoltó la carabela hasta San Gabriel y así que estuvo seguro de que la nave podía iniciar la travesía sin mayores riesgos, que los riesgos que naturalmente corrían las embarcaciones, volvió a cumplir la orden de fundar esa ciudad reclamada con insistencia por algunos de los hombres que se sentían encerrados en Asunción, y por

los que bajaban desde el Perú en busca de una salida al mar por un camino más corto y con menos peligros que el de Panamá.

Martín Barco Centenera que llega al Río de la Plata con Ortíz de Zárate mientras Garay fundaba el pueblo que se le había ordenado, dice que después de despachada la carabela en San Gabriel con el "Obispo y su cuadrilla", subió aguas arriba a fundar Santa Fe:

"Que en breve a Sant Gabriel fuera llegado
A do se despachó para Castilla
Con Cáceres, obispo y su cuadrilla"

y luego de esta primera etapa del viaje, dice que:

"Garay el río arriba se ha tornado
Y puebla a Santa Fe, ciudad famosa"(67)

JUAN DE GARAY

Su traslado a las Indias. Su carácter. Su actuación en el Perú. Su traslado al Paraguay. Sus servicios.

Mozo de hasta quince años sería cuando se embarcó en la riesgosa aventura de las Indias. El lo recuerda muy bien en su larga carta que escribió al Rey desde Santa Fe, después de fundar a Buenos Aires. Recuerda ese viaje y el nombre del río, un viejo tieso y empingorotado jurista que venía a integrar la Real Audiencia de Lima que acababa de erigirse. En cambio, en esa carta, no dice una palabra ni de sus padres ni del lugar de su nacimiento.(68) Quizás, en esos primeros años de durezas y atrasos domésticos, fue a dar con su tío, el licenciado Zárate, primer oidor de la Real Audiencia

de la ciudad de los Reyes, quien le trajo consigo al Perú en la comitiva que acompañaba al Virrey Blasco Nuñez de Vela. Pero esa pobreza suya, a la que suele aludir en sus cartas y memoriales a la Corona, fue, como la de los hidalgos venidos a menos, no una pobreza vergonzante, sino una pobreza digna y altiva, que anduvo siempre a la par de un levantado sentido del honor. Todas las penurias pasadas, los trabajos y desabrimientos sufridos, y aun los gastos que debió afrontar en la conquista, los ha pasado y hecho y los piensa pasar y hacer, dice en su carta, "como devo y soy obligado conforme lo an hecho siempre mis deudos".

Trabajó esforzadamente en la conquista del Perú y en tierras del Paraguay y del Río de la Plata, lo dice él mismo, sin ningún aprovechamiento ni salario "como en otras partes tienen los capitanes y gobernadores". Por eso pide al Rey para poder servirle con mayor lustre, que le haga alguna merced mediante la cual le ayude a casar tres hijas que tiene.(69)

Mantuvo siempre una disciplina estricta entre sus hombres, aun entre ese puñado de mancebos de la tierra que traía para fundar la ciudad, levantiscos y poco amigos de obediencias. Se hizo malquistar entre esa gente joven y revoltosa, aunque le respetaron y admiraron por su extraordinario coraje y valentía. Era, en la lucha, el primero en arremeter en los momentos más difíciles, con riesgo aun para su propia vida. Combatía con saña contra las tribus alzadas e indómitas, que para eso vino a las Indias, para vencerlas e imponer una nueva forma de vida; pero era compasivo con los indios vencidos y sabía defenderles tenazmente de la inútil crueldad o inhumana desconsideración de sus vencedores.

En 1582, como Teniente General de Gobernador y Capitán General y Justicia Mayor en toda esta Gobernación y Provincias del Río de la Plata publicó un bando referente a los vecinos de Santa Fe que se encuentran en Asunción, a fin de "que se aderecen" y

apronten para embarcarse con destino a esa ciudad; y en este bando les prohíbe terminantemente que empleen a los indios para transportar a costas cargamentos de maíz o algodón, pues para eso hay caballos y bueyes. "Otro sí mando", dice Garay, "que ninguna persona sea osada de mandar traer a sus indios a costas maíz ni algodón de las rocas ni de otras partes so pena de perdido lo que se trajere excepto alguna cosa de poco peso pues que en la tierra hay cantidad de caballos y bueyes so pena así mismo de diez varas de lienzo aplicadas las cuatro para el denunciador y las demás para gastos de guerra excepto que puedan traer hasta cantidad de una botija de vino de España".(70)

Durante su permanencia en el Perú peleó siempre junto al estandarte real contra los rebeldes; sirvió especialmente en la población del Valle de Tarija, desde donde en compañía del capitán Andrés Manso "a su costa y con mucho lustre", como capitán de una compañía marchó a la conquista, descubrimiento y población "de los chiriguanos y llanos de los tamacocies" donde se fundó a Santo Domingo de la Nueva Rioja. Con el capitán Ñuflo de Cháves asistió a la fundación de Santa Cruz de la Sierra como capitán con "muchos soldados en su compañía a su costa y fue el primero que metió cantidad de ganado vacuno a la dicha población"; y en este nuevo pueblo de Santa Cruz de la Sierra, como a buen capitán se le encargó siempre de marchar a todas las batallas y conquistas que se ofreciesen de donde volvía victorioso y "sustentando siempre soldados, armas y cauallos a su costa".

El capitán Juan Fernández de Enciso, regidor en Asunción, vio como Juan de Garay vivía en Santa Cruz de la Sierra, "con mucho lustre y honra", con fama de hombre valiente y arrojado entre todos los capitanes y soldados de esa conquista. Este capitán Fernández de Enciso, que en esa ocasión iba al Perú desde Asunción, en compañía del Gobernador Francisco Ortíz de Vergara, pudo además comprobar la admiración con

que sobre aspectos de su vida "contauan soldados viejos de mucha presunción que avían andado con el dicho capitán Garay". Allí sustentaba de su propia hacienda "de ordinario diez y doce soldados a su mesa así de los que estauan en la conquista como de los que fueron en compañía del dicho gobernador y que era padre de muchos pobres y siempre tenía su casa bastesida de muchos bastimentos y carne como hombre que tenía mucho ganado bacuno en la dicha ciudad y que se trataba lustrosamente".

Algunas veces, Fernández de Enciso le acompañó cuando salía como capitán de numerosos soldados a las "correrías" y así pudo apreciar todo su "mucho valor y esfuerzo" en los trances más difíciles que se ofrecieron a Ñulfo de Cháves en esa conquista y como "era muy respetado y temido en la dicha ciudad" donde se le tenía entre los principales vecinos y de mayor lustre.

Cuando Felipe de Cáceres venía del Perú a Santa Cruz de la Sierra como Teniente de Gobernador de Juan Ortíz de Zárate, salió Garay a recibirle al camino "y le llevó a su casa y lo aposentó en ella acudiéndole en el tiempo que allí estuvo en todo lo que uvo menester".

Allí fue cuando algunos soldados que escoltaban a Felipe de Cáceres le desertaron poniéndolo en el trance de hacer el camino hasta Asunción, largo y de mucho riesgo, sin el número conveniente de soldados para su custodia, por lo cual Garay, "dexando su descanso y regalo y todo lo que en la dicha ciudad tenía, traxo su muger y toda su casa y se vino en su compañía hasta el Paraguay con mucho lustre y costa y criados dando a algunos soldados aviamiento y armas y otras cosas necesarias para que pudiesen venir".(71)

Así que Felipe de Cáceres llegara a Asunción, le nombró Alguacil Mayor de las Provincias del Río de la Plata y el 20 de diciembre de 1568, en "las casas de la morada del muy magnífico Señor Felipe de Cáceres

theniente de gobernador e capitán general justicia mayor e alguacil mayor de estas provincias por el muy Ilustre Señor Juan Ortíz de Carate Governador y Capitán General", donde se había juntado el Cabildo, la Justicia y Regimiento de la ciudad, Juan de Garay prestó juramento poniendo su mano derecha sobre la vara del señor Martín Suárez de Toledo, alcalde ordinario.

Después de actuar en la conquista del Perú, se vinculó desde entonces a la historia del Paraguay y del Río de la Plata, no solo como soldado sino también como colonizador y uno de los precursores de la ganadería y la agricultura rioplatense.

El capitán Juan de Espinosa, que por mandato de Juan de Garay, una vez fundada la ciudad de Santa Fe, descubrió el camino que la unía a Córdoba y a Santiago del Estero, trajo de allí, en virtud de esa orden impartida por Garay, bueyes y vacas, yeguas y caballos, cabras y ovejas, "que fue parte", dice Espinosa, "para que los soldados se animasen y tuviese principio de lustre la dicha ciudad de Santa Fe y que así mismo metió trigo de que se empezó a sembrar y aver comida, todo por orden y solicitud del dicho general Juan de Garay".(72)

Toda la obra que realizara en la conquista y población del Río de la Plata la hizo, como dicen los documentos de la época, "a su costa y minsión", contrayendo deudas casi como el Cid, bajo su palabra, que al morir, a costa de grandes sacrificios y privaciones, fue pagando su mujer.

Uno de los conquistadores viejos, Felipe Suárez, al deponer en 1596 en la información sobre los servicios prestados por Garay, declara en Asunción, que hasta ese momento, trece años después de la muerte, su mujer continúa pagando las deudas que dejara al morir: "a visto que hasta el día de hoy", dice, "se ocupa la dicha doña Isabel de Contreras(73) su legítima mujer que fue en pagar las dichas deudas quel dicho general

Juan de Garay dexó de empeños que hizo para las dichas poblaciones y jornadas assi a los oficiales rreales de su magestad como a otras personas".(74)

Otro conquistador antiguo, Baltasar de Carabajal, vecino de Asunción, en las actuaciones citadas, a los ochenta años de edad, afirma rotundamente "que saue y a visto que ningún gouernador ni capitán hasta oy en esta gouernación no han hecho poblaciones de mas efeto al Seruicio de Dios y de Su Magestad y bien de la tierra como las quel dicho general Juan de Garay hizo ni servido con mas cuidado a su Magestad en la conquista de la tierra a costa de su persona vida y hacienda que como es notorio acabo sirviendo a su magestad y gasto su hacienda en su rreal seruicio de cuya causa saue este testigo que la dicha doña Isabel Becerra su legítima mujer y sus hijos han quedado y están con mucha pobreza y necesidad y no se pueden sustentar conforme la calidad de sus personas y hasta oy dia no pueden acabar de pagar las deudas y enpeños quel dicho general Juan de Garay hizo para poder acudir al seruicio de su magestad y hacer las dichas poblaciones, conquistas y rreducciones en que tan de veras se ocupo [....].(75)

Y este testigo, en su vejez, con toda la experiencia que ha adquirido en su larga vida de conquistador, afirma para terminar su declaración, bajo juramento, que si Garay no hubiera muerto "cree y tiene por cierto que la tierra estuviera con otro lustre".(76)

Garay dejó a sus espaldas la prodigiosa y casi inédita orografía de los Andes con todo su fabuloso imperio del Inca donde tanta gente adquiriría lustre y riqueza a punta de espada o a fuerza de audacia y osadía, para venir al desamparo de esta tierra abierta y ancha, con sus episodios explosivos y violentos provocados las más de las veces, por una vida de pobreza y frustración, a abrir los primeros caminos para que hubiera por ellos trato y conversación entre los hombres.(77)

EL LUGAR APROPIADO PARA LA FUNDACION

El sitio indicado para fundar una ciudad sobre el Paraná. La opinión del Licenciado Matienzo. El encuentro con Jerónimo Luis de Cabrera. La ruta de Garay. Los dos grupos de la expedición. La escolta de Garay a la carabela que va a España. La laguna "de los patos" y la "punta de yeso".

El sitio más señalado para fundar una ciudad que sirviera de escala a los que navegaban en Paraná hacia Asunción o desde allí al Río de la Plata, era el lugar donde Caboto construyera Sancti Spíritus, el primer fuerte levantado por España en estas regiones.

Francisco Ortíz de Vergara, a quien Ortíz de Zárate desplazó del gobierno del Paraguay y del Río de la Plata al obtener el título de Adelantado en 1569, afirmaba refiriéndose a Sancti Spíritus que "a esta Fortaleza puédesse a Reedificar con facilidad trayendo de la Açunçion cosas necesarias que las ai en abundancia". Y luego agregaba, "desde puerto y poblacion que se a de hazer si a de ir la buelta de la açunçion ai en el camino las naciones siguientes pobladas en pantanos y islas gente gandula q. no sirven de cosa ni siembran ni cojen si no biven con pescado y caça".(78)

Una relación anónima escrita aproximadamente en el año en que se fundó Santa Fe, dice que en esta región del Paraná la tierra mejor y más apta para el desarrollo de la ganadería es la que se encuentra en la desembocadura del Caracarañá, donde, a la vez, en ese mismo sitio, existe un excelente puerto natural, al que pueden llegar fácilmente los productos del Tucumán por ser toda una tierra llana: "esta poblacion de Gaboto", dice, "es la más importante, es muy buen

tierra sana toda Rasa viene a salir allá el Río carcarañá". Y más adelante agrega: "es muy aparejada esta tierra y comarca de Santispíritus para que allí se crien y multipliquen ganado especialmente vacas y ovejas por ser como aRiba tengo dicha tierra Rasa en la qual por 'maravilla se hallarán árboles toda ella aRiba y abaxo çinquenta [sic] alderredor son dehesas de ynmensa grandeza llenas de mucha yerba tal qual conviene para lo ya dicho. las estancias para los ganados sean de hazer en la Rybera del Ryo carcarañá de vna vanda y otra del porel aRiba dos y quatro y veynte leguas la tierra dentro. no se perda Cuero de vaca ni vellocino de lana y no se traya por el dicho Ryo abaxo para q se pueda embarcar en los navíos q vinieren para estos Reynos de manera q. esta sola granjería bastará a sustentar aquella tierra con grande perpetuydad por q son tantos los ganados q ay en los Reynos del pero q. casi para otra sosa no aprovechan sino para comer en tal manera q. se podrán traer de allí y de tucumán y de la çidad de asunción tanto número dellos q' en diez años su multiplicación hinche toda aquella tierra".(79)

Esta relación, que sin duda corresponde a un hombre de Asunción, coincide, como la de Ortíz de Vergara, también poblador y aun gobernador del Paraguay, con la de un hombre del Perú, el Licenciado Juan de Matienzo que siete años antes de la relación citada, señalaba asimismo el lugar del antiguo fuerte de Sancti Spíritus como el más indicado para fundar una ciudad: "Ase poblar también otro pueblo", escribe, "en la fortaleza de Gaboto a donde a de ser la escala y principal trato de los q. de aca fueren a españa".(80)

Para el Licenciado Matienzo, la población en la desembocadura del Carcarañá, debía hacerse por los hombres de la conquista que venían por el Atlántico o la mar del Norte. Así aconseja que se envíe de España a poblar primero San Francisco en la costa del Brasil y luego a poblar nuevamente Buenos Aires en el

Río de la Plata con quinientos hombres al mando de un capitán a quien se le podría dar esta gobernación y luego encomendarle que con cien o ciento cincuenta hombres, "poblase la fortaleza de Gaboto", aunque, según este plan, quedaría sometida a la jurisdicción del Tucumán: "este pueblo", agrega "avía de ser tucumán y su gobierno".(81)

Es muy probable, y aun diríamos, con toda certeza, que Garay participara de la misma opinión tanto de los hombres del Perú como de los del Paraguay, sobre el sitio donde debía levantar la ciudad que salió a fundar el 14 de abril de 1573, tanto más cuando él conocía por haberla recorrido, toda la región del Paraná desde el Paraguay hasta el estuario.

Fue el P. Antonio Larrouy quien expuso esta misma opinión en su trabajo sobre los orígenes de Buenos Aires: "Llegado al Río de la Plata, Garay temió quizá que la existencia de un pueblo en sus inmediaciones no quedara asegurado por distar demasiado de la Asunción, su capital y punto de apoyo al principio, con gran número de tribus enemigas en el intermedio; retrocedería entonces, pensado que 'después más fácilmente se podía poblar lo de abajo', como decían los Oficiales del Paraguay en 1556. Por otra parte se había advertido que la fundación, para muchos más importante, era la del Paraná en Sancti Spiritus, y Garay juzgaría quizá del mismo modo".(82)

¿Qué motivos tuvo Garay, se pregunta Larrouy, para fundar la ciudad en un sitio del que se había señalado siempre como el más apropiado para una fundación?

"No me parece imposible", agrega a renglón seguido, "influyere en ello el encuentro con el gobernador de Tucumán, Jerónimo de Cabrera".(83)

Participamos de esa opinión expuesta por el P. Larrouy aunque sostiene luego que la elección del sitio se debió a la propia iniciativa de Garay, en lo que anduvo poco acertado, dice, pues "por evitar una dificultad momentánea malogró el porvenir de su

población", que quedó también después de su traslado a la zona de la desembocadura del "Salado, fuera de la línea de comunicación con el interior".(84)

Fue, precisamente, el encuentro con Jerónimo Luis de Cabrera lo que le llevó a fundar apresuradamente la ciudad donde había concentrado su expedición a la margen derecha del Paraná en el sitio que actualmente se conoce con el nombre de Cayastá.

Para confirmar esta afirmación basta considerar el itinerario seguido por Garay desde el 14 de abril de 1573, fecha de su partida de Asunción, hasta el 15 de noviembre del mismo año en que fundó la ciudad de Santa Fe, y los propósitos que persiguió el planear la expedición.

La expedición salió de Asunción dividida en dos grupos. Uno venía aguas abajo del Paraná al mando de Garay embarcado en el bergantín, con las barcas, las canoas y las balsas; y el otro venía por tierra, siguiendo la margen izquierda del río para evitar los bosques del Chaco, al mando de don Francisco de Sierra, uno de los españoles viejos y de consejo que dicen los documentos. Este grupo salió de Asunción, antes que zarpara la flota del 14 de abril, en espera que se alistara la carabela que iría a España con el Teniente de Gobernador depuesto y el Obispo.

Los barcos a vela, con viento a favor e impulsados además por la corriente del río, crecido habitualmente en los meses de marzo y abril, pudieron llegar holgadamente hasta el estuario del Plata en un mes de navegación. Entre tanto, la tropa que marchaba penosamente por tierra, arreando los caballos, abriendo camino y vadeando arroyos y ríos, no podía andar más de dos o tres leguas diarias.

¿Hasta dónde llegaría Garay en escolta de la carabela que iba a España? Según Barco Centenera hasta San Gabriel.(85)

Ruy Díaz de Guzmán, dice, en cambio, que Garay escolta la nave del obispo hasta la "laguna de los patos" y agrega que desde allí entró por el Río de los Quiloazas a la parte del sudeste a fundar la ciudad de Santa Fe.(86)

Evidentemente es este uno de los tantos errores en que incurre Ruy Díaz de Guzmán. Próximo al actual pueblo de Hernandarias, en la provincia de Entre Ríos, existe una laguna que se conoce ahora como laguna del Brete, que fue anteriormente laguna de los Patos(87) frente al río de los Quiloazas, así llamado por Garay, que lleva después de hacer "una vuelta redonda"(88) al sitio donde se han descubierto las ruinas de la primitiva ciudad de Santa Fe(89) al sur del pueblo Cayastá.

Según Ruy Díaz de Guzmán, Garay habría abandonado la carabela que debía custodiar a los quince días, aproximadamente, de navegación, mucho antes del lugar que se le había señalado para que pudiera cerciorarse desde allí que la carabela navegaba sin riesgos por el Atlántico. El error de Ruy Díaz de Guzmán, está en haber confundido la Laguna de los Patos de la costa del Brasil, con esa pequeña laguna de los Patos ubicada a la margen izquierda del Paraná, precisamente frente al brazo del Paraná que Garay llamó de los Quiloazas, que es como decíamos anteriormente, el que lleva al lugar donde se levantó la primitiva ciudad de Santa Fe.(90)

El P. Lozano, también dice que Garay llegó hasta la Laguna de los Patos, pero se refiere a la laguna de la costa del Brasil, pues agrega, que Juan de Garay desde ese lugar, a pocas jornadas hubiera podido prestar ayuda al Adelantado Juan Ortíz de Zárate que en esa época se encontraba en la isla de Santa Catalina.(91)

Cervera por su parte afirma asimismo que Garay cumplió las instrucciones recibidas de Martín Suárez de Toledo y que acompañó, desde luego, a la carabela hasta esa laguna de los Patos.(92)

En el título de las tierras que se adjudicaba Garay

en 1576, al referirse a la estancia que funda a la margen derecha del Paraná, la ubica "A la otra banda del Paraná donde decimos la laguna de los Patos que es por debajo de la angostura de la punta del yeso, una legua poco más o menos de donde sale el Riachuelo de esta dicha ciudad de Santa Fe".(93)

Sobre esta laguna de los Patos -homónima de la costa del Brasil que confunde Ruy Díaz de Guzmán como hemos dicho-, la punta del yeso, la angostura del río y el riachuelo de la ciudad de Santa Fe, los estudios exhaustivos realizados desde el punto de vista puramente histórico por el Dr. Manuel M. Cervera y por el Ingeniero Augusto Fernandez Díaz además con la ayuda de la cartografía antigua y moderna y los respectivos cálculos matemáticos, han demostrado con toda evidencia, que corresponden a la laguna que actualmente se conoce con el nombre de laguna del Brete,(94) próxima al pueblo Hernandarias de la provincia de Entre Ríos(95) en cuyas inmediaciones además de una notable "angostura" del río, existe una fábrica de yeso precisamente en la antigua punta del yeso.(96)

La punta del yeso, bien manifiesta y visible, era un accidente geográfico ideal para señalarlo como punto de reunión de la gente que venía de Asunción por tierra a lo largo de la margen izquierda del Paraná con la que llegara con Garay navegando aguas arriba después de abandonar la carabela en la costa del Brasil. No había ninguna posibilidad de errarlo. Así fue como allí esperaron las canoas y las balsas y la gente de tierra, a que llegara el barco en que viajaba el jefe de la expedición y pasar a la margen derecha por la "angostura del río" y llegar por el "riachuelo"(97) a tierra firme donde se establecería el campamento provisorio.

Aunque la margen izquierda por su elevación y sus características geológicas era más apropiada para fundar una ciudad, que la margen derecha, castigada por las crecientes del Paraná, Garay eligió la margen

derecha para asiento del pueblo que iba a fundar, porque no sólo debía servir de escala a los barcos que subían o bajaban por el río, sino también para abrir desde allí una fácil comunicación con el Tucumán y con el Perú, evitando los riesgos y molestias del cruce del Paraná de una a otra banda si la hubiera establecido a la margen izquierda.

JERONIMO LUIS DE CABRERA

Su actuación en el Perú. Cabrera Gobernador del Tucumán. La fundación de Córdoba. La fundación del puerto de San Luis de Córdoba. La toma de posesión en la desembocadura del Carcarañá.

Mientras tanto, Jerónimo Luis de Cabrera, uno de los capitanes que había actuado en el Perú, como Garay en los comienzos de su vida en las Indias, había bajado a la conquista del Tucumán. Llevaba casi veinte años en estos duros y azarosos trajines. En el Cuzco se halló con el Mariscal don Alonso de Alvarado "cuando vino a hacer el castigo en barrionuevo y miranda y los demas alterados contra el servicio de su magt".

Desde el Callao, "doblando jornadas" llegó hasta el Cuzco y se "metió debajo del estandarte Real de S.M." al rebelarse en la provincia de las Charcas don Sebastián de Castilla y darse muerte al gobernador don Pedro de Hinojosa combatió denodadamente hasta que se ejecutara al rebelde don Sebastián. Al llegar a doce leguas del Cuzco donde se hallaba, la noticia de la rebelión de Francisco Hernández Girón "y sus secuaces", sin pérdida de tiempo, en compañía de su hermano don Pedro Luis de Cabrera y de un grupo de capitanes "con

mucho riesgo de su persona", comprando y mudando caballos, en cuatro días y medio hizo las ochenta leguas de camino y llegó a tiempo de dar la nueva de la rebelión al Presidente y Oidores de la Cancillería Real, lo que fue el motivo de que se preparara la guerra sin cuartel contra Hernández Girón. Desde Lima había bajado al Valle de Ica con Provisiones Reales de S.M. "e perdones para algunos q. fueron culpables en la rebelión" de don Sebastián de Castilla; y por orden de la Real Audiencia regresó a la Ciudad de los Reyes al frente de más de setenta hombres a servir al Rey con muchas armas y caballos hasta desbaratar por completo a los rebeldes que seguían a Girón. En el Valle de Pachamac había combatido a los insurrectos hasta el Valle de Chucha sin darse descanso hasta que se logró dar muerte al causante de la rebelión. Fundó en el Perú la Villa de Valverde, en la Provincia de las Charcas y en la Villa Imperial de Potosí, fue por mucho tiempo Corregidor y Justicia Mayor, y aun Gobernador y Capitán General en todo lo cual gastó de su peculio más de treinta mil pesos de oro.(93)

El 20 de setiembre de 1570, el Virrey don Francisco de Toledo, desde el Cuzco, le habría nombrado en lugar de Francisco de Aguirre, preso a disposición del Tribunal de la Inquisición, Gobernador y Capitán General y Justicia Mayor de la Provincia de Tucumán, Xuries y Diaguitas; y el 17 de julio de 1572 le recibía solemnemente en ese carácter el Cabildo de Santiago del Estero.

El 6 de julio de 1573, en el lugar que los indios llamaban "Quisquisacate", fundaba la ciudad de Córdoba "entre dos ríos caudales que tienen en término de tres leguas de mui escogidas aguas con mucho pescado y que el uno alcanzó a entrar en el Río de la Plata donde ha de tener puerto esta ciudad para contratarse por la mar del Norte con los Reinos de Castilla".(99)

La fundación de la ciudad, en el pensamiento expre-

sado por su fundador en el acta respectiva, llevaba implícita la posterior fundación de un puerto en la desembocadura de uno de los "dos ríos caudales", que coincidía con el lugar donde Caboto fundara Sancti Spíritus.

No tardó Cabrera en intentar la realización de su propósito de dar a la ciudad una salida al mar. El 17 de setiembre ya se encontraba al frente de un grupo de sus capitanes "junto a un asiento que dijeron se llamaba la fortaleza a do estuvo Gaboto dentro de las cabas de ella e también andando fuera de ellas que es sobre el gran Río de la Plata", donde en presencia del escribano y los testigos, declara que "había venido a descubrir puerto para que se tratasen y contratasen estas provincias y las del Perú y otras partes con los reinos de Castilla, con cuyo fin fundó en este acto, el Puerto de San Luis de Córdoba.(100)

"Llegado que hubo a las costas paranaenses", dice Monseñor Pablo Cabrera, "a la altura del puerto de Caboto, tomó posesión de dicho puerto el 17 del mismo mes" [de setiembre] "y año mencionados apellidándolo puerto de San Luis de Córdoba".(101)

La fundación del puerto fue tan solemne como la fundación de la ciudad a que estaba destinado a servir. El Alférez de Córdoba, Juan Rodríguez Juárez levantó el Estandarte Real de S.M. entre el toque marcial de las trompetas, mientras el Gobernador don Gerónimo Luis de Cabrera tomaba posesión "del Puerto e tierras e Gran Río de la Plata e Islas que dentro tiene" y en nombre del Rey, "se paseó por el dicho aciento e con la espada desnuda que en la cinta tenía, cortó algunas ramas de unos árboles que por allí estaban y de allí fue al dicho Río Grande e con la mano meneó el agua e arrojó un poco afuera"(102) en presencia de algunos vecinos de Córdoba y otros de Santiago del Estero, cuya ciudad había fomentado y ayudado la expedición

que dio origen a la fundación de Córdoba.

Luego de dejar fundado así simbólicamente el Puerto de San Luis, Cabrera siguió su marcha hacia el norte bordeando el brazo del Paraná, "y a siete leguas mas o menos mas arriba de la dicha fortaleza do dicen estuvo Gaboto e Puerto de San Luis de Córdoba, en un asiento que llaman "omar cobera" e por otro nombre "Los Timbues", cerca de Corinda" al día siguiente de fundar el Puerto Nombrado, también en presencia del Escribano, junto al Estandarte Real de S.M. levantado por el Alférez, mientras sonaban estridencias las trompetas de su compañía volvió a tomar posesión de la tierra, de su puerto natural y del río y lo puso todo bajo la jurisdicción de Córdoba, "e así mismo", dice el acta respectiva, "tomó por la mano a un indio que dijo llamarse Cabiste e ser sujeto al cacique principal de Corina que reside en la ribera del dicho rio e yslas del e le paseó por el dicho asiento e puerto como indio de los bacos y para los encomendar en nombre de Su majestad a vecinos de dicha ciudad de Córdoba en cuya jurisdicción caerá de oy en adelante el dicho puerto e tierras e indios que por allí obiese".(103)

Siguió Cabrera hacia el norte por la margen derecha del Paraná y el 19 del mismo mes de setiembre, en el asiento de los indios Coronda se topó con los barcos de Garay que navegaba aguas abajo antes de fundar la ciudad de Santa Fe, en busca de la desembocadura del Carcarañá donde existían aun las ruinas de la fundación de Caboto.

EL ENCUENTRO DE GARAY CON CABRERA

El encuentro en Coronda. El requerimiento de Cabrera. La "Información" levantada en Santiago del Estero en 1585. La actitud de Garay.

Garay sabía muy bien, pues se sabía desde los tiempos de Caboto, que el camino al Perú partía hacia el poniente desde la desembocadura del Carcarañá, donde se levantara el fuerte de Sancti Spiritus; pero el cruce del río desde la margen izquierda por donde venía una parte de su expedición, se hacía más fácilmente por la "angostura" de las inmediaciones de la "punta del yeso", que frente al Carcarañá donde los brazos del río son más anchos y caudalosos. Por otra parte, Felipe de Cáceres en el último viaje que hiciera a lo largo del Paraná en compañía de Garay, había atacado y diezmado a los indios de la zona próxima a la desembocadura del Salado a pesar de ser amigos con lo cual esa región había quedado en una lógica actitud hostil contra los conquistadores. Esta circunstancia que impedía realizar un desembarco en sus inmediaciones, llevó también a Garay a elegir más arriba el sitio que señaló para establecer su campamento, desde donde, luego de reconocer previamente el terreno que le separaba de la desembocadura del Carcarañá, emprenderían la marcha sus capitanes con las familias, los indios de servicio, la hacienda y el material que traían para la fundación.

Según el mismo Garay, estableció su campamento a la margen derecha del Paraná en el mes de julio, pues una "Información" levantada en Santa Fe el 24 de enero de 1583 declara que "fundó esta ciudad de Santa Fe [.....] y dende a dos meses poco mas o menos [.....] tuvo trato y habla con Jerónimo Luis de Cabrera governador de las provincias de Tucumán que en la propia coyuntura avia fundado otra ciudad que se dice Córdova sesenta leguas mas o menos desta que se fundo".(104)

En realidad fundó la ciudad el 15 de noviembre de 1573 según el acta respectiva, pero desde su encuentro con Cabrera se empeña en hacer notar que a pesar de no haberse realizado el acto solemne de la fundación, por las razones que expondremos más adelante, la

considera fundada desde el momento en que se instaló en el lugar que actualmente se conoce por Cayastá. A esta instalación primitiva y provisoria de su gente la considera como una real fundación de la ciudad, después del encuentro con Cabrera en el asiento de los Coronda que fue exactamente el 19 de setiembre, es decir antes de un mes y veintiséis días de la formal fundación de Santa Fe.

"Estando sobre una barranca de un brazo del rio de la Plata cerca de do que estan poblados los yndios de Corona" (así) dice el acta que hiciera levantar Cabrera en esa ocasión, "sabado diez y nueves dias del mes de setiembre del año del nacimiento de Nuestro Salvador Jesu-Cristo, de mil e quinientos setenta y tres años, ocurrió" el encuentro con Garay; "dos días después", continúa el acta, "que el dicho Señor Gobernador" [don Gerónimo Luis de Cabrera] "había tomado posesión en nombre de Su Majestad de estas tierras y puertos de San Luis de la Ciudad de Cordova".(105)

Garay y sus hombres bien armados llegaban navegando aguas abajo por el río Coronda, brazo caudaloso y abierto del Paraná, en un navío y dos chalupas "con sus velas e governalles e puesto a punto de guerra con arcabuceria e artillería e gente de infanteria armada".(106)

Cabrera, desde el borde de la barranca, junto al estandarte real levantado por el Alférez, le requirió de parte de S.M. "que no poblase ningún pueblo ni conquistase indios fuera de los límites y términos de la gobernación del Paraguay", ni entrara en la jurisdicción de su gobierno y le exhortó además que "hiciese buena amistad porque no causase algún escándalo entre los Gobernadores o Capitanes que su Majestad tiene en la dicha gobernación". A todo lo cual, según el acta de Cabrera, "Juan de Garay dijo que así lo haría porque esperaba antes de muchos días muchas mercedes de Su Señoría".(107)

Así Cabrera, luego de fundar la ciudad de Córdoba

"al pie de una cordillera entre dos ríos caudales", según una "Relación", había seguido corriendo hacia el oriente por tierra llana y muy fértil, en busca de una salida al mar,(108) para dar inesperadamente con Garay, que aguas abajo por el Paraná buscaba el mismo puerto.

Según Cabrera, en esa circunstancia "socorrió a unos españoles que andaban perdidos con su capitán que se llamaba Juan de Garay y sin saber donde hubiese salida o camino para los reinos del Perú".(109)

En una "Información" levantada en Santiago del Estero el 5 de octubre de 1585 por orden de la Real Audiencia a fin de probar los méritos y servicios de los vecinos de Santiago del Estero, que después de haber colaborado en la fundación de Córdoba, socorrieron a una ciudad llamada Santa Fe que había poblado Juan de Garay, el capitán Miguel Arnes, a la décima pregunta del interrogatorio declara que Jerónimo Luis de Cabrera después de fundar Córdoba "fue hasta el río de la plata hasta topar con la gente del río de la plata que traya Juan de Garay".

Según el testigo capitán Juan Rodríguez Juárez, Cabrera llevaba en su compañía a no menos de treinta o cuarenta soldados, los más vecinos de Santiago del Estero, cuando llegó a la fortaleza de Caboto y se encontró con el Capitán Juan de Garay "que dexa poblada en el dho río de la plata la ciudad de Santa Fe". Este testigo que según su propia declaración, llevaba junto a Cabrera el estandarte real, presenció muy de cerca la entrevista de los dos fundadores que debió desarrollarse en términos muy comedidos, como dice en el acta que levantara Cabrera, pues de lo contrario no hubiera dejado de anotar los detalles más salientes.

Juan Cano, otro testigo, sólo dice que Garay "estaba poblando la ciudad de Santa Fe", lo mismo que declara Luis de Lerma, quien agrega un pormenor que pasó desapercibido para los demás deponentes o que no le dieron ninguna importancia por considerarlo una simple

y obligada cortesía de Garay: el agradecimiento por el auxilio que se le había prestado en circunstancia de hallarse perdido en esas latitudes. Los hombres de Garay, dice Luis de Lerma, "asi como vieron al dho Govor don Ger[oni]mo y a su gente dieron muchas gracias a Dios porque estauan alli como gente perdida y el dho don Ger[oni]mo los socorrió con los vezinos desta ciudad(110) q. yvan con él(111) con muchas cosas ansi para su bestir como para su sustento de que tenían gran neçesidad.(112)

El último testigo que declara en esta "Información", Alonso de Contreras, solo afirma que Cabrera y Garay se encuentran en la fortaleza de Caboto: "y allí se trataron el Capn Juo de Garay y el dho Govor don Gerónimo fuera en la fortaleza de Gaboto donde se vieron q'hera cinqu[en]t[a] leguas de la ciudad de Córdoua y de entonces acá ai trato E comunicación de aquella gouer[nacion] a esta de tucumán y a los Reinos del Perú y a la gouer[nacion] de chile.(113)

Fue sin duda un ardid de Garay el mostrarse "como perdido" en un río, el Coronda, que había navegado varias veces;(114) y que además es uno de los brazos del Paraná más abiertos y fáciles de navegar. Pero estaba ahí frente al Gobernador de Tucumán, con sus jinetes junto al estandarte real, que le hacía una intimación en nombre del Rey, mientras él solo podía exhibir un "Mandamiento" otorgado por un Teniente de Gobernador que había asumido el poder después de una de las tantas revoluciones del Paraguay. No era sin duda el momento más oportuno para plantear una difícil cuestión jurisdiccional, tanto más cuando esperaba que de un momento a otro llegara Juan Ortíz de Zárate con su flamante designación de Adelantado del Río de la Plata que sería el encargado de afrontar-la con mayores títulos y mejor éxito.

Solo más de cien años después de este episodio, en una Real Cédula del 17 de mayo de 1627, aparece Cabrera salvando a Garay del asedio de los

ASUNCION (1)
Parte la expedición de Garay
el 14 de abril de 1573

**(2) PUNTA DEL YESO Y
LA LAGUNA DE LOS PATOS**
(Hernandarias - Entre Ríos)

ACTUAL CAYASTA (4)
Funda Garay Santa Fe
el 15 de noviembre de 1573

CORONDA (5)
Encuentro
Garay - Cabrera
el 19 de setiembre

CARCARAÑA (6)
Cabrera funda
San Luis de Córdoba
el 17 de setiembre

LAGUNA DE LOS PATOS
(Brasil)

(3)

- (1) ASUNCION -Parte la expedición de Garay el 14 de abril de 1573. Unos vienen por tierra por la margen izquierda del Paraná y otros, con Garay, aguas abajo escoltando la carabela que lleva a España a Felipe de Cáceres.
- (2) PUNTA DE YESO y LAGUNA DE LOS PATOS (Hernandarias - Entre Ríos). La expedición que baja por tierra espera allí que vuelva Garay de cumplir su misión de escolta.
- (3) LAGUNA DE LOS PATOS (Brasil). La carabela que lleva a Felipe de Cáceres sigue a España y Garay vuelve a la Punta del Yeso (2) donde se reúne con la otra parte de la expedición y cruzan a la margen derecha del Paraná y acampan en el actual Cayastá (4) desde donde parte Garay por agua hacia el sur en busca del camino al Perú y se encuentra con Cabrera en Coronda (5) el 19 de setiembre de 1573, adonde ha llegado después de fundar en el Carcarañá el Puerto de San Luis de Córdoba (6). Después de este encuentro, Cabrera vuelve a Córdoba y Garay sube hacia el actual Cayastá donde funda Santa Fe (4) el 15 de noviembre de 1573.

indios de la comarca; "a tiempo que los indios de aquellas provincias trataban de desbaratar al Capitán Juan de Garay que había bajado desde la ciudad de la Asunción a poblar la de Santa fee y no lo ejecutaron viendo el socorro que había llegado.(115)

De esta R.C. el P. Lozano se valió para describir ese supuesto trance en que se pinta a Garay en una situación angustiosa frente a los indios.(116)

Sin embargo, si este episodio hubiese sido real, no hubiera dejado Cabrera de hacerlo notar oportunamente, ni los testigos que presenciaron la escena.

Lo cierto es que mientras Garay abandonó el sitio donde se encontró con Cabrera, el 23 de setiembre, pide el Procurador de la ciudad de Córdoba, que se marcara la tierra comprendida dentro de la jurisdicción de su ciudad, desde la fortaleza de Caboto río arriba, hasta la desembocadura del Salado, en una extensión aproximada de veinte a treinta y cinco leguas y otras tantas río abajo, desde la fortaleza de Caboto donde desemboca el Carcarañá, que los hombres de Córdoba llamaban Talamochita.

Y el día 24, "como a cien pasos más o menos del mojón que por parte de la ciudad de Córdoba está hecho en el dicho punto el Alcalde, en nombre de la dicha ciudad para mayor abundamiento e corroboración, antes añadiendo fuerza a fuerza, tomó por las manos a los dichos regidores e procurador de la dicha ciudad, e a cada uno de ellos e los paseó por el dicho puerto e asiento de él e dijo que daba e dió a la dicha ciudad de Cordoba e a los regidores e procurador de ella en su nombre la posesión corporal real actual "vel casi" de los dichos terrenos y jurisdicción e alargamiento de ellos conforme a la merced del dicho Sor Gobernador e los dichos regidores e procurador en el dicho nombre en continuación de ella quebraron con las manos ramas de un árbol que allí estaban e arrancaron yerbas del suelo".(117)

El 10 de marzo de 1574, ante escrituras y cartas,

Diego Hernández, vecino de Córdoba, en presencia del Escribano Público y los testigos de actuación, recibe, entre otros, los documentos siguientes:

"Requerimiento hecho por el muy Ilustre Señor Gobernador don Gerónimo Luis de Cabrera al Capitán don Juan de Garay, sobre que no poblase en el distrito y jurisdicción de esta Gobernación firmado del dicho Señor Gobernador signado del dicho Escribano".

"Nombramiento de Puerto de San Luis de Córdoba por el dicho Señor Gobernador y signado del dicho Escribano".

"Señalamiento de términos por el dicho señor Gobernador a esta ciudad hacia la parte del Río de la Plata, signado del dicho Escribano".

"Señalamiento de términos a la dicha ciudad por el dicho señor Gobernador hacia la parte del Sur signado del dicho Escribano".

Y por último, "otro requerimiento que va cerrado e sellado hecho al dicho Capitán Juan de Garay en Santa Fe, por el Alcalde Pedro López Centeno sobre la dicha defensa de jurisdicción".(118)

LA FUNDACION DE SANTA FE

La fundación en tierra de Calchines y Mocoretás. La fundación de Buenos Aires.

Garay llega al sitio donde había quedado el resto de su expedición con un nuevo plan que le aconseja su prudencia: dejar fundada allí mismo la ciudad. No le quedaba otro recurso. Ante el requerimiento del Gobernador don Jerónimo Luis de Cabrera: o planteaba un problema de jurisdicción que en esas circunstancias solo se habría resuelto por las armas, o volvía a Asunción sin cumplir su propósito tantas veces procla-

mado de "abrir puertas a la tierra" para la comunicación de los hombres aislados en el Paraguay. Por eso, ante la intimación del fundador de Córdoba como un hábil recurso dilatorio, había alegado la anterior fundación de Santa Fe en el sitio que había elegido como campamento provisorio. Con esta estratagema trató de afianzar su derecho en un acto realizado con anterioridad a la fundación del Puerto de San Luis de Córdoba. Aunque si bien es cierto que no se había formalizado legal y formalmente la fundación de la ciudad, en cambio se había ocupado y tomado posesión real y efectiva de la llamada "Provincia de los Timbues" a la margen derecha del Paraná.

El 30 de setiembre había llegado de vuelta al actual sitio de Cayastá, donde le esperaba el resto de la expedición, con esta desconcertante novedad.(119)

¿Qué efectos produciría esa noticia entre sus compañeros y sus subordinados, especialmente entre los inquietos mancebos de la tierra? Las actas capitulares de Santa Fe, que se conservan incompletas, nos dejan entrever cierto malestar y disconformidad entre los vecinos. Se habla de "chismes" que perturban la vida comunal y hasta hay vecinos que apenas fundada la ciudad quieren abandonarla.

En realidad deben sentirse en cierto modo defraudados, pues el camino al Perú buscado con tantas ansias y con tanto afán quedaba bloqueado por los hombres de Córdoba. En el sitio donde se encontraban y donde las circunstancias lo obligaban a permanecer, esa comunicación con el Perú había que buscarla quién sabe a costa de cuántos sacrificios e inconvenientes, mientras desde Sancti Spiritus estaba señalado, a través de tierra llana y abierta, por el cauce del Carcarañá, como ya se lo habían indicado a Caboto los indios de la región. Sin embargo, el prestigio, la tenacidad y el inteligente y hábil sentido político que movió todos los actos de Garay, le permitieron llevar adelante su empresa ampliamente apoyada por Ortíz

de Zárate cuya llegada al Río de la Plata con su título de Adelantado, coincide con la fundación de Santa Fe. (120)

El 15 de noviembre de 1573, Juan de Garay, en "tierra de Calchines y Mocoretás" fundaba legal y formalmente la ciudad de Santa Fe, en un llano despejado y apacible de tierra pingüe y abundante de caza y pesca según las palabras del P. Guevara.

Dentro de la empalizada de palo a pique a orilla del "río de los Quilóazas", uno de los tantos arroyos que cruzan con sus meandros el complejo de islas del Paraná, el Escribano Pedro de Espinosa leyó el acta de la fundación.

Junto al fundador están los hombres que el 23 de noviembre del año anterior habían acudido a enrolarse, luego del pregón dicho en alta voz por el negro ladino Juan López en la Plaza de Armas.

En ese acto Garay nombra los primeros Regidores y Adelantados de la nueva ciudad y levanta el rollo en el centro de la plaza de Armas donde se ejecutarán los fallos de la justicia conforme a las leyes y ordenanzas reales.

En un pergamino, con la ayuda de un piloto, ha trazado la planta urbana —la primera urbanización en el Río de la Plata y Paraguay— y al señalar los límites de la jurisdicción de la ciudad, prescindiendo del requerimiento de Cabrera, hacia el sur lo extiende hasta más allá del antiguo fuerte de Caboto que el fundador de Córdoba había incluido dentro de la jurisdicción de su ciudad. (121)

Pero como si quisiera conformar a sus capitanes, deja en el acta de la fundación la autorización expresa para cambiarla de sitio:

"Asiéntola y pueblola con aditamento de todas las vecas que pareciere o se hallase otro asiento más conveniente y provechoso para la perpetuidad lo pueda

hacer con acuerdo y parecer del Cabildo Justicia que en esta Ciudad hubiese".

En 1580, Garay funda Buenos Aires nuevamente. Así, la conquista y colonización del Río de la Plata, se hizo desde el corazón de la selva del Paraguay hacia el Atlántico, realizando en sentido inverso, con un puñado de criollos, lo que no pudo realizar desde el Atlántico don Pedro de Mendoza.

Paraguay, convertido en un centro de expansión se proyecta aguas abajo del Paraná, y con la fundación de Santa Fe primero y luego la de Buenos Aires, traza una zona marginal que estabiliza y consolida el dominio de España en una vasta región codiciada por la corona de Portugal.

Dentro del ámbito geográfico de esta expansión, se inicia el desarrollo de una colonización agraria y la formación de un tipo humano de características especiales: el gaucho.

La salida en busca de los nuevos caminos que pusieran en comunicación a los hombres según el pensamiento de Garay, se realizó cuando en la Metrópolis se había desvanecido casi por completo la esperanza en el oro y en la plata de estas regiones.

Y mientras ese desengaño se compensaba en otras latitudes con el Potosí conquistado por los hombres que bajaban por el lado de la Mar del Sur, se abría a lo largo del Paraná y del Río de la Plata una esperanza en la fertilidad de sus pampas y en la incipiente ganadería que alentó a Juan de Garay a poblar las primeras estancias.

CORDOBA Y SANTA FE

La fundación de Córdoba. La salida al mar. La

fundación de Santa Fe y los planes de Cabrera. Las gestiones de Córdoba en favor de su salida al Paraná. La tirantez y recelo entre las dos ciudades. La conquista del camino.

La fundación de Córdoba fue, como hemos dicho, una etapa en la marcha en busca del puerto que proyectaba fundar Cabrera a la margen derecha del Paraná, sin duda su principal objetivo, como que antes de fundar la ciudad estableció, en una promesa a sus capitanes, que les daría un puerto en la desembocadura de uno de los "ríos caudales" que circundarían la nueva población.

Además, antes de fundar la ciudad con un grupo de vecinos de Santiago del Estero y en su carácter de Gobernador de las provincias de Tucumán, Zuries y Diaguitas, había dictado en la víspera un auto en el que declara que la ciudad podía cambiar de sitio a otro mejor "por ser más seguro" si este se hallare "en parte más sana e anchurosa e do se pueda meter una acequia principal de agua que se está sacando e tiene muy cerca la leña y en abundancia la madera e piedra".(122)

No tardó en hacerse el traslado, pues la fundación se había realizado apresuradamente y sólo como una etapa en el camino que habían emprendido en busca de su principal objetivo: fundar un puerto.

Al año siguiente de fundada la ciudad, el mismo Cabrera mandaba al Cabildo que mudara el rollo y lo plantara en el nuevo asiento(123); y luego de establecida la ciudad en su definitivo emplazamiento ocurrió el mismo fenómeno que ocurrió en la ciudad fundada por Garay: la deserción de los vecinos que no logran adaptarse al medio en que se encuentran.

El 13 de octubre de 1576 sólo quedaban en Córdoba veinte o veinticinco vecinos, en su mayoría viejos, enfermos y desarmados, pues las armas se jugaban y se vendían en Santiago del Estero; y aun faltaba en la ciudad el Alguacil Mayor para el servicio y la ejecución

de la justicia.(124)

Santa Fe estuvo también a punto de despoblarse en los primeros años. En un "Informe" que se levantó en esta ciudad el 25 de mayo de 1578 a pedido de Alonso Fernández Montiel, uno de los testigos, un español de cuarenta y ocho años más o menos llamado Hernando Ruiz de Salas, dice que siendo Alcalde vio cómo los soldados andaban tramando abandonar a Santa Fe, como que algunos lograron huir; y los demás testigos de este "Informe" están de acuerdo en señalar la pobreza de la tierra. "Es tanta la pobreza de esta tierra", dice uno de ellos, Diego Sánchez, "que no se puede ponderar".(125) Además, es sabido que Hernando de Montalvo acusa al Adelantado del Río de la Plata, Juan Ortíz de Zárate, de haber querido despoblar a Santa Fe y a San Salvador, con el pretexto de reunir a todos sus vecinos en Asunción.(126)

La fundación de Santa Fe no sólo desbarató los planes de Cabrera sino que fue un motivo de inquietud permanente durante varios años para los pobladores de Córdoba que veían avasallados por los hombres del Paraguay, los pretendidos límites de su jurisdicción.

El 8 de mayo de 1574, el cabildo cordobés resuelve plantear a la Real Audiencia, al Virrey del Perú y a la Sede Vacante de la Catedral de La Plata, el problema que les había creado Garay a quien consideraban intruso en la jurisdicción de Córdoba después que Cabrera fundara la ciudad y su puerto sobre el Paraná "para la navegación de la mar del Norte por donde estas Provincias todos los Reynos se tratan y comunican con los de España".(127)

"Andando [Cabrera] en el asiento y visita de esta tierra e Indios de ella", continúa la carta del Cabildo a la R.A., "se encontraron soldados de ella y con gente y caudillo de la Gobernación del Paraguay que andaba poblando en esta de los Juries y de esta ciudad de

Córdoba saliendo de los límites de su jurisdicción y aunque por un alcalde de esta ciudad le fue requerido no lo hiciese y que no diese lugar a los daños que de estas diferencias pueden suceder, no lo quiso hazer".(128)

En la carta al Virrey el Cabildo pide que se provea persona que los aquiete "y ponga remedio en las diferencias que se han ofrecido sobre los límites y jurisdicción en esta tierra y la de la Gobernación del Paraguay sobre la población que ha en estos términos hecho un capitán que de allá vino que se llama Juan de Garay".(129)

Finalmente, a la Sede Vacante de la Catedral de La Plata, le afirma terminantemente: "Aquí se ha ofrecido que en tierra de esta jurisdicción han poblado gente de la del Paraguay aprovechando de lo que es nuestro".(130)

Esta situación de tirantez y recelo entre las dos ciudades, se agravó durante el efímero gobierno de Diego Ortíz de Zárate y Mendieta, sobrino del Adelantado del Río de la Plata Juan Ortíz de Zárate.

Hernando de Montalvo en un "Memorial" que fecha en Asunción el año 1577, dice que siendo Francisco de Sierra Teniente de Gobernador en ejercicio en Santa Fe, Diego Ortíz de Zárate y Mendieta bajó de Asunción con bergantines y cien soldados "con fama de querer yr sobre cordova diciendo estar aquel pueblo en su governacion y otros disbarates de moço".(131)

Esta noticia llegó desde luego a Córdoba, y en ese mismo año, según un "informe" hecho de oficio por el Teniente General de Gobernador don Lorenzo Juárez de Figueroa, "el Gobernador que dicen del Paraguay [Diego Ortíz de Zárate y Mendieta] tenía propósito de venir sobre esta dicha ciudad".

Ante esta novedad, los cabildantes en pleno resolvieron que encontrándose en Córdoba los vecinos de Santa Fe, como apoderados de Ortíz de Zárate y Mendieta, don Jerónimo de Ochoa de Isaguirre, Francisco de

Espíndola y Francisco de Acuña, se les hiciera un formal requerimiento.(132)

Al año siguiente, en 1580, ocurren dos acontecimientos que aumentan la inquietud del vecindario de Córdoba: la prisión de Abreu, gobernador del Tucumán, y la revolución que en Santa Fe se conoce como revolución de los Siete Jefes: "ha habido nuevas", dice el acta capitular de Córdoba, "que está preso el mui ilustre Señor Gonzalo de Abreu de Figueroa Gobernador de estas Provincias por S M y no se sabe la causa de la dicha su prisión y demas de esto antes de agora se ha sabido que los vecinos de la ciudad de Santa Fe de la gobernación del Paraguay se habían revelado contra la Corona Real del Rey Don Felipe Nuestro Señor y por que en esta dicha ciudad no haya algun alboroto ni escándalo dijeron: pongan las dichas velas y centinelas hasta tanto que en esta dicha ciudad haya mas relación de lo que haya sucedido en la dicha ciudad de Santiago del Estero de la prisión del dicho Señor Gobernador sobre si en nombre de S.M. hay persona que administre la vara de la Real Justicia". (133)

La fundación de las dos ciudades, Santa Fe y Córdoba, se produjo así en medio de un ambiente de recelo y aun de hostilidad mutuas sin llegar, sin embargo, a manifestarse en las relaciones personales de los dos fundadores, que al contrario de los capitanes de la conquista que solían apelar a otros medios más expeditivos y contundentes para resolver sus preeminencias y prerrogativas, supieron proceder con tacto y discreción, lo que facilitó más adelante la unión de sus familias por vínculos matrimoniales como si se tratara de afianzar una dinastía.

La historia de la conquista de este lado de América presenta una característica singular. No fue como en México ni en el Perú conquista de imperios con las

fabulosas riquezas de oro y plata de los dominios de Moctezuma y del Inca que llevaron a cabo Cortés y Pizarro, sino la conquista de caminos y vías de comunicación.

Sebastián Caboto vuelto a España, abrumado de pleitos y procesos criminales, y hostigado de acreedores implacables, piensa y lo dice textualmente en uno de sus descargos, que si hubiera descubierto desde el Paraná el camino que llevaba al Perú, le hubiera hecho a su rey un servicio mayor que si hubiera descubierto las minas más grandes y ricas del mundo. Por eso los capitanes que años más tarde bajaron desde los dominios del Inca de espaldas a los tesoros del famoso Rey Blanco y los que acompañaron desde Asunción a Juan de Garay aguas abajo por el Paraná vinieron sólo en busca de caminos para que por ellos, según su frase, hubiera trato y conversación entre los hombres.

El objetivo del fundador de Santa Fe y Buenos Aires, se concretaba en la búsqueda de dos vías de comunicación: una marítima y otra terrestre.

Al fundar Santa Fe, Garay nombra un camino: el camino de los Chipiacas. Lo cita sólo de oídas: sin duda no había tiempo de descubrirlo y recorrerlo. Sólo sabía por boca de los indios que quedaba hacia el norte de la ciudad, más allá de la espesura de montes de algarrobos, de espinillos y de ceibos que rodeaban la nueva ciudad.

El nombre de ese camino lo dieron quizás -y es esta sólo una hipótesis, pero una hipótesis lógica- los primeros caballos que cruzaron con Gregorio de Bazán el norte del actual territorio santafesino después de fundada la ciudad de Santiago del Estero, en busca de una salida al Paraguay en 1560; desde que en lengua mocobí, "chipiac" es el nombre que se le dio al caballo.

Pero Santa Fe estaba prácticamente encerrada y metida en un rincón, entre islas, lagunas y pantanos por el naciente y el sur, y por los tupidos espinillares y algarrobales, guarida de tigres, desde donde

ácechaban amenazantes las tribus hostiles por el norte y por el poniente hacia dónde Cabrera había fundado su ciudad. Por eso una de las primeras medidas de Garay fue la de mandar al capitán Juan de Espinosa con veinte soldados a descubrir el camino que uniría a Santa Fe con Córdoba, y desde allí con Santiago del Estero y el Tucumán.

En una "Información" que en 1596 se levanta en Asunción a petición de Hernandarias de Saavedra, para probar los servicios prestados por Garay, el testigo Juan de Espinosa dice que viendo el poco socorro que se tenía en Santa Fe, le mandó Garay a descubrir ese camino.

La conquista de los caminos es la empresa que más gusta señalar y destacar el fundador de Santa Fe en sus cartas al rey. En uno de estos documentos habla del calor que puso para abrir puertas a la tierra para no vivir encerrados pues gracias a la fundación de esta ciudad "esta tierra tan cerrada empezó a tratar con los reinos del Perú".

En este afán, casi angustioso, de abrir caminos, acusó a Gonzalo de Abreu de "que de mala gana se ponía a descubrir el camino del Perú, que era lo que mas le era mandado y encomendado por S.M."

Por el camino que se abrió entre Santa Fe y Córdoba, bien pronto marcaron su huella las pesadas y crujientes carretas de los mercaderes que iniciaron el ininterrumpido tráfico comercial entre las dos ciudades.

Cuatrocientos años después de esta empresa, por ese camino transformado en una autopista por la técnica moderna, en vez del agrio chirriar de las carretas de bueyes lerdos hostigados por la picana del carretero, se oirá el continuo zumbir de los nuevos medios de transporte como una magnífica realización de los afanes que impulsaron a esos hombres que salieron a la conquista del camino para "abrir puertas a la tierra" y estrechar los vínculos de los pueblos y promover su engrandecimiento y su progreso.

CITAS

- (1) Francisco Ortíz de Vergara: "Declaración escrita que... entregó a Juan de Ovando, visitador del Consejo Real de las Indias..." 7 de mayo de 1569; en "Documentos históricos y Geográficos Relativos a la Conquista y Civilización Rioplatense". Tomo I. Buenos Aires. Talleres S.A. Casa Jacabo Peuser Ltda. 1941. p. 114.
- (2) Archivo General de Indias. Charcas 42. Pedro Dorantes: "Relación a los Señores del Consejo fechada en esta ciudad bien desdichada nombrada la Asunción de Nuestra Señora el lunes 13 de abril de 1573".
- (3) Cfr. Francisco Ortíz de Vergara: "Declaración escrita que... entregó a Juan de Ovando..."; en "Documentos Históricos y...". Ob. cit.
- (4) *Ibidem*: p. 143.
- (5) Archivo General de Indias. Charcas 38. Hernando de Montalvo: Relación "A la C.C.R. Magt del Rey don Felipe nuestro señor y su Consejo Real de Indias".
- (6) *Ibidem*.
- (7) Archivo General de Indias. Charcas 38. Relación firmada por Gerónimo Ochoa de Eizaguirre y Ajame de Olaerriaga en Asunción el 12 de diciembre de 1558.
- (8) Archivo General de Indias. Sección Buenos Aires. Ramo 1. Libro 2.
- (9) Licenciado Juan de Matienzo: "Carta del... en la que señala los lugares donde se podría levantar un puerto en la Mar del Norte..."; en "Documentos Históricos y Geográficos relativos..." Ob. cit. Tomo I. p. 109.
- (10) Archivo General de Indias. Sección Buenos Aires. Ramo 1. Libro 2.
- (11) *Ibidem*.
- (12) Ortega era uno de los capitanes de la expedición de don Pedro de Mendoza. En la "Información" que levanta Ruy Galán en

Buenos Aires en 1538, es uno de los testigos. El 1º de enero de 1539, asiste también en carácter de testigo, a la lectura que se dio en Buenos Aires del fallo dictado por Alonso Cabrera, declarando que se debía obediencia a Juan de Ayolas como Teniente de Gobernador de don Pedro de Mendoza, de acuerdo al poder otorgado por el Adelantado. El 20 de abril del mismo año firma un memorial en el cual los pobladores de Buenos Aires piden socorro. El 20 de junio, en Asunción, actúa asimismo como testigo en las diligencias que se hacen para establecer a quien corresponde la tenencia de la gobernación y el cargo de Capitán General después de la muerte de Ayolas. El 8 de julio de 1540, por orden de Irala, baja desde Asunción con dos bergantines a tomar posesión del gobierno de Buenos Aires como su Teniente. Allí encuentra los restos de la expedición de León Pancaldo y por su muerte deposita la mercadería por un valor de diez mil ducados, en Pedro Díaz del Valle, vecino de Tarija, e intenta alzar el pueblo y llevarlo a otro sitio, lo cual despierta la tenaz resistencia de los vecinos, obligados en cambio a sufrir los malos tratos de Ortega, que ocasionaron la huída en un batel de once pobladores, lo cual no impide que cuando Irala en 1541, baja de Asunción y traslada la población de Buenos Aires al Paraguay, le nombre Alguacil Mayor. Gregorio de Acosta, en su "Relación de la Conquista del Río de la Plata" al referirse a Juan Ortega como Teniente de Gobernador de Francisco Ortíz de Vergara, dice que era hombre simple y mal quisto.

- (13) Archivo General de Indias. Charcas 38. Hernando de Montalvo: "Memorial del Tesorero de la Real Hacienda... al Rey".
- (14) "Documentos Históricos y Geográficos..." Ob. cit. T. II p.172.
- (15) *Ibidem*: p. 200 y páss.
- (16) *Ibidem*: ps. 290 y sigtes.
- (17) Martín del Barco Centenera: "Argentina y conquista del Río de la Plata con otros acaecimientos de los reynos del Perú, Tucumán y estado del Brasil" por el Arcediano Ddon... Fuentes de la Historia Argentina. Angel Estrada y Compañía. Editores. Buenos Aires, 1922. f.48 vta.
- (18) "Documentos Históricos y Geográficos..." Ob. cit. T.II p.19.
- (19) *Ibidem*.
- (20) *Ibidem*: p. 487.
- (21) Martín Barco Centenera: Ob. cit. f. 51.
- (22) Francisco Ortíz de Vergara: "Declaración escrita por..."; en "Documentos Históricos y Geográficos..." Ob. y T. cits. p. 118.
- (23) Archivo General de Indias: "Relación de Pedro Dorantes..." Ob. cit. Charcas 42.
- (24) Hernando de Montalvo: "Relación" Cit. 1579. Charcas 38.
- (25) *Ibidem*.

- (26) "Documentos Históricos y Geográficos..." Ob. cit. T.II p. 453.
- (27) Archivo General de Indias. Charcas 42. Pedro Dorantes: "Relación..." Cit.
- (28) Martín Barco Centenera: Ob. cit. f. 53 v.
- (29) "Documentos Históricos y Geográficos..." Ob. cit. T.II p.415.
- (30) Ibídem: p. 417.
- (31) Ibídem: p. 448.
- (32) Ibídem: p. 453.
- (33) Ibídem: p. 126.
- (34) Martín Barco Centenera: Ob. cit. f. 158 v.
- (35) Ibídem: f. 159.
- (36) Archivo General de Indias. Charcas 42. Pedro Dorantes: "Relación..." Cit.
- (37) Clavos para entarimados.
- (38) Clavos cortos de cabeza redonda y grande.
- (39) Enrique Ruiz Guíñazú: "Garay. Fundador de Buenos Aires. Documentos referentes a las fundaciones de Santa Fe y Buenos Aires [...] prologados y coordinados por el Dr... 1580-1915. Buenos Aires. Compañía Sud Americana de Billetes de Banco. Calle Chile 263. p. 22.
- (40) Pieza antigua de artillería más pequeña que la culebrina.
- (41) Archivo General de Indias. Charcas 42. Doc. cit.
- (42) Ibídem.
- (43) Ibídem.
- (44) Parecería, y así lo dije alguna vez, que si las canoas estaban hendidas no hubieran podido navegar porque hubieran hecho agua; sin embargo, la lectura directa del documento original dice "endidas" y no unidas como supuse que podría decir, pues las balsas se hacía uniendo algunas canoas y colocándoles encima un entarimado para la carga y los hombres que las guiaban. Estas canoas endidas a manera de barcas, y fue la interpretación exacta que me dieron algunos paleógrafos del Archivo General de Indias a quienes reitero mi agradecimiento por la colaboración generosa que me prestaron en mis investigaciones estaban excavadas con herramientas de carpintería como se hacían las barcas y no por medio del fuego como lo hacían los indios.
- (45) Archivo General de Indias. Charcas 40. Carta de Martín de Orué fechada en Asunción el 14 de abril de 1573.
- (46) Ibídem.
- (47) Hernando de Montalvo: Doc. cit. Charcas 38.
- (48) Ibídem.
- (49) Ibídem.
- (50) Archivo General de Indias. Charcas 42.
- (51) Loc. cit. Charcas 38.
- (52) Loc. cit. Charcas 40. Carta de Orué cit.
- (53) Miguel y Jorge Escalada Iriondo: "El Alarde de Santa Fe

- (1572-1573). Publicaciones de la Sociedad de Historia Argentina. Número 9. Buenos Aires. Domingo Viau y Cia. Florida 530. 1942.
- (54) *Ibídem*: p. 7
- (55) *Ibídem*: p. 10.
- (56) Manuel M. Cervera: "Historia de la Ciudad y Provincia de Santa Fe". 1573-1583". Santa Fe. Librería. Imprenta y Encuadernación "La Unión" de Ramón Ibáñez. 1907. Tomo I. Apéndice VIII. Título de tierras de Juan de Garay. p. 33.
- (57) *Ibídem*: p. 35.
- (58) Entre 1544 y 1545, Francisco de Mendoza, capitán de la expedición de Diego de Rojas, ll. g.º desde el Perú hasta la desembocadura del Carcarañá donde Caboto había fundado Sancti Spiritus.
Entre 1553 y 1553, Francisco de Aguirre, después de fundar Santiago del Estero baja siguiendo el Salado hasta el Carcarañá; y en 1560, Gregorio de Bazán desde Santiago del Estero ll. ga al norte de la actual provincia de Santa Fe a la altura de Malabrigo.
En 1568, Felipe de Cáceres baja desde el Paraguay por el Paraná hasta el Río de la Plata y en 1570, vuelve otra vez a hacer la misma ruta. Fue en esta ocasión cuando exploró la desembocadura del Salado para seguir luego hacia el Río de la Plata.
En estas dos expediciones de Felipe de Cáceres lo acompaña Juan de Garay.
- (59) Archivo General de Indias. Charcas 42. Doc. cit.
- (60) *Ibídem*.
- (61) *Ibídem*.
- (62) Archivo General de Indias. Charcas 40. Doc. cit.
- (63) Enrique Ruiz Guñazú: Ob. cit. p. 22.
- (64) Archivo del Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales de Santa Fe: Tomo 2. f. 752 v.
- (65) Enrique Ruiz Guñazú: Ob. cit. p. 23.
- (66) Cfr.: "Traslado del poder y comisión dado por Martín Suárez de Toledo..."; en Enrique Ruiz Guñazú: "Garay..." Ob. cit. p.22.
- (67) Martín Barco Centenera: Ob. cit. fs. 53 y 54.
- (68) Enrique Ruiz Guñazú: Ob. cit. p. 84.
- (69) Cfr. Manuel M. Cervera: Ob. y T. cit. "Carta de Garay al Rey de 1582". Apéndice IX p. 35 y sgtes.
- (70) Enrique Ruiz Guñazú: "Garay..." Ob. cit. p. 243.
- (71) *Ibídem*: "Información sobre los servicios de Garay". p.148 y sgtes.
- (72) *Ibídem*: p. 169.
- (73) Contreras era el apellido materno. Su apellido paterno, que es con el que más comúnmente se la conoce, era Becerra.

- (74) **Ibídem: p. 212.**
- (75) **Ibídem: 218**
- (76) **Ibídem.**
- (77) **En 1576, al extender Garay su título de propiedad de las tierras que se adjudicaba en Santa Fe, dice que había fundado esta ciudad, "para poder tratar y conversar con las provincias y gobernación del Tucumán y por allí con los reinos del Perú" (Cfr. Manuel M. Cervera. Ob. y T. cit. Apéndice VIII. p. 33).**
- (78) **Francisco Ortiz de Vergara: "Declaración escrita que... entregó a Juan de Ovando visitador del Consejo Real de Indias en el que relata el viaje que hizo desde Sevilla con Alvar Núñez Cabeza de Vaca en el año de 1540... [7 de mayo de 1569]; en "Documentos Históricos y Geográficos..." Ob. cit. T.I. p. 118.**
- (79) **"Relación anónima en la que se hace referencia al descubrimiento hecho por Solís del Río de la Plata [...]; se refiere a Caboto y al establecimiento de la fortaleza de Sancti Spiritus [...] s.f. 1573"; en Ob. y T. cit. ps. 67 y 68.**
- (80) **Juan de Matienzo: "Carta del Licenciado... en la que señala los lugares donde se podría levantar un puerto en la mar del Norte, para comunicar directamente con España [...] 2 de enero de 1566"; en Ob. cit. p.111.**
- (81) **Ibídem.**
- (82) **P. Antonio Larrouy: "Los orígenes de Buenos Aires"; en Enrique Ruiz Guñazú: Ob. cit. p. LIX.**
- (83) **Ibídem: p LX**
- (84) **Ibídem.**
- (85) **Martín Barco Centenera: OB. cit. f. 54**
- (86) **Ruy Díaz de Guzmán: "La Argentina". Introducción y notas de Enrique de Gandía. Angel Estrada y Cía. Editores. Buenos Aires, 1943. p. 279.**
- (87) **Archivo del Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales de Santa Fe: "En un largo pleito por acción de ganados en la "otra banda", o sea en la actual provincia de Entre Ríos, seguido por los herederos de Hernando de Osuna contra los descendientes de Hernandarias en 1627, se encuentra transcrito un documento extendido por el mismo Juan de Garay en la ciudad de Santa Fe el 21 de mayo de 1576 en el cual señala para sí y sus herederos entre otras tierra "a la otra banda del Paraná de donde decimos la laguna de los patos que es por debajo de la angostura de la Punta del yeso una legua poco más o menos de donde sale el rriachuelo de esta Ciudad de Santa Fe rio arriua por el Paraná en la qual dicha Laguna de los patos he tomado y señalado para mi una legua de frente por la vera del paraná y dos leguas de largo por la tierra adentro y entiéndase que esta legua de frente que tomo y señalo para mi en esta dicha Laguna ha de tomar el medio la boca de la dicha LAGuna y correr".**

- (88) Manuel C. Cervera: "Títulos de tierra de Juan de Garay -1576"; en Ob. y T. cit. Apéndice VIII - p.34.
- (89) Ley de la Legislatura Provincial N°3361 disponiendo la exploración en Cayastá con el fin de descubrir las ruinas de la primitiva ciudad de Santa Fe.
Expropiación de los terrenos donde se descubrieron las ruinas: Ley Provincial N°3967.
Dictamen de la Sociedad Argentina de Antropología declarando que las ruinas descubiertas en Cayastá pertenecen a la primitiva ciudad de Santa Fe: setiembre de 1951.
Dictamen en el mismo sentido, de la Academia Nacional de la Historia: 5 de julio de 1952.
Decreto-Ley del Gobierno de la Nación declarando Monumento Nacional las ruinas de la primitiva Santa Fe descubiertas en Cayastá: 25 de marzo de 1957.
- (90) Manuel M. Cervera: Ob. y T. cit.
- (91) P. Pedro Lozano: "Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán", escrita por el... de la Compañía de Jesús; ilustrado con noticias del autor y con notas y suplementos por Andrés Lamas 1874. Tomo Tercero. p. 57 v.
- (92) Manuel M. Cervera: Ob. y T. cit. p. 128.
- (93) *Ibidem*: p. 34.
- (94) Todavía hay personas que han oído llamarla laguna de los Patos a pobladores muy antiguos de la costa entrerriana.
- (95) Tomó su nombre por haberse fundado en tierras de la estancia que Hernandarias heredaba de su suegro Juan de Garay.
- (96) Cit. Manuel M. Cervera: "Algo más sobre la primitiva ubicación de Santa Fe", tirada aparte de la Revista Oficial de la Junta Provincial de Estudios Históricos de Santa Fe. Santa Fe, 1949. J. Augusto Fernández Díaz: Situación del primer asiento de Santa Fe. Otro aspecto del problema: la "latitud"; en los "Anales de la Sociedad Científica Argentina". Julio, 1949. E.I. Tomo CXLVIII. Buenos Aires 1949. "Situación del Primer Asiento de Santa Fe": loc. cit. Marzo, 1949 E. III Tomo CXLIII. Buenos Aires 1949; "Las ruinas de Cayastá y una tesis equivocada". 1950. Año del Libertador General San Martín. Talleres Gráficos Perello. Corrientes 432. Rosario; "Son de Santa Fe la Vieja las ruinas de Cayastá". Talleres Gaspar Perello. Corrientes 432. Rosario 1951; "Las Tierras de los Calchines en la ubicación de Santa Fe la Vieja; en la Revista "Subasta" de Rosario, año 1953 y tirada aparte por Talleres Gráficos Star. Maipú 727. Rosario; "Tierras para chacras y tierras para estancias"; publicado en la misma revista en octubre de 1954; y tirada aparte por los mismos talleres gráficos que la anterior.
- (97) Manuel M. Cervera: Ob y T cit. Apéndice VIII - p.34.
- (98) Archivo General de Indias: Cédula de las encomiendas de

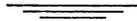
- Cabrera fechada en Córdoba el 24 de noviembre de 1583.
- (99) Acta de la fundación de la ciudad de Córdoba: en Archivo Municipal de Córdoba. Libro Primero (Segunda Edición). Córdoba. Establecimiento Tipográfico "La Carcajada". 1882. p.22.
- (100) *Ibídem*: p. 33.
- (101) Pablo Cabrera: "Córdoba de la Nueva Andalucía. Noticias etnográficas acerca de su fundación". Córdoba. p. 84.
- (102) Archivo Municipal de Córdoba. Ob. cit. p.34. .
- (103) *Ibídem*: p. 36.
- (104) Enrique Ruiz Guñazú: "Garay..." Ob. cit. p. 22
- (105) Archivo Municipal de Córdoba: Ob. cit. p. 37.
- (106) *Ibídem*.
- (107) *Ibídem*.
- (108) Archivo General de Indias: "Relación sumaria de los pueblos que ha descubierto y va a fundar don Jerónimo Luis de Cabrera, Gobernador de los Juries" [s.f.] Independiente - 1528 - Tucumán.
- (109) Archivo General de Indias: Cédula de 1583 cit.
- (110) Santiago del Estero.
- (111) Con Cabrera.
- (112) *Ibídem*.
- (113) *Ibídem*.
- (114) V. ut. supra p. 28.
- (115) Esta R.C. se encuentra transcrita en una Genealogía Anónima de los Tejada" que publicó Angel J. Carranza en la "Revista de Buenos Aires". T. XII - Bs. As. Imprenta de Mayo 244. Calle Moreno 243. 1867. p.44.
- (116) P. Pedro Lozano: Ob. cit. p.122 y sgtes.
- (117) Archivo Municipal de Córdoba: Ob. cit. p.43.
- (118) *Ibídem*: p. 133.
- (119) El 28 de febrero de 1863, don Urbano de iriondo contestando un pedido de informe del gobierno de la provincia de Santa Fe, dice que Garay llega al lugar de la fundación el 30 de setiembre de 1573, o sea diez días después de su encuentro con Cabrera (Cfr. "Revista de Buenos Aires". T. 25 ps. 126-128. "Contestación a un pedido de Informes de la Provincia de Santa Fe.
- (120) Según el Tesorero Hernando de Montalvo, el Adelantado Ortíz de Zárate al llegar al Río de la Plata encontró las cartas que había dejado el Obispo de la Torre y el Capitán Ruy Díaz Melgarejo avisando a los que llegaran de España que Garay quedaba fundando una ciudad llamada Santa Fe (Archivo General de Indias. Charcas 28). Es lógico suponer que Garay desde que preparaba la expedición en Asunción hubiera hecho público su propósito de dar ese nombre a la ciudad que iba a fundar y cuyos preparativos habían visto no sólo en el Paraguay, sino también en las balsas que venían aguas abajo

con los elementos necesarios para establecer la nueva población y en los que venían por tierra siguiendo la margen izquierda del Paraná para reunirse luego todos en "la punta del yeso". De ahí que pudieran advertir a los que llegaran luego al Río de la Plata, lo que era un importante anuncio, que Garay estaba fundando la ciudad. Por último en España, según los informes recibidos, se sabía que la fundación de Santa Fe se había realizado en el asiento de la antigua fortaleza de Caboto. En un documento dirigido a Juan López de Velasco, Piloto, Cosmógrafo Mayor de S.M. y su Cronista de Indias, se le advertía que las necesidades de estas Provincias del Río de la Plata, se podían remediar enviando "un obispo por Portugal en los navíos que van desde allá hasta el Brasil y San Vicente desde donde según afirman habrá nauyos y maryneros q lo leuen hasta San franco para entrar por allá o por el río de la Plata hasta el pueblo que ahora se ha hecho en Santispiritus" (Cfr. en "Biblioteca de la Real Academia de la Historia de Madrid": Colección Mu°oz. T. 89. Sig. A/116. Según el mismo MS. esta información fue suminsitrada en Madrid el "15 dix (diciembre) 1574" por el P. Martín González y Pedro Díaz Matajudíos. El P. González era tenido por la persona más informada y conocedora de estas regiones).

- (121) El Cabildo de Córdoba, el 4 de marzo de 1574, resuelve enviar a dos personas de confianza, el Alcalde Pedro López Centeno y Diego Hernández, con un traslado de las actas levantadas por Cabrera en Sancti Spiritus y con el requerimiento que le formulara a Garay, a la Real Audiencia de la Plata, a fin de que "Juan de Garay ni otro capitán alguno no inquieten los indios repartidos y encomendados en esta jurisdicción por el dicho señor Gobernador don Jerónimo Luis de Cabrera e por los demás gobernadores pasados que han residido en nombre de Su Majestad en esta Provincia e Gobernación y para que la R.A. envíe alguno de sus miembros para que desagrevie a esta ciudad de la fuerza que el dicho Juan de Garay e los que él han venido o binieren del Paraguay, han hecho o hacen e prtenden hacer metiéndose en los términos e jurisdicción de esta ciudad e repartiendo los Indiso encomendados en vecinos de ella (Archivo Municipal de Córdoba": Ob. cit. p. 124).
- (122) *Ibíd.*: p. 59.
- (123) *Ibíd.*
- (124) *Ibíd.*: p. 248.
- (125) Archivo General de Indias. Charcas 42.
- (126) Archivo General de Indias. Charcas 38.
- (127) Archivo Municipal de Córdoba. Ob. cit. p. 129.
- (128) *Ibíd.*
- (129) *Ibíd.*: p. 130.

- (130) **Ibídem: p. 131.**
(131) **Archivo General de Indias. Charcas 38.**
(132) **Archivo Municipal de Córdoba: Ob. y T. cit. p. 272.**
(133) **Ibídem: p. 355.**

**FUNDACIONES
DE SANTA FE
Y
BUENOS AIRES**



- 1982 -

I

LA CAPITULACION Y LA FUNDACION DE NUEVAS CIUDADES

La "Capitulación", el instrumento legal por medio del cual se celebra una suerte de contrato entre quien sale a descubrir o poblar una región, y quien se considera soberano o dueño natural de ella, otorga -y es una de las cláusulas esenciales- la facultad de repartir tierras para hacer efectiva la ocupación, sujeta siempre a la confirmación real, de acuerdo con el principio del derecho romano sobre los bienes "bona vacantia" los bienes sin dueño, según el cual pertenecen al fisco.

La repoblación en España durante la guerra contra los moros, y luego la ocupación de las Indias occidentales se hizo por iniciativa y mandato del soberano, quien la encomendaba a terceros por medio de una capitulación encargándolos de repartir las tierras entre los hombres más capaces para hacerlas producir.

Así, la adquisición del dominio iniciado por la "presura" -la ocupación- se perfeccionaba por el "scalio", el cultivo del suelo ocupado.(1) Pero la ocupación y el cultivo del suelo reclamaba la fundación de nuevas ciudades.

Las ciudades cristianas de España en la época de la Reconquista, eran muy escasas y estaban habitadas por gente de guerra, pronta siempre al ataque o a la defensa de los moros que se resistían a abandonar la tierra conquistada. Con esta gente de guerra convivían los eclesiásticos que representaban la clase culta y los que trabajaban la tierra, que además participaban en la lucha armada en casos necesarios, reunidos en un pobre

caserío levantado con tierra y madera.

En los comienzos del siglo XII después de la conquista de Toledo y Zaragoza, y asegurada para los cristianos la mitad Norte de la Península, los reyes empiezan a repoblarla con un sentido no sólo militar sino también económico, dice Torres Balbás.(2)

Y así fundaron villas y ciudades en lugares desiertos o en aldeas o caseríos "a los que atraían pobladores cristianos, musulmanes y judíos mediante la concesión de solares y tierras y de privilegios y exenciones tributarias consignadas en los fueros".(3)

Las ciudades cristianas, al comienzo de los siglos XI, XII y XIII se forman, dice el mismo Torres Balbás,

por la unión de pequeñísimas aldeas, verdaderas granjas o alquerías agrupadas en torno de pequeñas iglesias de piedra -románicas- o de ladrillos -mudéjares-(4) que al crecer las rodeaban de una muralla.

Burgos, Valladolid, Soria y Sigüenza tuvieron ese origen. Fueron pues, formadas "por un núcleo primitivo de cierta importancia al que en diversos momentos se agregaron burgos o arrabales".(5)

Las ciudades romanas, en cambio, precedida su fundación por prácticas religiosas, se levantaban luego de trazar en el sitio elegido una cruz en el suelo, cuyos brazos se denominaban "kardo", el trazado de Norte a Sur y "decumanu" el de Este a Oeste. Luego la cruz se cerraba por un cuadrado que sería el centro de la ciudad, y posteriormente, con una yunta de bueyes uncidos a un arado se hacía el surco que paralelo a las líneas del cuadrado central, marcaba el ámbito urbano, rectangular, generalmente, o cuadrado.

Menéndez Pidal dice que la fundación de varias ciudades españolas como Zaragoza, la antigua Caesar Augusta, la Emerita Augusta, la actual Mérida y Calahorra, están representadas en el reverso de las monedas, por el augur que conduce la yunta de

bueyes.(6)

Este era también el trazado de los campamentos romanos, algunos de los cuales fue ocupado por los cristianos de la Reconquista y convertido en ciudad, como Briviesca, que fue tomada como modelo para levantar Santa Fe frente a Granada, con sus cuatro puertas abiertas a los cuatro rumbos y sus calles paralelas y cortadas en ángulo recto. Un libro publicado en la segunda mitad del siglo XVII refiriéndose a Briviesca dice que es "vistosa y de buena traza cuadrada, con quatro puertas, por cuyo modelo mandaron los Reyes Católicos fundar la ciudad de Santa Fe en Granada".(7)

Era éste, sin duda, el trazado ideal para una ciudad cuartel como la que ocuparían los Reyes Católicos con todo su ejército, en lugar del Campamento reducido a cenizas por el incendio que involuntariamente provocara una dama de la corte al servicio de la reina. Y fue éste el trazado de las ciudades que levantaron los conquistadores en el Nuevo Mundo, desde que el comendador Nicolás de Ovando, testigo del episodio de Granada, dice Gabriel Guarda, delinearla en 1502 la traza rectangular de Santo Domingo.(8)

Y como en la Edad Media, según Sánchez Albornoz, los grupos de familias que cultivaban la tierra, de la cual se había desalojado a los moros, y edificaban allí su vivienda, "constituían comunidades locales de vida independiente", en las dilatadas regiones que formaron esa unidad política y administrativa que se designó como Río de la Plata, se afianzó también un espíritu de libertad e independencia difícil de controlar.(9)

Consta la "Capitulación" de tres partes esenciales:

Por la primera se otorgaba la licencia para descubrir o conquistar y poblar una región por lo común determinada más o menos vagamente.

Por la segunda se establecían y concretaban las obligaciones que corresponden al titular de la "Capitulación".

Y por la tercera, se concretaba el carácter condicional de las mercedes otorgadas, pues estaban sujetas al buen cumplimiento de lo estipulado.

Desde el punto de vista estrictamente jurídico -dice José María Ots y Capdequí-, una capitulación no es otra cosa que un contrato. Pero, agrega, por la naturaleza especial de las partes contratantes que intervienen en su otorgamiento, una de ellas la Corona o las altas autoridades facultadas al efecto, por la complejidad de su contenido y por la función política, económica y social que llenaron fueron las capitulaciones de nuevo descubrimiento y población ejemplos vivos de contratos que abarcaron la esfera estricta del derecho privado sin que puedan ser encuadradas dentro de las figuras jurídicas contractuales reconocidas por las fuentes legales de la época.(10)

Antes del descubrimiento de América la primera Capitulación se otorga en España para la Conquista y Colonización de las Islas Canarias, como anota el autor citado,(11) y la primera Capitulación para el Río de la Plata fue, desde luego, la de don Pedro de Mendoza.

Este instrumento jurídico nos trae reminiscencias medievales. No da instrucciones para la fundación de ciudades, sino para levantar fortalezas: "hasta tres fortalezas de piedra", dice [...], "para guardar pacificación de dichas tierras", (12) y cumplido este cargo alcanzaría el Adelantado el título de Conde, con hasta diez mil vasallos.

Las ciudades se formarían, pues, como se formaron las ciudades medievales: agrupándose los vecinos, o vasallos, alrededor de la fortaleza, arbitrariamente. Además, por otra cláusula se le da "licencia y facultad" para conquistar y poblar las islas, concediéndole el dozavo "del pecho", dice, "que nos hubiéramos en ello sacado los salarios que en las dichas islas pagaremos". Y luego añade que

cuando alguno de los capitanes de la corona tomare preso a algún príncipe o señor o cacique el rescate de

ese señor o cacique pertenece al Rey con todas las cosas muebles que fueren halladas; y si se cautivare a algún señor de esas islas, por todos los thesoros de oro y plata, piedras, perlas que se houieren del por obra de rescate o en otra cualquier manera Senos de la sexta parte d_llo y lo demas se reparta entre los conquistadores.(13)

En la Edad Media, las islas o ínsulas aparecen en los libros de caballería como reinos legendarios, señoreados por reyes poderosos, dueños de fabulosas riquezas.

A esta suerte de islas o índulas parece referirse la Capitulación por la cual don Pedro de Mendoza vendría, en cambio, a la conquista de una tierra y sus islas de la que sólo se tenían en España vagas noticias, señoreadas por caciques desnudos, horriblemente tatuados y adornada su desnudez con plumas como los pájaros.

La última Capitulación del Río de la Plata es la de Juan Ortíz de Zárate, firmada el 10 de julio de 1569.(14)

En ella no se habla de los príncipes que señoreaban las islas, dueños de riquezas de oro y plata, y perlas y piedras preciosas, y aunque se obliga a Ortíz de Zárate, como a don Pedro de Mendoza, a levantar tres castillos, éstos son para seguridad de la tierra. Se le manda, especialmente, a fundar ciudades y a llevar no sólo soldados sino también hombres de oficios y labradores que cultiven la tierra. De acuerdo con la capitulación se obliga a Ortiz de Zárate a llevar 500 "hombres de guerra". Y además llevó mujeres, casadas, viudas y solteras, para formar hogares como los de España.(15)

II

LA TRAZA

De Sancti Spíritus, dice Caboto que fue sólo "un pue-

blo dé hasta veinte casas de paja, donde solo vivieron en paz con los indios seis meses".(16) Fue construido provisoriamente, y cuando Caboto propuso que se hiciera una división de tapia en la casa, el capitán Caro le criticó alegando que aquello parecería camarillas de mujeres de mala vida.(17) Y aunque Luis Ramírez, en su "Relación" dice que era una "fortaleza harto fuerte para en la tierra", Diego García afirma que sólo era una casa con techo de paja.(18)

No había motivo para trazar allí la planta de una ciudad, ya que a la expedición le bastó levantar un precario punto de apoyo para explorar este río codiciado por los portugueses, olvidando las especies de Oriente.

Otro tanto ocurrió con la primera Buenos Aires de 1536. Don Pedro de Mendoza, según la Capitulación de 1534, se obligaba a levantar tres fortalezas de piedra a cuyo alrededor, como en las ciudades medievales, se agruparía el caserío de sus vasallos, mientras él lucía el título de Conde del Río de la Plata.(19)

Pero al comenzar la guerra con el indio, el Adelantado dividió su gente en dos grupos: uno dedicado a funciones militares y el otro a levantar el fuerte y las viviendas. Pero esta obra se limitó a una "casa fuerte para el Gobernador", dice Schmidl, "y todo alrededor una cerca de tierra de tres pies de ancho i una lanca de alto, pero lo que se hacía oi se caía mañana".(20)

En el primer asiento de Buenos Aires no se distribuyeron solares ni se trazó su planta; y el mismo Adelantado lo consideró provisorio, pues en las instrucciones dejadas a Ayolas, le manda llevar toda la gente arriba donde viese que más conviniera.(21) Asunción fue una agrupación de casas alrededor del fuerte donde los que abandonaron Buenos Aires

fueron recogidos y agrupados en forma de República situándose junto a la casa fuerte fabricando cada uno donde recogerse dentro de un cerco de madera que el general hizo para defenderse de los enemigos.(22)

Y aún en la primera mitad del siglo XVIII, "apenas tenía calles trazadas y toda ella es un conjunto de pequeños montones de casas.(23)

Además, en el Archivo Histórico de Madrid se conserva otro M.S., que refiriéndose a Asunción dice que "es mal dispuesta y en ella están entreberadas las casas sin or[de]n ni formalidad con los Arboles Silbestres y Plantas numerosas".(24)

Sin embargo, Garay obligado por su encuentro con Cabrera a fundar la ciudad de Santa Fe en el sitio que actualmente lleva el nombre de Cayastá, trazó previamente, y con ayuda de un piloto, la planta urbana en un pergamino y en ella la distribución de solares.

Con razón dice Erwin Walter Palm que Ovando trajo a América la tradición de la Reconquista con "el trazado a cordel de las nuevas ciudades que en la península marca en el suelo el apoderamiento cristiano frente al laberinto de las ciudades árabes".(25)

El trazado en cuadrícula que Garay trajo a la fundación de Santa Fe -la primera ciudad urbanizada del Río de la Plata- y que luego llevó, ampliado a la fundación de Buenos Aires, tiene su antecedente en el trazado de los antiguos campamentos romanos, y su modelo más inmediato en Santa Fe de Granada, la ciudad cuartel de los Reyes Católicos, adaptado a las funciones que desempeñaban las ciudades que levantaban los conquistadores.

Todos los vecinos de esta ciudad, dice el P. Cardiel refiriéndose a Buenos Aires, y los que en su jurisdicción. les pertenecen son soldados y están repartidos en Compañías con la formalidad de Cavos y lo mismo en todas las demás ciudades y villas aunque no hacen ejercicios de armas.(26)

El fin de la fundación de una ciudad con su trazado correspondiente es el de concentrar con carácter permanente, un grupo de hombres que aseguren el dominio sobre una extensión de tierra, cumpliendo así

una función militar: mantener por la fuerza el suelo ocupado contra la reacción de los antiguos ocupantes o contra incursiones de portugueses o piratas en tierras del Río de la Plata.

Garay, al urbanizar las ciudades de Santa Fe y Buenos Aires y distribuir los solares, cumple exactamente con las disposiciones adoptadas por Felipe II el 13 de julio de 1573 en las ordenanzas sobre descubrimiento, nueva población y pacificación de las tierras, promulgadas en el Bosque de Segovia cuatro meses antes de la fundación de Santa Fe, y tres después de que Garay partiera de Asunción custodiando a Felipe de Cáceres hasta que navegara sin riesgos por el mar para luego fundar una ciudad al regresar de Asunción en el sitio que quisiere.

Dentro de la traza que el fundador replantea solemnemente en el terreno, como dentro del espacio marcado por el arado romano, quedaba marcado el ámbito donde se desarrollaría la vida de eso que decían los antiguos, el "ayuntamiento de gentes", que con sus instituciones y sus leyes forman la ciudad que "por este nombre, ciudad, se entiende lo cercado et los arrabales con sus edificios".(27)

III

EL ROLLO

Aquel 15 de noviembre, un día domingo, Juan de Garay, muy solemnemente, mandó a los alcaldes y regidores, que acababa de nombrar al construir el primer Cabildo, que fuera con él y en el medio de la manzana que señalara en el plano para la plaza de armas le ayudaran a alzar y enarbolar un palo para rollo, donde, en nombre de Su Majestad y del gobernador Juan Ortiz de Zárate, se pueda ejecutar la justicia

en los delincuentes conforme a leyes y ordenanzas reales.

Pocos meses antes, Jerónimo Luis de Cabrera, cumplía la misma ceremonia en Córdoba y el escribano que asistía al acto, trasladaba así las palabras que el fundador decía en medio del recogimiento de los presentes:

Como leal vasallo de Su Magestad y en señal de la poblazón e fundacion en el nombre de la Magestad Real del Rey don Felipe nuestro señor, mandó poner e puso un arbol sin rama ni hoja con tres gaxos por rollo e picota e dixo que mandava e señalava que ally fuese la plaça de la dicha ciudad de Córdoba e que en este lugar se execute la Real Justicia publicamente en los malhehores, el cual dicho rollo e picota quedó puesto e hincado donde el dicho señor governador mandó e señaló.

Pocos años después, el mismo Juan de Garay, al fundar Buenos Aires, cumplía idéntico ritual y el escribano que daba fe del acto, dejó constancia de lo dicho y hecho en esa ocasión solemnísimamente por el fundador.

E luego, dice el acta, los dichos señores alcaldes e regidores se juntaron con su merced, del dicho señor Xeneral para el dicho efecto, e todos juntos fueron a la plaça y allí pusieron y alçaron el dicho Rollo o Arbol de justicia e mandó el dicho señor Xeneral que ninguna persona sea osada a le quitar, vatir y ny mudar so pena de muerte natural y asy lo proveyó y mandó.

Un momento antes de pronunciar estas graves palabras, en presencia del mismo escribano, había requerido a los alcaldes y regidores que acababa de nombrar, para que se juntaran con él y fueran hasta la plaza y le ayudaran,

a alzar y enarbolar palo y madero para Rollo público y concejil para que sirva de árbol de justicia Real de Su Majestad huse [y] exerça su justicia que hiziese o mandase hacer.

Según Cobarruvias, "el rollo es la picota o hoda hecha de piedra en forma redonda quasi rótulo".(28)

Y junto a esta columna de piedra o al tronco de un árbol "sin ramas y sin hojas", donde no la había, como en estas latitudes, ni tiempo para esculpirla en ella, se hacía la justicia del rey, pues como dicen "las Partidas.

raigada verdad es la justicia, según dixeron los sabios (29) que solo él administra o quien él manda por que el rey es Señor puesto en la tierra en lugar de Dios para cumplir la justicia e dar a cada uno su derecho(30) pues solo él ha poderío de facer justicia o escarmiento.(31)

Pero como la justicia debe hacerse públicamente -"paladinamente", dice la ley-, y no a escondidas ni con tapujos, debe administrarse en medio de la plaza del pueblo donde el reo ha sido condenado:

Paladinamente debe ser fecha la justicia de aquellos que hubieren fecho porque deban morir, por que los otros que le vieren et le oyeren reciben ende miedo et escarmiento, diciendo el Alcalde o pregonero ante las gentes los yerros por que los matan.(32)

De ahí que simbolizando el rollo la justicia real, simbolizaba a la vez, el dominio del rey sobre la tierra.

En las ciudades alemanas de la Edad Media se levantaba una cruz cada vez que en un lugar determinado se celebraba el mercado. Esa cruz era un símbolo real, y de sus brazos se colgaban el sombrero, el guante, la espada y el estandarte del rey, expresando así, figuradamente, que allí estaba Su Majestad amparando el derecho de los mercaderes.

Luego la cruz permaneció inamovible en el mismo sitio extendiendo así la protección real a todo el antiguo burgo castrense.

Esta teoría sobre el origen del rollo, no explica, sin embargo, su presencia en España. Un autor español, Luis G. Vasconcellos,(33) en un interesantísimo trabajo, arguye que en León y en Castilla, las fuentes no

muestran ningún vestigio sobre la existencia de esas cruces ni existe, tampoco, ningún antecedente, de que, como en Alemania, pendiese en ellas el guante real. Puede suponerse, sin embargo, dice, que las cruces existieron y que de ellas son sus herederos los rollos que todavía se conservan en ciudades y pueblos de Castilla.

Ahora bien, agrega, si el rollo es, como pudiera pensarse, la transformación de la primitiva cruz temporal del mercado que pasa luego a ser el símbolo permanente de las libertades de la ciudad, ¿de qué modo puede explicarse el hecho de que hallamos hoy, todavía, los rollos en pequeños pueblos, aldeas apenas sin importancia que nunca llegaron a ser verdaderas ciudades?(34)

Para este autor, el rollo es solamente la expresión simbólica de la jurisdicción real.

Como emblema de jurisdicción, dice, sabemos de señores que levantaron el rollo y que éste fue destruido después de abolidos los señores, con el advenimiento del régimen constitucional. Pero el problema que a nosotros importa sigue siendo el mismo. Antes de levantarse en piedra, como emblema de jurisdicción con carácter de permanencia, ¿existían otros símbolos de un derecho privilegiado del mercado con una duración limitada al tiempo que durare aquél? Las fuentes nada dicen.(35)

Según Díaz Causeco, en España, el mercado, ni convierte en ciudad la comunidad militar, ni crea el grupo urbano como en Alemania. El mercado, arguye, existe en muchos Consejos rurales, y en estos mercados rurales, "se erguía como símbolo de la autoridad real o señorial que mantenía aquella paz, el rollo más o menos artístico en cada lugar que era entre nosotros, lo que el Rolando en las ciudades alemanas.(36)

El rollo como picota, es decir, como lugar de escarnio,(37) "se colocaba en España en las afueras del pueblo, apenas destacada de un triste arrabal".(38)

Y allí se cumplía la pena más leve establecida en "Las Partidas", por la cual se condenaba al reo a ser

"açotado, o ferido paladinamente por yerro que fizo, o le poner en deshorrta del en la picota".(39)

Esto de exponer en escarnio, en la picota, a un reo, obedecía, sin duda, a la necesidad de señalar públicamente -"paladinamente"- al culpable a fin de que los vecinos lo reconocieran y cuidaran luego de sus posibles reincidencias. Castigo, desde luego, más humano y benigno que el marcarle a fuego en la espalda una L a los ladrones, o la flor de los reyes de Francia, o la llave de San Pedro en los Estados Pontificios.(40)

Con razón dice el autor citado que de las siete penas que pueden aplicar los jueces de acuerdo a la ley 4 del título XXXI, "Partida" 7, la pena más leve es la de poner al reo en ridículo en la picota.(41) Sin embargo, en Santa Fe, el 18 de febrero de 1593 el Cabildo por unanimidad y a pedido del procurador de la ciudad, dispuso trasladarlo desde el centro de la Plaza de Armas donde lo enarbolara Garay el día de la fundación, al camino que venía de Córdoba, es decir, a los arrabales.(42)

Y al trasladarse la ciudad debió quedar olvidado, si es que todavía seguía clavado en ese recodo del camino de Córdoba, casi oculto seibos y algarrobos.

¿Pero cuándo y por qué se levantaron por primera vez los rollos, en España, que en América constituyeron uno de los principales elementos formales y simbólicos en la fundación de ciudades?

La repoblación del territorio abandonado por los moros en la reconquista cristiana, se hacía, dice Pérez de Urbel, de acuerdo a ciertas solemnes formalidades; (43) y el derecho adquirido por la "presura", se consolidaba con el "scalio".

Si la toma de posesión de un lugar abandonado lo hacía una congregación religiosa, se levantaba la iglesia y el monasterio, y luego se agrupaba a su alrededor el caserío. Otras veces, dice Sánchez Albornoz, los Condes encargados de repoblar una comarca, establecían pequeños grupos de familias sobre las ruinas de

una antigua villa o de un antiguo vicus; y, agrega,

tales familias edificaban sus viviendas formando minúsculas aldeas y constituían comunidades locales de vida independiente y personalidad jurídica indudable.(44)

Quizás los primeros rollos levantados en España no fueron nada más que las cruces plantadas en los nuevos caseríos cristianos, convertidos luego en aldeas o ciudades, como una expresión del sentimiento religioso y de afirmación del derecho adquirido por la ocupación de la tierra reconquistada a los moros, y en señal de "poblazón o fundación", como siglos después, diría el "Acta de fundación" de una ciudad en estas remotas Indias de Occidente.

El rey don Alfonso X el Sabio, fundó Ciudad Real; le trazó sus calles, señaló por donde debía levantarse la muralla y dio instrucciones precisas para su construcción. Por último, mandó labrar en piedra la puerta de la ciudad que se abría sobre el camino que venía de Toledo:

¶ pasando por un lugar que dicen el Pozuelo de Don Gil, que era en términos de Alárco, entre tanto que llegaba la campaña por que avía enviado, mandó venir gente de su comarca, e ordenó en qual manera se poblara allí una villa e mandó que le dijessen Villa Real, et ordenó luego las calles et señaló los lugares por do fuese la cerca. E fizo luego una puerta labrada de piedra e esta es la que está en el camino que viene de Toledo, e mandó a los del lugar como ficiezen la cerca.
(45)

Es evidente, pues, que en tiempos de la Reconquista, el levantamiento del rollo en España, en el acto de la fundación de una ciudad, si es que en esa circunstancia se hacía, no tiene ni el simbolismo ni la importancia que tuvo en los dominios españoles de Occidente pues si así hubiera sido, las crónicas no dejarían de registrarlo.

En cambio, en el Nuevo Mundo formaba parte integrante y muy principal de la fundación. Todo el Cabildo acompañaba al fundador al plantarlo en medio de la Plaza de Armas, en nombre del Rey; y de todo ello se dejaba constancia en el acta levantada por el escribano.

Era ésta, sin duda, una afirmación del dominio del Rey sobre las tierras descubiertas, más concreto y permanente, desde luego, que la ceremonia de cortar ramas de árboles con la espada, heredada del derecho romano. De ahí que como dice el "Acta de fundación" de Buenos Aires, bajo pena de muerte, nadie podía cambiarlo de sitio, ni siquiera tocarlo, que eso sería negar o contradecir el derecho del Rey: "que ninguna persona sea osada a le quitar, vaticar ny mudar so pena de muerte natural".

IV

LA URBANIZACION HISPANOAMERICANA

En Asunción, dice Schmidl, "se hizo una Gran casa de Piedra, Tierra y Madera para seguridad y defensa de los Christianos en caso de alçarse los indios";(46) y alrededor de esa "Gran casa de Piedra, Tierra y Madera" levantada por Salazar y Espinosa, construyeron sus viviendas los sobrevivientes de la expedición de don Pedro de Mendoza, en tal desorden, que fue para Irala una gran complicación cuando quiso introducir cierto orden de acuerdo a la autorización que recibiera oportunamente.

Cuando Irala quiso poner un poco de orden y trató de hacer una nueva distribución de solares no sólo no lo consiguió, sino que provocó un revuelo entre los vecinos.(47)

Alvar Núñez Cabeza de Vaca, al llegar como Adelan-

tado al Paraguay se encontró todo aquello en tal desorden que dio instrucciones expresas y terminantes a su teniente de gobernador, el capitán Juan de Salazar Espinosa, para que sin miramientos demoliera casas y destruyera corrales dentro y fuera de la ciudad, y todo lo que viera que trae algún perjuicio.

Otro sí, dice Alvar Núñez Cabeza de Vaca, por que las casas desta ciudad estan muchas dellas fuera, muy de Ramadas en partes perjudiciales e ansimesmo dentro, estan muy descompasadas e segun orden de q. podria venir mucho daño por dexar ympedidos e cerrados los lugares por donde la gente a de acudir si llegan caso de armas o fuego se ofreciese lo qual yo he qriponer a Remediar y por esto a di mandar luego deshazer todas las obras, casas e coRales asi dentro como fuera de la ciudad qe viere q. conviene q. traygan algun perjuicio.(48)

y además mandó cubrir de teja la casa fuerte.(49)

Semejante desorden urbanístico siguió hasta el siglo XVIII en que el Padre Cardiel, de la Compañía de Jesús, escribe en su "relación" sobre la Provincia del Paraguay:

Dicen que apenas tiene calles tiradas y todo allí és un conjunto de pequeños montones de casas.(50)

Sin embargo ya había, en Indias, ciudades urbanizadas y esas ciudades a lo largo de América, estaban ahí con sus plazas de armas y sus calles trazadas a cordel, formando el escaque de sus manzanas iguales, un verdadero tablero de ajedrez, que vio Gary en su mocedad al llegar a Indias.

Esas ciudades así urbanizadas habían sido trazadas generalmente por su fundador en un pergamino para evitar, "en casos de armas o de incendios", los inconvenientes de las antiguas ciudades europeas formadas sin orden alrededor de la Catedral-fortaleza. Todo estaba ahí, medido y ordenado con una precisión y minuciosidad castrense que nada dejan a posibles sorpresas provenientes del desorden o de la imprecisión.

Colón, en su primer viaje, sólo había fundado fuertes: "Magdalena", "Santa Catalina", "Concepción" y el "Fuerte de Navidad", donde dejó un puñado de hombres. Pero todos estos fuertes tuvieron una vida efímera. "La Isabela" fue, sin duda, el de mayor importancia, como que era según Fray Bartolomé de las Casas, "de piedra y cantería".(51)

La primera ciudad urbanizada con su trazado en cuadrícula, fue Santo Domingo, fundada el 5 de agosto de 1502 por Bartolomé Colón, dos meses después de llegar el comendador Nicolás de Ovando como gobernador, fue destruido por un huracán que echó por tierra las casas y bohíos, en su mayor parte. Ovando la trasladó y edificó.

E así, dice el Primer Cronista de Indias, está aquesta ciudad tan bien edificada que ningun pueblo hay en España, tanto por tanto mejor labrado, generalmente dexando aparte la insigne e muy noble cibdad de Barcelona.(52)

Dice Erwin Walter Palm, que fue "aquel trazado celebrado por sus contemporáneos como algo nuevo y extraordinario".(53)

El plano en cuadrícula, de Santo Domingo pasó a Tierra Firme, con excepción de México que fue, como dice Torres Balbás, una de las muy escasas ciudades hispanoamericanas construida sobre otra anterior conquistada,(54) pues tenía sus calles y plazas y estaba "muy fuerte y bien ordenada", como dice fray Toribio de Buenaventura, apodado Motolinia por los indios.(55)

En Cuzco también tenían los indios sus casas de piedra, formando distintos barrios con su plaza, que fueron ocupadas por los conquistadores.

Las casas y edificios en que hoy viven los cristianos, dice Agustín de Zárate, uno de los cronistas del Perú, son las mismas que los indios tenían aunque algunas reparadas y otras acrecentadas.(56)

Sin embargo, fue la urbanización aplicada por Ovando en Santo Domingo la que pasó a otras ciudades iberoamericanas, como Lima, fundada en 1535, y Santiago de Chile, en 1541.

V

SANTA FE, LA PRIMERA CIUDAD URBANIZADA EN EL RIO DE LA PLATA

El 15 de noviembre de 1573, Juan de Garay fundaba Santa Fe en tierras de Calchines y Mocoretá, ya que su encuentro con Jerónimo Luis de Cabrera, fundador de Córdoba, le impidió fundarla en el Carcarañá, o en sus inmediaciones, que desde los tiempos de Caboto era el lugar indicado por todos los que conocían la tierra para fundar una ciudad.

Garay sólo tiene un "mandamiento" de Martín Suárez de Toledo, su futuro consuegro, que ha derrocado al teniente de gobernador del Río de la Plata, Felipe de Cáceres, que gobernaba en nombre de Juan Ortiz de Zárate, quien con el título de Gobernador estaba en España tramitando su posible designación como Adelantado.

En el "mandamiento" otorgado a Garay, lo autoriza a fundar una ciudad, "en nombre de Su Majestad y del ilustre señor Juan Ortiz de Zárate gobernador y capitán general de estas dichas provincias". Y cuando Garay funda Santa Fe lo hace "en nombre de la Real Majestad del Rey Don Felipe nuestro Señor y del mui ilustre Señor Juan Ortiz de Zárate Gobernador y capitán general y alguacil mayor de todas las provincias del dicho río de la Plata"; y este acto lo realiza, dice la misma acta de fundación, "por virtud de los poderes que para ello tengo de Martín Suárez de Toledo, teniente de Gobernador que al presente recide

en la ciudad de la Asunción".(57)

Ese 15 de noviembre, después de declarar asentada y poblada la ciudad de Santa Fe, Garay constituye el primer Cabildo en nombre de Su Majestad y del gobernador, ausente en España, formado por dos alcaldes y seis regidores, dándoles "poder y facultad para que ussen y exerressan los dichos oficios", y señala el día de "Año Nuevo" de cada año para su renovación por elección de los mismos cabildantes.

Luego de plantar el rollo señala la jurisdicción de la ciudad y manda que los vecinos levanten sus viviendas,

conforme, dice, a las trazas que tengo señaladas en un pergamino que es fecho en ese asiento y ciudad de Santa fe y señala los solares destinados a la Iglesia Mayor.(58)

Lamentablemente, el plano -"las trazas que tengo señaladas en un pergamino que es fecho en este asiento"- se perdió y no sólo el original que trazó Garay, sino el que se levantó para la trasmuta de la ciudad.

Sin embargo, las excavaciones en el sitio que la tradición señalaba en Cayastá como asiento de la primitiva ciudad nos han permitido rehacerlo con la mayor precisión posible.

En el Archivo Histórico de la Provincia puede consultarse el "Acta" del Cabildo celebrado el 12 de abril de 1651, en la cual, refiriéndose a la trasmuta ya resuelta, dispone que "se lleve la planta de quadras Plassa pública calles sitios y solares desta ciudad y Exido della todo medido Con distinción y claridad".

No sólo se observó estrictamente esta disposición. Hubo vecino de Santa Fe la Vieja que, con motivo de su traslado, pedía que la sepultura de sus padres mantuviera en la iglesia trasladada la misma ubicación que en la primitiva.

Antonio Suárez Altamirano, ya en la ciudad nueva, en su testamento del año 1661, manda que su cuerpo se entierre "en la sepultura donde se enterró mi

padre". Y como en la nueva población, en la Iglesia Matriz, no se había señalado el lugar que le correspondía, pidió que

quando se aia fecho la Iglesia conforme, mis guesos se muden y traspasen a la d[ic]ha Iglesia. Y se pongan y sepulten en la parte y donde tocare esta dha. sepultura de mis padres, segun que Consta y esta en la Matriz del Sitio antiguo desta dha. ciudad.(59)

Si la ubicación, dentro de la planta urbana de Santa Fe la Vieja, que tienen las tres iglesias que quedan amenazadas por la acción erosionante de las crecidas del río, sobre su margen derecho, no bastaran para individualizarlas, tenemos tres sepulcros cuya ubicación corresponde a la iglesia de San Francisco, con lo cual se individualizarían las dos iglesias restantes, de acuerdo a la ubicación que tienen en la ciudad trasladada: Santo Domingo, a dos cuadras al Oeste y una hacia el Norte de San Francisco; y La Merced, sobre esa calle que pasa por el Este de Santo Domingo, dos cuadras al Norte.

Los testamentos que indican la ubicación de los tres sepulcros mencionados son los siguientes:

El testamento de la hija de Garay y esposa de Hernandarias, doña Gerónima de Contreras, en el manda que se entierren sus restos

en la yglesia del convento de San fran^{co} desta ciudad de Santafe... y sea en la capilla mayor al lado del Evangelio d_nde esta sepultado mi marido hernandarias de savedra.(60)

El del capitán Alonso Fernández Montiel, que pide que se le sepulte

en el combento del señor San fran^{co} y con su santo avito en la capilla mayor donde tengo sepoltura en que esta enterrada mi hija doña Grma. arias montil.(61)

Por último, el de Juan Bautista de Centurión, clérigo, nacido en Santa Fe, en el que manda que su cuerpo

sea sepultado en el convento de el sr. san fran^{co}, en la sepultura que mis albaceas señalaren y el Padre guardian gustare sin embargo de que tengo sepultura junto ala pila dela Iglesia de el dho. convento donde están enterrados mis padres.(62)

Las tres disposiciones testamentarias se cumplieron.

Según un documento del 12 de julio de 1672,(63) tuvo la ciudad once cuadras de largo; seis desde la plaza hacia el Sur y cuatro desde la plaza al Norte; y por una exposición del procurador síndico de la ciudad sabemos que medía seis cuadras de Este a Oeste.(64)

Dentro de estas sesenta y seis manzanas el fundador distribuyó los solares.

Con el fin de trazar el plano al que debía sujetarse el traslado, ya que el primitivo se había perdido, el Cabildo dispuso que se hiciera una mensura del sitio donde estaba asentada la ciudad a trasladarse, y con ese fin los expertos se establecen en las chacras de Garay y allí tomaron con "aguja" la "derrota y viento" que había dado el fundador, y de acuerdo a esa mensura se "estaqueó" y trazó el rumbo de la nueva ciudad, según dispuso el Cabildo el 20 de agosto de 1657 al mandar que se amojonara la nueva población "según traza efectuada años atrás".(65) Mensura que igualmente se perdió.

VI

LAS FUNDACIONES DE GARAY

Garay se llevó la urbanización de Santa Fe a Buenos Aires ampliando considerablemente el número de

manzanas, y repitió los mismos actos solemnes: la erección del rollo y la designación de los Alcaldes y Regidores que constituirían el Cabildo.

"Lo primero en las fundaciones", dice el Padre Bayle, "después del acta y toma de posesión era el Cabildo"(66) porque "no hay sociedad sin cabeza", comenta el mismo autor, "y el Cabildo habría de intervenir en los trámites mediatos de vecindad, solares, propios, reconocimiento de oficiales reales, etcétera".(67)

Así en las fundaciones de Santa Fe y Buenos Aires, se realizan simultáneamente la toma de posesión de la tierra en nombre del Soberano, demarcando en el terreno el ámbito urbano, y erigiendo el Cabildo.

El Cabildo es la institución administrativa y política que mantiene y asegura la vida de la ciudad, haciendo justicia y ajustando los resortes que política y económicamente hagan posible esa "vida en policía" de que tanto hablan documentos y autores de esa época; manteniendo el rumbo y el ancho de las calles y obligando a los vecinos a construir sus viviendas dentro de la línea trazada por el fundador, como ocurrió alguna vez en Santa Fe. Distribuyendo solares entre los nuevos pobladores para impedir que se "derramen" por el campo; vigilando la limpieza de la ciudad; cuidando que el peso y la medida sean correctos en las pulperías; organizando los festejos populares y las devociones religiosas; y sobre todo, administrando justicia entre los vecinos y defendiendo los derechos de la ciudad.

Las fundaciones de Buenos Aires y de Santa Fe respondieron a un vasto plan político y económico de Garay. Políticamente el plan perseguía dos objetivos, que realizó, desde luego, Uno, de política internacional, y otro de política interna.

Desde el punto de vista internacional aseguró para España el dominio del Río de la Plata amenazado siempre por la anhelada expansión portuguesa hacia las

tierras que hoy forman el litoral argentino; y desde el punto de vista de la política interna, dio a los hombres encerrados en el Paraguay la salida al mar por el Paraná que estaban a punto de perder por la acción de los capitanes que bajaban del Perú en busca de la misma salida.

Económicamente, Garay se propuso hacer de Buenos Aires un gran puerto, y de Santa Fe un centro ganadero, y es así como el mismo Garay y su yerno Hernandarias de Saavedra, fueron los precursores de los estancieros argentinos, pues en sus estancias, que se extendían también por Entre Ríos, o "la otra banda", como se le llamaba entonces, sometida a la jurisdicción de Santa Fe, pusieron las bases de la futura grandeza ganadera del país, de donde salieron poco después de fundada la ciudad, las famosas mulas santafesinas y las tropas de ganado, formadas por miles de cabezas, que se llevaban al Tucumán, a Chile y al Perú.

Las fundaciones de Santa Fe y de Buenos Aires forman dos etapas del plan de su fundador para asegurar a España el dominio de esta vasta región geopolítica de nuestro litoral.

Desde Asunción, Garay, a lo largo del Paraná trazó algo así como una barrera opuesta a las pretensiones lusitanas sobre el Río de la Plata; y Santa Fe, fundada por un puñado de "mancebos de la tierra" no sólo fue una "pascana", un descanso, en el largo itinerario de ida o vuelta al Paraguay y a la salida al mar que nos comunica con el resto del mundo, sino también el "antemural" de Buenos Aires, para emplear las palabras del Cabildo santafesino, frente a las tribus rebeldes y aguerridas que bajaban del Norte.

Pero además de estos fines políticos, militares y económicos concretados en el hecho de "abrir puertas a la tierra", las fundaciones de Garay fueron las dos etapas de su afanosa marcha hacia el Sur en busca de la legendaria Ciudad de los Césares, que luego intentara su yerno Hernandarias de Saavedra.(68)

Garay, que pasó sus años mozos al servicio del Rey. en la conquista del Perú, llevaba sin duda íntimamente, como todos los capitanes del Descubrimiento y Conquista de estas Indias de Occidente, la esperanza de coronar su vida de soldado con la conquista de otro imperio que como el del Inca, le diera la gloria de Pizarro.

Desde los tiempos del fuerte de Sancti Spíritu, fundado por Caboto en el Carcarañá, se buscó el camino que llevara a la conquista de los "Césares", que es precisamente el camino que buscara Garay mientras en su marcha hacia el Sur detrás de la "gran noticia" fúndaba ciudades para "abrir puertas a la tierra". El Padre Rivadeneyra en una Relación elevada al Consejo de Indias dice que mientras Garay funda Buenos Aires, sus hombres quedan limando las armas para hacer aquella famosa "entrada", "que llaman del César", agrega textualmente, "que tiene fama de la más rica y abundosa del mundo", y Martín del Barco Centenera afirma que toda la banda del río que de Santa Fe sigue hacia Buenos Aires y la Patagonia hasta el estrecho, se llamaba de los Césares.

CITAS

- (1) Cfr. Fray Justo Pérez de Urbel, O.S.B. y Ricardo Arco y Garay, "España Cristiana Comienzo de la Reconquista" (711-1038). En Historia de España, dirigida por don Ramón Menéndez y Pidal, Madrid, 1964.
- (2) Leopoldo Torres Baibás, "Algunos aspectos del nudejarismo urbano medieval", Madrid, Imprenta y Editorial del Maestro, 1954, p.16.
- (3) *Ibíd*em, p. 17.
- (4) *Ibíd*em.
- (5) *Ibíd*em, p. 18.
- (6) Ramón Menéndez y Pidal, "Historia de España", dirigida por..., t.II, España Romana (218 a.J.C. - 414 d.J.C.), Madrid, 1935, p.606.
- (7) Rodrigo Méndez Sylva, "Población General de España" (...) por... cronista destes Reynos (...), año 1675, p. 45.
- (8) Fray Gabriel Guarda, O.S.B., "Santo Tomás de Aquino y las fuente del Urbanismo Indiano", Academia Chilena, Facultad de Arquitectura, Santiago, MCMLXV, p. 21.
- (9) Cfr. Claudio Sánchez Albornoz, "España Política". En: Revista de Occidente, t.II, Madrid, 1923.
- (10) José Ma. Ots y Capdequí, "Instituciones", 1958, p. 9.
- (11) *Ibíd*em; Cfr. Silvio Zavalla, "Estados Indianos", México, D.F., 1943.
- (12) "Capitulación concedida a don Pedro de Mendoza. En: "Documentos Históricos y Geográficos relativos a la Conquista y Colonización Rioplatense", tomo segundo, "Expedición de don Pedro de Mendoza", Comisión Oficial del IV Centenario de la Primera Fundación de Buenos Aires 1536-1936, Buenos Aires, Talleres S.A. Jacobo Peuser Ltda., 1941, p.42.
- (13) *Ibíd*em, p. 43.
- (14) Archivo General de Indias, Sección Buenos Aires, Leg. 1, Libro 4.
- (15) *Ibíd*em, "Patronato", Leg. 29, Ramos 22.
- (16) Archivo General de Indias, "Patronato", 14
- (17) *Ibíd*em.
- (18) José Torre Revelio, "Memorias y Relaciones Históricas y Geográficas, con Introducción de...". En: Colección Oficial del IV Centenario de la Primera Fundación de Buenos Aires, 1536-1936, Buenos Aires, 1941, t.1º, p.98 y 51.
- (19) "Yo creo que los Condes en cuanto Gobernadores de los territo-

- rios recobrados, empezaron desde la Conquista [de España]: por que en cuanto adquirirían los Reyes Cristianos necesitaban para jefes de gobernasen y defendiesen las plazas capitales, y estos eran los Condes", Henrique Flores: "España Sagrada", t.XVIII. Su autor el R.P. Mtro... del Orden de San Agustín. En Madrid, año de MDCCLXIV, p.54.
- (20) Ulrico Schmidl, "Crónica del viaje...", traducido al castellano por Edmundo Wernicke, Buenos Aires, 1948, Comisión Oficial del IV Centenario de la Primera Fundación de Buenos Aires.
 - (21) José Torre Revello, ob. cit. p. 190.
 - (22) Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia de Madrid, M.S. Colección Cortes, Sig. 9-11-5-2270.
 - (23) Joseph Cardiel, S.J., "Breve relación de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús. Buenos Ayres, de Abril 15 de 1731, Mui mis P.P. y H.H.^s Jns. En: Biblioteca de la Real Academia de la Historia de Madrid, Colección M.M.S.S. de Cortes, sig. 9-11-5-2271.
 - (24) Archivo Histórico Nacional de Madrid, "Tratado de límites de América entre España y Portugal. 1750", Leg. 120, d.j.n.l.
 - (25) Erwin Walter Palm, "Los orígenes del urbanismo imperial en América", Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Comisión de Historia, 1951, México, D.F., p.7.
 - (26) Joseph Cardiel, S.J., ob. cit.
 - (27) "Las Siete Partidas", L. 6, tít. 33, partida 7.
 - (28) Sebastián de Cobarruvias Orozco, "Tesoro de la Lengua Castellana o Española", compuesto por don..., Madrid, 1611.
 - (29) "Partida III", Tít. 5, L. I.
 - (30) "Partida II", Tít. 1, L. V.
 - (31) Ibídem, L. II.
 - (32) "Partida VII", Tít. XXX, L. XI.
 - (33) Luis G. Vasconcellos, "El Mercado. Apuntes para su estudio en León y Castilla durante la Edad Media". En: Anuario de Historia del Derecho Español, t.VIII, Madrid, 1931.
 - (34) Ibídem, p. 400.
 - (35) Ibídem.
 - (36) Laureano Diez Causeco, "Sobre los Fueros de los Valles de Ferrar, Castrocabón y Pájaros" (Notas para el estudio del fuero de León). En: Anuario de Historia del Derecho Español, t. I, Madrid, 1924, p. 253.
 - (37) De ahí viene aquello de "poner en la picota", que todavía se oye aunque cada menos, para indicar que se expone al ridículo o a la deshonra pública a la persona que se le agravia o se le befa públicamente.
 - (38) C. Bernaldo de Quirós, "La picota. Crímenes y Castigos en el país castellano en los tiempos medios", Madrid, 1907.
 - (39) Ibídem.
 - (40) Ibídem, p. 74.
 - (41) Ibídem.

- (42) "En esto el procurador general presentó una petición en su nombre que se saque el rollo de la plaza desta ciudad fuera desta ciudad e vista la dicha petición dijeron que es justo se saque el dicho rollo fuera según que pide el dicho procurador general y se lleve fuera de la ciudad en el ejido a poner en parte pública que es en el camino que viene a esta ciudad del algarrobal por donde entran los vecinos y soldados que vienen de la ciudad de Córdoba y para ello dijeron que daban comisión al alguacil mayor desta ciudad para que le haga poner en la parte y lugar que le es mandado y señalado", "Actas del Cabildo de la Ciudad de Santa Fe", Publicación Oficial, Primera Serie, t. II, años 1590-1595, Santa Fe, 1944, p. 75.
- (43) Fray Justo Pérez de Urbel, O.S.B. y Ricardo del Arce y Garay, "España Cristiana. Comienzo de la Reconquista". En: Historia de España, dirigida por Ramón Menéndez Pidal, t. VI, Madrid, 1964.
- (44) Claudio Sánchez Albornoz, "España y Francia en la Edad Media. Causas de su diferenciación política". En: Revista de Occidente, director José Ortega y Gasset, t. II, Madrid, p. 307.
- (45) "De como el rey Don Alfonso fizo a Villa-Real e la pobló yendo camino de la frontera". Capítulo XI de la "Crónica de Alfonso décimo", tomada de la Biblioteca de Autores españoles, Rivadeneyra, t. 66, Madrid, 1875. En "La Fundación de Ciudad Real, Antología de textos históricos. Crónica de Alfonso X el Sabio. Carta Puebla, Delgado Muchan. Padre Jara. Padre Diez Jurado (manuscrito inédito). Nota preliminar y edición de Margarita Peñalosa Esteban Infante, publicaciones del Instituto Quadrado del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Ciudad Real, 1955, p. 3.
- (46) Ulrico Schmidl, "Crónica del viaje a las regiones del Plata, Paraguay y Brasil", traducción de Edmundo Wernicke, Comisión Oficial del IV Centenario..., p. 127.
- (47) En el Consejo de los Oficiales Reales, Irala hizo el reparto de las tierras, pero los vecinos no estuvieron conformes porque creían que por sus méritos merecían más. Archivo General de Indias, Colección Muñoz, Indias 1556-1591, t.88, Sig. A/115.
- (48) Alvar Núñez Cabeza de Vaca, "Instrucciones por el Adelantado... al teniente de Gobernador Juan de Salazar Espinosa". En: Documentos Históricos y Geográficos..., cit., t. I, p. 342.
- (49) *Ibidem*, p. 343.
- (50) Joseph Cardiel, S.J., "Breve Relación de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús - Buenos Ayres de Abril 15 de 1731, M.S. 26, fojas fechadas y firmadas en Biblioteca de la Real Academia de la Historia de Madrid, Sig. 9-11-5/2271.
- (51) Fray Bartolomé de Las Casas, "Historia de las Indias", texto fijado por Juan Pérez de Tudela y Emilio López Ots. Estudio Crítico Preliminar y Edición de Juan Pérez de Tudela. En:

- Biblioteca de Autores Españoles, desde la formación del lenguaje hasta nuestros días. Obras escogidas de... Atlas, Madrid, 1957, p. 280.
- (52) Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdéz, "Historia General y Natural de Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano, por el Capitán..., Primer Cronista del Nuevo Mundo", publicada por la Real Academia de la Historia cotejada con el código original, enriquecido con las enmiendas y adiciones del autor e ilustrada con la vida y el juicio de las obras del mismo autor por don José Amador de los Ríos, Individuo de Número de dicho Cuerpo, Catedrático de Ampliación de la Literatura Española en la Universidad de esta Corte, etc. Primer Parte, Madrid, Imprenta de la Real Academia de la Historia a cargo de José Rodríguez, calle de San Vicente Baja número 74, 1851, p. 83.
- (53) Erwin Walter Peñm, "Los Monumentos Arquitectónicos de la Española", América, t. 1, República Dominicana, 1955, Fundaciones (1492-1509) y Virreynato (1509-1520), p. 91.
- (54) Fernando Chueca Goitia y Leopoldo Torres Balbás, "Planos de las ciudades iberoamericanas y Filipinas por...", Instituto de Cultura de Administración Local, Seminario de Urbanización, 1951, I. Láminas, p. XVII.
- (55) Fray Toribio de Buenaventura o Motolinia, "Historia de los Indios", Editorial Salvador Cháves Hayse, México, D.F., 1941, p. 313.
- (56) Agustín de Zárate, "Historia del descubrimiento y conquista de la Provincia del Perú y de las guerras y cosas señaladas en ella, acaecidas hasta el vencimiento de Gonzalo Pizarro y de sus secuaces que en ella se rebelaron contra Su Majestad". En: **Historiadores Primitivos de las Indias Occidentales, que juntó tradujo en parte y sacó a luz ilustrados con eruditas notas y copiosos índices el Señor D. Andrés González Barcia, Consejo y Cámara de S.M. Divididos en tres tomos, Madrid, año MDCCXLIX, t. III, p. 12.**
- (57) Enrique Ruiz Guñazú, "Garay, Fundador de Buenos Aires". Documentos referentes a las Fundaciones de Santa Fe y Buenos Aires. Publicados por la Municipalidad de la Capital Federal. Administración del señor intendente doctor Arturo Gramajo. Prologados y coordinados por el..., 1580-1915, Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, Calle Chile 263, 1915, p. 20.
- (58) Enrique Ruiz Guñazú, ob. cit. (Acta de la Fundación), p. 20-21.
- (59) Archivo del Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales, t. 2, f. 645 v.
- (60) *Ibidem*, t. 1, f. 408.
- (61) *Ibidem*, t. 1, f. 189.
- (62) *Ibidem*, t. 54, f. 342.
- (63) *Ibidem*, t. 57, Leg. 94, f. 159 y.

- (64) Agustín Zapata Gollán, "La Urbanización Hispanoamericana en el Río de la Plata", 2ª edición, Santa Fe, 1978, p. 74.
- (65) Archivo Histórico de Santa Fe, "Actas del Cabildo", t. III, f. 532.
- (66) P. Constantino Bayle, "Los Cabildos seculares en la América Española", Sapiencia S.A. Ediciones, Madrid, 1952, p. 31.
- (67) *Ibidem*.
- (68) Manuel M. Cervera, "Historia de la Ciudad y Provincia de Santa Fe", 1573-1853, Santa Fe, Librería, Imprenta y Encuadernación "La Unión", de Ramón Ibáñez, 1907. "Carta" al Rey, Santa Fe 29 de abril de 1592, t. Primero, Apéndice IX, p. 35: "por el calor que yo puse en decir que abríamos puertas a la tierra"; y en "Títulos de tierras" de Garay, fechados en Santa Fe en 1576: "saqué de aquella ciudad [Asunción] 80 soldados para con ellos fundar y poblar una ciudad [Santa Fe] para poder tratar y conversar con la provincia y gobernación del Tucumán y por allí con los reinos del Perú...", *ibidem*, p. 33.

BIBLIOGRAFIA

- ALFONSO X El Sabio, "Las Siete Partidas".
- ARCHIVO DEL DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS ETNOGRAFICOS Y COLONIALES (Santa Fe).
- ARCHIVO GENERAL DE INDIAS.
- ARCHIVO HISTORICO DE SANTA FE.
- ARCHIVO HISTORICO NACIONAL DE MADRID.
- BAYLE, CONSTANTINO, "Los Cabildos seculares en la América Española", Sapiencia S.A., Ediciones, Madrid, 1952.
- BERNARDO DE QUIROS, C. "La Picota. Crímenes y castigos en el país castellano en los tiempos medios". Madrid, 1907.
- BIBLIOTECA DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA DE MADRID (Colección de Manuscritos).
- BUENAVENTURA O MOTOLINIA, TORIBIO DE, "Historia de los Indios", Editorial Salvador Chaves Hayse, México, D.F., 1941.
- CARDIEL, JOSEPH S.J., "Breve relación de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús", Buenos Aires de abril 15 de 1731, Mui mis P.P. y H.H.^S Jhs.
- CASAS, BARTOLOME DE LAS, "Historia de las Indias" texto fijado por Juan Pérez de Tudela y Emilio Ots, Estudio crítico y preliminar de Juan Pérez de Tudela; en Biblioteca de Autores Españoles, desde la formación del lenguaje hasta nuestros días. Obras escogidas de... Atlas, Madrid, 1957.

CERVERA, MANUEL M., "Historia de la Ciudad de Provincia de Santa Fe", 1573-1853, Santa Fe, Librería, Imprenta y Encuadernación "La Unión", de Ramón Ibáñez, 1907.

COVARRUBIAS OROZCO, SEBASTIAN DE, "Tesoro de la Lengua Castellana o Española", compuesto por ..., Madrid, 1611.

CHUECA GOITIA, FERNANDO, y LEOPOLDO TORRES BALBAS, "Planos de las ciudades iberoamericanas y filipinas por...", Instituto de Cultura de Administración Local, Seminario de Urbanización, 1951.

DIEZ CAUSECO, LAUREANO, "Sobre los fueros de los Valles de Ferrar, Castrocalbón y Pájaros" (Notas para el estudio del fuero de León). En: Anuario de Historia del Derecho Español, t.I, Madrid, 1924.

DOCUMENTOS HISTORICOS Y GEOGRAFICOS RELATIVOS A LA CONQUISTA Y COLONIZACION RIOPLATENSE. Comisión Oficial del IV Centenario de la Primera Fundación de Buenos Aires 1536-1936, Buenos Aires, Talleres S.A. Jacobo Peuser Ltda., 1941.

FERNANDEZ DE OVIEDO Y VALDES, GONZALO, "Historia General y Natural de Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano, por el capitán... Primer Cronista del Mundo", publicada por la Real Academia de la Historia cotejada con el código original, enriquecido con las enmiendas y adiciones del autor e ilustrada con la vida y el juicio de las obras del mismo autor por Don José Amador de los Ríos, Individuo de Número de dicho Cuerpo, Catedrático de ampliación de la Literatura Española en la Universidad de esta Corte, etc. Madrid, Imprenta de la Real Academia de la Historia a cargo de José Rodríguez, calle de San Vicente Baja N° 74, 1851.

FLORES, ENRIQUE, "España Sagrada". Su autor el R.P. Mtro... del Orden de San Agustín. En Madrid, año MDCCLXIV.

GUARDA, GABRIEL, "Santo Tomás de Aquino y las Fuentes del Urbanismo Indiano", Academia Chilena, Facultad de Arquitectura, Santiago, MCMLXV.

MENDEZ SYLVA, RODRIGO, "Población General de España" (...) por... cronista destes Reynos (...) año 1675.

MENEDEZ PIDAL, RAMON, "Historia de España", dirigida por...", t.II, España Romana (218 a.J.C. 414 d.J.C.), Madrid, 1935.

NUÑEZ CABEZA DE VACA, ALVAR, "Instrucciones por el Adelantado... al Teniente de Gobernador Juan de Salazar Espinosa". En: Documentos Históricos y Geográficos...

OTS Y CAPDEQUI, JOSE MA., "Instituciones", 1958.

PALM, ERWIN WALTER, "Los orígenes del urbanismo imperial en América", Instituto Panamericano de Geografía e Historia", Comisión de Historia, México, D.F., 1951.

PEÑALOSA, MARGARITA ESTEBAN INFANTE, "Publicaciones del

Instituto Quadrado del Consejo Superior de Investigaciones Científicas", Ciudad Real, 1955.

PEREZ DE URBEI, JUSTO, RICARDO ARCO Y GARAY, "España Cristiana" "Comienzos de la Reconquista (711-1038)". En: Historia de España, dirigida por don Ramón Menéndez Pidal, Madrid, 1964.

RUIZ GUÍÑAZU, ENRIQUE, "Garay, Fundador de Buenos Aires", Documentos referentes a las Fundaciones de Santa Fe y Buenos Aires. Publicados por la Municipalidad de la Capital Federal. Administración del señor Intendente doctor Arturo Gramajo. Prologados y coordinados por el... 1580-1915, Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, calle Chile 263, 1915.

SANCHEZ ALBORNÓZ, CLAUDIO, "España Política". En: Revista de Occidente, t.II, Madrid, 1923. España y Francia en la Edad Media. Causas de su diferenciación política. En: Revista de Occidente, t.II, Madrid, 1923.

SCHMIDL, ULRICO, "Crónica del viaje..." Traducido al castellano por Edmundo Wernicke, Buenos Aires, 1948, Comisión Oficial del IV Centenario de la Primera Fundación de Buenos Aires.

TORRE REVELLO, JOSE, "Memorias y Relaciones Históricas y Geográficas, con Introducción de...". En: Colección Oficial del IV Centenario de la Primera Fundación de Buenos Aires, 1536-1936, Buenos Aires, 1941.

TORRES BALBAS, LEOPOLDO, "Algunos aspectos del mudejarismo urbano medieval", Madrid, Imprenta y Editorial del Maestro, 1954.

VASCONCELLOS, LUIS G., "El Mercado, Apuntes para su estudio en León y Castilla durante la Edad Media". En: Anuario de Historia del Derecho Español, t. VIII, Madrid, 1931.

ZARATE, AGUSTIN DE, "Historia del Descubrimiento y conquista de la Provincia del Perú y de las guerras y cosas señaladas en ella, acaecidas hasta el vencimiento de Gonzalo Pizarro y de sus secuaces que en ella se revelaron contra Su Majestad". En: Historiadores Primitivos de las Indias Occidentales, que tradujo en parte y sacó a la luz ilustrados con eruditas notas y copiosos índices el Señor D. Andrés González Barcia, Consejo y Cámara de S.M. Divididos en tres Tomos, Madrid, año MDCCXLIX, t.III.

ZABALA, SILVIO, "Estudios Indianos", México D.F., 1943.

INDICE

	Pág.
Las puertas de la tierra	9
Los hombres de la conquista	11
El fracaso de Buenos Aires	24
El aislamiento de Asunción	34
Las puertas de la tierra	47
Los caminos del hambre	53
Santa Fe: cruce de caminos	61
Una visión del Río de la Plata	68
El aislamiento de Santa Fe	75
La tragedia del puerto	82
El canto de los gringos	91
Fuentes	102
Los caminos de América	105
Introducción	113
Indios navegantes	115
Caminos indios	143
Caminos de la colonia	168
Fuentes	184
La expedición de Garay y la fundación de Santa Fe	191
El Paraguay	193
Las minas de oro y plata y el pastel azul	196
La expedición de Ortíz de Vergara al Perú	201
El teniente de gobernador y el obispo	203
El Luterano	209
Los barcos y las armas	211
Los mancebos de la tierra	215

El alarde	219
La expedición	222
Juan de Garay	227
El lugar apropiado para la fundación	233
Jerónimo Luis de Cabrera	239
El encuentro de Garay con Cabrera	242
La fundación de Santa Fe	250
Córdoba y Santa Fe	253
Citas	260
Fundaciones de Santa Fe y Buenos Aires	269
La capitulación y la fundación de nuevas ciudades	271
La traza	275
El rollo	278
La urbanización hispanoamericana	284
Santa Fe, la primera ciudad urbanizada en el Río de la Plata	287
Las fundaciones de Garay	290
Citas	294

Las Puertas de la Tierra
Caminos de América
La Expedición de Garay y
la Fundación de Santa Fe
Fundación de Santa Fe y
Buenos Aires
El Chaco Gualamba y la
Ciudad de Concepción
del Bermejo



UNIVERSIDAD NACIONAL DEL LITORAL
CENTRO DE PUBLICACIONES